El pensamiento de Rosa Luxemburg

Antología a cargo de
María José Aubet

Ediciones del Serbal

Primera edición, 1983

© 1983, Ediciones del Serbal, S.A., Witardo, 45. Barcelona-14
Impreso en España
Depósito legal: 37558/1982
Composición: MMJ, Barcelona
Impresión: Romanyà Valls, Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)
ISBN 84-85800-46-X

Sumario

Antonio García Durán 1984

Introducción

Cuando en febrero de 1980, en París, un grupo reducido de estudiosos luxemburguistas de todo el mundo nos comprometíamos a realizar el proyecto de fundación del "Comité Internacional para el Estudio de Rosa Luxemburg", nos proponíamos un objetivo prioritario: contribuir, con los medios a nuestro alcance, al conocimiento y divulgación del pensamiento y la obra de Rosa Luxemburg. Y partíamos de una convicción: de que la recuperación del "filón Marx-Luxemburg"[1] *podía –puede– ofrecer elementos de reflexión y de análisis para abordar el problema de la actual crisis del movimiento comunista internacional y de las fuerzas organizadas de la sociedad burguesa conocidas bajo el nombre de "movimiento obrero".*

Llevar a cabo el objetivo trazado, es decir, la tarea de dar a conocer con cierto rigor el pensamiento de Rosa Luxemburg, parcialmente conseguida en países como Francia, Alemania, Italia e Inglaterra, encuentra en España obstáculos de consideración que tienen su raíz última en las características del movimiento comunista ortodoxo español, tan desconfiado a la hora de estimular la investigación y la crítica intelectual dentro y desde la misma cultura marxista, y tan apegado a su

---

1. Esta expresión es de Lelio Basso, y fue el pensamiento-guía de su labor de investigación y de su acción política.

"doctrina" hecha a base de remiendos y de tacticismos, según la conveniencia del momento. La identificación grosera de leninismo y marxismo, la falta de discusión interna, de crítica y de autocrítica, el dogmatismo, el burocratismo y la falta de confrontación abierta, entre otros muchos, han sido factores históricos y políticos que han coadyuvado mucho más al empobrecimiento teórico del ideario marxista que la propia represión o la dictadura. Se entiende así que autores de reconocida "heterodoxia" (es decir, de reconocido izquierdismo), pero profundamente vivos y creativos como Lukàcs, Pannekoek, Korsch, Mattick y la propia Rosa Luxemburg, pilares básicos de la cultura marxista y en general de la cultura contemporánea, pero que nunca han aparecido vinculados a ninguna de las distintas "vías oficiales" (marxismo-leninismo, estalinismo, socialdemocracia o eurocomunismo), sigan siendo desconocidos para la mayoría de estudiosos y militantes, y que tan sólo sean considerados de interés académico en algún departamento de las Facultades de Letras.

Pero entonces cabe preguntarse, ¿qué había en la persona, en la obra, en el pensamiento de Rosa Luxemburg para que fuera no sólo silenciada, sino tan profundamente odiada por la socialdemocracia (hasta el punto de asesinarla), por el estalinismo (responsable de su muerte política) o ignorada por el llamado "eurocomunismo"? ¿Por qué la socialdemocracia sólo se interesa por su obra a la hora de intentar presentarla como una adversaria del leninismo, o el estalinismo sólo la "recuerda" como adversaria del revisionismo y de la socialdemocracia? ¿Por qué estas corrientes han silenciado, tergiversado o sencillamente censurado sus escritos como "peligrosos", "erróneos" o "anarquizantes"? No hay una sola respuesta a estos interrogantes, pero sí un evidente factor común: la teoría política y la ética luxemburguianas son, todavía hoy, la consciencia crítica tanto del leninismo como de la socialdemocracia, del estalinismo como del "eurocomunismo". Aún en la actualidad, y a pesar de los numerosos esfuerzos que se han hecho en diversos países por rehabilitar, por recomponer su personalidad histórica, se sigue teniendo una idea muy vaga de su trayectoria y de su vida: para unos fue una figura romántica, para otros una fanática sanguinaria, y para la mayoría finalmente una figura "ambigua" y "oscura" que cometió el error de oponerse a varias de las tesis leninistas "no se sabe muy bien en qué, cómo ni cuándo", pero en cualquier caso la etiqueta de "heterodoxa", de "material desechable" se impuso y significó durante muchos años (hasta el mayo del 68) su muerte política.

La realidad es muy otra. El marxismo de Rosa Luxemburg, el "fi-

lón Marx-Luxemburg" fue reconocido ya en su tiempo (por Franz Mehring, por el propio Lenin) en toda su importancia, y es hoy todavía uno de los más creativos, originales y críticos dentro del pensamiento marxista desde la I Internacional. El suyo no se basa en fórmulas tácticas ni en "adoctrinamientos" estériles, sino que es en realidad una forma de ver, de vivir, de pensar y de hacer. El objetivo fundamental, pues, que nos hemos trazado es no sólo "recuperar", sino también dar cuenta de la enorme actualidad del pensamiento luxemburguiano.

Y ello nos obliga a plantear abiertamente aquella convicción de que partíamos al principio: la convicción de que en la actualidad, frente a la vía muerta en que se encuentra el movimiento obrero organizado debido al agotamiento y evolución tanto de la vía leninista como de la vía socialdemócrata, Rosa Luxemburg representa una tercera alternativa, una tercera vía entre Lenin y Kautsky. En efecto: a la división del movimiento obrero tradicional entre organización económica y organización política, y a su gran derrota histórica en 1914-1918, viene a sumarse un nuevo elemento de debilitación: la división entre socialdemocracia y leninismo. Estas sucesivas divisiones no sólo no pudieron impedir el auge del fascismo, el estalinismo, la guerra, ni el avance del capitalismo, sino que han supuesto la gradual atomización y han facilitado la progresiva integración del movimiento obrero y de su capacidad de respuesta, hasta el punto de aparecer hoy, especialmente en Occidente, como una fuerza institucionalizada. El profundo descrédito de los regímenes llamados de "socialismo real", la crisis de los viejos dogmas del "marxismo-leninismo", el agotamiento de la vía socialdemócrata como fuerza anticapitalista, y la falacia eurocomunista (que no ha pasado de una táctica parlamentaria típicamente defensiva, que en realidad oculta una carencia absoluta de principios, de objetivos y de línea estratégica) han sumido a las fuerzas populares, a todos los sectores potencialmente anticapitalistas, en una dinámica de integración progresiva dentro del orden político, económico, jurídico e ideológico vigente, sin aparente posibilidad objetiva ni voluntad subjetiva para superar las propias contradicciones ni para salir de la situación a la que ha sido empujada por las sucesivas divisiones de aquellas instancias organizadas.

Frente a la crisis actual de aquellas vías "oficiales" (comunista o socialista), e incluso de otras vías presuntamente alternativas (maoísmo, trotskismo, etc.), la importancia de las aportaciones teóricas luxemburguianas al pensamiento marxista nos parecen de un interés renovado y enormemente actual. Su profunda originalidad, su talante

antidogmático, antiburocrático y crítico la convierten no sólo en la mejor continuadora de Marx y en la enemiga más acérrima de la esclerosis, del oportunismo y de los pseudomarxismos, sino en uno de los pocos pensamientos capaces de abrir hoy vías de transformación nuevas, especialmente en los países de capitalismo avanzado, en los que ella se movió y para los cuales escribió. La unidad dialéctrica entre el elemento objetivo y el elemento subjetivo, entre espontaneidad y consciencia, entre clase y organización, y el tratamiento de los sectores no organizados de la sociedad, elementos todos ellos que aparecen a lo largo y ancho de toda su obra, dan cuenta de una personalidad y de un talante ético-político prácticamente únicos en aquella segunda generación de marxistas de la II Internacional, lo que la acerca en muchas ocasiones a posiciones sostenidas no sólo por lo que se conocería más tarde como los "consejistas", sino incluso por el propio pensamiento libertario, aunque ella misma lo negara reiteradamente, y que contribuyó a alejarla cada vez más tanto de la ortodoxia de la II como de la III Internacional.

Por todo ello nos encontramos, en España sobre todo, con una evidente falta de traducciones de sus obras y, cuando hallamos alguna, suelen venir precedidas de prólogos o introducciones excesivamente partidistas, que no contribuyen a la comprensión del conjunto de sus ideas, ni a trazar un panorama lo más completo posible de la personalidad y pensamiento de Rosa Luxemburg.

La publicación de la presente antología de escritos, cartas y fragmentos (en gran parte inéditos en España) no pueden cubrir evidentemente ese vacío cultural, literario y político, pero obedece a una necesidad y también a una preocupación: la necesidad de restablecer unos mínimos trazos para una visión más completa de la personalidad y pensamiento luxemburguianos. Y la preocupación, muy ligada a las características de esta colección, de ofrecer un material que no vaya dirigido tan sólo al estudioso especializado o al erudito, sino al vasto público de militantes e interesados por esa parcela cultural que es el pensamiento marxista. Los primeros, que ya conocen probablemente las obras mayores de Rosa Luxemburg, pueden encontrar aquí escritos y cartas que se publican por primera vez en España; para los segundos, para el público no familiarizado con su pensamiento y obra, los fragmentos que hemos seleccionado de sus obras más conocidas e importantes tienden a estimular, no a sustituir, la lectura de aquéllas. Para todos presentamos el material con una ordenación temática (no exhaustiva, y ciertamente subjetiva, pues hay indudables lagunas, como son

su consideración de las organizaciones sindicales, los puntos de contacto con el pensamiento libertario, su intervención en la política polaca, traducciones y escritos de tipo literario, entre otros), pero también cronológico, con lo que pretendemos cubrir dos objetivos: poner de manifiesto, por un lado, la diversidad temática y áreas de interés de la obra luxemburgiana, los múltiples aspectos y preocupaciones que fueron objeto de análisis o de crítica sistemática, y, por otro, evidenciar la evolución de su pensamiento a lo largo de las diferentes etapas por las que transcurrió su vida política, intelectual y personal.

Esta antología ofrece dos novedades de interés con respecto a otras antologías publicadas hasta la fecha: el espacio que se dedica a la vertiente humana, personal e incluso íntima de Rosa Luxemburg, que ha sido posible gracias a la copiosa correspondencia que todavía se conserva de ella. Nos hemos decidido a incluir este capítulo porque pensamos que las ideas no pueden disociarse de la personalidad y de la vida privada, cotidiana, de quien las produce, que en el caso de Rosa Luxemburg presenta una gran coherencia. Nuevo también es, por último, el espacio que dedicamos al tema de la mujer, dado el interés que pensamos puede suscitar la particularísima visión que sobre esta cuestión tenía nuestra autora.

I. Cronología y nota biográfica

CRONOLOGÍA DE LAS OBRAS MÁS IMPORTANTES DE ROSA LUXEMBURG Y ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Los escritos "más importantes" de Rosa Luxemburg no alcanzan a ocupar una cuarta parte del total de la producción literaria de esta autora. A diferencia de muchos otros grandes pensadores políticos de su época, Rosa Luxemburg escribió la mayor parte de su producción teórica en forma de pequeños artículos para la prensa del partido socialdemócrata polaco y alemán, y ellos constituyen precisamente el grueso de su aportación escrita. Sus obras más conocidas, por lo tanto, fueron más bien excepcionales, y esporádicas, escritas muchas veces al hilo de algún acontecimiento importante que mereció su particular atención.

El conocimiento de las obras de Rosa Luxemburg ha sido y sigue siendo muy escaso y necesariamente parcial. Porque es necesario decir que no se han editado todavía sus "obras completas", debido, en parte, a la gran dispersión de sus escritos tras los acontecimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios que tuvieron lugar después de su muerte. A ese dato hay que añadir que sus discrepancias con Lenin serían más tarde, durante la época del estalinismo, elevadas a la categoría de "heterodoxia", lo que contribuyó a mantener su pensamiento en la más absoluta oscuridad.

Sólo muy lentamente, pues, y únicamente a partir de la década de los setenta, se ha ido recuperando y reconstruyendo su correspondencia, sus artículos y folletos, que por fin han empezado a merecer un tratamiento editorial serio (en Alemania Oriental, en Polonia y en Italia principalmente) pero cuyas ediciones contienen todavía lagunas importantes, especialmente de los escritos de su primera época y de varios dedicados a la cuestión nacional. Una parte de la correspondencia parece haberse perdido irremisiblemente. En España se desconocen prácticamente todas sus obras "menores", es decir, más de las dos terceras partes de toda su obra.

A continuación presentamos una cronología de sus escritos más relevantes, en la que se indican aquellos que todavía siguen inéditos en España, y ofrecemos al lector una orientación bibliográfica basada en las ediciones que nos parecen más completas y las que, por su interés, son además más asequibles.

Según la fecha de su redacción

1897	El desarrollo industrial de Polonia*
1898/99	Reforma social o revolución
1903	En memoria del "Proletariado"
1904	Problemas de organización de la socialdemocracia rusa
1905	Prefacio a "La cuestión polaca y el movimiento socialista"
1906	Introducción a la economía política (inacabada)
	Huelga de masas, partido y sindicatos
1908/09	La cuestión nacional y la autonomía*
1912	La acumulación del capital
1915	La crisis de la socialdemocracia (El folleto "Junius")
1915/16	Anticrítica. (La acumulación del Capital. Una anticrítica o en qué han convertido los epígonos la teoría marxista)
1918	La revolución rusa (publicada después de su muerte)

* Inéditos en España. Existe una traducción castellana de ambas obras en Ed. ERA, México.

Obras de Rosa Luxemburg

En alemán

Gesammelte Werke. Berlín: Dietz Verlag, 1970 y ss. (6 vols.)
Internationalismus und Klassenkampf (Hrsg. J. Hentze). Neuwied/ Berlín: Luchterhand, 1971.

En inglés

The National Question. Selected Writings (Ed. H.B. Davis). New York-London: Monthly Rev. Press, 1976.
Selected Political Writings (Ed. D. Howard). New York-London: Monthly Rev. Press, 1971.

En italiano

Scritti Politici. (Ed. L. Basso). Roma: Riuniti, 1967 y 1974.
Lettere ai Kautsky (Ed. L. Basso). Roma: Riuniti 1971.

En francés

Le Socialisme en France (1898-1912). París: Belfond, 1971.
Correspondance (Ed. G. Haupt), 2 vols. París: Maspéro, 1975 y 1977.
Lettres à Léo Jogichès (Ed. V. Fay), 2 vols. París: Denoël, 1971.

En castellano

Escritos Políticos. Barcelona: Grijalbo, 1977.
Textos sobre la cuestión nacional. Madrid: Ed. de la Torre, 1977.
Debate sobre la huelga de masas. Buenos Aires: Cuadernos Pasado y Presente, 1975.
Introducción a la Economía Política. Madrid: Siglo XXI, 1974.
La acumulación de capital. México: Grijalbo, 1967.
Obras escogidas. México: Ed. Era, 1978.
El desarrollo industrial de Polonia. México: Cuadernos de Pasado y Presente 1979.
La cuestión nacional y la autonomía. México: Cuadernos de Pasado y Presente 1979.
Cartas de amor a León Jogiches. Buenos Aires: Ed. La Flor, 1973.

Cartas a Karl y Luise Kautsky. Barcelona: Galba, 1970.
Cartas de la prisión. Buenos Aires: Distribuidora Baires, 1974.

Obras sobre Rosa Luxemburg
(En castellano)

J.P. Nettl, *Rosa Luxemburg.* México: Era, 1974.
P. Frölich, *Rosa Luxemburg. Vida y obra.* Barcelona: Fundamentos, 1976.
L. Basso, *El pensamiento político de Rosa Luxemburg.* Barcelona: Península, 1976.
N. Geras, *El legado de Rosa Luxemburg.* México: Era, 1978.
Díaz Valcárcel, *La pasión revolucionaria de Rosa Luxemburg.* Madrid: Akal, 1975.
Gómez Lorente, *Rosa Luxemburg y la socialdemocracia alemana.* Madrid: Edicusa, 1975.
M.J. Aubet, *Rosa Luxemburg y la cuestión nacional.* Barcelona: Anagrama, 1977.
J.M. Vidal Villa: *Conocer Rosa Luxemburg y su obra.* Barcelona: Dopesa, 1978.
"Rosa Luxemburg hoy", Extra nº 3 de *Materiales,* Barcelona, 1978.

BREVE NOTA BIOGRÁFICA

Rosalia Luxemburg nace en 1871 en Zamosc, en la zona de Polonia ocupada por Rusia desde 1815, en el seno de una culta familia judía relativamente acomodada perteneciente a la clase media. La familia Luxemburg, de la que formaban parte otros cuatro hermanos –Nicolás, Maximiliano, José y Anna– se traslada muy pronto a Varsovia donde Rosa, aquejada de un dolor en la pierna y tras un diagnóstico equivocado, recibe una cura contraindicada y como resultado de ella le queda una pequeña deformación en la cadera y una ligera cojera. Estudiante muy aventajada, es una de las pocas jóvenes hebreas aceptadas en el liceo de Varsovia (1882). Allí entraría en contacto con los círculos estudiantiles de oposición y con el Partido "Proletariado", el partido revolucionario socialista polaco de influencia marxista que operaba en la clandestinidad, y con el que Rosa Luxemburg colaboraría activamente. Tras una ola de represión que decapitó el "Proletariado", y tras un

intento efímero de recuperación del partido, Rosa Luxemburg decide, en 1889, abandonar clandestinamente Polonia para huir de la ola de fusilamientos y arrestos masivos que se desencadena contra la oposición. Se instala en Zürich, en casa de la familia Lübeck, socialdemócratas alemanes también exilados, pues Zürich era, en aquella época, un centro importante para la emigración revolucionaria en general. Aquí conocerá Rosa a otros revolucionarios rusos, alemanes y polacos, como Axelrod, Zasulich, Plejanov, Karski, Warski y Parvus. En 1890 se inscribe en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Zürich para estudiar matemáticas y ciencias naturales, una pasión que volvería a aparecer en sus últimos años de vida en la cárcel. En Zürich conoce al joven lituano judío Leo Jogiches, destinado a jugar un papel fundamental en su vida personal y política. Dos años más tarde pasa a la Facultad de Ciencias Políticas y con ocasión de las huelgas de Varsovia y Lodz del 1º de mayo de 1892 empieza a colaborar en la prensa polaca clandestina con el seudónimo de R. Kruszynska.

Al año siguiente funda con Jogiches, Warski y otros el Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia (SDKP), en oposición al Partido Socialista Polaco (PPS) de base más nacionalista y, a los pocos meses, con el dinero de Jogiches, sale publicado en París el primer número del órgano del recién fundado partido, *Sprawa Robotnicza* (Causa obrera) del que Rosa será, con Jogiches y Warski, una constante colaboradora. El *Sprawa Robotnicza* nace, pues, con una línea marxista muy definida, y marcado por su polémica con las corrientes nacionalistas en el seno del socialismo polaco (cuyo portavoz era el PPS) y a favor de la unidad y la colaboración entre la clase obrera polaca y la rusa.

En ese mismo año, en 1893, tiene lugar el III Congreso de la II Internacional en Zürich, y como delegada de *Sprawa Robotnicza* Rosa Luxemburg redacta un informe de ruptura con la tradición independentista de la oposición polaca, pero su representatividad sería contestada por el PPS que contaba con el respaldo de Plejanov y del propio Engels.

Al año siguiente asume la dirección del *Sprawa Robotnicza,* que a partir de ese momento adoptaría claramente una línea política basada en las premisas luxemburguianas, bases a su vez de las líneas programáticas aprobadas en el I Congreso de la SDKP: rechazo del objetivo de la independencia de Polonia, internacionalismo, y aceptación de los principios del programa socialdemócrata de Erfurt. Pero la violenta represión y los continuos arrestos de los dirigentes del SDKP acabarían poco más tarde con la publicación.

Del mes de marzo de 1896 data su primera carta al redactor jefe de la *Neue Zeit,*[1] Karl Kautsky, proponiéndole la publicación del artículo, *"Nuevas corrientes en el movimiento socialista polaco en Alemania y Austria"* en el que cofiere un carácter eminentemente práctico al análisis crítico de esas corrientes nacionalistas, pero ya consciente de que "su importancia desborda de lejos el marco del movimiento polaco en sí". Con este artículo empieza una etapa de colaboraciones asiduas en la *Neue Zeit,* todas ellas en torno al tema central de las divergencias en el seno del movimiento socialista polaco y contra la corriente "socialpatriota" o "nacionalista-socialista" –como ella la llama– del PPS. Ese mismo año empiezan también las colaboraciones de Eduard Bernstein en el mismo órgano teórico, colaboraciones que, en forma de artículos, y luego como libros, constituyen su conocida obra *Problemas del socialismo,* donde intenta dar un respaldo teórico al reformismo político que, de hecho, empezaba ya a practicar la socialdemocracia alemana. Este intento bernsteiniano de revisar no la práctica misma, sino nada menos que la teoría marxista en su totalidad, constituye la esencia de lo que se conocería como "revisionismo".

Del 17 de julio al 1 de agosto se celebra en Londres el Congreso de La Internacional, en el que el mandato polaco de Rosa Luxemburg es finalmente reconocido. Ella presenta una moción de condena al programa socialpatriota, y al de la independencia de Polonia en general, pero la resolución finalmente adoptada ofrecía una solución de compromiso entre el internacionalismo del SDKP y el independentismo del PPS, prevaleciendo las tesis del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

A partir de Londres, la "cuestión nacional" deja de ser un problema localizado en Polonia para pasar a ser un centro de interés, indudablemente polémico, para toda la Internacional. Y Rosa Luxemburg había conseguido, a sus veinticinco años, no sólo ver aprobado su mandato, es decir, su representatividad y la de su partido, sino ser escuchada y respetada por los máximos representantes del movimiento socialista internacional.

En 1897 presenta su tesis doctoral, *El desarrollo industrial de Polonia,* (publicada un año después), prácticamente el primer análisis socio-económico riguroso de la Polonia rusa de finales de siglo, obra que

---

1. Órgano teórico del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), el partido entonces más importante e influyente de la II Internacional.

le permitía además defender sobre bases científicas su línea política antiindependentista para el caso de Polonia anexionada por las tres grandes potencias del momento: Alemania, Austria y Rusia. En mayo vuelve a París donde entra en contacto con los viejos militantes socialistas J. Jaurès, J. Guesde y E. Vaillant, con los que mantendría siempre una viva y amistosa correspondencia, a pesar de las diferencias políticas (especialmente con Jaurès).

Más o menos por esa época Rosa Luxemburg decide instalarse en Alemania. En abril, y con el fin de adquirir la ciudadanía alemana, realiza un matrimonio blanco con Gustav Lübeck, el hijo de sus viejos amigos de Zürich, y en mayo se establece en Berlín. Su decisión, que obedecía sin duda a la necesidad de dotarse de un campo más amplio para su actividad teórica y militante, venía determinada también por las exigencias del mismo socialismo polaco: en Alemania, uno de los países anexionistas, trabajaban más de tres millones de obreros polacos. Con su llegada a Alemania empieza una etapa decisiva para su vida política. Aunque sigue colaborando y escribiendo sobre temas polacos, va tomando también posiciones respecto de los problemas de la socialdemocracia alemana internacional. Empieza a colaborar en el *Leipziger Volkszeitung,* donde publica sus primeros artículos contra las tesis revisionistas de Eduard Bernstein, en el marco del debate general que se había iniciado en el socialismo alemán en torno a la "actualización", por parte de Bernstein, de las premisas fundamentales del marxismo, en su intento de adecuar la teoría marxista a la nueva realidad social, económica y política de Alemania. Durante poco más de un mes se le ofrece a Rosa Luxemburg la dirección del *Sächsische Arbeiterzeitung,* pero su aislamiento dentro de la redacción y sus diferencias con los líderes del partido (Gradnauer, Ledebour), de tendencia derechista, le llevan a dimitir.

En octubre de 1898 toma parte, por primera vez como delegada de la socialdemocracia alemana, en el Congreso que el SPD celebra en Stuttgart, y allí se enfrenta duramente con los líderes más oportunistas del partido (Vollmar, Heine). Sobre el Congreso de Stuttgart escribiría más tarde a Bebel: "a pesar del mal recibimiento que se me hizo, tanto a mi como a otros camaradas no alemanes que no somos "de la casa", y ello no sólo por parte de los oportunistas, no he eludido la ocasión de verme vapuleada...". Estas palabras evidencian el escepticismo general con que Rosa Luxemburg fue recibida en el SPD: no sólo era una mujer, joven además, que se atrevía a tutearse y a criticar política y públicamente a los viejos líderes, sino que lo hacía "desde el ala

izquierda", la más crítica con respecto a la práctica parlamentaria cada vez más conservadora del gran partido alemán.

Desde su llegada a Alemania empieza una época de intenso y fructífero trabajo intelectual y político. Conoce las amistades más incondicionales (Franz Mehring, Klara Zetkin) y los odios más profundos, el paternalismo (de August Bebel) y las intrigas contra la izquierda en el partido. Cuenta, sin embargo, con el apoyo personal e intelectual (en forma de sugerencias, hipótesis, material de información y apoyo moral) de Leo Jogiches desde Zürich.

En 1899 Rosa publica en el *Leipziger Volkszeitung* una segunda serie de artículos contra Bernstein, que, junto con los primeros, aparecen en forma de libro con el título *Reforma social o Revolución,* la obra teórica más completa que se escribiera entonces contra el revisionismo, todavía hoy un clásico de la izquierda revolucionaria. Por esa época se inicia su amistad todavía algo "distante" con los Kautsky: "Todos estos amores [de los Kautsky]", escribirá a Jogiches, "en lugar de alegrarme, me pesan. Toda amistad iniciada en la edad adulta, y sobre todo una amistad que es mitad "camaradería de partido", es un peso, implica deberes, esfuerzos [...] la prueba es que desde que vivo en Friedenau no he ido a visitarlos una sola vez por propia iniciativa, sino siempre por invitación de ellos...", distancia que sólo con Luise Kautsky se transformará en amistad profunda.

A finales de 1899 nace la Socialdemocracia del Reino de Polonia y Lituania (SDKPiL), y a mediados de 1900 Leo Jogiches va a Berlín a vivir con Rosa, tras largas discusiones epistolares entre ellos. En septiembre participa como delegada alemana (el PPS había conseguido impedir el reconocimiento de su mandato polaco) en el Congreso Internacional de París, donde presenta una ponencia sobre la paz, el militarismo y el ejército. Publica ese mismo año un folleto, *En defensa de la nacionalidad,* contra el proceso de "prusificación" de las escuelas polacas.

Durante los años 1901 y 1902 continúa con sus colaboraciones en la prensa socialdemócrata alemana, retoma provisionalmente la dirección del *Leipziger Volkszeitung,* y dedica gran parte de su producción literaria a los asuntos internos de Polonia, –siempre en polémica con los nacionalistas–, a la crítica de la política de Jaurès y del ingreso de Millerand en el gobierno burgués, y a debatir y polemizar con los líderes socialistas alemanes en torno a la huelga general, centrado ahora en el caso belga, donde la huelga por el sufragio universal se había realizado a pesar de la dirección del partido y de los sindicatos.

En 1903 tiene lugar su primera polémica con la socialdemocracia rusa (POSDR) con ocasión del Congreso del partido ruso celebrado en Bruselas. La delegación del SDKPiL presentó una moción (preparada por Rosa y Jogiches) en la que se renunciaba a la unificación con el partido ruso debido al párrafo 9 relativo al derecho de los pueblos a la autodeterminación; en su artículo "La cuestión nacional en nuestro programa", preparatorio del Congreso, Lenin había escrito: "Nuestro programa no impide que el proletariado polaco adopte la consigna de una República polaca libre e independiente, a pesar de que es poco probable que esta consigna pueda llevarse a cabo antes de la victoria del socialismo" (*Iskra*, nº 44). La respuesta de Rosa Luxemburg a Warski, delegado en Bruselas del SDKPiL, es taxativa: "Debes decir a los rusos que, con este artículo, el interés *moral* de nuestra adhesión al partido ruso (que ha sido un arma en la lucha contra el PPS) es para nosotros mínimo y que era precisamente este aspecto moral el que más nos interesaba. Si rehúsan modificar el párrafo 9 según los términos de nuestra declaración*, nosotros *retiraremos nuestra adhesión*". No se llegaría a un acuerdo, pero se evitó la ruptura. El congreso aprobaría el programa de Lenin, y la controversia quedó abierta...

Ese mismo año comienza a publicarse la *Przeglad Socjaldemokratyczny* (Revista socialdemócrata) dirigida por Jogiches y Rosa Luxemburg.

En 1904 es condenada a tres meses de cárcel por insultos públicos al emperador. En *Neue Zeit* y en *Iskra* aparece publicado casi simultáneamente su escrito "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa", una crítica al ultracentalismo de Lenin. En agosto participa como delegada polaca y alemana en el Congreso Internacional de Amsterdam. Su internacionalismo empieza a emerger sobre sólidas bases: Polonia, Alemania, Francia, Bélgica, y ahora Rusia, son centros de interés, incluso de militancia, y temas de reflexión que le permiten convertirse poco a poco en su portavoz más autorizado y en defensora de la "fraternidad internacional" de la clase obrera.

En enero comenta en la *Neue Zeit* el comienzo de la revolución rusa a raíz del "domingo sangriento" (22.1.1905) en San Petesburgo. En septiembre, en el Congreso Socialdemócrata de Jena, pronuncia un discurso en favor de la huelga política de masas que le vale una denuncia por incitación a la violencia. El tema de la huelga política de masas

*Véase, a este respecto, la introducción a la sección "La cuestión nacional", en esta misma edición, p. 137.

se convertirá, para Rosa Luxemburg, en una cuestión esencial a partir de ahora, que no sólo polarizaría al SPD y a la Internacional, sino que será el punto conflictivo que la obligará poco a poco a adoptar posturas cada vez más radicales y críticas con respecto a la dirección del partido alemán. En noviembre de aquel año entra a formar parte, con Jogiches, de la dirección del *Vorwärts*[2], para pocas semanas después viajar a Varsovia, bajo el nombre falso de Anna Matsche, con objeto de participar en el proceso revolucionario.

Tras unos meses de intensa agitación, tanto práctica como editorial, es denunciada y encarcelada en Varsovia, junto con Jogiches, el 4 de marzo de 1906. No pudo ser identificada y, con el pago de una fianza, fue puesta en libertad el 8 de agosto. Abandona Varsovia para instalarse en Kuokkala, Finlandia, muy cerca de San Petersburgo, donde vuelve a establecer contacto con Lenin, Zinoviev, Bogdanov y Axelrod, lo que supone el inicio de una fase de estrecha colaboración con ellos. Allí escribe, a petición del SPD y bajo el impacto de la experiencia revolucionaria vivida, su *Huelga de masas, partido y sindicatos*, obra en la que el tema central, la huelga de masas, está orientado hacia la concienciación del *proletariado alemán*, muy domesticado ya por el partido y por los sindicatos. En el Congreso de Mannheim, que tuvo lugar en septiembre de 1906, se abre la brecha entre el ala más internacionalista y más crítica de un lado, y los líderes socialdemócratas y sindicales más reformistas, por otro, en torno a la huelga de masas. Para Rosa Luxemburg ésta es precisamente el instrumento que permite relacionar el programa mínimo (reivindicaciones inmediatas) con el programa máximo (la toma del poder), y que resuelve el problema de la relación entre el proletariado organizado y las masas no organizadas, entre la conciencia "latente" y la conciencia "real". Su colaboración en la prensa socialdemócrata de ese año sobre el tema es la más copiosa de toda su vida, aunque parte de ella siga aún inédita.

A finales de diciembre es condenada a dos meses de cárcel por el discurso pronunciado en Jena. Inicia ese mismo año el esquema de su *Introducción a la Economía Política*, nunca terminada.

Leo Jogiches, que había sido condenado en Varsovia a 8 años de trabajos forzados, logra fugarse y vuelve en abril de 1907 a Alemania, fecha en que termina su relación afectiva y sus relaciones personales con Rosa Luxemburg, aunque no por ello dejan de trabajar juntos en

---

2. Órgano central del SPD.

cuestiones políticas. Poco después Rosa inicia una breve relación personal con Konstantin, el joven hijo de Clara Zetkin, lo que es causa de cierto distanciamiento entre ambas mujeres durante un corto periodo de tiempo. A pesar de todos sus esfuerzos, tras su vuelta a Alemania. Rosa Luxemburg se ve cada vez más impotente para contrarrestar las tendencias mayoritarias, cada vez más oportunistas, en el SPD.

En 1907 había tenido lugar un relevo generacional en el aparato dirigente del SDP. Ebert y Scheidemann, pertenecientes a una nueva generación de burócratas autoritarios, ocupan los puestos de los viejos fundadores; una generación muy alejada de la base, muy profesionalizada y más preocupada por "conservar" que por buscar vías alternativas a una práctica política cada vez más claudicante. Ese mismo año empezarían las tensas relaciones con Kautsky que allanarían el camino para la ruptura definitiva en 1910.

Pero luchadora y optimista hasta el final, Rosa Luxemburg busca brechas por donde consolidar el contacto con la base, con la calle, y poder hacer llegar sus ideas y sus críticas. En mayo participa como delegada del SDKPiL en el V Congreso del POSDR, y las posiciones de Lenin y Rosa se aproximan. Al mes siguiente cumple los dos meses de cárcel a que la había condenado el tribunal de Weimar. En el Congreso Internacional de Stuttgart consiguió aprobar, con Lenin y Martov, la famosa enmienda a la resolución de Bebel contra la guerra. En octubre se le encomienda la dirección de la Escuela Central del partido en Berlín, con el encargo de dar 50 horas mensuales de Economía Política.

En 1908 empieza a publicar los primeros artículos sobre *La cuestión nacional y la autonomía* para *Przeglad Socjaldemokratyczny* publicados como libro en 1909 y que representa su obra más importante, madura y extensa sobre el tema.

En 1910, cuando Rosa Luxemburg insiste en plantear como cuestión principal y prioritaria el reconocimiento "oficial" de la importancia de la huelga de masas como forma de lucha revolucionaria, estalla el conflicto. En el marco de una campaña de manifestaciones contra el sistema electoral, Rosa Luxemburg propone la consigna de la República y de la huelga de masas. A tal efecto escribe un artículo, *"Was weiter?"* (¿Y ahora qué?) que Kautsky se niega a publicar en la *Neue Zeit*, y el mismo comité directivo del partido, bajo la presión de los sindicatos, prohíbe toda clase de campaña, reunión o discusión en torno al tema de la huelga. Es la ruptura definitiva, personal y política, con Kautsky. Convencida de que el tema "deben decidirlo las propias masas", Rosa publica su artículo en el *Dortmunder Arbeiterzeitung*, re-

producido luego también en Leipzig y en Bremen. A pesar de la prohibición, Rosa se decide a hacer mítines en torno al tema de la huelga, con la aprobación e incluso el entusiasmo de grandes sectores obreros. Es evidente que el tema de la huelga de masas estaba directamente relacionado con la cuestión central de la estrategia general de la socialdemocracia alemana e internacional, cuyos representantes estaban divididos entre una línea, mayoritaria, de tipo conservador (la *Ermattungsstrategie* de Kautsky) y otra que se negaba a comerciar con los principios y que propugnaba una lucha abierta, sin pactos ni concesiones, representada por Rosa Luxemburg, y más o menos esbozada en su *Huelga de masas.* Consciente de ello, Rosa escribe ese mismo año: "Ocurre que nuestros mejores camaradas no han asimilado en absoluto las lecciones de la revolución rusa. Pienso que sería muy útil difundir más extensamente mi libro, porque quizás hoy el terreno esté mejor abonado..."

A partir de ese momento aumenta su agresividad y su distanciamiento respecto a la dirección del SPD, y conoce incluso campañas de difamación contra su persona[3]. Su interés fundamental, dada la actitud "censora" de la prensa del partido para con ella, se centra en el contacto directo con las bases, en un intento cada vez más desesperado por neutralizar la intoxicación de que son objeto por parte de las corrientes reformistas del partido y de los sindicatos.

En 1912 surge un nuevo conflicto con los bolcheviques a propósito de la escisión en el SDKPiL del grupo de Radek, grupo que es apoyado por Lenin. En el fondo de la polémica, oficialmente motivada por la escisión, está la vieja cuestión del problema nacional y el tema organizativo, pero esa polémica seguirá abierta, esta vez, hasta la misma revolución rusa. En diciembre de ese mismo año Rosa acaba su *Acumulación del capital.*

En septiembre de 1913 participa en el Congreso socialdemócrata de Jena con un discurso sobre la huelga de masas como arma privilegiada contra la guerra. Los mítines públicos contra la guerra y en favor de la fraternidad internacional de la clase obrera se suceden. Expulsada de la redacción del *Leipziger Volkszeitung,* comienza a publicar junto con Karski y Mehring la *Sozialdemokratische Korrespondez,* de la que sólo salieron cuatro números.

---

3. Véase al respecto la carta a C. Hänisch, de 2.12.1911, en la sección "El Personaje", p. 56.

En febrero de 1914 fue condenada por el Tribunal de Frankfurt a un año de cárcel por sus discursos pacifistas del año anterior. Su autodefensa, que convirtió en un mitin, fue publicada por la prensa socialdemócrata y representa todavía hoy un alegato agudísimo contra el militarismo y contra la guerra. En julio, el ministro de la guerra prusiano, general von Falkenhayn, ordena abrir un proceso contra Rosa Luxemburg por haber denunciado la brutalidad de que eran objeto los soldados por parte de la oficialidad militar. La cantidad enorme de testimonios que se presentaron voluntariamente para sostener su defensa obligaron al tribunal a suspender el proceso por tiempo indefinido.

Junto con la minoritaria ala izquierda del partido y refrendada por su popularidad, intenta todavía organizar mítines y manifestaciones contra la guerra, pero el 4 de agosto, con la votación por parte de todo el grupo parlamentario socialdemócrata en el parlamento de los créditos de guerra, marca el triunfo de la política más reformista y chovinista del SPD, y también fue el fin de toda una época. La misma razón de ser de Rosa Luxemburg se derrumba. Tras un periodo de profunda depresión y de impotencia frente a la brutalidad del hecho (el respaldo del partido a la política de guerra) Rosa Luxemburg ve confirmada su condena a un año de cárcel y el 18 de febrero de 1915 entra en la prisión femenina de la Barnimstrasse.

En mayo de ese mismo año el pequeño grupo aglutinado en torno a ella, Mehring, Mayer, Clara Zetkin, consigue sacar el primero y único número de la revista *Die Internationale* inmediatamente secuestrada. A pesar de su encarcelamiento, Rosa Luxemburg sigue colaborando con panfletos y artículos que consigue sacar de la cárcel por medio de Mathilde Jacob y escribe ese año también la *Crisis de la Socialdemocracia* (el famoso *Folleto Junius* publicado al año siguiente). Son todos ellos alegatos contra la guerra, contra el patriotismo desenfrenado que había hecho imposible no sólo la resistencia obrera frente a la guerra, sino la misma continuidad y razón de ser de la Internacional.

En enero de 1916, en la I Conferencia del grupo *Internationale* se aprueban las *"Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional"*, escritas por Rosa en la cárcel y reelaboradas por Karl Liebknecht. El 27 de enero aparece publicada la primera *Spartakusbrief* (Carta de Espartaco) que el grupo Internationale publicaría clandestinamente hasta 1918 bajo el seudónimo colectivo de *Spartakus.* Había nacido la *Spartakusbund* (Liga Espartaquista).

El 18 de febrero de 1916 Rosa Luxemburg sale de la cárcel, pero es encarcelada de nuevo en julio como "medida preventiva", primero

en la cárcel de mujeres de Barnimstrasse, poco después en la fortaleza de Wroncke, de la que ya no saldría hasta la revolución de noviembre de 1918. Su colaboración en la Liga Espartaquista no se resiente por ello. En enero de 1917, bajo el seudónimo de Gracchus, Rosa Luxemburg publica en *Der Kampf* (La lucha) un artículo contra el abandono del viejo partido socialdemócrata, con el argumento central de que, si así se hiciera, el SPD podría quedar "en manos de los socialchovinistas". A pesar de todo, pues, la Liga Espartaquista, de acuerdo con las tesis sustentadas por Rosa sobre "la necesidad de mantener el contacto con las masas a toda costa", no se plantea en absoluto romper sus vínculos orgánicos con el SPD, lo que sería mucho más tarde base para una de las críticas más radicales del "luxemburguismo". La Liga Espartaquista se constituye, de todos modos, en grupo claramente autónomo y opuesto a la línea del partido, con sus propios dirigentes y órganos de expresión, pero tiene que actuar prácticamente en la ilegalidad, con sus líderes en la cárcel, y bajo una ola de propaganda feroz desatada contra ellos desde el gobierno y desde la misma oposición socialdemócrata.

En 1917 escribe su *"Anticrítica"*, es decir, su respuesta a los críticos de su *Acumulación del capital*, y empieza, desde abril, a escribir con entusiasmo sobre los acontecimientos revolucionarios que acontecen en Rusia. Gran parte de sus colaboraciones en las *Spartakusbriefe* pretenden dar a conocer a la clase obrera alemana los logros del proceso revolucionario ruso para arrancarla de su sumisión y pasividad frente a las autoridades del SPD. Entre septiembre y octubre de 1918 escribe *La revolución rusa*, publicada por Paul Levi póstumamente (1921) parece que por deseo explícito de la autora. En ella analiza diversos aspectos de la revolución en marcha de forma muy crítica, aspectos que habían sido ya caballo de batalla en sus anteriores polémicas con Lenin: el derecho de los pueblos a la autodeterminación, la relación entre el partido y las masas, el problema de la "dictadura del proletariado", entre otros. Su crítica va dirigida a un partido cuya hegemonía política no discute y con el que, en última instancia, se identifica, pero advierte, desde la crítica amistosa, contra los errores que pudieran convertirse más tarde en obstáculos reales para el proceso revolucionario y para la implantación del socialismo.

En el Congreso de Gotha, celebrado por el SPD en abril, una minoría sale del partido (Kautsky, Bernstein, Hasse) para fundar el nuevo Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), al que pasaría a vincularse la Liga Espartaquista. El 8 de noviembre, finalmente, Rosa

Luxemburg es liberada de la cárcel, en pleno derrumbe del régimen, y vuelve a Berlín para meterse de lleno en las tareas de la revolución. El grupo espartaquista empieza a publicar ese mismo mes *Die Rote Fahne* (La Bandera roja), donde Rosa publica *¿Qué quiere la Liga Espartaco?*, el programa de la liga que es a la vez una respuesta a la política claudicante de la vieja socialdemocracia y un intento de superación de los errores que empezaban a vislumbrarse en Rusia. Todo ello en la creencia de que la revolución alemana sería inminente y el segundo capítulo de la revolución mundial.

En diciembre de 1918, el I Congreso de los consejos de obreros y soldados, elegidos por sufragio indirecto, da la mayoría a la socialdemocracia mayoritaria, la vieja SPD. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht salen también elegidos. Con los consejos obreros controlados por el reformismo, y con la negativa de la USPD a convocar un congreso nacional, la Liga espartaquista decide separarse finalmente de la USPD y fundar un nuevo partido. Rosa Luxemburg accederá a ello tras muchas vacilaciones. Jogiches permanece contrario a la decisión. Pero el 31 de diciembre, junto con otros grupos minoritarios de extrema izquierda (de Bremen, sobre todo) fundan el Partido Comunista alemán. En el congreso de fundación, a pesar de la alocución que dirigió Rosa a los participantes (*Discurso sobre el programa*), en el que proclama la superación de las tesis del congreso de Erfurt, el grupo espartaquista queda en minoría. El 4 de enero se inician manifestaciones masivas en Berlín y en otras ciudades, y, a pesar de la oposición de Rosa Luxemburg, Jogiches, Radek, Liebknecht y Levi, el recién fundado PCA opta por desencadenar una tentativa insurreccional para derrocar al gobierno socialdemócrata recién llegado al poder. El 11 de enero el comisario del pueblo para el ejército y la marina, el socialdemócrata Gustav Noske, entra en Berlín con los *Freikorps* (fuerza contrarrevolucionaria reclutada entre los elementos más reaccionarios del antiguo ejército imperial) y arrasa la sede del *Vorwärts,* ocupada por los espartaquistas.

Comienza una ola de arrestos y de ejecuciones masivas y el 15 de enero detienen a Rosa Luxemburg y a Karl Liebknecht. Durante el traslado de ambos del Hotel Eden (sede de los *Freikorps*) a la prisión de Moabit, eliminan primero a Liebknecht, luego golpean a Rosa Luxemburg con la culata del fusil, disparan sobre ella, y lanzan su cadáver al Landwehrkanal. Al día siguiente las autoridades difunden la noticia de la muerte de Liebknecht a causa de un "intento de fuga" y del linchamiento de Rosa por parte de la muchedumbre enloquecida... El 25 de enero tiene lugar el funeral por ambos revolucionarios y por

otros 31 comunistas. Dos meses después es asesinado Leo Jogiches y en mayo se abre un "proceso" contra los asesinos de Rosa Luxemburg. El asesino de Liebknecht, Runge, fue condenado a dos años y dos semanas, y Kurt Vogel, el asesino de Rosa, a dos años y cuatro meses, aunque poco después se le proporciona una "fuga" a Holanda, y algo más tarde la amnistía. Sólo el 31 de mayo puede rescatarse el cadáver de Rosa Luxemburg del canal. El 13 de junio es enterrada en el mismo cementerio, el de Friedrichsfeld, donde yacen los restos de las otras víctimas de la represión de enero. En 1926 se inaugura un monumento en honor a Rosa y a Karl Liebknecht, que sería destruido por los nazis.

En el pleno del ejecutivo de la III Internacional celebrado en marzo-abril de 1925, el "luxemburguismo" fue oficialmente condenado por el comunismo internacional como herejía, como desviación y como heterodoxia "plagada de errores", lo que ha posibilitado que durante toda la época estalinista cayera el más absoluto silencio sobre la vida, el pensamiento y la obra de Rosa Luxemburg.

II. El personaje. Correspondencia

Rosa Luxemburg fue un personaje eminentemente político, y sin embargo su vida política fue sólo un aspecto, importante sí, pero parcial del conjunto de su personalidad y sólo a través de su copiosísima correspondencia ha sido posible desentrañar el talante humano, íntimo, de aquella a quien sus detractores llamaban "Rosa la roja".

Escribir era para R.L. no sólo una pasión, sino también una necesidad, una vía privilegiada de información y de comunicación, y dejó en esa actividad, a lo largo de toda su vida, mucho de sí misma.

Escribía fluidamente en polaco, en alemán, en francés y en ruso, y tras su asesinato, en el marasmo de la revolución y contrarrevolución alemanas, en plena división del movimiento obrero internacional, su correspondencia se dispersó, y sólo con la paciencia y la voluntad de tres de sus leales amigos, Luise Kautsky, Paul Levi y Mathilde Jacob, pudo poco a poco iniciarse su recuperación. Hasta muy recientemente no se nos ha dado la posibilidad de conocer (en francés, en polaco y en alemán sobre todo) una parte importante, aunque no toda, de ese material literario tan copioso[1]*, y a través de su lectura vamos descubriendo no sólo una especie de "crónica íntima" de la historia del socialismo de aquella época, sino, sobre todo, la psicología y la superioridad intelectual de una militante muy poco corriente.*

---

1. Falta todavía, o se ha perdido, su correspondencia con Clara Zetkin, con Vaillant, con Schönlanck, con Lenin, con Kostia Zetkin, etre otros.

El tono personal, íntimo, de su correspondencia con sus amigos descubre, detrás de "la camarada", también a la mujer, a la amiga leal, a la rica personalidad de alguien que se interesa, sí, por la vida social y política, pero también por la cultura, por la literatura, por el hombre. Sus cartas, en general, son testimonios vivos de su sentido del humor, de su ironía, de su sarcasmo para con sus enemigos, y a la vez de su inmenso optimismo, del amor y pasión por aquellos a quienes ama, por la vida misma, sentimientos que ni los años de cárcel pudieron quebrar.

Implacable en sus artículos y discusiones políticas, Rosa Luxemburg era generosa en su concepción de la amistad, que en ella no se confundía, sin más, con sus "preferencias políticas", y la fortaleza de su espíritu le granjeó amistades leales y profundas, pero también envidias y odios encarnizados.

Para esta sección hemos querido seleccionar cartas que no fueran "políticas" sino esencialmente personales, escogiendo aquellas que, por una razón u otra, nos han parecido más significativas para recomponer la fisionomía humana de Rosa.

Un primer bloque está constituido por las cartas íntimas que dirige Rosa Luxemburg a Leo Jogiches, aquel conspirador extraño, violento, posesivo e incluso celoso que desde su estancia en Zürich sería su compañero hasta su ruptura sentimental en 1906. Este primer bloque se enmarca en, y es expresión de la época de "aprendizaje" intelectual y político de Rosa, una primera época en que el peso intelectual de Jogiches es fundamental e imprescindible para Rosa Luxemburg, aunque se haya subvalorado siempre. Esa primera época termina en 1898 con su llegada a Alemania, con su ingreso en aquel gran partido-guía que era entonces la Socialdemocracia alemana.

De una segunda época, que finalizaría con la primera revolución rusa (1905-1906), hemos seleccionado tan sólo una carta dirigida a Karl Kautsky, en la que, conservando todavía aquel tono personal de la primera, revela no sólo una mayor madurez política y personal, sino un primer "roce" con Kautsky que luego, más tarde (1910), se convertiría en ruptura definitiva.

La carta de 1911 a Hänisch tiene un doble interés: por un lado, un interés político, al dar una idea bastante clara de la guerra entablada entre ella y sus enemigos dentro del partido, y de las dificultades personales con que tuvo que enfrentarse desde su llegada a Alemania; y, por otro, un interés de tipo ético e incluso psicológico, porque nos revela su forma de "estar", sus valores, sus razones, su talante y solidez personales a la hora de enfrentarse con amigos y enemigos.

El último bloque de cartas representa por sí mismo toda una época (1914-1918) en la vida de Rosa Luxemburg: la guerra, poco antes todavía considerada como una posibilidad, no sólo había hecho estallar en pedazos la Internacional y los partidos socialdemócratas que la integraban, sino que también había llevado a Rosa Luxemburg casi a la desesperación (véase carta del 1 de noviembre de 1914 a H. Diefenbach). Ese periodo supuso también para ella el aislamiento forzoso del mundo exterior (a excepción de unos pocos meses en 1916 en que salió de la cárcel), y el tono de su correspondencia alcanza una dimensión ética, filosófica, ausente en épocas anteriores, y que la lleva a reflexionar globalmente sobre el amor, la amistad, la felicidad, la cultura, el arte y la belleza, sobre la relación profunda entre el hombre y la naturaleza, y que son testimonios únicos no sólo de su sensibilidad artística sino también de la fuerza interior, de la fidelidad a sí misma y de la naturaleza moral de una vida que desborda, con mucho, su propia época histórica.

Se publican por primera vez en lengua castellana las cartas a Jogiches del 30-4-1900 y del 17-7-1900, las cartas a Hans Diefenbach, a Carl Hänisch, a Mathilde Jacob y a Mathilde Wurm, la carta a Luise Kautsky del 15-4-1917 y la carta a Sonia Liebknecht del 24-11-1917.
Hans Diefenbach *(1884-1917): médico alemán, durante un viaje a Berlín conoció a la familia Kautsky y a Rosa Luxemburg. Fue movilizado durante la guerra, y murió en el frente Occidental en la noche del 24 al 25 de agosto de 1917 al estallar una granada. Estaba vinculado a Rosa Luxemburg por una amistad amorosa y todos sus amigos comunes esperaban que se casaran después de la guerra.*

BIOGRAFÍA DE LOS CORRESPONSALES DE ROSA LUXEMBURG

Mathilde Jacob *(1873-1943): mecanógrafa de la* Sozialdemokratische Korrespondez, *editado por Mehring y Luxemburg, conoció a éstos en 1913. Durante la guerra fue una amiga y secretaria incondicional para Rosa Luxemburg. En 1939, temiendo que los documentos y cartas de Rosa Luxemburg que tan preciosamente había guardado cayeran en manos de los nazis, los confió a la Hoover War Library, gracias a lo cual se rescataron todos ellos. Fue deportada en 1942 a Theresienstadt y desapareció en un campo de concentración.*

Leo Jogiches *(1867-1919): activista y conspirador revolucionario polaco, emigró a Suiza en 1890, donde conoció a Rosa Luxemburg, de la que sería compañero y con la que viviría, intermitentemente, hasta 1905. Fundaron juntos el SDKP (Pardido socialdemócrata de Polonia) en 1893, del que sería siempre máximo dirigente. Arrestado en 1906 en Varsovia con Rosa Luxemburg, y condenado a 8 años de trabajos forzados, logró escapar. Aliado de los bolcheviques desde 1906 hasta 1911, se convirtió luego en su acérrimo adversario. Como en el caso de Rosa Luxemburg, su actividad militante la realizó paralelamente en dos partidos: en la socialdemocracia alemana y en la polaca. Durante la guerra fue uno de los fundadores y organizadores de la Liga Espartaquista. Arrestado en Berlín tras la huelga de enero de 1918, fue liberado por la revolución de Noviembre. Cofundador del partido comunista alemán, fue arrestado en marzo de 1919 y asesinado.*

Luise Kautsky *: (Luise Ronsperger, 1864-1943): nacida en Viena, segunda esposa de Karl Kautsky, amiga de Rosa Luxemburg, militante socialdemócrata, colaboró en la* Neue Zeit *y en el órgano de las mujeres socialistas,* Die Gleichheit. *En 1923 fue ella misma quien publicó las primeras cartas de Rosa Luxemburg. Luise siguió a su marido al exilio. Deportada, murió en Auschwitz.*

Karl Kautsky *(1854-1938): nacido en Praga, de origen checo, se adhirió en 1875 a la Socialdemocracia austríaca, para ingresar poco después en la socialdemocracia alemana. En 1883 funda la* Neue Zeit, *el órgano teórico del que es redactor jefe hasta 1917. Conoce a Marx y a Engels, se convierte en un asiduo de este último desde 1881, y a su muerte aparece como su "heredero". Es, desde entonces, el árbitro teórico del socialismo internacional. En 1898 lucha contra el revisionismo de su antiguo compañero, Eduard Bernstein. Rosa Luxemburg a su llegada a Alemania, cuenta con su amistad, pero la ruptura entre ambos se anuncia ya en 1907 por razones políticas. Fundador del Partido Socialdemócrata Independiente, se opondrá violentamente a la revolución de Octubre y al bolchevismo. Tras la guerra, instalado en Viena, sigue jugando un papel en la Internacional obrera socialista y se exila en 1938 a Amsterdam.*

Sonia Liebknecht *(1884-1946): de origen ruso, fue la segunda mujer de Karl Liebknecht, con el que se había casado en 1912. Era 13 años más joven que su marido y tomó a su cargo la crianza y educación de los tres hijos de Karl nacidos del primer matrimonio. Durante la guerra y el encarcelamiento de Karl, Sonia aseguró la relación entre Liebknecht, Rosa Luxemburg y los espartaquistas todavía en libertad.*

Mathilde Wurm *(1874-1934): militante del movimiento socialista de mujeres, aparece poco en el partido antes de 1914. En 1917 participa en el congreso fundacional del Partido Socialdemócrata independiente. Consejera municipal de Berlín en 1919-1921, es diputada en el parlamento a partir de 1920. Unificados de nuevo los dos partidos, sigue con su actividad entre las mujeres; es redactora de* Die Gleichheit *hasta 1923 y emigra a Inglaterra en 1933.*

Clara Zetkin *(1857-1933): nacida Eissner, se adhiere a la Socialdemocracia alemana en 1878. Va a trabajar a París donde se casa con Ossip Zetkin, revolucionario ruso. Participa en el Congreso fundacional de la II Internacional en París en 1889 y se instala en Stuttgart donde dirige desde 1892 hasta 1917 el órgano de las mujeres socialistas,* Die Gleichheit. *Fundadora del movimiento internacional de mujeres, es elegida secretaria en 1907. Situada a la izquierda del partido, será, con Rosa Luxemburg y Franz Mehring, uno de los fundadores del grupo Internacional y más tarde de la Liga Espartaquista. Encarcelada en 1915, será uno de los pocos defensores de la revolución rusa. En 1919 se adhiere al P.C. alemán y forma parte de su dirección hasta 1929. Diputada al Parlamento a partir de 1920, dirigió el periódico femenino* Die kommunistische Fraueninternationale *(La Internacional Comunista de mujeres) de 1921 a 1925.*

Conrad Hänisch *(1876-1925): afiliado a la socialdemocracia desde muy joven, sería colaborador de diversos periódicos del SPD. Perteneciente al ala izquierda del partido antes de la guerra, sus posiciones están muy próximas a Rosa Luxemburg y a Franz Mehring, pero durante la guerra adopta posiciones cada vez más chovinistas. Ministro de cultura de 1919 a 1921, sería presidente del gobierno de Wiesbaden de 1923 a 1925.*

Cartas

CARTA A LEO JOGICHES*

[Sin fecha. Por su tenor: París, 5 de abril de 1894.
Jueves noche.]

Aquí estoy en casa (o sea en el hotel), sentada a la mesa y tratando de ponerme a trabajar en la proclama. Querido mío: ¡no tengo ganas! La cabeza me duele y me pesa, el barullo y el ruido espantoso de la calle, ¡esta pieza abominable!... Quiero estar contigo, ¡no puedo más! Piensa por lo menos dos semanas más, porque este domingo no puedo preparar la conferencia a causa de la proclama; tendré, pues, que esperar hasta el otro domingo. Además, la conferencia rusa, después la visita de Lavrov.

Querido ¿cuándo terminará esto?... comienzo a perder la paciencia, no se trata del trabajo, ¡sino únicamente de ti! ¿Por qué no has venido a buscarme aquí? Si te tuviera conmigo... ningún trabajo me asustaría. Hoy en lo de Adolf, en medio de la conversación y de los preparativos de la proclama, sentí de golpe en el alma tanta fatiga y tanta nostalgia de ti que casi grité en voz alta. Tengo miedo de que el

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de amor a León Jogiches*. Buenos Aires: Ed. La Flor, 1973, pp. 43-44.

antiguo demonio (el de Ginebra y el de Berna) me asalte de pronto el corazón y me conduzca una noche a la estación del Este. Para consolarme imagino el momento en que silbe la locomotora, en que diga hasta pronto a Jadzia[1] y a Adolf, en que el tren por fin se mueva: el momento en que vaya a tu encuentro. Ah, Dios mío, me parece que toda la cadena de los Alpes se extiende entre mí y ese instante.

Querido, cuando esté cerca de Zurich, cuando me estés esperando, cuando por fin descienda del vagón, estarás en la puerta entre la multitud y no podrás venir corriendo hacia mí, ¡pero yo correré a tu encuentro! Pero no nos besaremos en seguida, ni nada, porque eso no haría más que arruinar todo, porque no expresaría nada de nada. Solamente nos apresuraremos para llegar a casa y nos miraremos y nos sonreiremos. Ya en casa... nos sentaremos en el sofá y nos abrazaremos uno al otro... y yo me desharé en lágrimas como ahora.

¡Querido! ya es bastante, ¡quiero que termine más rápido! No puedo más, mi amor. Por desgracia, temiendo un allanamiento, destruí por lo que pudiera suceder tus cartas y ya no tengo nada para consolarme.

¡Si supieras lo bien que escribes en polaco! ¡Cuando tu mujer proteste, ya verás! Seguramente te enojarás de que en toda la carta no te hable nada de los asuntos.

Para consolarte, agrego algunas palabras sobre ellos. Tu proclama me gusta mucho, salvo algunas palabras. Si ese alcahuete[2] está realmente en Zurich, trata de verlo y de extirparle el maldito nº de *La Causa*, es m. fácil.

¿Me telegrafiará Wlad[yslaw Henrich][3] los resultados?

---

1. Jadzia, diminutivo de Jadwiga Warski.
2. Se trata de un informante de la policía que se presentó en la imprenta de Reiff como anarquista polaco y obtuvo un ejemplar de *La Causa Obrera*. Probablemente se trataba de un provocador de la Okhrana zarista, llamado Benzef Wagner, infiltrado en el movimiento obrero polaco. Fue desenmascarado en 1893.
3. En una carta anterior Rosa le pide a Leo que cuando le lleguen los ejemplares del periódico le haga enviar por Heinrich un telegrama que diga solamente: Felicitaciones.
4. *Ateneum*, revista literaria mensual que aparecía en Varsovia en los años 1876-1901 y 1903-1905. Se trata de artículos sobre la influencia de las tarifas aduaneras rusas en la vida económica del Reino de Polonia, publicados por *Ateneum*, en los años 1890, 1891 y 1894 y que Rosa utilizó en su tesis de doctorado "El desarrollo industrial de Polonia", que preparaba durante su estancia en París.
5. Jan Bielecki (1826-1926), estudiante en Zurich, que formó parte del primer grupo socialdemócrata ligado a Rosa Luxemburg.

Viernes. Recibí el dinero, los libros y las cartas. Trabajo en la proclama. Cuídate y escribe.

Envíame las tarifas del *Ateneum*[4] y los recortes que tenía Janek [Bielecki][5].

CARTA A LEO JOGICHES*

[Suiza, 16 de julio, 1897.][1]

No, no puedo trabajar más. El pensamiento vuelve constantemente a ti. Es preciso que te escriba. Mi querido, mi amado, no estás en este momento a mi lado pero toda mi alma está plena de ti, te abraza. Seguramente te parecerá extraño, quizás hasta ridículo que te escriba esta carta estando a 10 pasos uno del otro, viéndonos tres veces por día; por otra parte –puesto que soy solamente tu mujer– ¿qué es este romanticismo, escribir cartas por la noche al marido? Amor mío, el mundo entero puede reirse, pero tú no, tú lee seriamente y de corazón, con emoción, con esa misma emoción con la que antes leías mis cartas –en Ginebra– cuando yo todavía no era tu mujer. Porque yo las escribo con la misma emoción que entonces, y como entonces toda mi alma se lanza hacia ti y mis ojos se llenan de lágrimas (¡probablemente sonrías ante estas palabras "porque ahora lloro por cualquier cosa"!).

Amado mío, ¿sabes por qué te escribo en vez de decirte todo esto de viva voz? Porque ya no sé, porque ya no puedo hablarte libremente de estas cosas. Actualmente estoy tan sensible y desconfiada como una liebre. Basta un gesto o una palabra indiferente de tu parte para que mi corazón se apriete y mis labios se cierren. No puedo hablarte francamente si no me siento rodeada de una atmósfera cálida y de confianza, pero ahora es raro que eso suceda entre nosotros. Hoy mismo me sentía inundada por los extraños sentimientos que habían suscitado en mí estos pocos días de soledad y reflexión, tenía tantos pensamientos que comunicarte, pero tú estabas distraído, alegre, te parecía que "lo físico" es inútil, es decir, todo lo que en ese momento me preocupaba. Todo esto me hizo mucho mal, y tú creíste que estaba descontenta porque te ibas tan pronto.

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de amor...* citado, pp. 91-94.

1. Fecha que figura en un breve poema escrito por Rosa Luxemburg adjunto a la carta.

Quizás no me hubiera decidido a escribirte ahora si no me hubiera alentado ese poco de sentimiento que mostraste al dejarme, entonces sentí sobre mí el soplo del pasado, ese pasado en cuyo recuerdo ahogo mis lágrimas en la almohada cada noche antes de dormirme. Mi querido, mi amado, estoy segura de que ya estás buscando con mirada impaciente..., "a fin de cuentas, ¿qué es lo que quiere esta mujer?" ¿Sé yo, acaso, lo que quiero? Quiero amarte, quiero que reine entre nosotros esta atmósfera dulce, confiada, ideal, como era entonces. Tú, querido mío, muy a menudo me comprendes de una manera simplista. Siempre crees que me enfurruño porque te vas o algo parecido. Y lo que no puedes concebir es que lo que me hace un mal profundo, es que para ti nuestra relación es algo estrictamente exterior. ¡Ah, no, no digas, querido, que soy yo la que no comprende, que no es exterior la manera en que yo lo entiendo! Sé, comprendo lo que quiere decir, lo comprendo porque... lo siento. Cuando tú me lo decías antes, para mí no era más que un sonido vacío, ahora es... una dura realidad. Oh, sí, siento perfectamente esta exterioridad... la siento cuando te veo sombrío y taciturno, y guardas para ti tus preocupaciones o tus penas diciéndome con la mirada: ¡no es asunto tuyo, ocúpate de tus cosas! Lo siento cuando veo cómo después de una disputa entre nosotros, rumias esas impresiones, examinas nuestra relación, llegas a conclusiones, tomas una decisión, y te comportas conmigo de tal o cual manera, y yo quedo fuera de todo eso y no puedo hacer nada que no sea combinar en mi cerebro el qué y el cómo de tus pensamientos. La siento después de cada una de nuestras uniones, cuando te apartas y, encerrado en ti mismo, te pones a trabajar. La siento, por fin, cuando mi pensamiento abarca toda mi vida, todo mi porvenir que se me presenta como si yo fuera un maniquí accionado por un mecanismo externo. Mi querido, mi amor, no me quejo, no pido nada, solamente quiero que comprendas, que no tomes mis llantos por escenas de comadre. ¿Qué es lo que también sé? Que seguramente yo soy muy culpable, la más culpable, quizás, de que nuestras relaciones no sean armoniosas y cálidas. ¡Pero qué puedo hacer!... no sé, verdaderamente no sé cómo comportarme! No sé cómo hacerlo, nunca logro combinar una situación, soy incapaz de sacar conclusiones, soy incapaz contigo de atenerme a una decisión determinada... a cada momento me conduzco contigo como me dicta mi impulso; cuando se me acumula mucho amor y mucha pena en el alma... me abrazo a tu cuello; cuando me hieres con tu frialdad... mi alma se desgarra y te odio... sería capaz de matarte. ¡Pero, mi amor, tú eres capaz sin embargo de comprender y analizar, siempre

lo has hecho por ti y por mí en nuestra relación! ¿Por qué no quieres hacerlo ahora junto conmigo? ¿Por qué me dejas sola? Ah, yo te imploro, ¿pero tú, no es cierto, como me parece cada día más, que ya no me amas como antes? De veras, sí, muy de veras, siento a menudo que es así.

Tú ves ahora en mí todo lo malo y lo feo. Casi no sientes la necesidad de pasar tu tiempo conmigo. ¿Pero qué me sugiere este pensamiento? Todo lo que sé es que cuando reflexiono, cuando me represento esta situación, algo en mí dice que serías más feliz sin todo esto, que hubieras preferido escaparte a alguna parte y desembarazarte de toda esta historia. Ay, querido mío, te comprendo muy bien, veo qué poco resplandor tiene para ti esta relación, cómo te pongo los nervios con esas escenas, esas lágrimas, esas insulseces, hasta con esa falta de fe en tu amor. Lo sé, mi amor, y cuando lo pienso querría estar lejos... irme al diablo o, mejor aún, no ser, tanto me duele pensar que irrumpí en tu vida limpia, orgullosa, solitaria, con mis historias de buena mujer, con mis saltos de humor, mi torpeza, ¿y todo esto por qué, para qué? ¡Dios mío! te preguntarás de nuevo qué es lo que finalmente quiero. Nada, nada, querido, quiero solamente que sepas que no soy tan ciega e insensible cuando te canso con mi persona, quiero que sepas que a menudo lloro y amargamente a causa de esto y una vez más... que no sé, no sé realmente qué hacer. A veces pienso que lo mejor sería que nos viéramos lo menos posible, otras veces en un arranque quiero olvidar todo, arrojarme en tus brazos y llorar y después los pensamientos malditos invaden mi espíritu y me dictan: déjalo tranquilo, él aguanta esto nada más que por delicadeza... y dos o tres soserías confirman mi pensamiento... se me sube el odio y quiero hacerte mal, herirte, demostrarte que no necesito tu amor, que podría privarme de él, y nuevamente me torturo y me atormento, y sigo y sigo en el mismo círculo.

"¡Cuántos dramas!", ¿no? "Triste, siempre lo mismo." Y tengo la sensación de no haberte dicho ni la décima parte ni nada de lo que quería decirte.[2]

"La lengua miente a la voz y la voz miente a la idea;
La idea brota viva del alma antes de quebrarse en las palabras".[3]

2. En ruso en el original.
3. Versos del drama histórico de Adam Mickiewicz *Los antepasados.*

Adiós, pues. Ya casi me arrepiento de haberte escrito. ¿Estarás, quizás, enojado? ¿Te reirás acaso? ¡Ah, no, no te rías![4]

¡Pero tú, oh mi amado, tú al menos
saluda al fantasma como antaño![5]

CARTA A LEO JOGICHES*

[Sin fecha. Por su tenor: Berlín, 17 de mayo de 1898.]
Martes noche.

Mi amor más querido:

Primer momento más o menos tranquilo en que por fin estoy sola para escribirte más largamente, ya que ayer y hoy corrí todo el día con mi "prima"[1] en busca de alojamiento. No tienes idea de lo que significa buscar alojamiento en Berlín, aunque no busco más que en tres barrios –Charlottenburg, Ets y Noroeste–; en los otros es imposible vivir en verano. Las distancias son tan grandes que se necesitan horas para recorrer las calles, además de que en cada casa hay que subir varios pisos cuando hay anuncio en la puerta y en general inútilmente. Las habitaciones son espantosamente caras, aun aquí en Charlottenburg; la pieza menos cara es de 28 marcos. Naturalmente, imposible soñar con dormitorio separado; el único lugar en que caímos sobre una pieza con dormitorio separado –en realidad magníficamente amueblado– costaba... ¡80 marcos! Por el momento tengo una habitación de 1 marco diario. Me arreglo durmiendo sobre el diván y tengo además un canapé; absolutamente imposible hacerlo de otra manera. Hay que reconocer, por otra parte, que mi departamento de Zurich es un mirlo blanco. Pero, quédate tranquilo, no tomo cualquier cosa y me hago la difícil y mientras tanto mi "prima", maravillada por mi departamento de Zurich, sigue buscando con el modelo de Zurich en la mente. Mañana por fin decidiré, aunque la opción es espantosamente difícil porque si un departamento da dolor de barriga, el otro apesta a soldados –de tamaños inconmensurables– y me estallará la cabeza antes

4. En ruso en el original.
5. Cfr. nota 3.

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de amor*... citado, pp. 95-99.
1. Hay pocas indicaciones precisas sobre esta mujer. Se trata probablemente de una persona llamada Kraus.

de poder decidir. A propósito de soldados, es muy cierto que aquí estuvieron y están por todas partes. Los oficiales dominan; también habitan en piezas amuebladas y por todos lados caigo, o sobre la habitación que ocupa un oficial o en la vecindad de ellos. A causa de la amenaza de peligro que este hecho representa para ti, como de tu eterno temor de que tu mujer "se escape con un oficial", evito como la peste tal vecindad. Podrás, pues, imaginarte que los dibujos de Thöny[2] no son caricaturas sino retratos de la vida real, y que acá por las calles anda un millón de soldados. En realidad, gente, he visto solamente a la madre de Schmuilow, a su yerno –redactor adjunto del *Neue Welt*[3] – y a Schmuilow[4]. Este último no ha tenido tiempo de presentarme a Gradn[auer][5], lo que por otra parte me encanta. De lo único que me he enterado por él es de que Parvus actualmente es considerado en el partido como persona cómica y que todos se han alejado de él (Gradn[auer], Zetkin[6], Auer[7], etc.), lo que significa que nosotros dos tenemos muy buen olfato, pero en conjunto la cosa es bastante triste. En cuanto a Julek, parece que la gente opina que es *insignificante* y lo que escribe, *insulso,* es decir cosas vacías e insípidas, por lo menos eso es lo que dijeron Schm[uilow] y Gradnauer. Sé por Adolf que Julek intenta desde hace bastante tiempo obtener pasaporte extranjero en Munich para ir a hacer trabajo de agitación en Silesia, pero que hasta

2. Thöny, Eduard (1866-1950), pintor y dibujante alemán, colaborador de la revista satírica alemana *Simplicissimus.*

3. *Neue Welt* (Mundo Nuevo), suplemento semanal de los periódicos del Partido Socialdemócrata alemán (SPD), que se publicó de 1892 a 1919.

4. Schmuilow-Claasen, Vladimir (1864-?), emigrado ruso, militante del movimiento socialdemócrata alemán. Partió en 1892 a Suiza y estuvo en estrecho contacto con el grupo de Plejanov, Emancipación del Trabajo, para el cual organizaba envíos clandestinos de literatura a Rusia. En Suiza trabó amistad con Rosa y Leo Jogiches. Volvió a Alemania en 1897/98 y publicó bajo el nombre de Claassen una obra sobre Lasalle.

5. Gradnauer, Georges (1866-1946), representante del ala derecha de la socialdemocracia alemana, fue de 1897 a 1905 redactor del *Vorwärts,* órgano central del SPD. Detentó diversos cargos ministeriales en el gobierno de Sajonia en los años 1918-1920 y fue el ministro del Interior en la República de Weimar.

6. Zetkin, Clara (1857-1933), activista durante muchos años de la socialdemocracia alemana, en particular en el movimiento femenino, representaba el ala izquierda del SPD. Amiga personal de Rosa Luxemburg, fue una de las fundadoras del Partido Comunista alemán.

7. Auer, Ignaz (1846-1907), dirigente de la socialdemocracia alemana, fue elegido numerosas veces para el Reichstag y, a partir de 1900, fue secretario permanente del SPD.

ahora no consiguió nada. Bebel y Auer están aquí. Todavía no le he escrito a Bebel porque en caso de cita quiero tener mi pieza y tener yo misma un poco más de aspecto humano. Sin embargo produzco aquí –al menos sobre la patrona– una gran impresión y, cosa extraña, todo el mundo encuentra que soy extraordinariamente joven y me admira por haber terminado ya [mis estudios]. Esto es para tranquilizarte. Los Warski me hallaron "encantadora" con mi traje negro y mi sombrero nuevo. Eso es todo en cuanto a mi aspecto exterior. Mi aspecto interior es un poco menos seductor aunque igualmente negro a causa de la aplastante inmensidad de Berlín. Me siento como si hubiera venido sola y extranjera a conquistar Berlín, y midiéndolo con la mirada tengo estremecimientos frente a su potencia fría e indiferente hacia mí. Al mismo tiempo me consuelo diciéndome que de todo Berlín lo único que me concierne...[8]

Le arranqué a la buena mujer una hoja de papel porque no puedo dejarte, me pasaría la noche escribiéndote, pero temo que una vez más me reprendas por poner tanto peso en el sobre. Vuelvo a mi tema. Decía que siento el alma llena de moretones, en seguida te explico. Ayer a la noche, cuando ya estaba metida en cama, en un departamento extranjero, en una ciudad extranjera, me sentí un poco pusilánime y me pregunté en el más recóndito rinconcito del alma: en vez de llevar una existencia tan azarosa ¿no sería mejor vivir contigo en algún lugar de Suiza, los dos juntos, tranquilos y amándonos y aprovechar nuestra juventud para ser felices juntos? Pero, echando una mirada hacia atrás, hacia todo lo que he dejado tras de mí, vi... un lugar vacío; comprendí de inmediato que era todo una ilusión. Porque no vivimos juntos, ni gozamos de estar juntos, ni hemos conocido la felicidad (todo esto concierne únicamente a nuestra relación personal, abstracción hecha de las dificultades que hemos encontrado en la causa, porque éstas no impiden estar bien juntos). Por el contrario, echando un vistazo hacia atrás sobre los últimos seis meses, y aun más lejos, sentí la confusa impresión de una discordancia, de algo incomprensible para mí, agotador, sombrío, como si un torniquete me comprimiera las sienes, y entonces tuve una sensación casi física de moretones sobre el alma, a tal punto que no pude recostarme sobre el lado derecho ni sobre el izquierdo. Lo más agotador de este sentimiento de incomprensión era como un ruido sordo en la cabeza que hace que yo no sepa: por qué, con qué fin, por qué razón, qué es lo que ocurrió...

8. La hoja termina con esta palabra.

Pero hete aquí que fueron esos mismos moretones del alma los que inmediatamente me dieron coraje para mi nueva vida. Vi claramente que no había dejado nada bueno tras de mí, que nada hubiera cambiado para mejor si viviéramos juntos, que siempre estaría rodeada de una atmósfera que penosa e inútilmente intentaría comprender, de una discordia constante. Lo que echaba de menos un minuto antes no era más que producto de mi imaginación y me sentí decididamente como ese gato –¿te acuerdas?– que el perro había acorralado entre la montaña y el lago, en Weggis. Figúrate el perro... como la vida que me persigue, la montaña... tu corazón de piedra, fiel y sólido como la roca, pero así de duro e inaccesible, y finalmente el lago como las olas de la vida a las que me lanzo aquí en Berlín. Elegir entre dos palos es por lo menos más fácil y no me queda más que tratar de no dejar que me lleven las olas berlinesas, como al gato...

¡Cómo me conmueve siempre hablar de mí misma, ya tengo ganas de lloriquear, pero mi oreja acostumbrada escucha en ese mismo instante tu voz impaciente: "¡Deja, pues, de llorar, vas a parecer un no sé qué!", y, dócil, guardo mi pañuelo para mañana no parecer Dios sabe qué.

El diablo a su fuego y el cura a su ruego, ¿no? A pesar de todo lo que me dijiste antes de que me fuera, mantengo en el mismo tono mis pretensiones de felicidad personal. Es un hecho, tengo unas ganas locas de ser feliz y estoy dispuesta a negociar cada día por mi pequeña cuota de felicidad con la terquedad de un sordo. Pero no son más que resabios; las ganas se debilitan en mí más y más frente a la imposibilidad enceguecedora como el Sol, o más bien oscura como la noche, de ser feliz. No hay felicidad sin alegría, a menos que la vida, es decir nuestra relación (porque para mí es idéntica una y otra cosa, ya sabes, las *mujeres*...), sea una cosa árida, sin alegría. Comienzo a comprender que la vida puede darnos tarascones y no soltarnos más y que para eso no hay remedio. Comienzo a acostumbrarme a la idea de que para mí sólo existe el deber... pensar ahora en las elecciones y después en lo que vendrá después de las elecciones. Como, sin embargo, entre los dos apenas sumamos 60 años, experimento una sensación parecida a la que seguramente sienten las mujeres a los 40 años, cuando pierden las manifestaciones de la vida sexual física.

Naturalmente después de leer este alegato pensarás: ¡qué abominable egoísmo, pensar únicamente en su "felicidad" frente a tus pérdidas que son cien veces mayores que la pérdida de los abrazos de un amante!

Eso es lo que pensarás y... te equivocarás. No sólo no olvido ni por un instante tu contabilidad de uso interno, que en este momento indica un "débito", no sólo pienso sin cesar en ello sino que, justamente, entre mis pretensiones tengo otra pretensión más en relación con el hecho de que no me permites participar en tu contabilidad y que sólo me autorizas... ¡a callarme! Ya te lo he dicho, eres como el *Rigi,* pero yo, ¡ay!, no soy el *Jungfrau*[9] que puede mirar majestuosamente desde el otro lado del cielo, desde lo alto de su cima nevada y callar, yo soy un gato ordinario al que gusta que lo acaricien y acariciar a los demás, que ronronea cuando está feliz y maúlla cuando es desgraciado y que no sabe expresar otra cosa. Y como tú no me permites maullar, no me queda más remedio que escribir para hablar de mí y de mis poco interesantes cosas. Pero si por esto quieres acusarme de egoísmo, lo has enfocado todo mal.

¡Cómo me gustaría haber terminado con el asunto del alojamiento para ponerme a trabajar y enviarte los primeros comunicados de guerra! Me sentiría orgullosa de darte por fin una satisfacción. Pero, ¡ay!, por ahora no tengo nada que contarte de los asuntos y por eso mi carta es tan insípida.

¿Te imaginas hasta qué punto te amo?

Mi tren aplastó a un hombre antes de Berlín, a medianoche. Nos detuvimos un cuarto de hora y fui repentinamente arrancada de mi sueño por gemidos humanos. Era un campesino que en la oscuridad se había metido en el terraplén con sus bueyes. A mi pregunta de si estaba vivo, me contestaron "que vivía todavía un poco".

Un presagio desagradable.

Termino, único mío. Si puedes háblame de ti lo más posible. De todo lo que me has escrito hasta ahora lo que más me regocija es la promesa de que te cuidarás más. Háblame en detalle de ti; ¿tomas tu cacao a las cuatro, bebes leche todos los días? Te ruego que me cuentes todo.

Mi amor, no te enojes si el papel es grueso y la carta pesada, todavía no tengo aquí mis cosas.

Cuídate, escribe a Kranstrasse 55, pero sin un nombre, sólo con mi nombre de pila y el patronímico (Ilinichna) porque aquí la vigilancia es severa.

Tuya.

9. El Rigi y el Jungfrau, macizos montañosos de Suiza.

CARTA A LEO JOGICHES*

[Sin fecha. Por su tenor: Berlín-Friedenau, 17 de diciembre, 1899.] Domingo.

¡Mi querido!

Quería escribirte ayer pero como estaba en medio de mi trabajo sobre los artículos franceses no quise interrumpir para no perder el hilo del pensamiento.

Escribiré la respuesta a Strouvé[1] en la *Neue Zeit*, en enero, lo hemos convenido así con K. K[autsky]. Toma el nº de *Archiv* y léelo atentamente, encontrarás muchas ideas que me serán útiles. ¡No hay como compartir los dolores!

Le pregunté a Schönlank sobre Hamburgo, él vivió allí. Pero nuestro plan se desmorona; por una razón muy sencilla: el clima es muy frío y brumoso, parecido al de Inglaterra, por lo tanto imposible exponerse a la enfermedad con tu resfriado crónico. Y en verano no tendríamos nada a excepción del mar, y el mar no es recomendable para nosotros; la gente nerviosa no puede soportar el rigor del aire y de los baños. Piensa en especial lo que sería para ti este cambio de clima después de Suiza.

Tengo otro proyecto: Heidelberg. Es una ciudad encantadora, la naturaleza es maravillosa, montañosa, y en verano podríamos salir de excursión o alquilar algo cerca. La biblioteca de la Universidad es una de las más famosas y lo más importante es que la ciudad 1º. está situada en el Hesse, donde la policía es muy correcta, 2º no queda nada del trabajo del partido desde la época del célebre Dr. Rüdt.[2] Estaríamos pues libres de *camaradas* y de chismes. Además es una gran ciudad con todos los placeres culturales y está en el centro de Alemania (a 8 horas de Berlín). Piénsalo y respóndeme. No olvides qué importante es para nosotros veranear y reparar nuestra salud.

Ese artículo de fondo sobre la *potencia mundial del Evangelio* es mío.

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de amor*, citado, pp. 211-212.

1. Strouvé había escrito dos artículos tomando posición por la tesis de Bernstein contra la de Rosa.

2. Rüdt, August, periodista y filósofo, activista de la socialdemocracia alemana en los años 1860-1870. Era famoso en Heidelberg por su lucha anticlerical.

Parto el 25 a la mañana y me quedo hasta el 31, regreso el 1º. Te escribiré desde allí lo más a menudo posible.

Tus consejos para que "obligue" a mis hermanos a dar dinero a mi padre son excelentes, lástima que no sirvan para nada. Tú crees demasiado en la fuerza mágica de la palabra "obligar", tanto en política como en la vida privada. Yo, por el contrario, creo más en la fuerza de la palabra "hacer".

Los Kautsky me invitaron para la velada del 24, pero no acepté y me quedaré en casa. Mis propietarios, con quienes estoy en muy buenos términos, me rogaron que pase la velada con ellos, en familia... Quizás sea la última Nochebuena que no pasamos juntos. Pero, Dios mío, cuando recuerdo los primeros años que vivimos juntos, ¿cómo pasamos las fiestas? Jamás supimos pasar buenas fiestas. A decir verdad donde no hay niños no hay fiestas ni verdadera vida familiar, ¿no?

Estaremos siempre solos en una casa vacía... Me ocurre cada vez más a menudo pensar en adoptar un niño. Eso será posible cuando nos instalemos y nos alcancen los medios. ¿No seré entonces demasiado vieja para educar un niño? A veces siento de manera insoportable la necesidad de un hijo. Pero no puedes comprenderlo.

Me alegra que te hayas quedado en lo de la Kohler; estás acostumbrado a esas paredes y es doloroso cambiar de cueva. Quédate allí hasta que vengas a reunirte conmigo.

Besos sinceros.

Tu R.

CARTA A LEO JOGICHES*

[Berlín-Friedenau, 30 de abril de 1900, lunes]

Querido mío,

[...] Claro que tienes razón [cuando dices] que llevamos cada cual, desde hace tiempo, una vida espiritual distinta, pero esto no empezó en absoluto en Berlín. Ya en Zürich éramos, desde hacía años, espiritualmente extraños el uno al otro; los dos últimos años de mi estancia en Zürich se grabaron muy especialmente en mi memoria, porque me sentía terriblemente sola. Y, sin embargo, no era yo la que me encerraba

---

* Traducida de R.L., *Lettres à Léon Jogiches,* tomo III, París: Denoël Gonthier, 1971, pp. 25-26.

en mi concha y me atrincheraba detrás de barreras, sino al contrario. Preguntas si alguna vez me he interrogado sobre ti: cómo vives, cómo te sientes interiormente. No puedo por menos que sonreír con amargura. ¡Pues, sí! Estas preguntas me las he hecho miles de veces no sólo a mí misma, sino también a ti, en voz alta y con insistencia, pero siempre he chocado con la respuesta de que yo no te comprendo, que no cuentas conmigo, que yo no puedo darte nada, etc. Hasta el punto de que dejé de preguntarte y que simulaba no ver nada ni interesarme por nada (concerniente a ti). Te sorprende de que pueda haber pensado que te interesas por otra persona, cuando ninguna otra mujer podría bastarte ni comprenderte. Esto es algo que antes me decía siempre a mí misma.

Pero ¿olvidas que últimamente me has repetido cien veces que no te comprendo, y que incluso conmigo te sientes absolutamente solo? Entonces, ¿dónde está la diferencia? Cuando me he dado cuenta de todo esto, he empezado a creer que yo había dejado de existir para ti. Claro que en 1893 reaccioné de otra manera ante la misma situación. Pero ¿es que acaso no he cambiado? Entonces era una niña, hoy soy una adulta que sabe muy bien dominarse, y capaz, incluso apretando los dientes de dolor, de no exteriorizar nada. Eres tú el que no quiere darse cuenta de que he madurado y que ya no soy la que era hace ocho años.

Todavía una cosa. No dejas de preguntarme cómo he podido renunciar con tanta tranquilidad de pensamiento a nuestra relación. Yo no he dicho nada sobre "tranquilidad". Pero ¿cómo he podido tener la fuerza para hacerlo? Te revelaré el secreto: tras mi última estancia en Zürich, sobre todo, he comprendido que habías perdido completamente de vista mi ser espiritual, que me había convertido para ti simplemente en alguien que se diferencia de los demás por el hecho de que escribe artículos. Y yo, más concretamente aquí, viendo a cada paso con qué clase de mujeres viven los demás y cómo las adoran y las veneran, cómo se someten a su dominación, me acuerdo en cada momento de cómo me tratas tú, y he comprendido claramente que habías perdido toda mesura y consideración hacia mi ser espiritual. Y esta convicción fue para mí la prueba más manifiesta –y la más dolorosa– de que tus sentimientos hacia mí habían muerto.

¿Me preguntas, a pesar de todo, si quiero llevar una vida espiritual contigo? Mi respuesta es clara, pero no olvides que su realización depende de ti. Es imposible crear una vida espiritual común si continuamos viviendo como estos últimos años. Si dejas de creer que soy inca-

paz de comprenderte, que no me intereso por tu vida interior, etc., entonces el entendimiento entre nosotros será posible.

Tengo todavía mucho que decirte, pero no me siento con fuerzas para escribir sobre todo ello. Cuando estés aquí, cuando empecemos por fin a vivir, nos lo diremos todo. Y puede que entonces los discursos sean inútiles.

Escribiré a Forrer uno de estos días, este asunto[1] dura una eternidad. Pensando en nuestra instalación, vuelvo al proyecto inicial: ir a pasar unos meses quizás en alguna parte del sur; ya que es muy improbable que aquí podamos vivir juntos abiertamente, y sin esto [nuestra vida] sería una caricatura a la que temo más que a la soledad. La paz es indispensable para nuestra vida en común, pero ¿cómo encontrarla aquí si nos tenemos que esconder? Piensa en ello. ¿Cómo está Anna? No le he escrito, puedes adivinar por qué. Te beso miles de veces.

Tu R.

CARTA A LEO JOGICHES*

[Berlín-Friedenau, 17 de julio de 1900]

¡Mi amor más querido, mi único!

Antes que nada ¡mis sinceras felicitaciones! Todo este tiempo he tenido la esperanza de que podríamos celebrar juntos la fiesta de mañana, pero tengo que contentarme con una carta. Tú estarás solo en tu rincón y trabajarás en tu ponencia hasta que el día termine, sin darte cuenta. Yo, durante este tiempo, he llegado a la conclusión de que hay que celebrar las fiestas y los días solemnes como todo el mundo, porque representan momentos agradables en la monotonía del trabajo, y sólo entonces se siente verdaderamente que una vive. Ni tú ni yo hemos tenido todavía "el tiempo" ni la idea de celebrar juntos nuestras fiestas. (Seguro que sonreirás irónicamente, bruto, y dirás que esto sólo se refiere en realidad a tus cumpleaños, pero no es cierto, porque nosotros todavía no hemos celebrado juntos nada como es debido.)

---

1. El divorcio de Rosa con Gustav Lubeck, cuyo matrimonio blanco había tenido lugar para que Rosa L. pudiera obtener la nacionalidad alemana.

* Traducida de R.L.: *Lettres à Léon Jogiches*, tomo III, Denoël Gonthier, París, 1971, pp. 54-55.

Verás es tu último cumpleaños al "viejo estilo". A partir de ahora viviremos de acuerdo con un "nuevo estilo", es decir, como todo el mundo.

Viviremos incluso mejor que "todo el mundo", pues siento que tenemos muchas más cosas diversas que la mayoría de la gente. Sueño, entre otras cosas, que los dos nos ponemos a estudiar arte en nuestros momentos de ocio, tema que me absorbe enormemente estos últimos tiempos. Sería maravilloso ¿no? Los dos, después de un trabajo serio ¡leyendo historia del arte, visitando los museos, y yendo a la ópera!

Corazón, cómo me ha alegrado tu última carta urgente, no te lo puedes ni imaginar. La he leído y releído millones de veces. Creo que hoy podemos mirar nuestro futuro con valentía, que poseemos todas las condiciones para ser felices.

Hoy debo, sin embargo, escribirte muy rápidamente, ¿sabes por qué? Porque reescribo urgentemente tu ponencia recibida ayer. Aparte de este trabajo, no hay nada más que yo pueda hacer, puesto que el idioma es intachable, y también el contenido. En el fondo, tampoco veo la necesidad de reescribirla, porque tu manuscrito está muy limpio para ser una ponencia pero, dado que así lo deseas, lo reescribo. Quisiera poder enviártelo hoy mismo, y por eso me doy tanta prisa. Así pues, acabo y te beso miles de veces. ¡Escribe!

Tu Rosa

CARTA A KARL KAUTSKY*

[Friedenau, 3 de octubre de 1901]

Querido Karl:

No tengo que decir que no me interesa ver mis explicaciones publicadas en *Neue Zeit.* Permíteme que añada algunas frases para ti.[1]

Si yo fuera de esos que defienden sin ton ni son, y por nada, sus derechos y sus intereses personales –y ésos *sunt legio* en nuestro Partido, o más bien, todo el mundo es así entre nosotros– evidentemente

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas a Karl y Luise Kautsky,* Barcelona, Galba Ed., 1975, pp. 111-112.

1. En el Congreso de Lubeck, Rosa había sido duramente atacada por el camarada Richard Fischer, cuando ya había abandonado el Congreso. Este ataque es al que ella quería responder en *Neue Zeit* y se lo impidieron.

insistiría en la publicación puesto que tú reconoces en esta ocasión, como director de la revista, un deber hacia mí. Pero, al tiempo que me reconoces ese deber, me pones al cuello la pistola de las exhortaciones y los ruegos amistosos para que no utilice ni mi deber ni tu derecho. Pues bien, me repugna tener que tener en cuenta mi derecho cuando quieres garantizármelo con tantas lágrimas y chirriar de dientes; cuando no sólo, a cada palabra de mi defensa, me insinúas que me "justifique" de tal o cual forma, sino que intentas por todos los medios orientarme a la renuncia de mis derechos. Has conseguido lo que querías: te libero en este asunto de tus obligaciones respecto a mí. Pero, según todas las apariencias, cometes además el error de creer de corazón que has actuado de tal forma por amistad y en *mi* interés. Permíteme que disipe esta ilusión. *Como amigo,* deberías haberme dicho más o menos lo siguiente: "Te aconsejo que salvaguardes sin reserva y cueste lo que cueste tu honor de escritora, pues escritores más importantes que tú, hombres de una reputación consagrada por años y años de trabajo, tales como Marx y Engels, escribían libros enteros y organizaban campañas cuando alguien se atrevía a reprocharles la menor *falsedad.* En tal caso debes defender tu causa tanto más apasionadamente cuanto que eres joven y duramente atacada." De esta forma, con toda seguridad, deberías haberme hablado como *amigo.*

Pero el amigo se ha dejado dominar por completo por el director de *Neue Zeit,* y esto, después del Congreso, sólo quiere decir una cosa: vivir en *paz,* demostrar que *Neue Zeit,* después del rapapolvo que ha recibido, es obediente y sabe controlar su lengua. Por esta razón el perfecto derecho de un colaborador de *Neue Zeit*, la salvaguarda de sus intereses más sagrados y su derecho a defenderse contra las calumnias públicas, son *sacrificados.* Cualquiera que colabora en *Neue Zeit* –y no una de las menores ni de las peores– tiene que tragarse el ser acusado públicamente de *falsedad*; con tal de que reine la paz a todos los niveles.

Esta es mi opinión, amigo mío. Pero por encima está mi cariño para todos.

Rosa.

El trabajo me desborda. Por eso estaba obligada a escribir y no he podido hacerlo hasta ahora.

CARTA A CONRAD HÄNISCH*

[2 de diciembre de 1911]

Querido camarada Hänisch,

[...] Cierto que en Jena[1] estaba furiosa contra Vd. y precisamente porque se empeñó Vd. en defenderme, pero a causa de su aberrante estrategia me ha hundido Vd. todavía más[2]. Vd. ha querido defender mi "moralidad" y para ello ha sacrificado Vd. mi posición *política*. No lo hubiera debido hacer, sin embargo. Mi "moralidad" no necesita ser defendida. Vd. no puede haber dejado de constatar que desde que llegué al partido alemán, desde 1898, por tanto, no he dejado de recibir insultos *personales* de los más bajos, sobre todo en el Sur, y que a pesar de ello no he respondido *jamás* a esos insultos, ni por escrito ni de palabra. El silencio despectivo es mi única respuesta. Y esto –además de por mi orgullo personal– por una razón *política* muy simple, a saber, que todos los insultos personales son sólo maniobras para desviar la atención del conflicto principal. Desde antes de Jena estaba claro que el Comité directivo, que estaba bien inquieto, no tenía más salida que trasladar el conflicto al terreno personal y "moral". También estaba claro que todos aquellos que creen en la *causa* tenían que evitar esta trampa y no dejarse llevar al terreno personal. Y esto es precisamente lo que Vd. ha hecho en relación con todo el debate sobre *mi persona*, al abandonar completamente mi posición. Claro que Vd. no está obligado a estar de acuerdo conmigo en todos los puntos y tiene todo el derecho a defender abiertamente su opinión, incluso si difiere de la mía. Pero Vd. no puede camuflar este desacuerdo bajo el disfraz de una "defensa" de mi persona, pues esta defensa perjudica más que un ataque directo. Seguramente no se ha dado Vd. cuenta de la impresión

* Traducida de Rosa Luxemburg, *Vive la lutte! Correspondance 1891-1914.* París, Maspéro, 1975, pp. 345-346.

1. El Congreso anual del PSD celebrado en septiembre.

2. Hänisch había publicado el 7 de septiembre de 1911 en el *Bremer Bürgerzeitung* una defensa en favor de Rosa Luxemburg a propósito de su "indiscreción" en el asunto Molkenbuhr: Rosa había publicado una carta de éste en la que minimizaba la amenaza de guerra en Marruecos por cuestiones electorales. Rosa Luxemburg había sido atacada duramente antes del congreso de Jena en diversos periódicos del partido y acusada de perjudicar al partido. Hänisch había apoyado su defensa en el honor de Rosa Luxemburg, recordando los servicios que ésta había prestado al partido.

que ha producido su artículo: parece un alegato noble y lacrimógeno para conseguir circunstancias atenuantes en favor de una condenada a muerte; suficiente para hacer salir de sus casillas a alguien cuya posición estratégica política no fuera tan favorable y tan importante como lo era la mía en Jena. No debe tomar tan a lo trágico todas las habladurías –digámoslo claramente, todas estas *difamaciones de Hilferding*[3] – procedentes de las llamadas y pretendidas "fuentes bien informadas" y sobre todo no debe Vd. confundir nunca las cuestiones políticas con los problemas personales y sentimentales. Los revisionistas saben muy bien por qué actúan como lo hacen en relación con nosotros. Pero si *los nuestros* los siguen en este terreno resbaladizo, resulta demasiado estúpido.

Basta para aclarar este punto. He olvidado desde hace tiempo mi "mal humor" y tengo realmente otras preocupaciones para tenerme que molestar por viejas querellas mezquinas. Acabemos, pues.

Gracias por el envío de sus textos. Ya conozco algunos que fueron reproducidos en la prensa. Ya he conseguido los folletos ilustrados de Sajonia y encuentro la idea y la realización muy conseguidas. Mis mejores deseos para Vd. en estas fiestas, un saludo sincero de su

Rosa Luxemburg

CARTA A HANS DIEFENBACH*

[1 de Noviembre de 1914]

Mi querido Hannesle,

¡Hoy por fin me pongo a escribirle! Desde hace semanas que le "escribo" cartas llenas de detalles, pero no me había decidido a coger la pluma. Era como un peso en mi conciencia. Pero mis momentos de reposo y de soledad son muy poco habituales, por más que todo mi mundo esté por los suelos[1]. Sin embargo, ahora las cosas irán mejor.

---

3. Se refiere a Rudolf Hilferding (1877-1941), autor de *El Capital financiero*, por entonces redactor de *Vorwärts* y próximo a Kautsky.

* Traducida de Rosa Luxemburg, *J'étais, je suis, je serai! Correspondance 1891-1914.* París, Maspéro, 1977, pp. 53-54.

1. "El 4 de agosto quise darme muerte, y sólo mis amigos me lo impidieron", palabras de Rosa Luxemburg reproducidas en un artículo necrológico de Luise Kautsky publicado en *Freiheit* el 20 de enero de 1919.

He decidido una vez más empezar "una nueva vida" ¡acostarme temprano, echar a todas las visitas y trabajar de firme! y el primer paso hacia esta "nueva vida" es la carta que le dirijo. Sus dos últimas cartas detalladas, transmitidas por Hans[2], me han causado un enorme placer. Por lo menos puedo imaginarme su vida, sus actividades... Ante todo un breve resumen de lo que me concierne, ya que me lo pide. Mi estade de ánimo, desesperado al principio, ha mejorado. No es que vea las cosas de color de rosa o que haya decidido alegrarme, sino todo lo contrario. Pero la brutalidad del primer choc que sufrimos se debilita cuando los chocs se hacen cotidianos. Resulta del todo evidente que el partido y la Internacional están acabados, completamente acabados, pero es precisamente la amplitud creciente del desastre lo que hace de ello un drama histórico mundial, que sólo puede juzgarse desde una perspectiva histórica objetiva y que convierte en pasados de moda los gestos personales de mal humor – es inútil mesarse los cabellos.

Claro que ello no impide en absoluto sentir en todo momento un sufrimiento insoportable cada vez que se es testigo de las mezquindades y de las infamias de los "amigos" de antaño y de la degradación increíble de la prensa. Pero, en compensación, me queda la convicción interior –a falta de otra cosa– de poder consolarme con la satisfacción de mis modestas necesidades personales: un buen libro, un paseo por el campo de Südende con el buen tiempo de otoño, como los que hacía con Hannesle y, sobre todo, la música. Ah, ¡la música! ¡Qué duro me resulta estar privada de ella y con qué nostalgia pienso en ella! [...]

Su R.

CARTA A MATHILDE JACOB*

[23 de febrero de 1915]

Mi querida señorita Jacob,

Su carta, el domingo, ha sido el primer saludo escrito que he reci-

2. Hans Kautsky, hermano de Karl.

* Traducida de R.L., *J'étais, je suis, je serai!...*, citado, pp. 70-73.

bido del mundo exterior[1], y me ha causado gran alegría. En este momento recibo la segunda y le doy las gracias de todo corazón. No se preocupe por mí: por lo que respecta a mi estado físico y al "alma", voy muy bien. Ni el transporte en el "coche verde" me ha causado ningún choc: resulta que ya había hecho exactamente el mismo viaje en Varsovia[2]. La semajanza era tal que me invadieron toda clase de alegres pensamientos. Claro que también había una diferencia: los gendarmes rusos me escoltaron con gran respeto porque era una "política"; en cambio, los agentes de policía berlineses me han dicho que les era completamente igual saber quién era yo y me han metido con nueve "colegas" en un coche. Bueno, eso no son más que bagatelas: no olvide nunca que, pase lo que pase, hay que tomar la vida con tranquilidad de espíritu y buen humor. Y aquí estoy provista de ambas en medida suficiente.

Para que, por lo demás, no se haga Vd. una idea exagerada de mi heroísmo, le confesaré, no sin remordimientos, que en el momento en que, por segunda vez, tuve que desvestirme y quedarme sólo con mi camisa y tuve que dejarme palpar, sólo con un gran esfuerzo pude retener las lágrimas. Naturalmente, estaba interiormente furiosa conmigo misma por esta debilidad, y todavía lo estoy. Además, lo que el primer día encontré horrible, no fue ni la celda ni mi brusca separación de los seres vivos, sino –adivínelo– el verme obligada a acostarme sin mi camisón y sin peinarme.

Y para que no falte una cita clásica: acuérdese de la primera escena de *María Estuardo,* cuando le quitan sus joyas: "Ser privada de los pequeños placeres de la vida", dice lady Kennedy, la nodriza de María, "es más duro que tener que sufrir grandes pruebas". (Verifique, Schiller lo dijo un poco mejor que yo.)

Pero ¡qué digo! Que Dios castigue a Inglaterra y me perdone por compararme con una reina inglesa.

---

1. Rosa Luxemburg había sido arrestada y encarcelada el 18 de febrero en la cárcel de mujeres de la Barnimstrasse. El 13 de febrero, se había dado orden desde Frankfurt de arrestarla antes de que expirara el plazo de encarcelamiento, porque había participado en reuniones políticas, concretamente en la asamblea del partido de Charlottenburg el 10 de febrero.

El 18 de febrero fue arrestada en su apartamento de Südende por dos funcionarios de la policía criminal y llevada en coche a la sección política de la comisaría de policía de Berlín. A pesar de las protestas de su abogado, fue llevada a la cárcel de la Barnimstrasse en coche celular con los presos comunes.

2. Cuando fue arrestada en marzo de 1906 bajo falsa identidad, durante la ola revolucionaria.

Por lo demás, tengo aquí "todos los pequeños placeres de la vida" en forma de camisón, peines y jabones –gracias a la bondad y a la paciencia angélica de Karl[3] – y la vida puede, pues, seguir su curso normal.

Me encanta levantarme muy temprano (a las seis menos veinte)[4] y sólo espero que Don Sol quiera seguir mi ejemplo, para poder aprovechar un poco estas mañanas. Lo más bello es que al pasearme en el patio veo y oigo pájaros: toda una bandada de gorriones insolentes que a veces arman tal jaleo que me sorprende no ver aparecer a un agente de policía: "bang"; luego dos o tres mirlos, pero, entre ellos, el señor del pico amarillo canta de manera muy distinta a mis mirlos de Südende[5]. Arma tal jaleo, mezclado con chillidos, que una no puede por menos de reír. Tal vez en marzo y abril le llegue un poco de pudor y se ponga a cantar como es debido. (Llegada a este punto de mi carta, no puedo dejar de pensar en mis pobres gorriones que no encuentran ya su pequeña mesa servida en el balcón y que deben estar muy desconcertados. Aquí, en este pasaje de mi carta, tiene Vd. obligatoriamente que derramar unas pocas lágrimas: ¡la escena es demasiado emocionante!)

Querida señorita Jacob, le hago el mayor honor que pueda hacer a ningún mortal: le voy a confiar a mi Mimi[6]! Pero deberá esperar instrucciones que recibirá Vd. de mi abogado. Tras lo cual deberá Vd. llevársela en sus brazos (¡¡¡sobre todo nada de cestas o sacos!!!), transportarla en coche con ayuda de la señora que se ocupa de mi casa –lo mejor será que esta señora vaya con Vd. (quiero decir, para el viaje, ¡no para toda la vida!): ella se ocupará de recoger las cosas de Mimi (su pequeña caja, arena, su platito, su felpudo y sobre todo, sobre todo, una pequeña butaca de pelusa roja a la que está acostumbrada). Le cabrá todo en el coche. Pero, como le digo, esperemos todavía algunos días para esto.

¿Qué hace Vd. estos días? ¿Lee Vd. mucho? Espero que sí. Yo leo todo el día cuando no como o me paseo o arreglo mi celda. El momento más bello del día son las dos horas tranquilas de siete a nueve de la tarde, cuando tengo luz y puedo reflexionar y trabajar para mí misma.

---

3. Karl Liebknecht, quien como abogado de Rosa Luxemburg tenía acceso a la cárcel.
4. Así lo imponía el reglamento de la prisión.
5. Localidad de las afueras de Berlín donde residía R.L.
6. Su gata.

La señora Z[etkin] estaba en un tal estado de nervios[7] que me preocupa.

Una vez más mis sinceros saludos. ¡Pórtese bien y no pierda la alegría!

Su R.L.

Claro que me gustaría poder verla, pero por desgracia tendremos que esperar. Sólo tengo derecho a unas pocas visitas y por el momento son mis abogados[8] quienes piden verme. Recoja, pues, su maceta de mi apartamento.

CARTA A LUISE KAUTSKY*

[De la prisión de Barnimstrasse, 18.IX.15]
[Dirigida al Hospital Municipal de Frankfurt-Main]

Lulú querida:

Te escribo hoy con motivo de un pequeño jubileo: no es un aniversario de nacimiento, pero hace justamente siete meses que "duermo a la sombra". Tu carta y tu fotografía han sido un gran alivio para mí durante todo este tiempo. Tan dispuesta, tan ardiente, tan llena de vida. Así es como yo conozco a mi Lulú y como la quiero. Así pues, una vez más, has salido bien de la prueba, ¡qué contenta estoy! No me atrevía ni a esperarlo de acuerdo con los informes de Hans. También yo me opongo resueltamente a una intervención quirúrgica revolucionaria en tu vesícula biliar[1], *en esta ocasión,* estoy de acuerdo con la "guerra de usura"[2], puesto que la intervención es en todo caso un sal-

7. Según recuerda Mathilde Jacob, Clara Zetkin se desplazó precipitadamente a Berlín al saber el arresto de R.L. y llegó a hacerle una visita a la cárcel haciéndose pasar por su cuñada. La vigilanta de la prisión la reconoció.
8. Paul Levi y Kurt Rosenfeld habían sido sus abogados en el proceso de Frankfurt, mientras que en febrero de 1914 Karl Liebknecht se ocupó de sus asuntos administrativos corrientes.

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, citado, pp. 193-195.

1. Luise Kautsky, después de unas complicaciones provocadas por unas fiebres tifoideas, estaba amenazada con una intervención.
2. Alusión al artículo *¿Y después qué?* en el que critica la táctica defensiva ("guerra de usura") propiciada por Karl Kautsky, el marido de Lulú, y que sería el motivo de ruptura definitiva entre K. Kautsky y Rosa Luxemburg.

to hacia lo desconocido; el doctor ávido de operaciones no tiene más que probarlas primero en su propia persona.

Por otra parte, tienes razón, ¿qué es el ser humano sin vesícula biliar? ¡Y sobre todo ahora, *ahora*, vivir sin vesícula biliar! No, ni siquiera podría soportarlo un ángel, y nosotras no hemos querido ser nunca dos ángeles. ¡Cómo me ha emocionado y enorgullecido que hayas leído mi libro con interés![3] Pero me río de tus precauciones para que no me ponga a discutir contigo sobre el tema. ¿Crees de verdad que ese libro está en la actualidad presente en mi mente? Cuando lo escribía fue como una borrachera; te lo juro, desde el comienzo hasta el fin, he dado a la imprenta lo primero que he escrito sin releerlo; hasta tal extremo estaba cautivada por el tema. Lo mismo que hace seis años con la pintura, cuando no soñaba más que con pintura desde la mañana a la noche. Pero después, una vez terminado el libro, ejecutado, ha desaparecido por completo de mi mente. Excepcionalmente, acabo de releer la parte que me citas para ver qué es lo que te había podido gustar; me ha hecho el efecto de algo completamente ajeno a mí. Quizás se debe a que este libro ha sido un gran acontecimiento en mi vida. Hace dos años –tú no lo sabes– tenía otra manía: en Südende, me sentí arrebatada por las plantas; comencé a coleccionarlas, a comprimirlas, a herborizar. Durante cuatro meses, no hice absolutamente nada más que pasearme por los campos y distribuir y clasificar lo que traía de mis excursiones. Ahora poseo doce herbarios atiborrados y me oriento bastante bien en la "flora indígena", es decir en la del patio de la enfermería de aquí, en donde algunos arbolillos y lujuriosas malas hierbas crecen para alegría mía y de las gallinas. Necesito tener algo que me ocupe toda entera, por poco conveniente que sea para una persona seria de la que –para su desgracia– se espera siempre alguna cosa inteligente. Incluso tú misma, querida, no quieres saber nada de mi "felicidad en un rincón" y no haces más que reírte. Sin embargo, necesito tener a *alguien* que me crea cuando digo que es únicamente por error el que yo gire en el torbellino de la historia mundial, cuando en realidad yo había nacido para cuidar gansos. Por eso debes creerme ¿comprendes? Sólo hay una cosa que no admito en absoluto, y es que me escribas con un tono resignado que "no puedes ser nada para mí". Al contrario, tú eres y debes ser para mí el puerto (¡perdón!) en el que me pueda refugiar de vez en cuando, cuando el diablo me lleva a hurtadillas, para que podamos charlar y reír juntas y hacer que Hans nos

---

3. Su libro sobre *La acumulación del capital.*

cante *Figaro*. Pues es necesario también que Hans Naïvus esté allí, para escuchar, con la cabeza melancólicamente inclinada de lado, el parloteo de dos mujeres inteligentes y guiñar el ojo con un aire de entendido alternativamente a una y otra. Si como lo espero, estás en Berlín cuando salga de mi agujero, organizaremos inmediatamente una de esas bacanales (con té amarillo paja a lo Hans).

Lo que me has contado de Félix es verdaderamente regocijante; Karli no ha cambiado ni un pelo y he aquí que un muchacho dirige ya un hospital[4]. Son aquellos descarados pequeños, que no hace muchos años veíamos con un faldón de la camisa flotando al viento, y que ahora se muestran de golpe mayores; una forma poco delicada de decirnos que somos un poco más viejos. Pero esto no tiene importancia y seremos siempre jóvenes pese a todo, ¿verdad? Por lo demás, he visto a tu Bendel todos los domingos del invierno último en las clases de Neukoelln y esto era verdaderamente agradable. ¿Qué hacen los niños y niñas de Hans? Sabes, poco antes de mi encarcelamiento recibí cartas de Medi[5]; más tarde quiero reanudar mis relaciones con ella.

El asunto Clara me preocupa, pues no sé qué es de ella. También yo, gracias a Dios, tengo un nuevo asunto (para la "Internacional")[6]; es posible que se encargue de impedirme salir, incluso en febrero. Pero dejemos –como decía el buen tío Paulus– "que las cosas vengan a nosotros...".

Lulú, antes de salir de Frankfurt, es necesario –si todavía no lo has hecho– que hagas una larga visita al *Palmengarten*. Fui el pasado febrero, cuando se celebró mi proceso, y visité los invernaderos. Son de una belleza de ensueño en la primera floración primaveral; y están tan bien instalados que hay la posibilidad de sentarse para charlar: sobre todo en la sección de las primaveras. Ya lo ves, mi pasión botánica dura aún (y ha sobrevivido a muchas otras). Y para ti, lo que guardo en mi corazón no es un "rinconcito", boba, sino que tú lo compartes todo con *Mimí* de la que acabo de recibir también una fotografía encantadora. Escríbeme rápido; miles de besos y saluda cordialmente a Hans y a los demás jóvenes.

Tu R.

---

4. El segundo hijo de Kautsky era entonces médico ayudante en la clínica del hospital de Frankfurt-Main.
5. Señorita Martha Urban.
6. La revista *Die Internationale*, editada por Rosa Luxemburg y Franz Mehring, en Düsseldorf, había sido prohibida por la censura. Uno de los artículos que habían aparecido iba contra la ley. En 1915, esta publicación mostraba cómo Rosa estimaba necesaria la formación de una *nueva* Internacional.

CARTA A MATHILDE WURM*

[Wronke, 16 de febrero de 1917]

Mi querida Tilde,

Recibida tu carta, tu postal y las pastas secas; muchísimas gracias. No temas, aunque hayas replicado tan valientemente y me declares la guerra, mis sentimientos hacia ti no han cambiado. No he podido reprimir una sonrisa al leer que quieres "combatirme". Hija mía, yo soy muy sólida y aún es la hora de que alguien me haga morder el polvo; tengo curiosidad por saber quién será capaz de hacerlo. Pero si he sonreído es también por otra razón: tú no quieres en absoluto "combatirme" porque me eres más fiel, incluso políticamente, de lo que estás dispuesta a reconocer. Yo siempre seré tu brújula, porque tu recta naturaleza te dice que poseo un juicio justo; porque en mí no existen ninguno de esos factores secundarios como la pusilanimidad, la rutina, el cretinismo parlamentario, que embotan el juicio de los demás. Toda tu argumentación contra mi divisa: "soy así y no puedo actuar de otra manera", se resume en estas palabras: todo eso es muy bonito, pero la gente es demasiado cobarde y demasiado débil para ese tipo de heroísmos; *ergo,* adaptemos nuestra táctica a su debilidad, según el principio: *chi va piano va sano.* Mi pequeña, ¡es un punto de vista histórico tan sumamente estrecho! No hay nada tan mutable como la psicología de los hombres, al igual que la psique de las masas encubre siempre —como *thalassa*[1], el mar eterno—, en estado latente, todas las virtualidades: una calma mortal y la tempestad más feroz, la cobardía más vil y el más bravo heroísmo. Las masas son siempre aquello que *necesariamente tienen que ser* en función de las circunstancias, y siempre están a punto de convertirse en algo totalmente diferente de lo que aparentan ser. ¡Ah! ¡Qué clase de capitán podría ser aquel navegante que fijara su ruta fiándose únicamente del aspecto momentáneo del mar y que no supiera prever la llegada de la tempestad a partir de los signos observados en el cielo y en las profundidades del océano! "Ser decepcionada por las masas", mi pequeña, para un dirigente político, equivale siempre a la demostración de su propia incapacidad. Un dirigente de gran envergadura no basa su táctica en el humor momentáneo de las masas, sino en las leyes de bronce de la evolución; mantiene su tác-

---

* Traducida de Rosa Luxemburg, *J'étais, je suis, je serai!,* citado, pp. 178-80

1. El mar, en griego.

tica a pesar de todas las decepciones y deja tranquilamente que la historia vaya madurando su obra.

Con esto, "clausuramos el debate". Sigo siendo tu amiga [...].

Me dices que actualmente "sólo una cosa" ocupa tu espíritu y tu tiempo: la lamentable situación del partido: es un estado de ánimo muy molesto, porque embota también el juicio político. Mira, en todo momento hay que vivir la vida de forma que implique, que comprometa a la personalidad toda entera. Pero, mi pequeña, ya que abres un libro tan pocas veces, por lo menos lee algo bueno y no mala literatura, como esta vida novelesca de Spinoza que me has enviado[2] [...].

CARTA A SONIA LIEBKNECHT*

[Wronke, 1 de abril de 1917]

Mi querida Sonitchka,

El saludo que me mandó con su tarjeta de ayer me ha alegrado mucho, a pesar de su tristeza. ¡Cómo quisiera, en estos momentos, estar a su lado, para obligarla a reírse como antes, ¿se acuerda usted?, después de la detención de Karl, cuando las dos llamábamos un poco la atención de los clientes del Café Fürstenhof, con nuestras carcajadas intempestivas! ¡Qué hermosos momentos aquellos, a pesar de todo! Nuestra caza diaria, por la mañana temprano, detrás de un autobús, en la Postdamerplatz; luego el trayecto hasta la cárcel por el Tiergarten florecido; aquella calle de Lehter, tan tranquila, con sus altos olmos, y luego, a la vuelta, el breve y obligado descanso en Fürstenhof; después, la obligada visita de usted a mi casa de Südende, en que todo tenía la claridad del mes de mayo; las horas de intimidad que pasábamos en la cocina, donde Mimí y usted, sentadas a la mesita cubierta por un mantel blanco, esperaban pacientemente los productos de mis artes culinarias. (¿Se acuerda usted todavía de las judías verdes *à la parisienne...*?) Todo esto ha quedado en mí rodeado por el recuerdo vivo de un tiempo cálido y radiante inalterable, que es el único con que se experimenta el verdadero goce primaveral. Luego, por las noches, mis obligadas visitas a su cuartito –¡me gustaba tanto verla a usted entregada a las

2. Novela de Berthold Auerbach.

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de prisión*, Buenos Aires, Distr. Baires, 1974, pp. 184-186.

labores caseras, con su talle de muchacha, de pie junto a la mesa, sirviendo el té!–; por fin, hacia media noche, nos acompañábamos mutuamente hasta nuestras casas, a lo largo de las calles perfumadas y llenas de sombras. ¿Se acuerda usted de aquella fabulosa noche de luna en Südende, en que la acompañé hasta su puerta, y en que los aleros de las casas, recortándose negros y bruscos sobre el fondo azul oscuro del cielo, de una dulzura infinita, nos daban la impresión de castillos?

Así quisiera yo siempre, Soniuska, estar junto a usted; distrayéndola, charlando o callando con usted, para no dejarla entregarse a sus sombrías y desesperadas cavilaciones. Me pregunta usted en su postal: "¿Por qué todo es así?" La vida, mi pobre niña, ha sido siempre "así", y todo forma parte de ella: los dolores, las separaciones, las nostalgias. Hay que saber aceptarla en bloque, tal y como es, y encontrar en *todo* sentido y belleza. Por lo menos, así lo hago yo. Y no por una sabiduría adquirida artificialmente a fuerza de reflexión, sino sencillamente porque es así mi modo de ser. Instintivamente, comprendo que es la única manera acertada de tomar la vida, y por esto me siento feliz en todas las situaciones. Y no querría ver borrarse nada de lo que forma mi vida, ni apetezco de ella nada más que lo que ha sido y es. ¡Ay, si yo pudiera infundir en usted la misma actitud ante la vida!...

Todavía no le he dado las gracias por el retrato de Karl. ¡Qué alegría me ha dado usted con su envío! No pudo hacerme mejor regalo en el día de mi cumpleaños. Lo tengo puesto en un marco encima de la mesa, y su mirada sigue todos mis movimientos (ya sabe usted que hay retratos que parece que nos están mirando siempre, cualquiera que sea el sitio desde el que se les contemple). El retrato es magnífico. ¡Cuánto deben de alegrarle a Karl las noticias que llegan de Rusia! También usted tiene motivos personales para sentirse dichosa: supongo que ya nada se opondrá ahora a que su madre vaya a verla. ¿Ha pensado usted en esto? Yo, con el pensamiento puesto en usted, anhelo que vuelvan en seguida el sol y el calor. Por aquí, los árboles empiezan a querer brotar, y ayer granizó. Me gustaría mucho saber qué es de mi "paisaje del Mediodía", aquel de Südende. El año pasado, ¿se acuerda usted?, nos paramos juntas delante de la verja y usted se quedó admirada de la vegetación...

No se torture en andar escribiendo cartas. Yo le escribiré a usted a menudo. Me basta con que me mande algunas letras en una postal. Salga usted al aire libre todo lo que pueda y herborice mucho. ¿Tiene usted ya mi pequeño altar de Flora? Serénese y alégrese, queridísima. Ya verá cómo todo acaba bien, se lo aseguro.

La abraza muchas veces, con todo cariño, siempre suya,

Rosa.

CARTA A SONIA LIEBKNECHT*

[Wronke, 2 de mayo de 1917]

Mi querida pequeña Soniucha

[...] En el pasado mes de abril, recordará usted que les llamé a ustedes dos por teléfono, una mañana, toda apresurada, para que a las diez no dejasen de acudir al Jardín Botánico para escuchar conmigo al ruiseñor, que estaba dando un verdadero concierto. Nos acurrucamos en una espesa arboleda, sobre algunas piedras, junto a un arroyuelo. Después del canto del ruiseñor, inopinadamente, oímos un grito monótono y lastimero, que era algo así como: "Gli-gli-gli-gli-glic". Yo opinaba que era alguna ave acuática y lo mismo pensaba Karl; pero en vano intentamos saber cuál sería. Pues bien, imagínese usted que muy cerca de aquí he vuelto a oír el mismo grito lastimero con tal claridad que mi corazón palpitó impaciente por conocer, al fin, qué pájaro sería el que así chillaba. Hasta hoy, en que he llegado a averiguarlo, no me he sosegado; no se trata de un ave acuática, como creíamos, sino de un pájaro plumeado "torcecuello", parecido a la urraca. Es algo mayor que el gorrión, y su nombre proviene de que, cuando se cree en peligro, intenta asustar a sus enemigos con cómicos movimientos y contorsiones de cabeza. Sólo se alimenta de hormigas, que toma con su lengua pegajosa, al modo del oso hormiguero. Los españoles, por esa razón, lo llaman "hormiguero", pájaro hormiguero. Además, Mörike escribió sobre este pájaro una poesía humorística muy bonita, a la que Victor Wolff puso música. Me hace el efecto de haber recibido un regalo, desde que sé a qué pájaro pertenece el lastimero canto. Escríbaselo a Karl; seguramente que se alegrará de saberlo.

¿Que qué leo? Principalmente libros de Ciencias Naturales, Geografía, Botánica y Zoología. Ayer leí un libro sobre la desaparición de los pájaros cantores en Alemania; conforme va extendiéndose y racionalizándose, día tras día, el cultivo de los bosques, de las huertas y de las tierras, les resta las posibilidades naturales de construir sus nidos y

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas de la prisión*, citado, pp. 186-189.

buscarse el sustento. En efecto el cultivo racional hace desaparecer poco a poco los árboles carcomidos, las tierras en barbecho, los matorrales, las hojas secas caídas al suelo. ¡Qué pena me dio la lectura de este libro! Y no es que me interese por el canto de los pájaros por el placer que esto produce a los hombres, sino que me apena hasta el punto de sentir humedecérseme los ojos, la sola idea de que desaparezcan así, silenciosa e inevitablemente, estas pequeñas criaturas indefensas. Esto me recuerda un libro ruso del profesor Siebert, que trata de la desaparición de los pieles rojas en la América del Norte, libro que leí viviendo en Zurich. Los pieles rojas, exactamente lo mismo que los pájaros, se ven desahuciados paulatinamente de sus dominios por el hombre civilizado y abocados a una muerte silenciosa y cruel.

Pero seguramente que estoy enferma, cuando ahora experimento emociones tan vivas por todo. A veces, ¿sabe usted?, tengo también la sensación de no ser un verdadero ser humano, sino un pájaro, un animalillo cualquiera que hubiese tomado forma humana. Interiormente, me siento mucho más en mi medio en un pedacito de jardín, como ahora, o en un campo, tendida sobre la hierba, rodeada de zumbidos, que en un Congreso del partido. A usted puedo decírselo, pues sé que detrás de esto no acechará una traición a la causa. Bien sabe usted que yo, a pesar de todo, moriré como lo espero en mi puesto: en una lucha callejera o en el presidio. Pero, en mi fuero interno, la verdad es que me siento más cerca de los petirrojos que de los compañeros. Lo cual no quiere decir que yo venga a la naturaleza a buscar un refugio, un descanso, como tantos políticos interiormente fracasados. Nada de eso; en la naturaleza, como entre los hombres, encuentro a cada paso tanta crueldad, que me hace sufrir mucho. Figúrese usted, por ejemplo, que este insignificante episodio que voy a contarle no se me va de la imaginación. Fue durante la pasada primavera: volvía yo de dar un paseo por el campo, y entre el polvo de un camino silencioso y poco transitable vi una pequeña mancha oscura. Me doblé y fui testigo de la siguiente tragedia muda: un escarabajo tumbado de espaldas e impotente se debatía con las patas contra un tropel de hormigas que pululaban sobre su cuerpo y lo devoraban vivo. Estremecida, saqué el pañuelo y me puse a sacudir a aquellas bestezuelas salvajes. Eran insolentes y tenaces, hasta el extremo de que tuve que sostener una larga lucha contra ellas, y, cuando por fin logré libertar al pobre mártir y lo deposité sobre la hierba, lejos de allí, ya tenía dos patas roídas. Me alejé apresuradamente, torturada por el penoso sentimiento de que al fin y al cabo no había hecho al pobre más que un bien muy problemático.

Ya están aquí los largos crepúsculos. ¡Cuánto me ha gustado siempre esta hora! En Südende había muchos mirlos. Aquí no veo ni oigo ninguno. He estado todo el invierno alimentando a una pareja, y ahora han desaparecido. En Südende me gustaba pasear por las calles a esta hora del anochecer; ¡era tan hermoso cuando a la última luz violácea del atardecer aparecían de súbito las rosadas llamas del gas, parpadeando tímidamente, como si no se sintieran a gusto en el crepúsculo! En la calle, la borrosa silueta de una portera desconocida surgía ajetreada, o bien una criada corría afanosa a la panadería o la tienda en busca de algo. Los hijos del zapatero, de quienes soy amiga, seguían embebidos jugando fuera, en la oscuridad, hasta que una voz enérgica, que brotaba de un rincón, los obligaba a meterse en casa. A aquellas horas había siempre algún mirlo que no podía conciliar el sueño, y, de repente, como un niño mal criado, lanzaba un pequeño grito o saltaba bruscamente de una rama a otra. Y yo estaba allí, en medio de la calle, contando las primeras estrellas, y no sentía el menor deseo de abandonar el aire suave y el crepúsculo, en que la luz y la sombra se fundían lentamente una en otra, para ir a encerrarme en casa.

Pronto volveré a escribirle, Soniuska. No pierda la serenidad y la alegría; ya verá cómo acaba bien todo, hasta lo de Karl. Adiós, hasta la próxima carta. La abrazo. Su

Rosa.

CARTA A LUISE KAUTSKY*

[Wronke, 15 de abril de 1917]

Querida Lulú,

Tu breve carta de antes de Pascua me ha inquietado vivamente por su tono de extremo abatimiento, y me he prometido hacerte un lavado de cerebro, una vez más. Dime, ¿cómo puedes, triste cigarra, seguir cantando tu canción tan desolada, mientras que de Rusia nos llegan este coro, este canto de golondrinas tan claros? ¿No comprendes que es nuestra propia causa la que allí triunfa, que es la historia mundial en persona la que libra allí sus combates y, borracha de alegría baila al son de la música? Cuando nuestra causa, la de todos, co-

* Traducida de R.L., *J'étais, je suis, je serai!* citado, pp. 211-212.

noce un tal desarrollo, ¿no debemos acaso olvidar todas nuestras tristezas privadas? Sé que te deprime el que yo no esté en libertad para recoger las chispas que surgen allá, para ayudar y orientar las cosas en Rusia y fuera de Rusia también. Ciertamente sería bello y puedes imaginarte los hormigueos que siento en todo mi cuerpo y cómo cada noticia de Rusia me atraviesa hasta la punta de los dedos como una descarga eléctrica. Pero el hecho de no poder participar en todo aquello no me da nada de tristeza, y no se me ocurre lamentarme sobre lo que no puedo cambiar, estropeando así la alegría que siento al ver lo que allí está pasando.

¿Ves? la historia de estos últimos años y, remontándonos al pasado, toda la historia, me ha enseñado que no debe sobrestimarse la acción del individuo. En el fondo, lo que actúa y fuerza la decisión son las grandes fuerzas invisibles, las fuerzas plutonianas de las profundidades y, finalmente, todo vuelve a su sitio, por decirlo de alguna manera, "por sí mismo". ¡No interpretes mal lo que te digo! No estoy preconizando ningún tipo de optimismo fatalista y cómodo, destinado a enmascarar su propia impotencia y que detesto, en tu marido precisamente. ¡No, no! En todo momento estoy en mi puesto y, cuando la posibilidad me sea ofrecida, me apresuraré a tocar con mis diez dedos el teclado del piano del mundo, ¡qué estrépito! Pero como, no por mi culpa, sino por circunstancias exteriores, he sido "despedida" de la historia mundial, me río un rato, estoy contenta cuando todo funciona incluso sin mí, y estoy convencida firmemente de que todo irá bien. La historia sabe siempre mejor que nadie cómo arreglárselas, cuando parece muchas veces que se ha metido en un impasse sin la menor esperanza de salida.

Querida mía, cuando se tiene la mala costumbre de buscar una gotita de veneno en toda flor abierta, se encuentra siempre, hasta la muerte, alguna razón para lamentarse. Mira las cosas desde un ángulo opuesto y busca miel en cada flor: encontrarás siempre alguna razón para una alegría serena. Además, créeme, el tiempo que –al igual que otros– paso actualmente tras los barrotes, tampoco es tiempo perdido. Estará presente, de una forma u otra, en el gran ajuste de cuentas general. Soy de la opinión de que debemos, simplemente y sin querer romperse la cabeza, llevar una vida que creamos justa, sin exigir que se nos pague de inmediato en especies contantes y sonantes por todo lo que hacemos. Al final, todo será bien recapitulado: y si no lo es, me "importa un ápice" también; incluso sin esto ¡la vida es para mí una fuente tan grande de alegría! [...]

CARTA A HANS DIEFENBACH*

[Wronke, 23 de junio de 1917]

Hänschen, buenos días, aquí estoy de nuevo. Hoy me siento tan sola que tengo que reconfortarme hablando con Vd. Esta tarde estaba tendida en el sofá con la intención de dormir la siesta prescrita por el médico, estaba leyendo los periódicos y decidí que era hora de levantarme: eran ya las dos y media. Tras un instante, me quedé dormida y tuve un sueño magnífico, muy vivo, pero de un contenido bastante vago; sólo sé que alguien querido estaba a mi lado, que yo tocaba sus labios con mis dedos y preguntaba: "¿de quién es esta boca?" La persona en cuestión respondía: "Mía". "Ah, no!, decía yo riendo, esta boca me pertenece a mí". Me desperté riéndome de este absurdo, miré la hora, y eran todavía las dos y media: ese largo sueño había durado evidentemente un segundo, pero me dejó con la sensación de una experiencia deliciosa, y volví muy reconfortada al jardín. Allí iba a ver también algo muy bello: un pardillo se posó en el muro justo detrás mío y se puso a cantar. En general los pájaros están ahora totalmente absortos por sus problemas familiares, y sólo muy de tarde en tarde alguno de ellos deja oír su voz, como hoy, de repente, este pequeño pardillo que ya me había visitado alguna vez durante el mes de mayo. No sé si conoce Vd. bien este pequeño pájaro y su canto: yo sólo he aprendido a conocerlo bien aquí –como otras tantas cosas– y lo prefiero incomparablemente al tan alabado ruiseñor. El canto del ruiseñor se parece demasiado al de una *prima donna,* hace pensar demasiado en el público, en los triunfos delirantes, en los himnos de alabanza entusiastas. El pardillo tiene una pequeña voz delicada y canta una melodía extraña, íntima, parecida a una llamada, a una diana; ¿se acuerda del sonido lejano y liberador de la trompeta en la escena del calabozo de *Fidelio*[1] que, por así decirlo, disipa la oscuridad de la noche? El canto del pardillo hace pensar más o menos en eso, pero mitigado por un trémolo de una dulzura infinita, tanto que parece totalmente velado, como el recuerdo de un sueño desvanecido. Mi corazón se estremece literalmente de voluptuosidad y de sufrimiento cuando oigo este canto, y enseguida veo mi vida y el mundo bajo una nueva luz, como si las nubes se disiparan y un

* Traducido de Rosa Luxemburg, *J'étais, je suis, je serai!,* citado, pp. 251-254.
1. Ópera de Beethoven.

brillante rayo de sol cayera sobre la tierra. Hoy este pequeño canto delicado sobre el muro, que apenas duró medio minuto, ¡llenó mi pecho de una dulzura y una ternura inmensas! Inmediatamente lamenté todo el mal que hubiera podido hacer a los humanos, toda la dureza de mis sentimientos o pensamientos que hubiera podido tener. Decidí, una vez más, ser buena, sencillamente buena, a cualquier precio: es mejor que "tener razón" o que llevar la cuenta exacta de cada pequeña vejación. Y luego decidí escribirle a Vd. enseguida, a pesar de que ayer puse sobre mi mesa una nota en la que figuran inscritas siete reglas de vida, y la primera de ellas dice: no escribir cartas. ¡Ve Vd., es así como cumplo las "reglas de vida" implacables que me he dado, tan grande es mi debilidad! Si, como Vd. escribe en su última carta, el sexo fuerte prefiere a las mujeres sobre todo cuando éstas se muestran débiles, debería Vd. estar encantado conmigo: ¡aquí me siento tan débil, más de lo que quisiera!

Además, sobre este punto su boca de niño ha dicho la verdad, más de lo que Vd. se cree –últimamente he hecho la experiencia de la manera más divertida. Sin duda vio Vd., en el Congreso de Copenhague[2] a Camille Huysmans, ese gran joven de cabello rizado y con cara típicamente flamenca. Él es ahora el principal dirigente de la Conferencia de Estocolmo[3]. Durante diez años ambos hemos sido miembros del Bureau Internacional y durante diez años nos hemos odiado en la medida en que "mi corazón de paloma" (¡la expresión es de... Heinrich Schulz, miembro del parlamento!) es capaz de tales sentimientos. ¿Por qué? Es difícil de decir. Quizá no pudiera sufrir a las mujeres que ejercen una actividad política; en cuanto a mí, es probable que su aire impertinente me atacara los nervios. Ocurrió que al final de la última sesión de Bruselas, en vísperas de la guerra, a finales de julio de 1914[4], pasamos los dos algunas horas juntos. Fue en un elegante restaurante con un ramo de gladiolos en la mesa, y, mi atención puesta en ellos, apenas participaba en la conversación política. Se habló de mi marcha. Entonces surgió mi típica confusión e incapacidad para abordar las "cosas terrestres", mi necesidad eterna de un tutor que me compre el

2. El Congreso socialista internacional de Copenhague en agosto de 1910.
3. La Conferencia de Estocolmo debía celebrarse del 5 al 12 de septiembre de 1917.
4. Se trata de la última reunión del Bureau Socialista Internacional celebrada los días 29 y 30 de julio en Bruselas. En ella se decidió adelantar la fecha del Congreso socialista internacional que debía celebrarse en Viena el 23 de agosto y convocarlo para el 9 de agosto en París.

billete, me ponga en el tren y recoja mis paquetes desperdigados, en resumen, apareció toda esa ridícula debilidad mía que tantos momentos divertidos le ha procurado a Vd. Huysmans me miró en silencio, durante mucho rato, y aquel odio de diez años se transformó en un instante en amistad ferviente. Fue gracioso. ¡Por fin me había podido ver en uno de mis momentos de debilidad y se encontró en su elemento! Tomó enseguida mi destino en sus manos, me llevó con Anseele[5], aquel pequeño valón tan encantador, a cenar a su casa, me trajo un gatito, tocó y cantó a Mozart y a Schubert. Tiene un buen piano y una bonita voz de tenor, y fue también para él una revelación saber que la cultura musical me es tan necesaria como el aire que respiro.

Cantó particularmente bien los "Límites de la humanidad" de Schubert [...] Después me llevó naturalmente al tren, cargó él mismo con mi maleta, se sentó en el compartimiento conmigo y decidió de repente: "No es posible que Vd. viaje sola", como si yo fuera en verdad un recién nacido. A duras penas pude convencerle de que no me acompañara hasta la frontera alemana. Sólo saltó al andén cuando el tren ya estaba en marcha, gritando: "¡Nos veremos en París!" Teníamos, en efecto, un congreso en París dos semanas más tarde. Era el 31 de julio. Pero cuando mi tren llegó a Berlín ya se había decretado la movilización general y dos días más tarde la querida Bélgica del pobre Huysmans fue ocupada. Y yo no cesaba de repetirme: "Y con nostros juegan las nubes y los vientos"[6].

Dentro de dos semanas cumpliré un año entero de detención; o, sin contar una breve interrupción, dos años enteros. ¡Ah! ¡Cuánto bien me haría una horita de charla inocente! En las horas de visita, no hacemos más que hablar deprisa sobre los asuntos, y casi todo el tiempo me siento como si estuviera sobre carbones encendidos. Aparte de esto, no veo ni oigo un alma.

Ahora son las nueve de la noche, pero todavía es de día. A mi alrededor, todo está tranquilo, sólo oigo el tic-tac del péndulo y a lo lejos el ladrido sordo de un perro. ¡Qué impresión más familiar y hogareña cuando se oye ladrar a un perro en el campo al atardecer! Un hombre en mangas de camisa, apoyado en el umbral charlando con una vecina, con la pipa en la boca. Dentro, claras voces de niños, rui-

5. Eduard Anseele, dirigente socialista belga, miembro del Comité ejecutivo del B.S.I.
6. Se trata del verso final de *Límites de la humanidad* de Schubert.

dos de vajilla, y fuera el olor del trigo verde y el primer canto tímido de las ranas. Adiós, Hänschen.

R.

CARTA A LUISE KAUTSKY*

[Breslau, Prisión penitenciaria, 24 de noviembre de 1917]

Lulú querida:

Últimamente te escribí algunas líneas. Aprovecho ahora la ocasión, aunque me sea muy difícil escribir en este momento: me es casi imposible hablar *contigo* de otra cosa que de *esto*[1], sobre lo que, precisamente, no hay nada que decir. Al menos soy incapaz de encontrar las palabras necesarias. Y no debo ni pensar en ello, pues, de otro modo, no podré soportarlo. Por el contrario, vivo soñando que está aquí, le veo vivo delante de mí, con el pensamiento, hablo con él de todas las cosas, *en mí* continúa viviendo.

Ayer me devolvieron una carta que le envié el 21 de octubre; es la segunda. Cartas que no le han llegado.

He recibido una encantadora carta de su hermana. Debe ser una mujer exquisita; bien es cierto que es la hermana de Hannes.

¿Qué haces? ¿Cómo puedes vivir sin todos tus hijos? Debe ser la tranquilidad, pero también el vacío en tu casa. ¿En qué te ocupas todo el día? Te veo tal y como eras en Wronke, en mayo: tenías un aire tan cariñoso, una expresión tan temerosa y dolorosa en los ojos. Tú no me viste cómo te miraba desde mi escondite, cuando atravesabas el patio para ir a nuestra "casa", con el maletín de regalos en la mano; miraba tu rostro y me decía: " ¡Qué jóvenes son esos ojos azul-grisáceos, en los que hay tanta sed inquieta e insatisfecha, tanto tormento desesperado...", esos ojos tienen veinte años menos que el resto de tu aspecto; permiten ver que interiormente has permanecido como una joven titubeante, inquisidora, inquietante. ¡Cómo te he amado yo precisamente por esta incertidumbre interior! En este momento me gustaría

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Cartas a Karl y Luise Kautsky*, citado, pp. 220-222.

1. Se refiere a la muerte de Hans Diefenbach, en el frente del Oeste, en la noche del 24 al 25 de octubre.

estar fuera de aquí para sentarme a charlar contigo. Querida, no te desanimes, no vivas como aplastada. Mira, tenemos precisamente –al menos aquí– unos magníficos y suaves días primaverales y las noches son tan bellas con su luna plateada. No me canso de observarlo, cuando doy, hacia el crepúsculo, mi paseo por el patio de la prisión (siempre voy exprofeso a lo largo de los muros para no ver más que lo que me rodea). Lee algo bueno. ¿Tienes buenos libros? Dime, por favor, lo que lees; quizás pueda, al menos, enviarte o aconsejarte alguna cosa buena que te reconforte.

Estoy hundida hasta las orejas en la geología, que me interesa mucho y me produce gran satisfacción. ¡Me aterro cuando pienso en lo poco que me queda de vida y todo lo que queda por aprender!

¿Te alegras por lo de los rusos?[2] Evidentemente, no podrán mantenerse en medio de este aquelarre infernal, no por las estadísticas que testimonian el atrasado desarrollo económico de Rusia –tal como lo ha calculado el juicioso de tu esposo–, sino porque la socialdemocracia de este Occidente mucho más desarrollado está integrada por abyectos cobardes que, como espectadores tranquilos, dejarán que los rusos se desangren. Pero tal muerte vale más "que quedar en vida por la patria"; es un acontecimiento de envergadura histórica mundial, cuyas huellas permanecerán durante siglos. Espero grandes cosas aún en los próximos años; sólo me gustaría admirar la historia del mundo de otra forma que a través de los barrotes...

Querida, conserva la calma y la firmeza, sé alegre pese a todo, y escríbeme pronto. Te abrazo.

Tu Rosa.

Cuando me escribas oficialmente, no menciones esta carta.

CARTA A SONIA LIEBKNECHT*

[Breslau, 24 de noviembre de 1917]

Mi querida pequeña Sonitchka,

De todas formas había decidido encontrar la ocasión de escribirle

2. La Revolución de octubre de 1917, en Rusia.

* Traducido de R.L., *J'étais, je suis, je serai...*, citado, pp. 305-308.

una vez más. Además su querida carta llegó ayer y quiero charlar con Vd., aunque no dispongo ni de tiempo ni de la tranquilidad necesarios para ello.

No me hable de las "mujercitas histéricas", mi pequeña. ¿No comprende, no se ha fijado en que incluso las mejores sufren del mismo mal que Vd.? Fíjese en los ojos de la pobre Marta, ojos de un sufrimiento indecible y de un miedo inexpresable, el miedo a que las barreras de la vida se hayan cerrado sin haber podido tocar, disfrutar realmente de la vida. Y Luisa, cuando yo la conocí, era totalmente distinta de ahora: robusta, satisfecha, casi endurecida. Desde entonces el sufrimiento y la relación con otra gente que no fuera su marido la han convertido en un ser sensible, dulce: mire sus ojos: ¡cuánto asombro, cuánta inquietud, búsqueda y cuánta dolorosa decepción!... Y de todo esto es de lo que Vd. se queja... Yo le hablo para aportarle un consuelo insípido que le haga olvidar su sufrimiento al sentir que otros lo comparten con Vd. Sé que para cada ser humano, para cada criatura, su *propia vida* es lo más importante, el bien único de que dispone y que con cada mosquito que se aplasta sin querer es como el fin del mundo; para los ojos agonizantes de este mosquito, es como si el fin del mundo aniquilara toda forma de vida. No, le hablo de las demás mujeres para que Vd. no subestime su dolor, para que no lo desprecie, para que no se comprenda mal a Vd. misma y para que no deforme su propia imagen ante Vd. misma. ¡Cómo la comprendo cuando cada bella melodía, cada flor, cada día de primavera, cada noche de luna, despierta en Vd. la nostalgia y el deseo de cuanto hay de más bello en el mundo! ¡Y cómo comprendo que esté Vd. enamorada "del amor"! Para mí el amor ha sido (¿o es?...) siempre más importante, más sagrado que el objeto que lo provoca, porque permite ver al mundo como un cuento de hadas resplandeciente, porque hace salir en el ser humano lo que tiene de más noble y bello, porque realza lo más corriente y más humilde y lo enaltece, y porque permite vivir en la embriaguez, en el éxtasis... Pero, pequeña Soniucha, Vd. es joven y todavía tiene que vivir profundamente. ¡Que pasen estos malditos años y, después, todo cambiará de una manera a otra! No debe, no tiene el derecho de sentirse acabada, es ridículo. Me gustaría sumergirla en la embriaguez de las ganas de vivir y defender firmemente su derecho a ello.

Se equivoca al pensar que estoy en contra de los escritores modernos. Hace quince años más o menos leí a Dehmel[1] con entusiasmo

1. Richard Dehemel (1863-1920), poeta naturalista alemán.

–un trozo en prosa me entusiasmó: una escena de una mujer moribunda, lo recuerdo vagamente. El *Fantasus* de Arno Holz[2], me lo sé de memoria, aún hoy. La *Primavera* de Johann Schlaf[3] (poema en prosa), por aquel entonces me llenó de entusiasmo. Luego cambié y volví a Goethe y a Mörike; a Hofmannsthal[4] no lo entiendo; a George[5] no lo conozco. Es cierto, me dan un poco de miedo por la perfección con que dominan la forma y el medio de expresión poética y por la ausencia al mismo tiempo de una gran y noble visión del mundo. Este hiatus me produce una sensación tal de vacío en mi corazón que la belleza formal se transforma para mí en una mueca. Habitualmente saben plasmar maravillosamente bien *un estado de ánimo*. Pero un ser humano no se hace con estados de ánimo.

Sonitchka, los atardeceres tienen ahora un encanto tan grande como en primavera. A las cuatro bajo al patio; es la hora del crepúsculo y a mi alrededor veo los horribles edificios diluidos bajo el velo misterioso de la oscuridad. Y al mismo tiempo el cielo brilla con un color azul claro y en lo alto aparece la luna plateada todavía clara.

Cada día a esta hora, muy alto por encima del patio, formando una larga banda que se estira en el cielo, pasan centenares de cuervos en dirección al campo, a su "arbol-dormitorio" donde se posan para pasar la noche. Se van con un suave batir de alas, intercambiando curiosas llamadas muy distintas de ese graznido pesado que emiten durante el día cuando están a la caza de una presa. Ahora, en cambio, es como un ruido sordo y dulce, que sale del fondo de la garganta, que produce el mismo efecto que el de una bola de metal. Y, cuando varios de entre ellos lanzan alternativamente ese "cau-cau" de garganta, tengo la impresión de que se lanzan a jugar con pequeñas bolas de metal describiendo círculos en el aire. Es una verdadera charla, hablan de lo que han hecho "durante el día transcurrido"...

¡Me parecen tan serios y tan importantes! al verlos cada tarde tomar una vía ya trazada, según su costumbre, siento como un respeto por esas grandes aves a las que sigo con mi mirada, con la cabeza en alto, hasta que desaparece la última. Luego deambulo un rato en la oscuridad y veo cómo los prisioneros realizan deprisa sus tareas en el pa-

---

2. Arno Holz (1863-1929), poeta alemán, fundador, con Schlaf, del "naturalismo consecuente".
3. Johannes Schlaf (1864-1941), escritor alemán y traductor, naturalista.
4. Hugo von Hofmannsthal (1774-1829), poeta, autor dramático austríaco.
5. Stefan George (1868-1933), poeta alemán.

tio, como sombras indistintas que pasan por mi lado, y me alegro de ser invisible –tan sola, tan libre como mis pensamientos, y del saludo que dirijo a la banda de cuervos en este aire dulce y primaveral. Luego los prisioneros, con pesadas ollas (¡la sopa para la cena!), atraviesan el patio y entran en el edificio, en columna de a dos, diez pasos unos detrás de otros; yo los sigo, en la cola. En el patio, en los edificios de la intendencia, las luces se van apagando poco a poco, entro en el inmueble y entonces se cierran las puertas con doble cerrojo y pestillo –el día se ha acabado definitivamente. Me siento tan bien, a pesar del dolor por lo de Hans[6]. Es que vivo en un mundo de ensueño donde él no ha muerto. Para mí sigue vivo y con frecuencia, cuando pienso en él, le sonrío.

Sonitchka, mi pequeña querida, pórtese bien. ¡Estoy tan contenta de su próxima visita! Vuelva a escribirme muy pronto – de momento a través de la vía oficial las cartas también llegan.

Un saludo muy afectuoso,

Su Rosa

---

6. Hans Diefenbach.

III. Crítica del reformismo

El revisionismo emerge en 1898 con singular fuerza en el seno del SPD. A través de Eduard Bernstein, su figura principal, esta corriente ideológico-política consigue elevar a teoría más o menos sistemática una serie de dudas y de críticas que habían empezado a aflorar en el socialismo alemán en torno a la validez de algunos postulados fundamentales del marxismo. Dado que aquí no es el lugar más adecuado para tratar de explicar, ni tan sólo superficialmente, los problemas teóricos y prácticos que el revisionismo suscita o las respuestas críticas a que dio lugar (ahí están los textos), parecería mucho más oportuno en cambio intentar esbozar a grandes rasgos las circunstancias que hicieron posible la aparición de tales tendencias y los factores que posibilitaron, más allá de la polémica histórica misma, la aparición, la pervivencia y el triunfo de las corrientes reformistas en la socialdemocracia alemana en particular y en la Internacional en general[1].

La polémica suscitada por Bernstein, estrictamente hablando, quedaría muy pronto zanjada, a nivel teórico, por la irreprochable y con-

1. Los datos empíricos para esta introducción pueden encontrarse en H.J. Marks, "The sources of reformism in the Social Democratic Party of Germany", *Journal of Modern History,* XI, 1939, pp. 334-356, y en W. Maehl, "The Triumph of Nationalism in the German Socialist Party on the eve of the first World War", *Journal of Modern History,* XXIV, 1952, pp. 15-41.

tundente crítica de Rosa Luxemburg recogida en su Reforma social o revolución. A partir del cambio de siglo la figura misma de Bernstein se ensombrece notablemente y deja de tener relevancia en los debates posteriores. Pero en cambio, en el terreno de la política práctica, el proceso de derechización del partido o lo que conocemos por "reformismo", se consolida y llega a ser rotundamente mayoritario. ¿Qué factores, objetivos y subjetivos, favorecieron ese proceso?

El primer dato histórico a tener en cuenta es la fecha de la derogación de las leyes antisocialistas en Alemania, ocurrida en 1891. Hasta entonces en la clandestinidad, el SPD inicia a partir de aquel año una metamorfosis: de un partido obrero revolucionario que luchaba en contra del Estado y del sistema, pasa a convertirse paulatinamente en un movimiento de masas organizadas que se contenta con engordar, que basa sus tareas en las reformas sociales y políticas del sistema dentro del marco del Estado mismo. Para entender esta metamorfosis es esencial situarla en su contexto material: la Alemania de la década de los 90 conoce una expansión económica sin precedentes y en apenas dos décadas deja de ser un país basado eminentemente en la agricultura y se convierte en la potencia económico-industrial más importante de Europa. Este crecimiento económico del capitalismo alemán tiene lugar en un contexto de paz social y tranquilidad internas (a diferencia del resto de países europeos) que facilita su expansión más allá de las fronteras y una política comercial y colonial que en 1924 superaba ya al Imperio Británico.

Paralelamente la SPD y los sindicatos, a raíz de su legalización, conocerán igualmente un crecimiento extraordinario, que convierte al partido alemán en la más poderosa organización obrera de la época. De los 763 128 simpatizantes en 1887 pasa a los 4 250 329 electores en 1912 (con casi un millón de miembros afiliados). Es indudable históricamente la influencia "soporífera" que ejerce el despegue económico en las organizaciones obreras y en las clases populares en general, al repercutir positivamente en su nivel de vida, y es igualmente evidente que esa influencia es origen de tensiones y contradicciones entre la nueva realidad económica y la teoría original. Pero estos factores no explican por sí solos el cambio de rumbo estratégico que conoce el partido alemán en esa coyuntura. Es necesario además hurgar en la propia naturaleza del SPD, en su composición social interna y en su ideología.

Los más de 3 millones de simpatizantes fueron generando relaciones de dependencia entre el SPD y ese electorado potencial, un electorado que, en ausencia de un partido genuinamente liberal, es decir, de

tradición suficientemente democrático-humanista, iría nutriéndose progresivamente de las pequeñas burguesías urbanas (empleados de comercio, funcionarios y sobre todo artesanado), es decir, de sectores no-socialistas que condicionarían no sólo el contenido de los programas electorales, del programa mínimo, sino los principios mismos de la socialdemocracia. Esta política típicamente electoralista iniciada tímidamente con la derogación de las leyes antisocialistas se manifiesta abiertamente a partir de 1905, cuando los líderes de la izquierda política y sindical reciben con cierta ambigüedad e incluso incomodidad las noticias de la revolución rusa, primer acontecimiento revolucionario, no hay que olvidarlo, desde la Comuna.

Un segundo factor interno que explica la derechización del SPD es la evolución de la composición social y profesional de los miembros del partido. El SPD y los sindicatos contaban, en la primera década del siglo, con menos de un 20% de obreros sin cualificar, lo que implica que la inmensa mayoría de los peor pagados y de los sin empleo (la no cualificación estaba todavía muy generalizada) no se afiliaban a las organizaciones socialdemócratas. La base numéricamente más importante estaba constituida fundamentalmente por la aristocracia obrera (el sector obrero mejor pagado de Europa) y por una minoría nada despreciable de intelectuales pequeño-burgueses más interesados por el poder que por el socialismo, y que irían ocupando paulatina pero estratégicamente los puestos clave del SPD que les otorgaban una influencia real mucho mayor de lo que su importancia numérica podía significar. Frente a esta base heterogénea cada vez más dominada por una ideología más propia de la clase media, surge la necesidad de conciliar vastos intereses en principio contradictorios y ello en detrimento de una clara concepción de clase. Esa política de conciliación, vislumbrada ya en el debate sobre el revisionismo, desembocaría finalmente en el respaldo socialdemócrata a la guerra imperialista el 4 de agosto de 1914.

A este proceso de aburguesamiento y de desclasamiento de las bases del partido contribuyó en gran manera otro proceso paralelo y a la vez muy vinculado al anterior: la burocratización. En 1914 el SPD contaba con nada menos que 4 100 funcionarios pagados, con 11 000 asalariados, y con unas inversiones valoradas en unos 20 millones de marcos en diferentes negocios, sobre todo editoriales (94 periódicos): un enorme aparato burocrático y financiero, en suma un estado dentro del estado, cada vez más alejado de las bases y constituido en su mayoría por miembros "liberados", profesionales de la organización, que

estaban mejor pagados incluso que las propias clases medias. Ese sector burocrático, reforzado a partir de 1907 con la llegada de la nueva generación de burócratas administrativos (Ebert, Scheidemann, Braun) al aparato dirigente del partido, influirá decisivamente en la progresiva centralización del poder y en la importancia que iría adquiriendo "la organización" hasta llegar a convertirse en un fin en sí mismo. Si nos atenemos a las votaciones realizadas en los congresos anuales del SPD, se constata que los reformistas más conocidos e influyentes, y más claramente el núcleo del grupo parlamentario socialdemócrata, eran funcionarios del partido. Este funcionariado, que dependía cada vez más de los votos del electorado no socialista, determinaría, junto con los demás factores enunciados, que el partido, a finales de siglo todavía formalmente contrario a la revisión del marxismo, llegase a la convicción (al espejismo) de que la vía de las mejoras graduales negociadas dentro del orden existente, era no sólo posible, sino la única deseable.

En este contexto, toda manifestación "izquierdista", es decir, toda acción que pudiera hacer tambalear el edificio (acciones de masas, huelgas, manifestaciones descontroladas) vino a ser contemplada cada vez más como un riesgo innecesario y como una aventura peligrosa. Y cuando Rosa Luxemburg reclamó oficialmente que se adoptara una política ofensiva en base a la consigna de la república y de la huelga de masas, desencadenó en aquel gran complejo burocrático-financiero que era el SPD violentas reacciones no sólo contra su persona (en forma de insultos muchas veces) sino contra la minoritaria izquierda revolucionaria, que se vería paulatinamente marginada de las pocas plataformas políticas de que gozaba (véase carta a Franz Mehring en esta sección).

En 1898 la polémica sobre el revisionismo había enfrentado, a nivel formal sobre todo, a la derecha (representada por Bernstein) y a la izquierda (Rosa Luxemburg) del partido y de la Internacional. 1905-1906 había marcado el final de una época más bien progresista de ambas organizaciones y a partir de esta fecha, junto a un lenguaje todavía marxista en su forma, se había consolidado una práctica electoralista centrada cada vez más en la conciliación y en el exclusivo protagonismo del grupo parlamentario, y había emergido un frente político mayoritario que, de una u otra forma, conseguía todavía neutralizar las críticas luxemburguianas a aquella práctica. Pero a partir de 1910, con la negativa del comité directivo y de Kautsky a discutir y publicar el artículo "Was weiter?" *de Rosa, el SPD no sólo cierra la puerta a la posibilidad de superar la "vieja táctica" parlamentario-reformista, sino*

que potencia abiertamente su política de conciliación de intereses de clase, preludio innegable de la corriente nacionalista que emergería con fuerza en el seno del proletariado alemán a partir de 1912. En efecto, la derecha socialdemócrata, que en un principio había cerrado filas tras el revisionismo, tomaría a partir de esa fecha el nacionalismo como bandera: En el Congreso de Jena (1913), frente a las mociones luxemburguianas en favor del apoyo decidido a la acción de masas, los funcionarios del partido se identificaron con la monarquía y con la nación alemanas, evidenciando así el abandono de la lucha de clases, de la tradición internacionalista y del espíritu del marxismo. Jena conocería la última ofensiva intentada por la izquierda dentro del marco del partido para hacer prevalecer el punto de vista internacionalista y de clase. De "reforma" o "revolución", se había pasado a "nacionalismo" o "internacionalismo". Jena dejaba abierta la posibilidad de que los socialistas alemanes abandonaran el frente internacional en favor de "la defensa de la cultura, de la nación y de la independencia alemanas". Era el "obreros de todo el mundo, podéis masacraros los unos a los otros".

Hoy puede afirmarse sin duda alguna que Rosa Luxemburg fue la primera en darse cuenta del peligro que encerraban esos cambios tácticos e ideológicos en el SPD y en la Internacional. Las crisis del socialismo europeo (el revisionismo, la entrada del socialista Millerand en el gobierno francés, la huelga general en Bélgica sin el beneplácito de la socialdemocracia belga); la triple militancia de Rosa Luxemburg en tres grandes partidos que le conferían el papel de observadora privilegiada; la burocratización y la consolidación de la política reformista en el SPD, son elementos que permitieron a Rosa Luxemburg comprender mejor que nadie, de forma clara y sistemática, la necesidad de modificar radicalmente la vieja táctica no sólo del movimiento obrero alemán, sino de todo el movimiento obrero occidental en su conjunto. Los cambios acaecidos en las condiciones objetivas que marcaban el inicio de la nueva fase imperialista, la llevarán no a considerar "inadecuada y caduca la vieja teoría" (como hizo Bernstein), sino a afirmar la "inutilidad de la vieja estrategia" y la necesidad de reemplazarla por otra que obedeciera realmente a los intereses de clase. Pero no será hasta 1906, tras su experiencia revolucionaria en Rusia, cuando empieza a recomponer todos los elementos hasta entonces dispersos y a realizar una crítica sistemática del reformismo, incorporando las nuevas formas de lucha del movimiento obrero polaco y ruso, especialmente la importancia de la acción política extraparlamentaria de masas. Intenta

preparar así al movimiento obrero occidental para las luchas revolucionarias que, estaba convencida, se avecinaban. En este sentido, fue la única figura política de la época en plantear, y en empezar a resolver, el problema de una estrategia obrera revolucionaria, no-reformista, para el Occidente del siglo XX.

Los cuatro primeros textos que presentamos son exponentes de la polémica que entabló Rosa Luxemburg a finales de siglo con el revisionismo. El más importante de ellos es, sin duda, su Reforma social o revolución. *Los otros tres se presentan por primera vez en lengua castellana.*

El fragmento perteneciente a "Socialdemocracia y parlamentarismo" *puede considerarse como una continuación de la polémica anterior, pero ya advierte contra el peligro de que uno de los medios institucionales utilizables por la clase obrera (el parlamento) se convierta en un fin en sí mismo.*

La carta a Clara Zetkin seleccionada a continuación y también inédita en lengua castellana, fue escrita a su regreso de Polonia tras la revolución. Revela la lucidez con que Rosa Luxemburg examina la situación en el seno del partido y la naturaleza de la lucha que tiene la izquierda del SPD ante sí a partir de entonces.

Hemos seleccionado el artículo "Was weiter?" *(Y ahora qué?) que desencadenaría las iras de la derecha del partido, la ruptura definitiva entre Rosa y Karl Kautsky y el distanciamiento abierto de Rosa Luxemburg respecto de la dirección del SPD. La carta a Franz Mehring, también inédita en lengua castellana, hay que situarla en el mismo contexto.*

El último texto, redactado para el Congreso fundacional del Partido Comunista alemán (31 de diciembre de 1918 y 1º de enero de 1919) es una declaración programática basada en el abandono definitivo del programa de Erfurt y en la vuelta a los principios del Manifiesto Comunista.

De: REFORMA SOCIAL O REVOLUCIÓN*

Prólogo

Es posible que el título del presente escrito cause, a primera vista, cierta sorpresa. ¿Reforma social *o* revolución? ¿Es que la Socialdemocracia puede estar *contra* la reforma social? ¿O es que puede oponer a la reforma social la revolución social, la transformación del orden establecido, lo que constituye su meta final? Desde luego que no. Para la Socialdemocracia, la lucha práctica cotidiana dentro del sistema existente por reformas sociales, por la mejora de la situación del pueblo trabajador, por las instituciones democráticas, supone el único camino posible para dirigir la lucha de clases proletaria y para avanzar hacia la meta final, es decir, la conquista del poder político y la abolición del trabajo asalariado. Entre reforma y revolución existe, para la Socialdemocracia, un vínculo indisoluble, puesto que concibe la lucha por las reformas como un *medio*, mientras que la revolución social es para ella el *fin*.

---

* Reproducido de "Reforma social o revolución", en Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*, Grijalbo, Barcelona, 1977, pp. 43-138. Originalmente publicado en forma de artículos en el *Leipziger Volkszeitung* en 1898 y 1899, y finalmente publicado como libro en Leipzig, 1899.

Estos dos momentos del movimiento obrero han sido puestos en oposición uno al otro por primera vez en la teoría desarrollada por Eduard Bernstein en sus artículos sobre "Problemas del socialismo" aparecidos en *Neue Zeit* en 1897-98 y, particularmente, en su libro *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie**. Toda la teoría de Bernstein se resume en la práctica en el consejo de que se abandone la revolución social, la meta final de la Socialdemocracia, y que se haga de la reforma social no ya un *medio* de la lucha de clases sino su *finalidad*. Bernstein mismo ha expresado de la forma más clara y precisa sus puntos de vista al escribir: "La meta final, sea cual sea, no es nada; el movimiento lo es todo".

Pero como la meta final del socialismo constituye el único momento decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia burguesa y del radicalismo burgués, como es lo único que hace que el movimiento obrero en su conjunto no se convierta en un vano empeño de apuntalar el orden capitalista, sino que hace de él lucha de clases *contra* este orden, por la abolición de este orden, la cuestión de "reforma social o revolución" en el sentido de Bernstein se plantea para la Socialdemocracia, en realidad, como una cuestión de "ser o no ser". En la controversia con Bernstein y sus seguidores, todo el mundo en el partido ha de tener muy claro que no se trata de esta o aquella forma de lucha, esta o aquella *táctica*, sino de la misma *existencia* del movimiento socialdemócrata. [...]

[No hay ninguna calumnia más grosera, ningún insulto más indignante contra los trabajadores que la afirmación de que las discusiones teóricas son solamente cosa de los "académicos". Ya Lassalle dijo en una ocasión que sólo cuando la ciencia y los trabajadores, esos dos polos opuestos de la sociedad, se unan, acabarán entre sus brazos de acero con todos los obstáculos culturales. Toda la fuerza del movimiento obrero moderno se basa en el conocimiento teórico.]**

Ahora bien, este conocimiento es, precisamente en el caso que nos ocupa, doblemente importante para los trabajadores, porque se trata justamente de ellos y de su influencia en el movimiento, porque

* Eduard Bernstein, *Las premisas del socialismo y las tareas de la Socialdemocracia.* La primera traducción de este libro al castellano fue realizada por E. Díaz-Reta y publicada con el título *Socialismo evolucionista.* Después de la guerra se han hecho dos reproducciones de esta traducción (Editorial Claridad, Argentina, 1966 y Editorial Fontamara, Barcelona, 1975). (T)

** Los párrafos entre corchetes no fueron incluidos por R. L. en la 2ª edición.

es su propia piel la que se lleva en esta ocasión al mercado. La corriente oportunista en el seno del partido que ha encontrado expresión teórica a través de Bernstein no es más que una tendencia inconsciente orientada a asegurar la primacía de los elementos pequeño-burgueses llegados al partido y a remodelar de acuerdo con su espíritu la práctica y las metas del partido. La cuestión de la reforma social o de la revolución, de la meta final o del movimiento, es, bajo otra forma, la cuestión del *carácter pequeño-burgués o proletario del movimiento obrero*. [...]

Berlín, 18 de abril de 1899

Primera parte*

El método oportunista

[...] Según Bernstein, a medida que se desarrolla el capitalismo se hace más improbable el derrumbe general del sistema, porque éste muestra, por una parte, una capacidad de adaptación cada vez mayor y, por otra parte, porque la producción se diferencia cada vez más. La capacidad de adaptación del capitalismo se manifiesta, para Bernstein, primero en la desaparición de las *crisis* generales como consecuencia del desarrollo del sistema de crédito, de las organizaciones patronales y de las comunicaciones, así como de los servicios de información; segundo, en la tenaz pervivencia de las capas medias como consecuencia de la diferenciación constante de las ramas de la producción así como del ascenso de amplias capas proletarias al nivel de los estratos medios y, tercero, finalmente, en la mejora económica y política de la situación del proletariado como consecuencia de la lucha sindical.

De todo esto se sigue para la lucha práctica de la Socialdemocracia la consecuencia general, para Bernstein, de que hay que orientar la actividad no a la toma de posesión del poder político del Estado sino a la mejora de la situación de la clase obrera y a la introducción del socialismo no a través de una crisis social y política, sino a través de una

* La primera parte del presente escrito hace referencia a la serie de artículos que Eduard Bernstein publicó bajo el título general de "Problemas del socialismo" en *Neue Zeit* entre 1896/97 y 1898.

ampliación paso a paso del control social y de la realización gradual del principio cooperativo.

Bernstein mismo no ve en lo dicho por él nada nuevo. Al revés, piensa que coincide tanto con determinadas manifestaciones de Marx y Engels como con la orientación general tomada por la Socialdemocracia hasta el presente. Sin embargo, desde nuestro punto de vista, difícilmente se puede negar que la concepción de Bernstein se encuentra realmente en contradicción abierta con los principios del socialismo científico.

Si la revisión de Bernstein no consistiese más que en la afirmación de que la evolución del capitalismo es más lenta de lo que hasta ahora se acostumbraba a pensar, la conclusión no sería sino predicar un aplazamiento de la toma del poder político por parte del proletariado, de lo que se seguiría en la práctica, como mucho, el mantenimiento de unos ritmos moderados en la lucha.

Pero no es éste el caso. Lo que Bernstein ha puesto en cuestión no es la rapidez de la evolución sino la evolución misma de la sociedad capitalista y, con ella, también la transición al socialismo.

La teoría socialista ha supuesto hasta el presente que el punto de partida de la transformación socialista vendría dado por la presencia de una crisis general y devastadora. En nuestra opinión hay que distinguir, a este respecto, dos cosas: la idea fundamental que esto encierra y su forma exterior.

La idea es ésta: llegará un momento en que el sistema capitalista, a causa de sus propias contradicciones, se saldrá de sus goznes, se hará sencillamente imposible. El hecho de que se pensase este momento bajo la forma de una crisis comercial general y de enorme amplitud es algo para lo cual había, ciertamente, muy buenos motivos, pero que no deja de ser, por lo que hace a la idea de base, insustancial y accesorio.

La fundamentación científica del socialismo se apoya, como se sabe, en *tres* resultados del desarrollo capitalista: en primer lugar y sobre todo en la *anarquía* creciente de la economía capitalista, que hace inevitable su hundimiento; en segundo lugar, en la progresiva *socialización* del proceso productivo, que hace aparecer los elementos positivos de la sociedad futura y, en tercer lugar, en la creciente *organización y consciencia de clase* del proletariado, que es el factor activo de la revolución inminente.

Bernstein elimina el *primero* de los fundamentos del socialismo científico citados. Para él el capitalismo no va hacia el derrumbe económico general.

Con ello no rechaza tan sólo una forma determinada de derrumbe capitalista, sino el mismo derrumbe como tal. Dice textualmente: "Se podría objetar que cuando se habla del derrumbe de la sociedad actual, se piensa en algo más que en una crisis de negocios generalizada y más fuerte que las anteriores, se piensa en un derrumbe total del sistema capitalista víctima de sus propias contradicciones." A lo que contesta: "Un derrumbe total y casi simultáneo del sistema productivo actual no se hace más probable con el desarrollo progresivo de la sociedad, sino más bien improbable, puesto que éste mismo aumenta por una parte la capacidad de adaptación y por otra –o al mismo tiempo– la diferenciación de la industria."

Pero entonces se plantea la gran cuestión: ¿llegamos –y por qué y cómo– a la meta final de nuestras aspiraciones? Para el socialismo científico la necesidad histórica de la revolución socialista se manifiesta sobre todo en la anarquía creciente del sistema capitalista, que empuja a éste a un callejón sin salida. Ahora bien, si se supone con Bernstein que la evolución del capitalismo no marcha en dirección a su propio hundimiento, entonces el socialismo deja de ser *objetivamente necesario.* Entonces no quedan ya de su fundamentación científica más que los otros dos resultados del desarrollo capitalista: la socialización del proceso de producción y la consciencia de clase del proletariado. A esto alude, ciertamente, Bernstein al decir: "El pensamiento socialista no pierde (con la eliminación de la teoría del derrumbe) absolutamente nada en poder de convicción. Pues si examinamos las cosas más de cerca ¿qué son todos los factores de eliminación o modificación de las viejas crisis que hemos enumerado? En realidad son al mismo tiempo premisas y en parte incluso elementos de la socialización de la producción y del cambio."

Basta una breve consideración para poner de relieve la falsedad de esta conclusión. ¿Cuál es el sentido de los fenómenos citados por Bernstein como medios de adaptación del capitalismo, es decir, los cártels, el crédito, la ampliación de los medios de comunicación, la elevación del nivel de vida de la clase obrera, etc.? Evidentemente, eliminar o al menos atenuar las contradicciones internas de la economía capitalista, impedir su desarrollo y agudización. Así, la superación de las crisis significa la supresión de la contradicción entre producción y cambio en el capitalismo, la elevación del nivel de vida de la clase obrera, en parte como tal y en parte por integración en las capas medias, significa la atenuación de la contradicción entre el capital y el trabajo. Si los cártels, el crédito, los sindicatos, etc., eliminan las contradicciones del ca-

pitalismo, es decir, salvan al sistema capitalista de su hundimiento, conservan el capitalismo –por eso Bernstein habla de "medios de adaptación"– ¿cómo pueden al mismo tiempo ser "premisas y en parte incluso elementos" del socialismo? Está claro que sólo en el sentido de que ponen de manifiesto más claramente el carácter social de la producción. Pero en la medida en que conservan su forma *capitalista,* hacen superflua la transición de esta producción socializada a su forma socialista. Por tanto, pueden ser elementos y premisas del socialismo únicamente en sentido conceptual y no en sentido histórico, es decir, se trata de fenómenos de los que por nuestra concepción del socialismo *sabemos* que están relacionados con él, pero que en realidad no sólo no conducen a la revolución socialista sino que la hacen superflua. Queda entonces como única fundamentación del socialismo solamente la consciencia de clase del proletariado. Pero tampoco es ésta ya el simple reflejo intelectual de las contradicciones cada vez más agudizadas del capitalismo y de su inminente hundimiento –éste queda bloqueado por los medios de adaptación–, sino que queda en mero ideal cuyo poder de convicción se basa en las perfecciones que le son atribuidas.

En una palabra, lo que obtenemos por este camino es una fundamentación del programa socialista por el "conocimiento puro", o sea, brevemente, una fundamentación idealista, mientras que se excluye la necesidad objetiva, es decir, la fundamentación basada en el curso de la evolución social material. La teoría revisionista se encuentra ante una alternativa: o bien la revolución socialista es la consecuencia, como anteriormente, de las contradicciones internas del capitalismo, con lo cual se desarrollan paralelamente a este sistema también sus contradicciones internas produciéndose el derrumbe, no importa de qué forma, en algún momento como resultado necesario y constatándose la ineficacia de los "medios de adaptación" y la justeza de la teoría del derrumbe. O bien los "medios de adaptación" se encuentran realmente en disposición de impedir un derrumbe del sistema capitalista, es decir, de hacer que el capitalismo siga funcionando, de eliminar sus contradicciones, con lo cual al mismo tiempo el *socialismo* deja de ser una necesidad histórica para convertirse en lo que se quiera menos en un resultado de la evolución material de la sociedad. Este dilema engendra otro: o bien el revisionismo está en lo cierto en lo que se refiere al curso de la evolución del capitalismo, con lo que la transformación socialista de la sociedad pasa a ser una utopía o bien el socialismo no es ninguna utopía, en cuyo caso la teoría de los "medios de adaptación" no se sostiene. *That is the question:* ésa es la cuestión. [...]

Política aduanera y militarismo

[...] Según afirma Konrad Schmidt, la conquista de una mayoría socialdemócrata en el Parlamento ha de ser el camino directo para llegar a esa socialización gradual de la sociedad. Las formas democráticas de la vida política constituyen, indudablemente, un fenómeno que expresa de la forma más viva la transformación del Estado en sociedad y, en esta medida, no deja de ser una etapa hacia la transformación socialista. Sin embargo, se da la circunstancia de que la escisión en la naturaleza del Estado capitalista de que hemos hablado sale a la luz de la forma más evidente en el moderno parlamentarismo. Pues por su forma, si bien es cierto que el parlamentarismo sirve para dar expresión en la organización del Estado a los intereses de la sociedad en su conjunto, resulta no obstante que es sólo la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en la que los intereses *capitalistas* son los decisivos, la que se expresa. Entonces, las instituciones, democráticas por su forma, se convierten, por su contenido, en instrumentos de los intereses de clase dominantes. Esto se manifiesta de la forma más palpable en el hecho de que en cuanto la democracia muestra tendencias a despojarse de su carácter de clase y a convertirse en un instrumento de los intereses reales del pueblo, la burguesía misma no tiene inconveniente en sacrificar todas las formas democráticas y su representación estatal. La idea de una mayoría parlamentaria socialdemócrata aparece, por este motivo, como un cálculo plenamente inmerso en el espíritu del liberalismo burgués, por lo que sólo toma en cuenta una parte de la democracia, la parte formal, dejando sin embargo la otra parte, su contenido real, completamente de lado. Y el parlamentarismo en su conjunto no aparece, como supone Bernstein, como un elemento inmediatamente socialista que va impregnando poco a poco a la sociedad capitalista, sino por el contrario, como un medio específico del Estado de clase burgués para hacer madurar y desarrollarse las contradicciones capitalistas.

A la vista de este desarrollo objetivo del Estado, la idea de Bernstein y Konrad Schmidt acerca del "control social" creciente destinado a introducir directamente el socialismo, se convierte en una frase vacía en contradicción creciente de día a día con la realidad.

La teoría de la introducción gradual del socialismo acaba proponiendo una reforma progresiva, en sentido socialista, de la propiedad y del Estado capitalistas. Sin embargo, ambos se desarrollan como consecuencia de procesos objetivos de la sociedad actual en una dirección completamente opuesta. El proceso de producción está sometido a

una socialización creciente, y la intervención, el control del Estado sobre ese proceso de producción, se hace cada vez más amplio. Pero, al mismo tiempo, la propiedad privada asume cada vez más la forma de la desnuda explotación del trabajo ajeno, mientras que el control estatal no responde, progresivamente, más que, exclusivamente, a intereses de clase. Por consiguiente, el hecho de que el Estado, es decir, la organización *política*, y las relaciones de la propiedad, es decir, la organización *jurídica*, del capitalismo se hagan, a medida que éste avanza, cada vez más *capitalistas* en vez de cada vez más socialistas, plantea a la teoría de la introducción progresiva del socialismo dos dificultades insuperables.

La idea de Fourier de transformar por medio del sistema de falansterios toda el agua del mar en limonada era demasiado fantástica. La idea de Bernstein de transformar el mar de la amargura capitalista en un mar de dulzura socialista añadiéndole progresivamente botellas de limonada reformista puede que sea más insulsa, pero no es desde luego menos fantástica.

Si las relaciones de producción de la sociedad capitalista se aproximan cada vez más a las del socialismo, sus relaciones jurídicas y políticas, por el contrario, levantan entre la sociedad capitalista y la sociedad socialista un muro cada vez más alto. Ni el desarrollo de las reformas sociales ni el de la democracia contribuyen a perforarlo, sino, al revés, no hacen más que fortalecerlo, endurecerlo. Por consiguiente, sólo será posible derribarlo con el golpe de martillo de la revolución, es decir, con la *conquista del poder político por el proletariado.*

Consecuencias prácticas y carácter general del revisionismo

En el primer capítulos hemos intentado mostrar que la teoría de Bernstein priva al programa socialista de todo apoyo material y lo sitúa sobre una base idealista. Esto se refiere a los fundamentos teóricos. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando la teoría se traslada a la práctica? En principio y formalmente no se distingue en nada de la práctica hasta ahora usual de la lucha socialdemócrata. Sindicatos, lucha por reformas sociales y por la democratización de las instituciones políticas, tal es también el contenido formal de la actividad de partido de la Socialdemocracia. La diferencia no está pues en el *qué* sino en el *cómo.* Tal como están actualmente las cosas, en la lucha sindical y parlamentaria se ve el medio de conducir y educar progresivamente al proletariado para la

toma del poder político. Para el revisionismo, dada la imposibilidad y lo vano de esa toma del poder, aquellas luchas han de conducirse tomando en consideración única y exclusivamente los resultados inmediatos a que den lugar, es decir, la mejora de la situación material de los trabajadores, la limitación gradual de la explotación capitalista, así como la ampliación del control social. Si hacemos abstracción del objetivo de la mejora inmediata de los trabajadores, dado que es común a las dos concepciones, tanto a la que ha sido usual hasta ahora en el partido como a la revisionista, toda la diferencia se reduce –expresándolo brevemente– a lo siguiente: para la concepción corriente la relevancia socialista de la lucha sindical y política estriba en que prepara al proletariado, es decir, al factor *subjetivo* de la revolución socialista, para la realización de ésta. Para Bernstein consiste en que la lucha sindical y política va limitando gradualmente la misma explotación capitalista, le arrebata a la sociedad capitalista cada vez más su carácter capitalista y le va imprimiendo un carácter socialista, en una palabra: está llamada a realizar en sentido *objetivo* la transformación socialista de la sociedad. Si las cosas se examinan más de cerca se ve que ambas concepciones son diametralmente opuestas. En la concepción usual en el partido, el proletariado llega a través de la lucha sindical y política a convencerse de la imposibilidad de transformar en profundidad su situación a través de esa lucha, así como de la inevitabilidad de una toma definitiva del poder político. En la concepción de Bernstein se parte como premisa de la imposibilidad de la toma del poder político para acabar hablando de la introducción del socialismo únicamente por medio de la lucha sindical y política.

El carácter socialista de la lucha sindical y parlamentaria consiste en la concepción bernsteiniana, pues, en la creencia en sus efectos gradualmente socializadores sobre la economía capitalista. Sin embargo, tales efectos socializadores son, como nos hemos esforzado en mostrar, pura imaginación. El Estado y la propiedad capitalistas se orientan en una dirección diametralmente opuesta. En base a esa concepción, la lucha práctica cotidiana de la Socialdemocracia pierde toda conexión con el socialismo. La enorme relevancia socialista de la lucha sindical y política consiste en que socializan el *conocimiento,* la consciencia del proletariado, lo organizan en tanto que clase. Si se la entiende en tanto que medio para la socialización inmediata de la economía capitalista, fracasa no sólo en lo que se refiere a este cometido que se le atribuye sino que pierde además toda otra trascendencia: deja de ser un medio educativo de la clase obrera para la toma del poder.

Es por lo tanto un contrasentido completo lo que afirman Eduard Bernstein y Konrad Schmidt para tranquilizarse en el sentido de que no por limitar su lucha a las reformas sociales y al sindicato se sustrae el movimiento obrero a su meta final, ya que todo paso dado en esta dirección se trasciende a sí mismo y la meta socialista forma parte del movimiento mismo en tanto que tendencia. Éste es ciertamente el caso por lo que se refiere a la táctica actual de la Socialdemocracia alemana, en la que la aspiración consciente y firme a la conquista del poder político *precede* y orienta toda la lucha sindical y por la consecución de reformas. Pero si se separa esta aspiración previa del movimiento y se hace de la reforma social un objetivo en sí mismo, no conducirá a la realización de la meta final socialista sino más bien al contrario. Konrad Schmidt se remite, por así decirlo, a un movimiento automático que una vez en marcha ya no puede pararse a sí mismo basándose en el simple razonamiento de que el apetito llega comiendo y que la clase obrera jamás se dará por satisfecha con reformas mientras no se haya llevado a cabo la transformación socialista de la sociedad. Este último postulado es sin duda correcto. De ello da fe la insuficiencia de la reforma social capitalista misma. Pero la conclusión a la que se llega sólo podría ser correcta en el caso de que se pudiese construir una cadena ininterrumpida de reformas sociales sucesivas y cada vez más profundas que condujese directamente desde la sociedad actual hasta la sociedad socialista. Pero esto no es sino una fantasía. Por la naturaleza de las cosas la cadena se rompería muy pronto y los caminos por los que podría dirigirse el movimiento a partir de ese punto son numerosos.

Lo que es más fácil y probable que se dé es un cambio de táctica para obtener por todos los medios los resultados prácticos de la lucha, es decir, las reformas sociales. El punto de vista de clase irreconciliable, duro, sólo tiene sentido si se aspira a la toma del poder político. En cuanto el objetivo fundamental pasa a la obtención de éxitos prácticos inmediatos, se convierte cada vez más en un simple obstáculo. El siguiente paso es una "política de compensación" –léase política marrullera– y una actitud conciliadora sabiamente diplomática. Pero el movimiento no puede estar parado mucho tiempo. Como las reformas sociales son, en régimen capitalista, sea cual sea la táctica que se emplee, nueces vacías y no han de dejar de serlo, el siguiente paso, lógicamente, será la desilusión también con respecto a la reforma social. Se llegará así a ese puerto de aguas tranquilas al que han ido a echar sus anclas los profesores Schmoller y Cía., quienes después de navegar tam-

bién por las aguas de la reforma social acabaron por dejarlo todo estar a la buena de Dios. El socialismo no se deriva automáticamente y bajo cualquier circunstancia de la lucha cotidiana de la clase obrera. Resulta solamente de las contradicciones cada vez más agudas de la economía capitalista y de la convicción, por parte de la clase obrera, de la absoluta necesidad de su abolición por medio de una revolución social. Si se niega lo primero y se rechaza lo segundo, como hace el revisionismo, se reduce el movimiento obrero a simple sindicalismo corporativo y a reformismo social; lo que por su propia dinámica acaba conduciendo, en último término, al abandono del punto de vista de clase. [...]

La conquista del poder político

[...] En la historia de la sociedad burguesa la reforma legal sirvió para el fortalecimiento paulatino de la clase ascendente, hasta que ésta se sintió lo suficientemente madura como para tomar el poder político, derribar el sistema jurídico vigente hasta entonces y construir uno nuevo en su lugar. Bernstein, que vocifera indignado contra la conquista del poder político considerándola un efecto de la teoría blanquista de la violencia, tiene la desgracia de considerar como error de cálculo blanquista lo que durante siglos ha venido siendo punto de mira y fuerza motriz de la historia humana. Desde que existen las sociedades divididas en clases y la lucha de clases es el contenido fundamental de su historia, la conquista del poder político ha venido siendo tanto la meta de todas las clases ascendentes como el punto final de cada período histórico. Esto lo vemos en las largas luchas del campesinado con los financieros y la nobleza en la antigua Roma, en las luchas de los patricios contra los obispos y de los artesanos contra los patricios en las ciudades medievales, en las luchas de la burguesía con el feudalismo en la época contemporánea.

La reforma legal, por tanto, y la revolución no son métodos diferentes del progreso histórico que se puedan escoger a voluntad en el *buffet* de la historia igual que se eligen salchichas frías o salchichas calientes, sino *momentos* diversos en el desarrollo de la sociedad de clases que se completan y condicionan uno a otro excluyéndose, sin embargo, mutuamente al igual que, por ejemplo, el Polo Sur y el Polo Norte o la burguesía y el proletariado.

En cada época, en efecto, la constitución legal en vigor no es sino el *producto* de la revolución. Mientras que la revolución es el acto po-

lítico creador de la historia de las clases, la legislación no supone sino la ulterior existencia vegetativa de las sociedades. El trabajo legal de reformas carece de fuerza motriz propia, independiente de la revolución; se mueve en cada época histórica en la dirección que le haya marcado el impulso que haya recibido de la última revolución y su movimiento dura mientras dura aquel impulso o, hablando más en concreto, se mueve sólo *en el marco* de la forma de sociedad que la última revolución haya traído al mundo. Éste es, justamente, el núcleo del problema.

Es absolutamente falso y completamente ahistórico plantear las reformas legales simplemente como la revolución ampliada en el tiempo y la revolución como una reforma comprimida. La revolución social y la reforma legal son cosas diferentes no en función de su *duración temporal* sino en función de su *esencia*. Todo el secreto de las revoluciones históricas, de la toma del poder político, consiste en el paso de simples modificaciones cuantitativas a una nueva calidad, concretamente: se trata del paso de un período histórico a otro, de un tipo de sociedad a otro.

Por tanto, quien se pronuncie por un camino de reformas legales *en lugar* y *en contra* de la conquista del poder político y de la revolución social está, en realidad, eligiendo no un camino más tranquilo, más seguro y más lento hacia la *misma* meta, sino también una meta *diferente*; está optando ciertamente por la introducción no de una nueva sociedad sino meramente de transformaciones inesenciales en la sociedad anterior. Así, a partir de las ideas políticas del revisionismo llegamos a la misma conclusión que a partir de sus teorías económicas: que el revisionismo, en el fondo, no aspira a la realización del *socialismo,* sino simplemente a la reforma del *capitalismo,* no aspira a la eliminación del sistema salarial sino a reducir más o menos la explotación, aspira, en una palabra, a suprimir los excesos del capitalismo y no el capitalismo mismo.

¿Podría ocurrir que las frases que figuran aquí acerca de la función de la reforma social y de la revolución sólo fuesen aplicables a las luchas de clases que han tenido lugar hasta ahora? ¿Es posible que, en la actualidad, gracias a la formación del sistema jurídico burgués, el tránsito de una fase histórica de la sociedad a otra se haya convertido en tarea propia de la reforma social quedando así la toma del poder estatal por el proletariado reducida a mera "frase vacía", como lo asegura Bernstein en la página 183 de su escrito?

La realidad es justamente lo contrario. ¿Qué es lo que distingue a

la sociedad burguesa de las sociedades clasistas anteriores, antiguas y medievales? Es el hecho de que la dominación de clase ya no se basa sobre "derechos adquiridos" sino sobre *relaciones económicas reales,* que el sistema salarial no es una relación jurídica sino una relación puramente económica. En todo nuestro sistema jurídico resulta absolutamente imposible encontrar ninguna fórmula legal representativa de la dominación de clase actual. Si quedan huellas no son sino residuos de las relaciones feudales, como en el caso de la ordenanza relativa al servicio doméstico.

¿Cómo suprimir, por tanto, la esclavitud del salario "por el camino legal", poco a poco, si no encuentra expresión en las leyes? Bernstein, que quiere utilizar el trabajo legal de reformas para poner fin de este modo al capitalismo, se coloca en la situación del policía de Uspienski, que contaba así su aventura: ..."Rápidamente agarré al tipo por el cuello y ¿qué ocurrió?, pues que el condenado tipo aquél ¡no tenía cuello!"... Ése es el meollo de la cuestión. [...]

La necesidad misma de la toma del poder político por el proletariado estuvo, tanto para Marx como para Engels, en todo momento fuera de duda. Era a Bernstein a quien le estaba reservado considerar el gallinero que es el Parlamento burgués como el órgano adecuado para realizar la transformación social más tremenda de la historia: la transformación de la sociedad *capitalista* en sociedad *socialista.*

Sin embargo, Bernstein había empezado ya su teoría con el temor y la advertencia frente a que el proletariado llegue demasiado *pronto* al timón. Si se diese este caso, nada cambiaría, en opinión de Bernstein, en la situación de la sociedad burguesa y el proletariado sufriría, incluso, una terrible derrota. Lo que se desprende de este temor es que la teoría de Bernstein sólo tiene *una* recomendación "práctica" que hacerle al proletariado en el caso de que éste llegase, por las circunstancias, al poder: simplemente, irse a dormir. Pero con ello se condena sin más a sí misma, en tanto que teoría, que en los momentos más decisivos de la lucha condena al proletariado a la inacción, es decir, a la traición pasiva.

En realidad, todo nuestro programa no sería sino miserable papel mojado si no estuviese en disposición de servirnos en *todas* las eventualidades y en *todos* los momentos de la lucha y, además, de servirnos por su *ejecución* y no por lo contrario. Si nuestro programa es la formulación del paso histórico de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, ha de formular también evidentemente todas las fases intermedias de esa transición, tenerlas consignadas en sus elementos funda-

mentales, es decir, ha de poder recomendar *en cada* momento al proletariado la conducta a seguir de modo que se avance hacia el socialismo. De esto se sigue que, en general, no puede haber para el proletariado *ni un solo momento* en el que se vea obligado a dejar plantado su programa o en el que su programa le deje plantado a él.

En la práctica esto significa que no puede darse el caso en el que el proletariado, llevado al poder por el curso de las cosas, pueda o no se vea obligado a adoptar determinadas medidas encaminadas a la realización de su programa, determinadas medidas de transición en el sentido del socialismo. Detrás de la afirmación de que el programa socialista podría en algún momento fallar completamente a la hora de orientar el dominio político del proletariado y ser absolutamente incapaz de contribuir a la realización de éste, se oculta inconscientemente esta otra afirmación: *el programa socialista es en general y en cualquier circunstancia irrealizable.* ¿Y si las medidas de transición resultan prematuras? Esta objeción revela la existencia de toda una madeja de incomprensiones acerca del curso real de las revoluciones sociales.

La toma del poder político por el proletariado, es decir, por una gran clase popular, no se puede hacer, sobre todo, artificialmente. Por sí misma presupone –dejando aparte casos como el de la Comuna de París en el que el poder llegó a manos del proletariado no como el resultado de una lucha conscientemente dirigida a ese fin sino y excepcionalmente como un objeto valioso abandonado en la calle y sin dueño– un determinado grado de madurez de las condiciones económicas y políticas. En esto estriba la diferencia fundamental entre los golpes de estado blanquistas perpetrados por una "minoría decidida" llevados a cabo en cualquier momento como el disparo de una pistola y, por tanto, siempre a destiempo y la toma del poder político por la gran masa del pueblo con consciencia de clase, la cual no puede ser ella misma sino el producto del principio del derrumbe de la sociedad burguesa, por lo que ostenta en sí misma la legitimación económico-política de su oportunidad.

Si la conquista del poder político por la clase obrera no puede tener lugar, desde el punto de vista de los *presupuestos* sociales, "demasiado pronto", sí por el contrario, desde el punto de vista de sus efectos políticos, de la *conservación* del poder, ha de realizarse necesariamente "demasiado pronto". El espectro de la revolución prematura, que no le deja dormir a Bernstein, nos amenaza como una espada de Damocles; contra él no sirve ni orar ni suplicar, ni el temor ni la vacilación. Y esto por dos razones muy simples.

En primer lugar, una transformación tan profunda como la que implica hacer pasar a la sociedad del capitalismo al socialismo es completamente impensable que se produzca de golpe, que sea el resultado de un golpe victorioso del proletariado. Suponer que esto fuese posible sería tanto como hacer gala de una concepción verdaderamente blanquista. La revolución socialista presupone una lucha larga y tenaz en la que el proletariado, según todas las probabilidades, será batido más de una vez, de modo que la primera vez que llegue al poder habrá sido, desde el punto de vista del resultado final de toda la lucha, necesariamente algo "prematuro".

En segundo lugar, sin embargo, la toma "prematura" del poder político tampoco se puede rechazar precisamente porque esas conquistas "prematuras" del proletariado constituyen precisamente un factor, y muy importante, en la creación de condiciones *políticas* para la victoria final, ya que el proletariado sólo podrá alcanzar el grado necesario de madurez política que le capacitará para la revolución definitiva en el transcurso de la crisis política que acompañará a su toma del poder "prematura", en el transcurso de luchas tenaces y prolongadas. De este modo, esos asaltos "prematuros" del proletariado al poder político constituyen importantes momentos históricos y contribuyen a aproximar y a determinar *la hora* de la victoria final. Desde *este* punto de vista la idea de una conquista "prematura" del poder político por el pueblo trabajador aparece como un contrasentido político basado en una idea mecánica del desarrollo de la sociedad y en el establecimiento *por fuera e independientemente* de la lucha de clases del momento determinado para la victoria en la lucha de clases.

Pero como el proletariado, por consiguiente, no se halla en condiciones de conquistar el poder político más que "prematuramente" o, con otras palabras, como es preciso que lo conquiste una o más veces "prematuramente" antes de conquistarlo para siempre, la oposición a la toma *"prematura"* del poder no es sino la oposición *en general a la aspiración del proletariado a hacerse con el poder político.* [...]

El oportunismo en la teoría y en la práctica

[...] ¿Qué era lo característico en primer término del oportunismo? La enemiga contra "la teoría". Es una cosa completamente natural, pues nuestra "teoría", es decir, los principios del socialismo científico, delimita muy estrictamente la actividad práctica, tanto respecto a las *me-*

tas a las que se aspira como a los *medios* de lucha a emplear como también al mismo *modo* de luchar. Por esta razón es completamente natural que aquellos que sólo persiguen éxitos prácticos muestren una tendencia a tener las manos libres, es decir, a separar nuestra práctica de la "teoría", a hacerla independiente de ésta.

Sin embargo, la misma teoría golpeaba a cada intento práctico en la cabeza de los revisionistas: el socialismo de Estado, el socialismo agrario, la política de compensación, la cuestión militar han sido otras tantas derrotas del oportunismo. Está claro que esta corriente, si quería pronunciarse en contra de nuestros principios, tenía que llegar en algún momento, lógicamente, a la teoría misma, a atreverse con los principios en vez de ignorarlos, tenía que intentar quebrantarlos y construirse su propia teoría. La teoría de Bernstein ha venido a ser un intento en este sentido y por este motivo vimos cómo en el Congreso de Stuttgart todos los elementos oportunistas se agruparon inmediatamente bajo la bandera enarbolada por Bernstein. Si las corrientes oportunistas constituyen en la práctica un fenómeno muy natural y explicable por las condiciones de nuestra lucha y de su crecimiento, la teoría de Bernstein, por su parte, no es un intento menos evidente de sintetizar en una única expresión teórica de carácter general todas esas corrientes sacando a la luz sus propios presupuestos teóricos y ajustando las cuentas con el socialismo científico. La teoría de Bernstein ha sido, por tanto, desde el primer momento, la prueba de fuego teórica del oportunismo, su primera legitimación científica.

¿Cuál ha sido el desenlace de esta prueba? Lo hemos visto ya. El oportunismo no está en condiciones de establecer una teoría positiva que resista de algún modo a los embates de la crítica. Todo lo que puede hacer es: primero, combatir la teoría marxista en algunos de sus principios fundamentales, pero de uno en uno, y finalmente, como esta teoría es un edificio fuertemente trabado, destruir el sistema en su conjunto desde los cimientos hasta el último piso. Con ello ha quedado de manifiesto que la práctica oportunista, por su esencia, por sus fundamentos, es incompatible con el sistema de Marx.

Pero con ello se ha puesto además de manifiesto que el oportunismo es incompatible también con el socialismo en general, que su tendencia interna se orienta a desviar al movimiento obrero hacia vías burguesas, es decir, a paralizar por completo la lucha de clases proletaria. Por supuesto que la lucha de clases proletaria no es –desde un punto de vista histórico– algo idéntico al sistema marxista. También *antes* de Marx e independientemente de él existió movimiento obrero, así co-

mo diferentes sistemas socialistas que, cada uno a su manera, eran expresiones teóricas, correspondientes a las condiciones que en cada momento imperaban, de las aspiraciones emancipatorias de la clase obrera. La fundamentación del socialismo en base a conceptos morales de justicia, la lucha contra el modo de distribución en vez de contra el modo de producción, la concepción de los antagonismos de clase en términos de antagonismo entre pobres y ricos, el deseo de injertar la "cooperación" en el sistema capitalista, todo lo que hemos ido encontrando en el sistema de Bernstein, ha existido ya alguna vez con anterioridad. Sin embargo, estas teorías fueron *en su tiempo,* no obstante todas sus insuficiencias, verdaderas teorías de la lucha de clases proletaria, fueron enormes zapatos infantiles con los que el proletariado aprendió a caminar en la escena histórica.

Pero una vez que el desarrollo mismo de la lucha de clases y sus condiciones históricas han conducido a la eliminación de esas teorías y a la formulación de los principios del socialismo científico, ya no puede haber –al menos en Alemania– otro socialismo que no sea el socialismo marxista, ya no puede haber lucha de clases socialista que no sea la de la Socialdemocracia. En la actualidad, socialismo y marxismo, lucha proletaria por la emancipación y Socialdemocracia son cosas idénticas. Por eso, la vuelta a las teorías premarxistas del socialismo significa no un retroceso a los enormes zapatos infantiles del proletariado, no, se trata, más bien, de un retroceso a las zapatillas enanas y desgastadas de la burguesía.

La teoría de Bernstein fue el *primero,* pero al mismo tiempo el *último* intento de darle al oportunismo una base teórica. Decimos que es el último porque el oportunismo ha ido con el sistema de Bernstein tan lejos, tanto en el sentido negativo de abjurar del socialismo científico como en el positivo de conjugar toda la confusión teórica disponible, ya que nada le resta por hacer. Con el libro de Bernstein el oportunismo ha completado su desarrollo en el campo de la teoría, ha extraído sus últimas consecuencias.

La teoría marxista está no sólo en condiciones de refutar al oportunismo teóricamente, sino que además es la única teoría que puede *explicar* el oportunismo como fenómeno histórico inserto en el curso del desarrollo del partido. El avance histórico-mundial del proletariado hacia su victoria no es, desde luego, "cosa fácil". Toda la singularidad de este movimiento consiste en que en él por primera vez en la Historia las masas populares imponen su voluntad por sí mismas y contra todas las clases dominantes, pero teniendo que fijar esa voluntad más

allá de la sociedad actual, fuera de ella. Sin embargo, las masas solamente pueden dotarse de esa *voluntad* en la lucha constante con el orden establecido, en el marco de ese orden. La unión de las masas con una meta que trasciende por completo el orden establecido, la vinculación de la lucha cotidiana con la gran reforma del mundo: ése es el gran problema del movimiento socialdemócrata, el cual, consecuentemente, ha de trabajar y avanzar entre dos escollos: entre el abandono del carácter masivo y el abandono de la meta final, entre el retroceso a la secta y la degradación a movimiento burgués de reformas, entre el anarquismo y el oportunismo.

La teoría marxista, bien es verdad, cuenta en su arsenal teórico ya desde hace medio siglo con armas aniquiladoras tanto contra un extremo como contra el otro. Pero precisamente porque el nuestro es un movimiento de masas y los peligros que le amenazan no surgen de las cabezas de los hombres sino de las condiciones sociales en que se desarrollan, resulta completamente imposible que la teoría marxista hubiese prevenido desde un principio y para siempre las desviaciones anarquistas y oportunistas. Esas desviaciones han de ser superadas una vez que se han hecho realidad en la práctica por el mismo movimiento y, en todo caso, con ayuda de las armas suministradas por Marx. El peligro menor, el sarampión infantil anarquista, lo superó la Socialdemocracia ya cuando el "movimiento de los independientes". El peligro mayor, la hidropesía oportunista, está ahora en trance de superarlo.

Si se considera el enorme crecimiento del movimiento a lo largo de los últimos años, la complejidad de la situación en la que hay que llevar adelante la lucha, así como la de los objetivos que se plantea, era inevitable que llegase el momento en el que apareciesen en el movimiento el escepticismo con respecto a la consecución de las grandes metas finales y las dudas en cuanto al elemento ideal del movimiento. Es de este modo y no de otro como ha de discurrir el movimiento proletario y como discurre en realidad y los momentos de duda e incertidumbre lejos de suponer una sorpresa para la teoría marxista entraron hace ya mucho tiempo en la previsión y en la predicción de Marx. "Las revoluciones burguesas", escribió Marx hace medio siglo en su *18 Brumario,* "como las del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas aparecen iluminados por fuegos diamantinos, el éxtasis es el estado permanente de la sociedad; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resul-

tados de su período impetuoso y turbulento. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen constantemente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de sus indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la ilimitada inmensidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: "*Hic Rhodus, Hic salta!* ¡Aquí está Rodas, salta aquí!"

Esto no ha dejado nunca de ser cierto, incluso después de haberse construido la teoría del socialismo científico. El movimiento proletario no se ha hecho, tampoco en Alemania, socialdemócrata de una vez, *se hace* socialdemócrata cada día, cuando supera las desviaciones opuestas del oportunismo y el anarquismo, que no son sino momentos diferentes del movimiento socialdemócrata entendido como *proceso.*

En esta perspectiva, lo sorprendente no es la aparición de la corriente oportunista, sino, más bien, su debilidad. Mientras no se manifestaba más que en casos aislados de la práctica del partido, se podía suponer que tras ella había, de algún modo, una base teórica seria. Pero una vez que se ha plasmado en toda su expresión en el libro de Bernstein, todo el mundo exclama maravillado: ¿Cómo? ¿Esto es todo lo que tenéis que decir? ¡Ni rastro de un pensamiento original! ¡Ni una sola idea que no haya sido ya hace decenios refutada, machacada, ridiculizada, aniquilada por el marxismo!

Sólo faltaba que el oportunismo hablase para que se viese que no tenía nada que decir. Y en ello estriba la verdadera importancia del libro de Bernstein en la historia del partido.

Al despedirse del modo de pensar del proletariado revolucionario, de la dialéctica y de la concepción materialista de la historia, Bernstein tendría que agradecerles las circunstancias atenuantes que consienten a su viraje. Porque sólo la dialéctica y la concepción materialista de la historia, magnánimas como son, pueden hacerle aparecer como el instrumento idóneo pero inconsciente que le ha servido al proletariado ascendente para darse cuenta de su desfallecimiento momentáneo y para, habiéndolo visto a esa luz, arrojarlo con risa desdeñosa bien lejos de sí.

[Hemos dicho: el movimiento *se hace* socialdemócrata si y mien-

tras supera las desviaciones anarquistas y oportunistas que necesariamente se derivan de su crecimiento. Pero superar no quiere decir dejarlo todo, con plena tranquilidad de espíritu, al arbitrio de lo que Dios quiera. *Superar la corriente oportunista actual significa rechazarla categóricamente.*

Bernstein termina su libro aconsejando al partido que ose parecer lo que en realidad es: un partido democrático-socialista de reformas. El partido, es decir, su órgano supremo, el congreso, tendría a nuestro modo de ver que tomar nota de este consejo porponiéndole a Bernstein que, por su parte, apareciese formalmente también como lo que es en realidad: un progresista pequeño-burgués-demócrata.]*

De: DISCURSO SOBRE LA LUCHA POLÍTICA DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA**

Los discursos de Heine y de otros oradores han demostrado la existencia en nuestro partido de una cierta confusión sobre un punto extremadamente importante: la comprehensión de las relaciones entre nuestra meta final y la lucha cotidiana. Está muy extendida la opinión según la cual todo lo referente a la meta final constituye un bonito párrafo de nuestro programa, que desde luego no hay que olvidar, pero que no guarda ninguna relación directa con nuestra lucha práctica. Quizá haya también un buen número de camaradas que piensen que una discusión sobre la meta final no es más que una cuestión académica. Yo afirmo, por el contrario, que para nosotros, en tanto que partido proletario revolucionario, no existe una cuestión más práctica que la de la meta final. Porque ¿en qué consiste sino el carácter socialista de todo nuestro movimiento? La lucha práctica propiamente dicha se divide en tres partes principales: la lucha sindical, la lucha por las reformas sociales y la lucha por la democratización del Estado capitalista. ¿Son estas tres formas de lucha, en sí mismas, el socialismo? ¡En absoluto!

* Eliminado en la 2ª edición.

** Traducido de R.L., *Gesammelte Werke* 1/1, Berlín, Dietz Verlag, 1974, pp. 236-238. Esta es la primera parte del discurso pronunciado durante el Congreso de Stuttgart, del 3 al 8 de octubre de 1898.

Tomemos primero el movimiento sindical. Miren a Inglaterra. Allí el movimiento sindical no sólo no es socialista, sino que es, en parte, un obstáculo para el socialismo. Por lo que respecta a las reformas sociales, los "socialistas de cátedra"[1], los nacionalsocialistas[2] y otras gentes del mismo ramo también las preconizan. En cuanto a la democratización del Estado, es algo específicamente burgués. La burguesía ya había inscrito la democracia en sus banderas mucho antes que nosotros. ¿Qué es, pues, lo que hace de nuestra lucha cotidiana un partido socialista? Únicamente la relación de estas tres formas de lucha práctica con nuestra meta final. Sólo el objetivo final da espíritu y contenido a nuestra lucha socialista y hace de ella una lucha de clase. Y por meta final no debemos entender, como ha dicho Heine, tal o cual representación de la sociedad futura, sino aquello que debe preceder a toda sociedad futura, es decir, la conquista del poder político. (*Interrupción:* ¡Entonces estamos todos de acuerdo!).

Esta concepción de nuestra tarea guarda una estrecha relación con nuestra concepción de la sociedad capitalista, según la cual esta sociedad está penetrada por contradicciones insolubles que hacen necesaria, como resultado final, una explosión, un derrumbe, en el que nosotros jugaremos el papel de síndico encargado de liquidar la sociedad agonizante. Pero si somos de la opinión de que podemos hacer valer al máximo y completamente el conjunto de los intereses del proletariado, concepciones como las que hemos oído estos últimos tiempos en boca de Heine, según las cuales podemos igualmente hacer concesiones en el ámbito del militarismo, son inadmisibles. Lo mismo ocurre con la declaración hecha por Konrad Schmidt en el órgano central[3] de la mayoría socialista en el parlamento burgués, y con declaraciones como la de Bernstein[4], según la cual, una vez llegados al poder, no podremos prescindir del capitalismo. Cuando lo leí, me dije: ¡Qué suerte que en 1871

1. Kathedersozialismus: en el último tercio del siglo XIX apareció en las universidades alemanas una corriente burguesa liberal que buscaba alejar a la clase obrera de la lucha revolucionaria a través de una política de reformas sociales. Este Kathedersozialismus, que en realidad defendía un capitalismo de Estado, fue un pilar fundamental del revisionismo.
2. Nationalsozialen: La "Nationalsozialen Verein", fundada en 1869 por F. Naumann, defendía la política imperialista de expansión para Alemania y pretendía crear una corriente "socialista" nacional-cristiana que aglutinara a la clase obrera.
3. El *Vorwärts*.
4. Eduard Bernstein, "Problemas del Socalismo".

los obreros socialistas franceses no hubieran sido tan sabios, porque en ese caso habrían dicho: "Niños, vayámonos a la cama, nuestra hora todavía no ha llegado, la producción no está todavía lo suficientemente concentrada como para que podamos mantenernos en el poder!". Pero entonces, en lugar de asistir al espectáculo grandioso de su heroica lucha, hubiéramos asistido a otro muy distinto y, en este caso, los obreros no habrían sido héroes sino simplemente viejos chochos. Pienso que la cuestión de saber si podremos, una vez en el poder, socializar la producción, y si ésta estará lo suficientemente madura para ello, es una cuestión académica. Para nosotros no debe existir ninguna duda de que debemos tender hacia la toma del poder político. Un partido socialista debe estar siempre a la altura de la situación. No debe jamás retroceder ante sus propias tareas. Es por ello que debemos clarificar completamente nuestra concepción acerca de lo que es nuestra meta final. ¡Y la realizaremos, contra viento y marea! (*aplausos*).

De: UNA CUESTIÓN TÁCTICA*

La entrada de Millerand en el gobierno Waldeck-Rousseau[1] debe ser analizada, por consideraciones de tipo táctico y de principio, tanto por los socialistas franceses como por los socialistas de otros países. La participación activa de los socialistas en un gobierno burgués es, en cualquier caso, un fenómeno que sobrepasa el marco de las formas de actividad habituales de socialismo. ¿Tenemos ante nosotros una forma de actividad tan justificada y oportuna para los intereses del proletariado como, por ejemplo, la actividad en el parlamento o en el ayuntamiento o se trata, por el contrario, de una ruptura con los principios y la táctica socialistas? O la participación de los socialistas en el gobierno burgués ¿no es más que un caso excepcional, admisible y necesario

---

* Traducido de R.L., *Gesammelte Werke.* vol. 1/1, citado, pp. 483-486. Publicado originalmente en el *Leipziger Volkszeitung*, el 6 de julio de 1899.

1. Alexander-Etienne Millerand, militante del ala derecha del movimiento socialista francés, fue Ministro de Comercio en el gobierno burgués Waldeck-Rousseau desde el 22 de junio de 1899 hasta el 28 de mayo de 1902. Supuso la primera gran división en el seno de la II Internacional entre las fuerzas revolucionarias y las oportunistas o posibilistas.

bajo ciertas condiciones, y condenable e incluso nefasto bajo otras?

Desde el punto de vista de la concepción oportunista del socialismo tal como se ha manifestado durante estos últimos tiempos en nuestro partido y concretamente en las teorías de Bernstein –es decir, desde el punto de vista de la *introducción progresiva del socialismo* en la sociedad burguesa– la entrada de elementos socialistas en el gobierno debe considerarse no sólo deseable sino natural. Si se consigue hacer penetrar progresivamente, en pequeñas dosis, el socialismo en la sociedad capitalista, y si el estado capitalista llega, poco a poco, a transformarse por sí mismo en un Estado socialista, la admisión, cada vez más extendida, de socialistas en el seno del gobierno burgués sería incluso una consecuencia completamente natural del desarrollo progresivo de los estados burgueses, lo que correspondería enteramente a su pretendida evolución hacia una mayoría socialista en los cuerpos legislativos.

Por lo tanto, si la participación ministerial de Millerand está de acuerdo con la teoría oportunista, responde también a la práctica oportunista. Dado que la obtención de resultados inmediatos y tangibles, por no importa qué medios, constituye la línea directriz de esta práctica, la entrada de un socialista en el gobierno burgués debe aparecer a los "políticos prácticos" como un éxito enorme. En efecto, un ministro socialista no podría por menos de realizar pequeñas mejoras, parches y reacomodaciones sociales de todo tipo.

Si, por el contrario, partimos de la idea de que la introducción del socialismo sólo puede realizarse tras el derrumbe del orden capitalista, y de que la actividad socialista se reduce en el presente a la preparación –objetiva y subjetiva– de este momento por medio de la lucha de clases, la cuestión cambia. Es evidente que la socialdemocracia, para ser efectiva en sus acciones, debe ocupar todas las posiciones posibles en el Estado actual y ganar terreno en todas partes. Pero con una condición: que estas posiciones *permitan llevar a cabo la lucha de clases:* la lucha contra la burguesía y su Estado.

Desde este punto de vista, existe una diferencia esencial entre los cuerpos legislativos y el gobierno de un Estado burgués. En los parlamentos los representantes obreros elegidos pueden, cuando no consiguen hacer pasar sus mociones y reivindicaciones, como mínimo, persistir en su lucha de oposición. El gobierno, por el contrario, que tiene encomendada la tarea de ejecutar las leyes, la *acción,* no tiene lugar en su seno para una oposición de principios; debe actuar constantemente y a través de cada uno de sus órganos; debe contar, por consiguiente, incluso cuando está formado por representantes de diferentes partidos

como ocurre en Francia desde hace años con los ministerios mixtos, constantemente con una base de principios comunes que le permita actuar, la base del orden existente, en una palabra, la base del Estado burgués. El representante más extremista del radicalismo burgués puede, pues, gobernar al lado del más reaccionario de los conservadores. Un adversario que se oponga por principio al régimen existente se encuentra, por el contrario, ante la alternativa siguiente: o bien hacer oposición en cada momento contra la mayoría burguesa del gobierno, es decir, *no ser un miembro activo* en el gobierno, lo que crearía evidentemente una posición insostenible que llevaría a su expulsión del gobierno; o bien colaborar, ocuparse cotidianamente en funciones necesarias para que la máquina del Estado se mantenga y funcione, es decir, de hecho, *no ser socialista,* por lo menos en el marco de sus funciones gubernamentales. Es cierto que el programa de la socialdemocracia contiene muchas reivindicaciones que podrían –al menos hablando en abstracto– ser aceptadas por un gobierno o por un parlamento burgués. Podría pensarse, pues, a primera vista, que un socialista puede servir a la causa del proletariado tanto en el gobierno como en el parlamento, esforzándose por arrancar a su favor lo máximo posible en el marco de las reformas sociales. Pero hay algo que la política oportunista siempre olvida, y es el hecho de que, en la lucha de la socialdemocracia, no es el *qué,* sino el *cómo* lo que importa. Cuando los representantes socialdemócratas intentan llevar a cabo reformas sociales en el cuerpo legislativo, tienen la posibilidad, por su *oposición* paralela y simultánea a la legislación y al gobierno burgués en su *conjunto* –lo que encuentra su manifestación manifiesta en el rechazo del presupuesto, por ejemplo– de dar también a su lucha en favor de las reformas burguesas un carácter socialista y de principio, el carácter de una lucha de clases proletaria. Por el contrario, un socialdemócrata que intentara introducir *las mismas* reformas sociales en tanto que miembro del gobierno, es decir, apoyando al mismo tiempo al Estado burgués, reduce de hecho su socialismo, en el mejor de los casos, a un democratismo burgués o a una política obrera burguesa. Así pues, mientras que la progresión de los socialdemócratas en las representaciones populares conduce al fortalecimiento de la lucha de clases, su penetración en los gobiernos sólo puede conllevar la corrupción y la confusión en las filas de la socialdemocracia. Los representantes de la clase obrera sólo pueden entrar en un gobierno burgués sin renegar de su razón de ser en un *único caso*: para conquistarlo y transformarlo en un gobierno de la clase obrera dueña del poder.

No hay duda de que en la evolución, o sobre todo en el declive de la sociedad burguesa pueden existir momentos en que la toma final del poder por los representantes del proletariado no fuera todavía posible y en los que, sin embargo, su participación en el gobierno burgués pareciera necesaria: cuando se tratara, por ejemplo, de la libertad del país, o de conquistas democráticas tales como la República, en un momento en que el gobierno burgués estuviera precisamente demasiado comprometido y demasiado desorganizado como para forzar, sin el apoyo de los diputados obreros, a que el pueblo le siga. En este caso, claro, los representantes del pueblo trabajador no tendrían el derecho, en aras de unos principios abstractos, de negarse a defender la causa común. Pero incluso en este caso la participación de los socialdemócratas en el gobierno debería realizarse de tal forma que no dejara, ni a la burguesía ni al pueblo, la mínima duda con respecto al carácter pasajero y la finalidad concreta de su acción. O lo que es igual, la participación de los socialistas en el gobierno no debería, ni tan siquiera entonces, ir tan lejos como para mostrarse solidarios, en general, con la actividad y la existencia de aquél. No parece que una tal situación se haya presentado actualmente en Francia.

Cuando la participación ministerial ni siquiera se preveía, los partidos socialistas se habían declarado partidarios del apoyo a cualquier gobierno sinceramente republicano. Pero hoy, desde la entrada de Millerand en el ministerio, entrada que, en cualquier caso, se ha producido sin el consentimiento de sus colegas, este apoyo asusta en parte, a los socialistas.

Sea como fuere, no se trata aquí de juzgar el caso concreto del gabinete Waldeck-Rousseau, sino de deducir de nuestros principios fundamentales una regla de conducta general. Desde este punto de vista, la participación socialista en gobiernos burgueses aparece como una experiencia que sólo puede redundar en un gran perjuicio para la lucha de clases.

En la sociedad burguesa, la socialdemocracia, por su misma esencia, está destinada a jugar el papel de un *partido de oposición*; sólo puede acceder al gobierno sobre las ruinas del Estado burgués.

De: EL *AFFAIRE* DREYFUS Y EL CASO MILLERAND*

[...] El único método por el que podemos conseguir la realización del socialismo es la lucha de clases. Podemos y debemos penetrar en todas las instituciones de la sociedad burguesa y utilizar todo cuanto tenga lugar en ellas que posibilite llevar adelante la lucha de clases. Desde este punto de vista la participación en el affaire Dreyfus se imponía a los socialistas por un espíritu de conservación. Pero también desde este mismo punto de vista la participación en el poder burgués parece contraindicada, pues la naturaleza misma del gobierno burgués excluye la posibilidad de la lucha de clases socialista. No es que temamos, los socialistas, los peligros y las dificultades de una actividad ministerial: no debemos retroceder ante ningún peligro ni ninguna dificultad relacionadas con los intereses del proletariado. Pero un ministerio no es, en general, campo de acción para un partido de la lucha de clases proletaria. La naturaleza de un gobierno burgués no viene determinada por el carácter personal de sus miembros, sino por su función orgánica en la sociedad burguesa. El gobierno del Estado moderno es esencialmente una organización de dominación de clase cuya función regular es una de las condiciones de existencia para el Estado de clase. Con la entrada de un socialista en el gobierno, la dominación de clase continúa existiendo, el gobierno burgués no se transforma en un gobierno socialista, pero en cambio un socialista se transforma en un ministro burgués. Las reformas sociales que un ministro amigo de los obreros puede realizar no tienen en sí mismas nada de socialistas; sólo son socialistas en la medida en que se hayan conseguido por medio de la lucha de clases. Pero, viniendo de un ministro, las reformas sociales no pueden tener el carácter de clase proletario, sino únicamente el carácter de clase burgués, pues el ministro, por el puesto que ocupa, no puede dejar de lado la globalidad de su responsabilidad en todas las demás funciones del gobierno burgués (militarismo, etc.). Mientras que en el parlamento, o en el consejo municipal, podemos obtener reformas útiles luchando contra el gobierno burgués, ocupando un puesto ministerial sólo conseguimos esas reformas si apoyamos al Estado burgués. La entrada de los socialistas en un gobierno burgués no es, pues, como podría creerse, una conquista parcial del Estado burgués por los socialistas, sino una conquista parcial del partido socialista por el Estado burgués.

---

* Traducido de R.L., *Le socialisme en France 1898-1912*, París, Belford, 1971, pp. 84-85. Originalmente publicado en *Cahiers de la Quinzaine*, nº 11, 1899.

De: SOCIALDEMOCRACIA Y PARLAMENTARISMO*

Está muy extendida en nuestras filas la idea de que una exposición sin rodeos de la decadencia interna del parlamentarismo burgués y una crítica severa franca de éste constituye un curso político arriesgado, porque se desilusiona en esta forma al pueblo acerca del valor del parlamentarismo, y se facilita así el trabajo de zapa de la reacción contra el sufragio universal.

Para todo el que está íntimamente familiarizado con la ideología de la socialdemocracia y adhiere a ella, la inconsistencia de semejantes consideraciones es obvia. En efecto, jamás pueden cuidarse los verdaderos intereses tanto de la socialdemocracia como de la democracia en general mediante el ocultamiento de conexiones reales ante la gran masa del pueblo. Las astucias diplomáticas servirán de vez en cuando, sin duda, como medio de pequeñas tretas parlamentarias de las camarillas burguesas. Pero el gran movimiento histórico de la socialdemocracia sólo practica, frente a la masa trabajadora, la franqueza y la sinceridad más completas, ya que su esencia propia y su misión histórica consisten precisamente en despertar en el proletariado la *conciencia* clara de los resortes del desarrollo burgués, tanto en su conjunto como en sus detalles.

Particularmente, en relación con el parlamentarismo, el conocimiento de las verdaderas causas de su decadencia, tal como resultan del desarrollo burgués con lógica férrea, es absolutamente necesario para poner en guardia a la masa obrera con conciencia de clase, contra la ilusión perniciosa de que, mediante la atenuación y el amortiguamiento de la lucha de clases socialdemócrata, podría ayudarse a que la democracia y la oposición burguesas cobraran artificialmente nueva vida en el parlamento.

Las consecuencias extremas de la aplicación de *este* método de salvar el parlamentarismo, las estamos presenciando actualmente en la táctica ministerialista de Jaurès en Francia. En efecto, se funda en un doble artificio. Por una parte, en difundir en los círculos obreros esperanzas e ilusiones exageradas acerca de las conquistas positivas que pueden esperar del parlamentarismo *en general.* El parlamento burgués no sólo es alabado como el instrumento predestinado del progreso social,

---

* Reproducido de R.L., *Obras escogidas*, Ed. Era, México, 1978, pp. 210-213. Publicado originalmente en el *Sächsische Arbeiter-Zeitung*, nº 284, del 7 de diciembre de 1904.

de la justicia social, de la mejora de la clase trabajadora, de la paz universal y de otras maravillas de esta clase, sino que se presenta además directamente como el medio predestinado para la realización de los *objetivos finales* del socialismo. En esta forma, todas las esperanzas, todos los esfuerzos y toda la atención de la clase trabajadora se concentran en el parlamento.

Por otra parte, en el propio parlamento, la actitud de los socialistas ministeriales se orienta exclusivamente a llevar al poder y mantener en vida el lamentable resto, muerto interiormente, de democracia burguesa. Para este fin, se niega por completo la oposición de clases de la política proletaria con respecto a la política democrático-burguesa, se renuncia a la oposición socialista y, finalmente, los propios socialistas de Jaurès se presentan en su táctica parlamentaria como puros demócratas burgueses. De los verdaderos demócratas, estos demócratas disfrazados sólo se distinguen por la etiqueta socialista y... por su mayor moderación.

Una mayor negación de sí mismo y un mayor sacrificio del socialismo en el altar del parlamentarismo burgués apenas son posibles. ¿Cuáles son los resultados?

El efecto fatal de la táctica jauresiana sobre el movimiento de clase del proletariado francés es conocido de sobra: la disolución de la organización obrera, la confusión de los conceptos, la desmoralización de los diputados socialistas. Pero no es esto lo que importa, sino las consecuencias de dicha táctica para *el propio parlamentario.* Y éstos son totalmente fatales. En efecto, la democracia burguesa, los republicanos, los "radicales", no sólo no se han rejuvenecido y reforzado en su política, sino que, por el contrario, han perdido para el socialismo, que hasta cierto punto los respaldaba, todo respeto. Pero es mucho más peligroso todavía otro síntoma, que en estos días se va poniendo de manifiesto: *la desilusión creciente de los propios trabajadores franceses en relación con el parlamentarismo.* Es obvio, en efecto, que las excesivas ilusiones cultivadas en el proletariado por la política de frases de Jaurès, habían de conducir forzosamente a un violento revés, y han conducido efectivamente al punto en que una buena parte de los trabajadores franceses ya no quieren saber nada, no sólo de Jaurès, sino del parlamento y de la política en general.

Acaba de sorprendernos el órgano normalmente tan inteligente y eficaz de los jóvenes marxistas franceses, el *Mouvement Socialiste,* con una serie de artículos en los que se predica el abandono del parlamentarismo en favor del puro sindicalismo y se presenta la lucha puramen-

te económica de los trabajadores como el "verdadero revolucionarismo". Simultáneamente, otro periódico socialista de provincia, el *Travailleur de l'Yvonne,* propone una idea más original todavía, en la que se expone que la acción parlamentaria es totalmente estéril y corruptora para el proletariado, por lo que sería mejor renunciar en adelante, totalmente, a la elección de diputados socialistas y no enviar eventualmente al parlamento más que a diputados radicales burgueses.

Éstos son, pues, los bellos resultados de la acción jauresiana de salvación del parlamentarismo: una repugnancia creciente en el pueblo por toda acción parlamentaria, y un retorno al *anarquismo* o, en pocas palabras, el mayor peligro verdadero para la subsistencia del parlamento y aun de la propia república en general.

Sin duda, semejantes desviaciones de la praxis socialista con respecto al terreno de la lucha de clases no se conciben en Alemania en las condiciones actuales. Pero las consecuencias extremas a las que dicha táctica ha llegado en Francia sirven también de clara advertencia para todo el movimiento internacional del proletariado, en el sentido de que no debe emprender, en su tarea de proteger el parlamentarismo burgués decadente, este camino. El verdadero camino es, antes bien, no el que va por la desvirtuación y el abandono de la lucha de clase proletaria sino, precisamente al revés, el que conduce a través de la insistencia en dicha lucha y su mayor propagación, y aun tanto *en* el parlamento como fuera de él. Y para esto se requieren tanto el refuerzo de la *acción extraparlamentaria* del proletariado como una determinada conformación de la acción *parlamentaria* de nuestros diputados.

En oposición directa al supuesto erróneo de la táctica de Jaurès, los fundamentos del parlamentarismo están tanto mejor y más seguramente protegidos cuanto más nuestra táctica no se funda en el parlamento solo, sino también en la acción directa de la masa proletaria. El peligro para el sufragio universal se reduce en la medida en que damos a entender claramente a la clase gobernante que la verdadera fuerza de la socialdemocracia no se basa en modo alguno en la acción de sus diputados en el Reichstag, sino que se encuentra afuera, en el propio pueblo, "en la calle", y que la socialdemocracia está en su caso en condiciones, y en disposición, de movilizar también directamente al pueblo en defensa de sus derechos políticos. No queremos decir con esto que baste, por ejemplo, tener la huelga general en cierto modo como un medio automático en el bolsillo, para considerarnos armados contra todas las eventualidades de la política. Sin duda, la huelga general política es una de las manifestaciones más importantes de la acción de

masas del proletariado, y es absolutamente necesario que la clase trabajadora alemana se acostumbre a considerar también este medio, probado hasta ahora solamente en los países latinos, sin pretensión y sin doctrinarismo, como una de las formas de lucha que eventualmente podría probarse también en Alemania. Pero es más importante, con todo, la conformación total de nuestra agitación, de nuestra prensa, en el sentido de que la masa trabajadora confía cada vez más en su propia fuerza y en su propia actividad, y no considera las luchas parlamentarias como eje central de la vida política.

Se relaciona directamente con esto nuestra táctica en el propio Reichstag. Aquello que facilita tanto cada vez a nuestros diputados su magnífica campaña y su papel destacado, es indudablemente –debemos percatarnos claramente de ello– la ausencia, en el Reichstag, de toda democracia y oposición burguesas dignas de dichos nombres. En efecto, frente a la mayoría reaccionaria, le resulta fácil la tarea a la socialdemocracia, en cuanto única intérprete consecuente y segura de los intereses del bienestar del pueblo y del progreso en todos los dominios de la vida pública.

Pero, precisamente, de esta situación peculiar resulta para la minoría socialdemócrata la difícil tarea de actuar no sólo como representante de un *partido de oposición*, sino también como representante de una *clase revolucionaria.* En otros términos: resulta la tarea, no sólo de criticar la política de las clases gobernantes desde el punto de vista de los intereses actuales del pueblo, esto es, desde el punto de vista de la sociedad existente, sino de presentarle también ante los ojos, a cada paso, el ideal de la sociedad socialista, que va más allá de la política burguesa aun más progresista. Y si en cada debate del Reichstag el pueblo puede convencerse sin lugar a dudas de cuánto mejor, más avanzadas y económicamente más ventajosas estarían las cosas en el Estado actual si se aceptaran cada vez los deseos y las mociones de la socialdemocracia, habrá de convencerse con mucha mayor frecuencia que hoy, a partir de los debates en el Reichstag, de cuán necesario es revolucionar el orden conjunto para realizar el socialismo.

En el último número de los *Sozialistische Monatshefte* (Cuadernos mensuales socialistas) escribe Bissolati, uno de los directivos de los oportunistas italianos, en su artículo sobre las elecciones italianas,[1] entre otras, esta frase:

---

1. Leonida Bissolati, "El resultado de las elecciones italianas", en *Sozialistische Monatshefte.* Berlín, 1904, vol. II, cuaderno 2, p. 955.

En mi opinión, constituye una prueba del atraso de la vida política, el que la lucha de los diversos partidos se vea todavía sobre sus tendencias básicas, en lugar de sobre cuestiones sueltas, que surgen de la realidad de la vida cotidiana y confieren expresión a dichas tendencias.

Es obvio que este razonamiento, típico del oportunismo, pone la verdad de cabeza. En efecto, con el desarrollo y el fortalecimiento de la socialdemocracia, será cada vez más necesario que, sobre todo en el parlamento, *no* baje aquélla a las cuestiones particulares de la vida cotidiana y sólo practique oposición, sino que ponga cada vez más de manifiesto su "tendencia básica", esto es: el empeño de la toma del poder por el proletariado, para los fines de la revolución socialista.

Cuanto más, en violenta disonancia con el tono banal y soso y la monótona rutina de todos los partidos burgueses, resuene en el Reichstag la franca y estimulante agitación de la socialdemocracia, no sólo en favor de su programa mínimo, sino también de los fines socialistas, tanto más subirá aquél en el respeto de las grandes masas populares. Y tanto más firme será también la garantía de que dichas masas no se dejarían arrancar pasivamente dicha tribuna y, con ella, el sufragio universal.

De: CARTA A CLARA ZETKIN*

[principios de 1907]

[...] La llamada del C[omité] d.[irectivo] me ha causado el mismo efecto que a ti, con esto lo digo todo. Desde mi regreso de Rusia[1] me encuentro bastante sola en este contexto. Soy consciente, más brutal y dolorosamente que nunca, de la pusilanimidad y de la mezquindad que reinan en nuestro partido, pero no me encolerizo como tú por ello,

* Traducido de Rosa Luxemburg, *Vive la lutte...*, citado, pp. 285-286.

1. En 1906 Rosa Luxemburg había salido de Alemania para participar en la revolución rusa (1905-1906). Encarcelada en Varsovia poco después bajo falsa identidad, fue pronto puesta en libertad y, antes de volver a Alemania, pasó un tiempo en Finlandia, en contacto con círculos de la socialdemocracia rusa, entre ellos Lenin.

porque ya he comprendido –es de una claridad que asusta– que estas cosas y estas gentes no pueden cambiar si la situación no cambia. E incluso entonces –ya me lo he dicho a mí misma al reflexionar fríamente sobre ello, y es algo para mí de cajón– cuando queramos hacer avanzar a las masas, tendremos que contar con la *resistencia* inevitable de todos ellos. La situación es simple: August [Bebel], y los demás todavía peor, han apostado *por* el parlamentarismo y se han entregado por entero a él. Si los acontecimientos toman un giro que desborde los límites del parlamentarismo, ya no servirán absolutamente para nada. O lo que es más, intentarán canalizarlo todo por el tamiz parlamentario y tacharán de "enemigo del pueblo" y lucharán con ahinco contra todo movimiento y hombre que quiera ir más lejos[2]. Las masas, y sobre todo la gran masa de los camaradas, ya están hartos, hasta la médula, del parlamentarismo; lo siento así. Una corriente de aire fresco en nuestra táctica arrancaría en ellos gritos de alegría; pero padecen todavía del peso de las viejas autoridades y, sobre todo, del peso de la capa superior de redactores, diputados y líderes sindicales oportunistas. *Nuestra* tarea, la que actualmente nos concierne, consiste simplemente en actuar contra la esclerotización y el embrutecimiento de estas autoridades, protestando tan vigorosamente como nos sea posible: y en esta tarea, según sea la situación, tendremos en contra no tanto a los oportunistas, sino al Comité directivo y a August. Mientras se trataba de defenderse contra Bernstein y Cía, August y Cía aceptaban de buen grado nuestra compañía y nuestra ayuda –sobre todo teniendo en cuenta que, especialmente al principio, estaban "cagados". Pero cuando se trate de una *ofensiva* contra el oportunismo, entonces los veteranos estarán con Ede [Bernstein], Vollmar y David, en contra nuestra. Es así como yo veo la situación ¡pero lo esencial es que te pongas buena y que no te enfades! Son tareas que se calculan muy a largo plazo [...]

---

2. Esta carta de 1907 parece profética: Rosa Luxemburg está describiendo aquí la decadencia del partido socialdemócrata alemán y de la Internacional, que, a partir de 1914, y sobre todo durante la revolución alemana de 1918-19, optaría por una política contrarrevolucionaria, hasta el asesinato de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht.

¿Y DESPUÉS QUÉ?*

I

El problema del derecho del voto en Prusia, que por más de medio siglo permaneció latente, es hoy el punto neurálgico de la vida pública alemana. Algunas semanas de una acción enérgica de masas del proletariado[1] bastaron para remover la vieja ciénaga de la reacción prusiana y para que una fresca brisa soplase en la vida política de toda Alemania. La reforma electoral prusiana no puede de ninguna manera solucionarse por medios parlamentarios; sólo una inmediata acción de masas en la escena política puede provocar los cambios deseados y este reconocimiento es hoy más vivo y firme que nunca, después de las primeras experiencias con las manifestaciones callejeras por un lado, y lo ocurrido en la comisión de derecho electoral de la cámara prusiana[2] por el otro.

Si las últimas e impresionantes manifestaciones callejeras significan, por sí mismas, una satisfactoria innovación en las formas de lucha externas de la socialdemocracia, y al mismo tiempo iniciaron con mucha potencia la lucha de masas por el derecho al voto en Prusia, ellas le imponen por su lado al partido, de cuya iniciativa y dirección nacen, determinados deberes. Nuestro partido, dado el movimiento de masas por él producido, debe tener un plan claro y preciso de cómo piensa proseguir dirigiendo la acción de masas iniciada. Las demostraciones

---

* Reproducido de Varios, *Debate sobre la huelga de masas I*, Córdoba, *Cuadernos del pasado y del presente*, 1975, pp. 117-127. Originalmente publicado con el título *"Was weiter?"*, en *Dormunder Arbeiterzeitung*, nos. 61 y 62, del 14 y 15 de marzo de 1910. Véase *Gesammelte Werke*, t. 2, pp. 289-299.

1. Desde mediados de enero de 1910 se sucedieron en toda Alemania constantes movimientos de masas en los que cientos de miles de participantes reclamaron el derecho al voto general, igualitario, directo y secreto para todas las personas de 20 años en Prusia.

2. El proyecto de ley para la reforma del derecho del voto prusiano propuesto por el gobierno el 5 de febrero de 1910, cediendo a la presión de la movilización popular, fue rechazado por las comisiones de la Cámara de Diputados y de la Cámara de Senadores, debido a que sólo contemplaba pequeñas modificaciones de las disposiciones electorales basadas en las tres clases. Las fuertes luchas por el derecho del sufragio llegaron a su máxima expresión en el período que va de febrero a abril de 1910, y obligaron al gobierno a retirar el proyecto de reforma de la ley el 27 de mayo de 1910.

callejeras, al igual que las demostraciones militares, son comúnmente la introducción a la lucha. Existen casos en los que las demostraciones alcanzan su objetivo con sólo intimidar al enemigo. Pero aun sin tener en cuenta la indudable realidad de que el enemigo, en este caso la conjunción reaccionaria de los junkers y de la gran burguesía monárquica de la Prusia alemana, no está de ninguna manera dispuesto a arriar las banderas ante las manifestaciones callejeras de las masas populares, las demostraciones pueden únicamente ejercer una presión eficaz cuando detrás de ellas está la firme determinación y disposición de encarar, en caso necesario, medios más contundentes de lucha. Y para esto se necesita, ante todo, claridad en aquello que pensemos realizar en el momento en que las demostraciones callejeras se muestren como insuficientes para la realización de su objetivo directo.

La experiencia del partido ya ha demostrado hasta ahora la necesidad de una total claridad y determinación en este aspecto. Hace ya dos años hemos realizado los primeros intentos de demostraciones callejeras en Prusia[3]. Y desde aquel momento las masas evidenciaron estar a la altura de la situación, apoyando entusiastamente la convocatoria de la socialdemocracia. Un fresco halo, una esperanza de nuevas y más eficientes formas de lucha, una determinación de no retroceder ante ningún sacrificio y ninguna intimidación se pusieron claramente de manifiesto en las exaltadas masas. ¿Y cuál fue el resultado final? El partido no dio ninguna nueva consigna, la acción no fue extendida y continuada: por el contrario, las masas fueron contenidas, la irritación general decayó pronto y todo quedó en la nada.

Este primer experimento debería ser para nuestro partido una pauta y una advertencia de que las manifestaciones masivas tienen su propia lógica y su psicología, con las que deben contar, como precepto obligatorio, los políticos que quieran dirigirlas. Las exteriorizaciones de la voluntad de las masas en la lucha política no se pueden mantener artificialmente en una y a la misma altura por tiempo indefinido, y encasillar en una y de la misma forma. Deben crecer, agudizarse, cobrar formas nuevas y más eficientes. La acción de masas iniciada debe desa-

3. A finales de 1907 y principios de 1908 tuvieron lugar en Berlín y en otras ciudades de Alemania manifestaciones que reclamaban la implantación de un derecho electoral democrático. Como consecuencia de estos movimientos, y a pesar del reaccionario sistema electoral de las tres clases, en junio de 1909 pudieron incorporarse al Parlamento prusiano 7 socialdemócratas, entre ellos Karl Liebknecht.

rrollarse. Y si se quiebra en la dirección del partido la decisión de dar a las masas las consignas necesarias, en el momento oportuno, entonces se apodera de ellas invariablemente una cierta frustración, el ímpetu desaparece y la acción, en sí misma, decae.

Una pequeña pero clara advertencia en este sentido ya la obtuvimos al comienzo de la actual campaña. Cuando la dirección del partido organizó en enero aquellas 62 asambleas en Berlín, con la intención de no vincularlas en realidad a *ninguna* de las demostraciones callejeras, quedamos desilusionados. Hoy sabemos que a pesar de la agitación desarrollada esas asambleas estuvieron poco concurridas y recién el 13 de febrero[4], cuando las manifestaciones callejeras fueron planeadas de antemano, las masas siguieron entusiastas, en incontables oleadas, el llamamiento del partido. Está claro que seguir puntualmente la nómina de un esquema que va, de asambleas sin demostraciones callejeras, a asambleas con demostraciones callejeras, y así sucesivamente, no puede realizarse en la práctica. Las masas proletarias en Berlín, y en la mayoría de los grandes centros industriales de Prusia están ya tan agitadas por la socialdemocracia que la simple forma de asamblea de protesta contra la injusticia en el derecho al voto, con su habitual aceptación de resoluciones, ya no alcanzan. Las demostraciones callejeras representan hoy la menor de las manifestaciones que dan cuenta del impulso movilizador de las masas enardecidas y de la tirante situación política.

Pero, ¿por cuánto tiempo más? Habría que tener poca sensibilidad con la vida espiritual de las masas partidarias en el país para no ver claramente que las manifestaciones callejeras, ya después de sus primeros impulsos en las últimas semanas, desatan por su lógica interna una disposición de ánimo en las masas y al mismo tiempo crean objetivamente una situación en el campo de lucha, que las sobrepasa y que a la corta o a la larga necesitará indefectiblemente de otros pasos y medios más contundentes.

Los sucesos ocurridos en la comisión de derecho del voto al igual que en la sesión plenaria del parlamento prusiano, el hecho de que hasta el más demagógico de todos los partidos, el Partido del Centro, basándose en el bloque con los junkers[5] se permitió aniquilar toda espe-

---

4. El 13 de febrero de 1910 se sucedieron en Berlín y en muchas ciudades de Alemania manifestaciones populares que exigían una nueva ley electoral y que fueron disueltas, previa notificación del jefe de la policía de Berlín, Trugott von Jagow, de la prohibición de caminar por las calles.

5. El Centro, en cuyo programa oficial se pedía la aplicación en Prusia del sis-

ranza en una ponderada reforma del derecho del voto, y todo esto como respuesta a las grandiosas demostraciones en toda Prusia, es una bofetada en la cara de las masas movilizadas y de la socialdemocracia que está a la cabeza de ellas, un golpe que de ninguna manera puede quedar sin respuesta. Una vez que la lucha abierta se ha establecido, debe proseguir, golpe por golpe, de acuerdo con la firme e inevitable lógica de la lucha misma. Una vez que la reacción ha liquidado las demostraciones de masas, al invalidar el proyecto del derecho del voto en la comisión y en la sesión plenaria, la masa debe, bajo la dirección de la socialdemocracia, saldar aquella pérdida con un nuevo avance. En una situación como la actual, una larga demora, pausas muy espaciadas entre los distintos actos de lucha, inseguridad en la elección de los medios y en la estrategia de la continuación de la lucha, significan casi tanto como una batalla perdida. Es necesario tener al enemigo sobre ascuas y no ilusionarse con que igualmente no nos hubiéramos atrevido a ir más lejos que hasta ahora, y que nos hubiera faltado el coraje de la consecuencia. Por otra parte, ya pronto las demostraciones callejeras no servirán más para satisfacer la necesidad psicológica de la disposición de lucha, la exasperación de las masas, y si la socialdemocracia no da firmemente un paso adelante, si deja pasar el momento político oportuno para suscitar una nueva reivindicación, difícilmente logrará la permanencia de las demostraciones callejeras por un largo período más; la acción finalmente se adormecerá y al igual que hace dos años, se escurrirá como agua en la arena. Esta misma experiencia se confirma en los ejemplos análogos de lucha en Bélgica[6], en Austria-Hungría[7], en Rusia[8], los que asimismo mostraban un inevitable creci-

---

tema electoral vigente en el resto del Imperio, en la Comisión parlamentaria que estudiaba este problema se alineó junto a los conservadores en contra de la introducción del derecho del sufragio directo.

6. Véase la primera parte del presente Cuaderno, dedicado a los sucesos de Bélgica.

7. En septiembre de 1905 se realizó en Austria-Hungría la primera huelga política de masas reclamando el derecho del sufragio universal. La presión de los movimientos de protestas obligaron al gobierno austríaco, en enero de 1907, a presentar en el Parlamento una ley sobre la introducción del sufragio universal.

8. Bajo la presión de la huelga política general realizada en toda Rusia en octubre de 1905, el zar debió aprobar en su manifiesto del 30 de octubre de 1905 la convocatoria de una asamblea constituyente, el establecimiento de las libertades civiles y el derecho del voto para los trabajadores, para la intelectualidad y para los pertenecientes a profesiones liberales.

miento, un desarrollo de la acción de masas, y donde sólo gracias a este desarrollo obtuvieron un efecto político.

También otra circunstancia nos sirve para ofrecernos un claro indicio de que para la socialdemocracia las manifestaciones callejeras solas pasarán pronto a ser un medio superado en la ola de los acontecimientos. ¡Si hasta los demócratas burgueses, elementos libres izquierdistas de la burguesía, realizan hoy demostraciones callejeras! Evidentemente el coraje de estos políticos sin techo proviene, como es fácil advertir, de la iniciativa socialdemócrata y, evidentemente, las asambleas y manifestaciones callejeras dispuestas por estos oficiales pensionados sin ejército se llenan, en su mayor parte, y casi exclusivamente, por la masa trabajadora socialdemócrata. El hecho mismo de que las manifestaciones callejeras hayan llegado a ser un medio político de lucha y una necesidad de la burguesía democrática, basta para mostrar la imposibilidad de que sigan siendo un medio de lucha suficiente para las necesidades del frente de izquierda de la socialdemocracia. Su misión de impulsar a todos los elementos opositores a las clases poseedoras puede ser válida también en este caso para la socialdemocracia siempre y cuando, por la decisión con que lleva adelante las reivindicaciones, esté a la cabeza de la acción de aquellos elementos, que siempre se les anticipe, indicándoles el camino. Si las demostraciones callejeras son también un medio de lucha para los Breitscheid, Liszt y Cía.[9] ya es hora de que la socialdemocracia piense en cuál debe ser su próximo medio de lucha.

Es así como el partido está colocado en todas partes ante la pregunta: *¿Y después qué?* Dado que la última asamblea del partido en Prusia se desvió del camino, lamentablemente con un gesto más efectista que político[10], es urgente buscar una respuesta a esa pregunta por el camino de una discusión en la prensa y en las asambleas. Es la propia masa de los camaradas del partido la que debe sopesar y resol-

---

9. Rudolf Breitscheid fue hasta 1912 presidente de la Asociación Democrática, organización política liberal constituida en 1908. Se decía profesor de la aplicación de medios de lucha democráticos para la obtención del sufragio universal, medios tales como las manifestaciones callejeras.
El profesor Franz von Liszt fue en 1910 uno de los cofundadores del Partido Progresista del Pueblo.
10. En la asamblea de la socialdemocracia prusiana, realizada en Berlín del 3 al 5 de enero de 1910, no se debatió el problema electoral, a pesar de que hubo tres mociones reclamando la aplicación de la huelga de masas como medio de lucha.

ver qué es lo que debe ser proseguido. Sólo entonces, y únicamente como expresión de la voluntad de las masas del partido, puede también nuestra táctica futura de lucha tener la presión necesaria y la capacidad movilizadora.

II

Una serie de resoluciones y expresiones de la masa trabajadora socialdemócrata en distintos centros de nuestro movimiento, ya ha dado la respuesta. En Halle, en Bremen, en Breslau, en la agitada región de Hessen-Nassau, en Königsberg, los camaradas han expresado de viva voz el medio de lucha cuya aplicación, en las actuales luchas de masas, se le impone por sí sola al partido, y este medio es *la huelga de masas.*

Hace ya cinco años, en el congreso partidario de Jena, nuestro partido aprobó una resolución formal que proclama la huelga de masas política como un medio de lucha aplicable también en Alemania[11]. Como es natural, aquella resolución fue concebida principalmente como una medida de defensa, ante la eventual necesidad de proteger el ya existente derecho a voto parlamentario. Es claro que, en la lucha actual, y con relación al íntimo encadenamiento de la política interna de Prusia con la política del imperio, a las recientes provocaciones y amenazas estables de los junkers en el parlamento[12] y a toda la situación en su conjunto, se trata de luchar no solamente por el derecho del voto prusiano sino también, y en primer lugar, por el derecho del voto parlamentario. Si los junkers y sus partidarios obtienen esta vez una victoria sobre los trabajadores en el problema del derecho del voto prusiano, es indudable que se envalentonarán a punto tal que, en determinado momento, pretenderán expulsar también al odiado derecho del voto parlamentario. Y a la inversa, un fuerte y exitoso avance de las masas en el problema del derecho del voto prusiano representará sin

---

11. Sobre el Congreso de Jena y el debate que ahí se produjo acerca de la huelga de masas como medio de lucha, véase el Apéndice Documental en la segunda parte del presente cuaderno.
12. El 29 de enero de 1910, en el debate parlamentario sobre el presupuesto militar, el conservador Elard von Oldenburg-Januschau hizo una directa petición al Emperador reclamando la anulación de la vigencia de la constitución. En contra de esta abierta provocación, se produjeron en varias ciudades de Alemania manifestaciones de protesta.

duda la mejor y más segura cobertura para el derecho del voto parlamentario.

En favor de la utilización de la huega de masas en la actual campaña, habla más el hecho de que se trata de una acción de masas ya iniciada y cada vez más extendida, que el hecho de su natural e inevitable crecimiento, el cual en cierta forma se da por sí mismo. Una huelga de masas "prefabricada" por una simple resolución de partido, emitida una buena mañana como un escopetazo, es simplemente una fantasía pueril, una quimera anarquista. Pero una huelga de masas que sea el producto de demostraciones de masas imponentes de trabajadores, de varios meses de duración y que va creciendo hasta colocar a un partido de tres millones ante el dilema de avanzar a cualquier precio o dejar morir a la acción de masas iniciada; una huelga de masas de tales características, nacida de la necesidad interna y de la decisión de las masas que se han despertado, y al mismo tiempo de la situación política agudizada, lleva en sí misma su justificación y al mismo tiempo la garantía de su eficacia.

Evidentemente, la huelga de masas no es un medio capaz de hacer milagros, que asegura el éxito bajo cualquier circunstancia. Sobre todo, la huelga de masas no debe ser contemplada como el único medio mecánico utilizable para la presión política, que puede ser empleado artificiosa y asépticamente, según una receta preestablecida. La huelga de masas no es más que la forma exterior de la acción, que tiene su desarrollo interno, su lógica, su agudización, sus consecuencias, en íntima relación con la situación política y con su desarrollo ulterior. La huelga de masas, particularmente como una corta y única huelga demostrativa, no es por cierto la última palabra de la campaña política iniciada. Pero sí es, en cambio, en el actual estado de cosas, *su palabra inicial.* Y si bien resulta imposible planificar con lápiz y papel el desarrollo ulterior, los éxitos inmediatos, los costos y sacrificios de dicha campaña, como si se tratase de la contabilidad de los costos de una operación de bolsa, no por ello deja de haber situaciones en las que el deber político de un partido, dirigente de millones, es plantear con decisión aquella consigna que es la única que permite impulsar hacia adelante la lucha por él iniciada.

En un partido como el alemán, en el que el principio de la organización y el ejemplo de la disciplina de partido se tiene en tan alto concepto, donde por lo tanto la iniciativa de las masas populares no organizadas, su capacidad de acción espontánea, por así decirlo, improvisada –que es un factor tan importante hasta el presente, con frecuencia

decisivo en todas las luchas políticas de envergadura–, están casi excluidas, es al partido a quien le corresponde el ineludible deber de demostrar el valor de una organización y de una disciplina tan altamente desarrolladas, su utilidad no sólo para las elecciones parlamentarias sino también para otras formas de lucha. Se trata de decidir si la socialdemocracia alemana, que se apoya sobre la más fuerte organización sindical y el ejército de votantes más grande del mundo, puede implementar una acción de masas que en la pequeña Bélgica, en Italia[13], en Austria-Hungría, en Suecia[14] –de Rusia ni qué hablar– han sido logradas con éxito en distintas épocas, o si en Alemania, una organización sindical que cuenta con dos millones de cabezas y un fuerte y bien disciplinado partido no puede hacer nacer, en el momento oportuno, una acción de masas efectiva tal como ocurre con los sindicatos franceses, paralizados por la confusión anarquista y por las luchas internas del debilitado partido francés.

Por otra parte, es evidente que una acción del carácter y significación de las huelgas de masas no puede ser hecha por el partido sin los sindicatos. Únicamente a través de una acción solidaria y mancomunada de las dos ramas organizativas puede ser desatada en todo el país esa enorme acción, como es la que se produce en Alemania. Desde el punto de vista sindical únicamente se toma en cuenta algunos puntos. Por un lado, la zona carbonífera occidental se halla desde hace un tiempo en fuerte efervescencia y se prepara para una gran lucha económica. Por otro lado, en distintas ramas de la producción, por ejemplo en la construcción, las condiciones están tan tirantes que los empresarios esperan sólo un pretexto adecuado para iniciar despidos masivos en sus fábricas. A la primera ojeada estas dos condiciones pueden aparecer como un motivo poco adecuado para realizar una huelga de masas política desde el punto de vista sindical. Pero únicamente a la primera ojeada. Mirado más de cerca, el hecho de que una huelga masiva de envergadura en las minas de carbón converja con un movimiento huelguístico político, sólo puede ser provechoso para ambos. En todo

---

13. El 15 de septiembre de 1904 se realizó en Milán un acto de protesta que el 17 del mismo mes se generalizó bajo la forma de una huelga general en casi toda Italia. El motivo de la huelga fue el asesinato por la policía de algunos peones rurales huelguistas en Cerdeña y Sicilia. Los dirigentes sindicales resolvieron dar por finalizada la huelga el 20 de septiembre.
14. Sobre las huelgas en Suecia véase el primer Cuaderno de esta serie, *Huelga general y sindicalismo.*

gran movimiento de masas del proletariado confluyen numerosos momentos políticos y económicos, y desgajarlos artificialmente, querer en forma pedante mantenerlos separados sería una empresa inútil y perjudicial. Un movimiento sano y vital, como es la actual campaña prusiana, puede y debe nutrirse de todos los materiales sociales inflamables acumulados. Por otra parte, sólo puede ser de provecho para el problema minero, en particular, si al concluir con un éxito político más amplio logra atemorizar a los enemigos: los magnates del carbón y el gobierno. Tanto más rápidamente se verán éstos obligados a satisfacer, mediante concesiones, a los trabajadores de las minas y a tratar de aislarlos de la marea política. Pero en lo que se refiere a las amenazas de despido, sabemos por innumerables experiencias que ahí donde el interés de los empresarios y su punto de vista de clase lo necesita, nunca les ha faltado excusas para un brutal despido masivo, ni una falta de pretextos medianamente apropiados les ha impedido la prosecución de actos de fuerza. Aunque una huelga de masas política se realice o no, los despidos no faltarán en la medida en que le convenga al empresariado. La falta de coincidencia en el tiempo de estos despidos con un gran movimiento político únicamente puede tener la consecuencia de que a través del auge general del idealismo, de la capacidad de sacrificio, de la energía y capacidad de resistencia del proletariado, vuelva también más resistentes a los trabajadores a los perjuicios parciales provocados por los despidos.

Desde el punto de vista sindical, la consideración más importante que puede deducirse de todo esto es la siguiente: la acción de una gran huelga de masas es en todo caso un gran riesgo para la existenca de las organizaciones sindicales y sus fondos. ¿Pueden y deben los sindicatos tomar sobre sí este riesgo? Por de pronto este riesgo no debe ni siquiera discutirse. ¿Pero qué lucha, qué acción, qué huelga eminentemente económica no arrastra consigo un riesgo para las organizaciones de lucha de los trabajadores? Si es precisamente el desarrollo poderoso, la fuerza en número de nuestros sindicatos alemanes, lo que constituye un motivo para tomar en consideración los riesgos que implica la lucha, riesgos que organizaciones más débiles de otros países como por ejemplo Suecia e Italia están dispuestas a sobrellevar, esto sería un argumento peligroso en contra de los propios sindicatos. Pues desembocaría en la paradójica conclusión de que cuanto más grandes y fuertes son nuestras organizaciones, tanto menos posible se vuelve su accionar, dado que nos volvemos más temerosos. El motivo mismo del fuerte desarrollo de los sindicatos sería puesto en duda, ya que necesitamos

las organizaciones como medio para el fin, como armamento para la lucha y no como motivo en sí mismo. Esta pregunta, por suerte, ni siquiera puede aparecer. En realidad el temor, el riesgo que nuestras organizaciones corren, es únicamente externo puesto que las organizaciones aparecen como fuertes y sanas únicamente cuando se agudiza la lucha; después de cada prueba nacen con renovadas fuerzas y se vuelven a desarrollar otra vez. A pesar de que una huelga política de masas general, en su primera refriega, conlleve el debilitamiento o el deterioro de algunos sindicatos, después de algún tiempo no sólo renacerán las viejas organizaciones, sino que la gran acción removerá nuevas capas del proletariado y los pensamientos de la organización entrarán en un campo que hasta ahora era inaccesible para una organización sindical apacible y sistemática, o ganará para nuestras organizaciones sindicales a nuevos contingentes de proletarios, que hasta ahora están bajo dirección burguesa, en el centro, con los Hirsch-Duncker, con los evangélicos. Las pérdidas resultarán siempre superadas por los beneficios derivados de una gran acción de masas sana y audaz. Justamente en este momento vivimos un ejemplo aleccionador de cómo, bajo determinadas circunstancias, para un movimiento sindical prudente puede llegar a ser una necesidad, una cuestión de honor, el abocarse a una gran lucha, sin sopesar con temor todas las posibilidades de las pérdidas y las ganancias. Este ejemplo se nos muestra en Filadelfia[15]. Allí vemos entrar en la lucha a una organización que en toda la Internacional es considerada como la menos revolucionaria, audaz e imprudente, una organización en cuya cúspide está un hombre como Gompers, un frío político, lleno de desprecio por las "exageraciones" socialdemócratas y las "frases revolucionarias". Esta organización proclamará quizás en muy corto tiempo una gran huelga general para proteger, en verdad, la libertad de agremiación de 600 empleados tranviarios. No hay ninguna duda de que en esta prueba de fuerza con el capital los sindicatos norteamericanos corren un gran riesgo, pero ¿quién condenará en este caso los pasos de Gompers, quién puede dejar de ver que esta gran prueba de fuerza en última instancia tendrá las más victoriosas consecuencias para el movimiento obrero americano? Finalmente, a los sindicatos alemanes en su totalidad, no puede menos que resultarles de utilidad hacer sentir por una vez palpablemente su poder al capital coaligado ensoberbecido.

15. En Filadelfia se inició en febrero de 1910 una huelga de tranviarios. Sobre sus características se vuelve varias veces en la discusión Luxemburg-Kautsky.

Desde el punto de vista político hay otra cosa que debe tenerse en cuenta. En 1911 tendremos elecciones en el Imperio[16], y en ellas tiene gran importancia darle la liquidación general a las elecciones de los "hotentotes"[17]. Empero nuestros enemigos han trabajado por adelantado, muy a propósito para nosotros, en la reforma financiera. Por nuestra parte no podemos fabricarnos una excelente situación, sino es a través de una gran acción política de masa previa, como Alemania aún no ha conocido. A través de sacudir a las amplias masas, de elevar el idealismo y tensionar las energías combativas al máximo en esta acción, podremos conseguir un grado de esclarecimiento, un estado de ánimo que provocarán en las elecciones venideras un tremendo Waterloo para el sistema dominante.

Desde el punto de vista sindical como desde el punto de vista político se nos plantea en la misma medida la consigna: *¡Primero sopesar, pero después arriesgar!* Una huelga política de masa en Alemania —pues como es lógico en este caso debemos tomar en cuenta no sólo a Prusia, dado que seguramente las masas del partido del resto del imperio correrían por sí mismas entusiastamente en su apoyo— ejercería sobre la Internacional el efecto más profundo y extendido, sería una realidad que elevaría considerablemente la valentía, la fe socialista, la confianza, la alegría por el sacrificio del proletariado en todos los países. Es natural que consideraciones de este tipo no pueden ser *el motivo* que lleve a la socialdemocracia alemana y a los sindicatos a decidir la aplicación de las huelgas de masas, aplicación que únicamente puede derivar de la propia situación interna de Alemania. Pero en el recuento de las pérdidas y ganancias por la eventual aplicación de una huelga masiva, la consideración antedicha será seguramente mencionada. La socialdemocracia alemana fue hasta ahora para la Internacional el gran ejemplo, en el terreno de la lucha parlamentaria, de la organización, y de la disciplina partidaria. Podría quizás dar pronto un excelente ejem-

---

16. Las elecciones parlamentarias del Imperio se realizaron el 12 de febrero de 1912. La socialdemocracia pudo elevar el número de sus mandatos a 110 (en 1907 obtuvo 43), constituyéndose así en la fracción más fuerte del Reichstag.
17. Las elecciones al Reichstag (conocidas como las elecciones de los Hotentotes) se realizaron del 25 de enero al 5 de febrero de 1907. La socialdemocracia que había obtenido 3 millones de votos en 1903, alcanzó los 3.3 millones en 1907. Pero mediante las manipulaciones reaccionarias que permitía la ley electoral que en algunos estados se basaba en el sistema de las "tres clases", los 81 mandatos obtenidos en 1903 se redujeron sólo a 43 obtenidos en 1907.

plo de cómo todas estas ventajosas características pueden unirse a una decidida y valiente acción de masas.

Sin embargo, no debe esperarse en modo alguno que un buen día, desde la dirección superior del movimiento, desde el comité central del partido y de la comisión general de los sindicatos, emane la "orden" para la huelga de masas. Los cuerpos que tienen la responsabilidad de conducir a millones de hombres son por naturaleza reticentes en las resoluciones que otros deben llevar a la práctica. Por ello la decisión de una inminente acción de *masas* únicamente puede partir de la masa misma. La liberación de la clase obrera puede ser obra únicamente de la clase obrera misma –esta frase del *Manifiesto Comunista*, indicadora del camino, tiene también validez en lo particular; también en el interior del partido debe surgir el convencimiento y decisión de la masa de militantes y no de la iniciativa de un puñado de dirigentes. La decisión de llevar al triunfo la presente lucha por los derechos electorales en Prusia apelando, según los términos del congreso partidario prusiano, *"a todos los medios"*, es decir inclusive a la huelga de masas, únicamente puede realizarse con las más amplias capas del partido. A los camaradas del partido y de los sindicatos, en cada ciudad y en cada distrito les corresponde tomar posición frente al problema de la situación actual y expresar su opinión y su voluntad en forma clara y abierta, para que la opinión de la masa trabajadora organizada pueda hacerse escuchar como un todo. Y si esto ocurre, entonces también nuestros dirigentes estarán a la altura de las circunstancias, como hasta ahora lo estuvieron siempre.

CARTA A FRANZ MEHRING*

[Berlín-Südende, 19 de abril de 1912]

Muy querido camarada,

El final de su amable nota me ha inspirado un pavor tan grande que siento la necesidad de coger inmediatamente la pluma. Vd. escribe que quizá no se quede ya por mucho tiempo en la *N*[*eue*] *Z*[*eit*]. Hoy

* Traducido de R.L., *Vive la lutte...*, citado, pp. 350-351.

he leído en la *N*[*eue*] *Z*[*eit*] el ataque de Bebel contra Vd[1]. He sabido hoy mismo que Kautsky había dado la orden, por telegrama, de suprimir del número una respuesta de Vd. que hacía referencia al tema. Encuentro esta forma de actuar de Kautsky, por lo que respecta al coredactor jefe, vergonzosa, y la explicación de Bebel me parece una chochez senil. En el partido todo hombre honesto que no sea intelectualmente el lacayo de la dirección estará del lado de Vd. Pero ¿cómo es posible que todo esto le autorice a marcharse de un puesto tan importante? Se lo ruego, no pierda de vista la situación general de nuestro partido; tendrá con seguridad la sensación de que nos acercamos a la época en que la masa del partido necesitará de una dirección enérgica, despiadada, con miras amplias, en que nuestras altas instancias dirigentes –dirección del partido, órgano central[2], grupo parlamentario, así como nuestro órgano científico[3] – serán (sin Vd.) cada vez más mezquinos, más cobardes y más embrutecidos por el cretinismo parlamentario. Debemos, por lo tanto, con vistas hacia adelante, hacia ese bello futuro, ocupar y mantener todas las posiciones que nos sea posible, a pesar de la "dirección" oficial, y utilizar el derecho de crítica. ¡Qué pocos quedan de estos puestos y qué poca gente quiere comprender la situación! ¡Esto lo sabe Vd. mucho mejor que yo! Sin embargo, a pesar de todo esto, la última asamblea general de los berlineses, e incluso la actitud de todas las asambleas de militantes en todo el país, han demostrado que las masas están con nosotros y que quieren otra dirección. De ello se deduce que tenemos el deber precisamente de aguantar y de no dar a los bonzos oficiales del partido el placer de dejar los puestos. Debemos prever luchas y fricciones continuas, sobre todo cuando abordemos tan brutalmente como Vd. ha hecho el santo de los santos: el cretinismo parlamentario. A pesar de todo, la mejor consigna me parece que es la de no ceder ni un palmo. La *Neue Zeit* no debe ser totalmente el órgano oficioso del partido, ni debe entregarse a la chochez senil. Ríase de todas esas miserias y siga escribiendo en la revista para alegrarnos el corazón.

Mis saludos a Vd. y a su esposa.

Su R.L.

---

1. A. Bebel, "Berichtigung und Ergänzung", *Neue Zeit*, 19 de abril de 1912. El ataque de Bebel se refería al artículo de Mehring, "Einiges von Marx und Liebknecht", *Neue Zeit*, 5 de abril de 1912. Tras la aparición del artículo de Bebel, Mehring dirigió una carta al Comité director declarando que en esas condiciones no le era posible seguir colaborando en la *Neue Zeit*.
2. El *Vorwärts*.
3. La *Neue Zeit*.

De: NUESTRO PROGRAMA Y LA SITUACIÓN POLÍTICA*

[...] Después de que Marx y Engels, tras las decepciones de la revolución de 1848, abandonasen el punto de vista de que el proletariado estaba ya en condiciones de proceder directa e inmediatamente a la realización del socialismo, surgieron en todos los países partidos socialdemócratas, socialistas, que sustentaban un punto de vista completamente distinto. Se declaró como tarea inmediata la lucha parcial cotidiana en el terreno político y económico dirigida a construir poco a poco los ejércitos del proletariado, llamado, cuando el desarrollo capitalista hubiese madurado, a realizar el socialismo. Este giro, esta base completamente nueva sobre la que se situó el programa socialista, adoptó en particular en Alemania una forma muy especial. Hasta su derrumbe el 4 de agosto, la Socialdemocracia tomaba en Alemania como punto de referencia indiscutible el Programa de Erfurt, en el que las llamadas reivindicaciones mínimas inmediatas ocupaban un lugar de primer plano, quedando el socialismo relegado al papel de estrella luminosa y lejana, a meta final.

Sin embargo, lo más importante no es lo que está literalmente escrito en el programa, sino cómo se entiende el programa en la práctica viva y para esa interpretación del programa es decisivo un importante documento histórico de nuestro movimiento obrero: el prólogo que Friedrich Engels escribió en 1895 para *Las luchas de clases en Francia.* ¡Camaradas! me planteo estas cuestiones no por un interés puramente histórico sino porque se trata de algo verdaderamente actual, además de constituir un deber histórico lo que está ante nosotros en el momento en que nos esforzamos por poner nuestro programa sobre las mismas bases sobre las que una vez, en 1848, se sustentaron Marx y Engels. Con todos los cambios que entretanto ha introducido la evolución histórica tenemos el deber de enfrentarnos, con toda claridad y consciencia, a una revisión de la concepción que predominaba hasta el derrumbe del 4 de agosto en la Socialdemocracia alemana. A esta revisión ha de procederse aquí oficialmente.

¿Cómo planteó, camaradas, Engels el problema en ese famoso prólogo a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, escrito por él en 1895, es decir, después de la muerte de Marx? En primer término, remontán-

---

* Discurso pronunciado en la Conferencia fundacional del Partido Comunista Alemán, celebrado entre el 30 de diciembre de 1918 y el 1 de enero de 1919. Reproducido de R.L., *Escritos Políticos*, citado, pp. 418-448.

dose hasta 1848, explicaba que la idea de la inminencia de la revolución socialista había envejecido. Luego proseguía:

La historia nos ha dado la razón a nosotros y a todos los que pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que el estadio del desarrollo económico en el continente distaba entonces mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo esto sobre una base capitalista, lo que quiere decir que el capitalismo conservaba, en 1848, una gran capacidad de expansión.

Luego expone cómo ha cambiado todo en ese tiempo, pasando a discutir después la cuestión de las tareas del partido en Alemania:

La guerra de 1870/71 y la derrota de la Comuna desplazaron, como Marx predijo, por el momento, de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, necesitaba años para reponerse de la sangría de mayo de 1871. En cambio, en Alemania, donde la industria –impulsada como una planta de invernadero además por la bendición de los miles de millones pagados por Francia– se desarrollaba cada vez más rápidamente, la Socialdemocracia crecía todavía más deprisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido aparece en cifras indiscutibles a los ojos del mundo entero.

Luego viene el famoso recuento de cómo crecimos de unas elecciones al Reichstag a otras hasta llegar a los millones de votos. De esto concluía Engels lo siguiente:

Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las organizaciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones. Y se tomó parte en las elecciones para las asambleas regionales, los consejos comunales y los tribunales de arbitraje industrial, se le disputó a la burguesía cada puesto en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Y así se dio el caso de lque la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales.

Y aquí introduce Engels una extensa crítica de la ilusión de creer que en las modernas condiciones del capitalismo sea posible en general obtener por parte del proletariado algo con una revolución hecha en la calle. Yo creo que hoy, en vista de que nos hallamos en medio de una revolución, de una revolución hecha en la calle, con todo lo que ello implica, ha llegado el momento de pasar a discutir la concepción que hasta el último minuto ha sido oficialmente moneda corriente en la Socialdemocracia alemana y que comparte la responsabilidad de lo que vivimos el 4 de agosto de 1914.

No quiero decir con esto que Engels sea, por sus afirmaciones, personalmente corresponsable del curso que han seguido las cosas en Alemania; lo único que digo es: he aquí un documento clásico de la concepción que estaba viva en la Socialdemocracia alemana o, mejor, que la mató. Aquí, camaradas, expone Engels ante sus ojos con todo el conocimiento de causa del que también disponía en el campo de la ciencia militar, que es una pura ilusión creer que con el desarrollo actual del militarismo, de la industria y de las grandes urbes, el pueblo trabajador puede hacer revoluciones callejeras y vencer en ellas. Esta objeción comportó otras dos: por un lado, se vio en la lucha parlamentaria lo opuesto a la acción revolucionaria directa del proletariado, siendo considerada, precisamente como el único medio de la lucha de clases. Lo que resultó de esta crítica fue el puro exclusivismo parlamentarista. Por otro lado, se consideraba, curiosamente, justo a la más potente organización del estado de clase –el militarismo, la masa de proletarios vestidos de uniforme– como inmune e inaccesible a priori a cualquier clase de influencia socialista. Cuando en el prólogo se habla de que dada la existencia actual de ejércitos gigantescos es insensato pensar en que el proletariado puede estar en condiciones de acabar con esos soldados armados con ametralladoras y con los medios técnicos de combate más modernos, se parte evidentemente de la premisa de que el soldado, por el hecho de serlo, se convierte, a priori y de una vez por todas, en soporte de las clases dominantes, error que ha sido desmentido por la experiencia de que disponemos actualmente y que sería casi incomprensible en un hombre que estuvo a la cabeza de nuestro movimiento, si no se supiese en qué condiciones reales fue escrito el documento histórico citado. En honor de nuestros dos grandes maestros y en particular del que murió más tarde, Engels, quien compartió la gloria y las ideas de Marx, hay que dejar bien sentado que Engels escribió ese prólogo, como se sabe, bajo la presión directa de la fracción parlamentaria de entonces. Era la época en la que en Alemania –tras

la retirada de la legislación antisocialista– se hizo notar, en el seno del movimiento obrero, una fuerte corriente de extrema izquierda orientada a intentar evitar que los camaradas quedasen absorbidos por completo en la lucha parlamentaria pura. Para derrotar en el plano teórico a los elementos radicales y para contenerlos prácticamente, para restarles crédito ante los ojos de las grandes masas mediante la autoridad de nuestro gran maestro, Bebel y sus compañeros –también esto era entonces dato característico de nuestro funcionamiento: la fracción parlamentaria decidía, ideológica y tácticamente, los destinos y las tareas del partido– forzaron a Engels, que vivía en el extranjero y tenía que atenerse a sus seguridades, a escribir ese prólogo, asegurándole que era de la máxima urgencia salvar en aquel momento el movimiento obrero alemán de desviaciones anarquistas. A partir de entonces esta concepción ha dominado efectivamente en la Socialdemocracia alemana, en lo que había que hacer y en lo que no había que hacer, hasta que nos hemos encontrado con el bonito acontecimiento del 4 de agosto de 1914. Fue la proclamación del nada-más-que-parlamentarismo. Engels ya no vivió los resultados, las consecuencias prácticas de esta utilización de su prólogo, de su teoría. De una cosa estoy segura: si se conocen las obras de Marx y Engels, si se conoce el espíritu revolucionario vivo, auténtico, sin falsificaciones que alienta en todas sus enseñanzas y en todos sus escritos, se llega a la convicción de que Engels habría sido el primero en protestar contra los excesos que se han derivado del sólo-parlamentarismo, contra esa putrefacción y degradación que ha venido experimentando el movimiento obrero en Alemania desde decenios antes del 4 de agosto –porque el 4 de agosto, desde luego, no cayó del cielo como un viraje inesperado: fue la consecuencia lógica de lo que con anterioridad habíamos ido viviendo día a día y año tras año–, que Engels y, si hubiese vivido, Marx habrían sido los primeros en protestar y en frenar, con mano poderosa, el carro para que no se sumergiese en el fango. Pero Engels murió el mismo año en que escribió su prólogo. Le perdimos en 1895 y desde entonces, por desgracia, la dirección teórica pasó de manos de Engels a manos de una persona como Kautsky y desde entonces asistimos al fenómeno de que todo rechazo del sólo-parlamentarismo, el rechazo que en todos los congresos del partido venía de la izquierda, formulado por un grupo grande o pequeño de camaradas empeñados en una dura lucha contra la degeneración, sobre cuyas amenazadoras consecuencias todos habían de darse cuenta, ese rechazo era tildado de anarquismo, de anarcosocialismo o, por lo menos, de antimarxismo. El marxismo oficial era utilizado

para hacer de cobertura de toda separación, de toda desviación de la verdadera lucha de clases revolucionaria, para encubrir toda la doblez que condenaba a la Socialdemocracia alemana y en general al movimiento obrero, también al sindical, a ir consumiéndose en el marco y sobre el terreno de la sociedad capitalista, sin ninguna aspiración seria a conmover, a cambiar la sociedad.

Bien, camaradas, hoy estamos viviendo el momento en el que podemos decir: hemos vuelto a Marx, hemos vuelto bajo su bandera. Si hoy declaramos en nuestro programa que la tarea inmediata del proletariado no es otra sino –dicho en pocas palabras– hacer del socialismo hecho y verdad y suprimir de raíz el capitalismo, es porque nos situamos en el terreno en el que Marx y Engels estaban en 1848 y del que, en cuanto a los principios, no se alejaron jamás. Hoy se muestra lo que es el verdadero marxismo y lo que era ese sucedáneo de marxismo que durante decenios predominó en la Socialdemocracia alemana bajo el título de marxismo oficial. Mirad a los representantes de ese marxismo, mirad a dónde han ido a parar, a hacer compañía, a apoyar a los Ebert, David y consortes. Así vemos a los representantes oficiales de la teoría que durante decenios se nos ha hecho pasar por marxismo verdadero y sin falsificaciones. No, el marxismo no conducía ahí, a hacer política contrarrevolucionaria con los Scheidemann. El marxismo verdadero lucha también contra los que intentaban falsificarlo; igual que un topo zapa los pilares básicos de la sociedad capitalista y ha hecho que hoy la mejor parte del proletariado alemán marche bajo nuestra bandera, bajo la bandera del combate de la revolución, y que también donde la contrarrevolución parece dominar incontestada tengamos partidarios y futuros compañeros de lucha.

Camaradas, así pues, hoy estamos, como ya he dicho, impulsados por la marcha de la dialéctica histórica y enriquecidos por setenta años de desarrollo capitalista en el mismo sitio en que Marx y Engels estaban en 1848 cuando por primera vez desplegaron el estandarte del socialismo internacional. Cuando se revisaban los errores y las ilusiones de 1848, se creía que el proletariado tenía todavía ante sí un trayecto enormemente largo hasta poder hacer realidad el socialismo. Naturalmente, los teóricos serios nunca se han avenido a fijar un plazo cierto, cualquiera que fuese, para el derrumbe del capitalismo; pero de modo aproximado se pensaba que el recorrido iba a ser todavía muy largo. Esto es lo que, por otra parte, se desprende de cada línea del prólogo que Engels escribió en 1895. Bien, hoy podemos hacer balance. ¿No era, en comparación con el desarrollo de las luchas de clases pasadas,

un plazo demasiado corto? Setenta años de desarrollo del gran capitalismo han bastado para llevarnos tan lejos como para que hoy nos planteemos seriamente eliminar del mundo el capitalismo. Más todavía: hoy en día no sólo podemos cumplir esta tarea, no sólo es nuestro deber hacia el proletariado, sino que su realización es hoy la única salida posible para la supervivencia de la sociedad humana.

Porque, compañeros, ¿qué ha dejado esta guerra de la sociedad burguesa sino una inmensa montaña de ruinas? Formalmente, todavía están todos los medios de producción y también muchos instrumentos de poder, casi todos los instrumentos de poder decisivos, en manos de las clases dominantes: a este respecto no nos engañamos. Pero lo que pueden hacer con ello, a parte de convulsas tentativas de restablecer la explotación por medio de baños de sangre, no es sino la anarquía. Han llegado tan lejos que en la actualidad el dilema ante el que se encuentra la humanidad es: o precipitarse en la anarquía o la salvación por el socialismo. Dados los resultados de la guerra mundial es imposible que las clases burguesas encuentren, sobre la base de su dominio de clase y del capitalismo, una salida. Y así hemos llegado a vivir plenamente la verdad que encierran, con todo su sentido, las palabras formuladas precisamente por Marx y Engels por primera vez en tanto que base científica del socialismo en el gran documento que es el *Manifiesto comunista:* el socialismo será una necesidad histórica. El socialismo se ha convertido en una necesidad no sólo porque el proletariado no quiera vivir bajo las condiciones de vida que le reserva la clase capitalista, sino porque si el proletariado no cumple sus deberes de clase y hace realidad el socialismo, a todos nosotros nos aguarda la desaparición.

Camaradas, ésta es la base general sobre la que está construido nuestro programa, el que hoy tenemos que adoptar oficialmente y que ustedes ya conocían como proyecto por el folleto *¿Qué quiere la Liga Espartaco?* Se encuentra en oposición consciente al punto de vista sobre el cual se ha basado hasta hoy el Programa de Erfurt, en oposición consciente a la separación entre las llamadas reivindicaciones mínimas inmediatas de la lucha económica y política y la meta final socialista definida como programa máximo. En oposición consciente a esto liquidamos los resultados de los últimos setenta años y en particular el resultado inmediato de la guerra mundial, manifestando: para nosotros ya no hay ahora un programa mínimo y un programa máximo; el socialismo es una y la misma cosa; he aquí el mínimo que debemos conseguir en la actualidad [...]

IV. La cuestión nacional

Abordar el tema de la cuestión nacional es siempre tarea ardua y compleja, y esa dificultad aumenta a la hora de introducir textos de Rosa Luxemburg referidos al tema, por cuanto que hay que habérselas irremisiblemente con ideas preconcebidas, con etiquetaciones siempre deformadoras, con juicios inamovibles, con citas descontextualizadas y, lo que es más grave, con el desconocimiento real de sus textos y, por consiguiente, del hilo argumentativo que le es propio.

Desde los inicios de la II Internacional se hizo sentir la necesidad de una profundización teórica en torno a la adecuada interpretación de la revolución mundial y su relación con la cuestión nacional. El momento histórico proporciona elementos explicativos de esa necesidad nueva: los movimientos nacionales, en el seno del Imperio zarista y en el Austro-Húngaro (ambos "multinacionales") eran una realidad cada vez menos marginal, su crecimiento empezaba a alimentar el temor de ver los intereses nacionales imponerse por encima de los intereses de clase, y los cambios provocados en las bases mismas de las distintas socialdemocracias hacían que éstas asumieran cada vez más su naturaleza de órganos de defensa de las clases obreras "nacionales" y abandonaran progresivamente el internacionalismo, lo que acabaría por dividir a los marxistas en dos campos principales en torno a la cuestión nacional: el más ortodoxo o contemporizador y el del llamado "internacionalismo intransigente", del que Rosa Luxemburg sería no sólo porta-

voz, sino la teoría más significativa. Su leit-motiv: "la fraternidad universal de los obreros es para mí lo más sagrado y elevado que hay sobre la tierra, es mi estrella, mi ideal, mi patria; daría mi vida antes que traicionar este ideal" estaría en la base de toda su obra y aglutinaría en torno a ella al ala más internacionalista, más antichovinista, de la Internacional antes y durante la guerra.

Esta corriente que ella representaba es poco y mal conocida todavía hoy, y su importancia e implantación reales son escamoteadas o deformadas como tantas otras corrientes de pensamiento no encuadrables dentro de la "ortodoxia" del movimiento comunista posterior. Por ello vale la pena rescatar, aunque sea fragmentariamente, una parte de los textos representativos de ese "internacionalismo intransigente" que nos ayuden a comprender mejor la polémica que subyace a la historia y la teoría de la llamada "cuestión nacional".

Rosa Luxemburg ha sido, desde la década de los setenta, un personaje especialmente atractivo para la llamada extrema izquierda, sector político que, en su mayoría, mantiene todavía en pie una estructura y unas líneas programáticas basadas en el leninismo. Y a través de las "gafas" leninistas precisamente sus escritos sobre la cuestión nacional son una y otra vez tamizados, criticados e incluso silenciados (en la época estalinista), por ser Lenin precisamente el principal antagonista de Rosa Luxemburg en sus largas y ricas polémicas en torno a la cuestión, polémicas entonces (y todavía hoy) fundamentales y relevantes para la práctica política del socialismo internacional.

Se impone, pues, una lectura honesta, y al mismo tiempo global, de los textos de Rosa Luxemburg sobre el tema, una lectura que tenga en cuenta la visión luxemburguiana del fenómeno nacional en su historicidad, esto es, en relación con las condiciones concretas, con los intereses de la lucha de clases y con el contexto en que se enmarcan.

Habría que decir inmediatamente que para ella el problema no consistía en "conciliar" el elemento nacional y el elemento "clase", sino en "situarlo", en distinguir entre Derecho y Necesidad, entre Principio y Consigna, entre Deseo y Realizabilidad, y en esa "resituación" luxemburguiana del tema está claro que las posiciones de clase, y no las nacionales, constituían la base para esa distinción, que a su vez posibilitara asentar sobre sólidos pilares la política socialista internacional y la actitud hacia la cuestión nacional.

En la selección de los textos que siguen nos han movido fundamentalmente dos razones: estimular al lector y lectora a enfrentarse de forma directa y sistemática con la totalidad de las obras de Rosa

Luxemburg sobre la cuestión nacional, y dar una visión de conjunto que permita aprehender las premisas fundamentales del enfoque que le es propio.

Los dos primeros textos selecionados pertenecen a la primera época, y están marcados por la polémica con el PPS (Partido Socialista Polaco) partido rival, en Polonia y en la Internacional, del SDKPiL (Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania) que Rosa Luxemburg representaba y del que era principal teórica. El PPS reclamaba desde su fundación la independencia de Polonia como punto central de su programa, de acuerdo con la tradición de la I Internacional. El SDKPiL rechazaba, en cambio, la reconstrucción e independencia de Polonia como punto prioritario para la clase obrera, buscando la solución de la cuestión nacional polaca no en base a las reivindicaciones tradicionales, sino en base al contenido y condiciones sociales concretas de la Polonia de finales de siglo. Ambos se disputaban entonces su representatividad en el seno de la nueva Internacional, y en los congresos de Zürich (1893) y de Londres (1896) polemizaron uno con otro para ganarse el apoyo de los dirigentes socialistas. El PPS contaba con el apoyo de figuras como Wilhelm Liebknecht, Plejanov, Labriola, Axelrod y el mismo Engels, pero el grupo de Rosa Luxemburg presentó, por mediación de ella misma, un informe al Congreso de Zürich en el que por vez primera se afirmaba que "la historia económico-social de las tres partes del antiguo Reino de Polonia... ha creado en cada una de estas tres zonas objetivos e intereses políticos diferentes". Esta primera toma de posición oficial contra la vieja tradición, contra los líderes más notables de la Internacional y contra todo intento de "restaurar" la Polonia histórica, supuso la declaración de guerra abierta entre el PPS (o socialpatriotas, como Rosa Luxemburg les llamaría a partir de entonces por la mezcla de nacionalismo patriótico y de socialismo que defendían) y el SDKPiL, guerra que no se cerraría nunca.

El tercer texto, el Prefacio a "La cuestión polaca y el movimiento socialista", aunque todavía polemiza con el PPS, contiene ya posiciones más matizadas, menos localistas, más amplias, y refleja mayor madurez en su tratamiento de la cuestión polaca, y evidencia una visión de conjunto, más teórica, en torno a la cuestión nacional en general.

Pero quizá los textos más relevantes para el presente, y de mayor interés teórico, sean los cuatro restantes, dado que en ellos Rosa Luxemburg polemiza explícita o implícitamente con las tesis leninistas (que luego asumiría todo el movimiento comunista internacional) del "derecho de las naciones a la autodeterminación". Según las tesis in-

ternacionalistas del SDKPiL, el establecimiento de la unidad de acción y de programas con los socialdemócratas rusos (es decir, la unidad entre el proletariado polaco y el ruso) era prioritario sobre la unidad con las distintas organizaciones polacas según un criterio "nacional" (es decir, la alianza con la pequeña burguesía y con la burguesía polacas). De ahí que el partido de Rosa Luxemburg, y ella misma, se viera desde un principio implicado, personal y políticamente, en las polémicas tácticas y organizativas del Partido Obrero Socialdemócrata ruso (POSDR). En 1903 surge la primera polémica importante con ocasión de la introducción en el programa bolchevique del famoso párrafo 9 sobre "el derecho de las naciones a la autodeterminación", párrafo que lo hacía inmediatamente vinculante para todos los partidos integrados en el POSDR que luchaban en el ámbito del Imperio ruso. El SDKPiL se negó a aceptar la redacción del párrafo porque, teniendo en cuenta la situación concreta de Polonia, implicaba la necesidad de incorporar en el programa polaco la independencia de Polonia, lo que significaba no sólo un cambio radical en cuestiones de táctica y estrategia, sino de "esencia", porque, según escribe Rosa Luxemburg ese mismo año, "nos veríamos obligados, en tanto que sección del partido suscrita a ese mismo programa, a admitir en el partido a nacionalistas de todo tipo... es decir, a practicar lo que nosotros consideramos el peor de los eclecticismos". Para evitar este tipo de confusión, y aportar una solución al problema nacional de acuerdo con los intereses del proletariado de las distintas nacionalidades, Rosa Luxemburg propone, alternativamente, un párrafo lo suficientemente general que decía: "El congreso, si bien reconoce que la lucha contra la opresión nacional de los polacos, como la lucha contra toda forma de opresión, es necesaria y posible en el marco de su programa general, cuyo párrafo 9 garantiza la autonomía de los territorios polacos, considera al mismo tiempo que la lucha por la reconstrucción del Estado polaco de clase significa la renuncia a toda lucha eficaz contra al absolutismo y que la inserción de este postulado en el programa y en la propaganda no haría sino alejar a la clase obrera polaca de la realización tanto de sus tareas inmediatas como de sus tareas últimas".

*Los escritos posteriores, en especial el de 1908/1909 (*La cuestión nacional y la autonomía*) y los que hacen referencia a la revolución rusa de 1917, vienen a ser la culminación de la polémica: el primero en un plano teórico, los demás en el plano de la praxis sobre todo. En los casi 15 años que duró la polémica en torno al "derecho de los pueblos a la autodeterminación", las posiciones de Rosa y de Lenin apenas su-*

frieron modificación y sus líneas argumentativas opuestas se mantuvieron inalteradas, porque la realidad concreta a la que ambos hacían referencia fue lo suficientemente distinta como para determinar puntos de partida también distintos y para hacer que el "entendimiento" entre ambos fuera imposible. Evidentemente no caeremos aquí en la tentación de querer saber "quién tuvo razón", porque, además de no ser ésta en absoluto una cuestión relevante, volvería a dejar al movimiento comunista internacional ante la falsa alternativa de tener que "optar" por una etiqueta u otra y a eludir así, una vez más, la responsabilidad de tener que asumir críticamente toda la historia anterior y posterior a la revolución de Octubre, que no ha sido en absoluto tan clara y diáfana como podría parecer a primera vista. En cambio sí nos parece necesario y urgente arrojar un poco de luz sobre los elementos históricos y políticos que determinaron la polarización de Lenin y de Rosa Luxemburg, y de toda la Internacional, en torno al tema. Y aquí no sólo cabe retener importantes factores que aparecen constantemente en los escritos de ambos (cuestiones tácticas y organizativas), sino también el factor principal que determinó incluso esas diferencias tácticas y organizativas. Ese factor fue su distinta valoración de los movimientos nacionales dentro del proceso revolucionario, valoración que a su vez no podía por menos de estar condicionada por el hecho de pertenecer ambos a realidades políticas distintas.

En efecto, Lenin escribe en y para el Imperio ruso, Rosa Luxemburg para Polonia. El primero lo hace desde su pertenencia a una nacionalidad que es opresora de otras, la "gran-rusa", la segunda lo hace desde el ámbito de una nación oprimida. Lenin está pensando no solo en el proletariado de las naciones oprimidas por el Imperio ruso (gran ruso): ucranianos, polacos, armenios, lituanos, etc., para quienes la consigna del "derecho a la autodeterminación" no puede significar más que la expresión de una solidaridad en la lucha contra una opresión nacional secular, sino que también tiene presentes a cuantos movimientos pequeñoburgueses y burgueses pueden significar si no un apoyo, por lo menos una fuerza neutral en la hora revolucionaria contra el enemigo común, el enemigo que personifica a la vez *el dominio de clase y la opresión nacional. Rosa Luxemburg, en cambio, parte del punto de vista del proletariado de la nación oprimida, para quien, como en el caso polaco, el enemigo de clase (la burguesía polaca y rusa) no se identifica de forma directa con el opresor de la propia nacionalidad (la "nación gran-rusa"): dar prioridad a una sobre la otra significaba optar por una lucha "nacional" (polaca) o por una lucha anticapita-*

lista y antiburguesa (de clase), y la opción que defiende es la vía de la concienciación de clase de todos los proletarios para evitar su división "nacional" y, por ello, su subordinación a las influencias y programas nacionalistas, porque sabe que esos aliados potenciales de la clase obrera en la lucha por la emancipación nacional no se unirían en torno a un programa revolucionario de clase, que implicaba su propia abolición como clase, sino que lucharían activamente por imponer sus propias concepciones y objetivos, por crear una nación-estado independiente y clasista.

Lenin venía forzado por la necesidad de su *realidad: su programa debía devolver la confianza a los pueblos oprimidos no-rusos y asegurar la solidaridad canalizando el descontento de las nacionalidades oprimidas a favor de los bolcheviques y contra el régimen zarista. Rosa Luxemburg, con una preocupación más estratégica, más de principio, quiere advertir contra el peligro inherente a todo movimiento nacionalista de llegar a camuflar los verdaderos intereses de clase. Sólo en este sentido criticó a Lenin por su "capitulación" frente a los intereses no-proletarios de los sectores nacionalistas, en suma, por convertir una "necesidad en virtud".*

El primer texto y los fragmentos de "La cuestión nacional y la autonomía" son inéditos en España.

De: NUEVAS CORRIENTES EN EL MOVIMIENTO SOCIALISTA POLACO EN ALEMANIA Y AUSTRIA*

[...] Teniendo en cuenta lo dicho hasta ahora, la conquista de la independencia de Polonia basada en la fuerza del proletariado polaco se presenta como una tarea que nunca se ha mostrado tan difícil a ningún otro proletariado de la Tierra. Aquí no se trata ya de luchar por la adquisición de determinadas aunque amplias concesiones políticas, como por ejemplo una constitución en Rusia o el sufragio universal en Austria, concesiones que no chocan para nada con el desarrollo capitalista de estos países, sino que son por el contrario su producto natural. No, los socialpatriotas dan a nuestro proletariado un hueso bien duro de roer. Mientras hasta hoy nuevas estructuras estatales fueron creadas por las clases poseedoras en su propio interés, y precisamente para usar mejor a las clases populares como un instrumento inconsciente, ahora el propio proletariado consciente deberá crear un nuevo estado clasista. Pero hay más: contra su propia voluntad e interés, contra la propia

* Reproducido de R.L., *El desarrollo industrial de Polonia y otros escritos*, Ed. Pasado y Presente, México 1979, pp. 172-194. Originalmente publicado en *Die Neue Zeit*, abril de 1896.

burguesía –es decir, contra tres burguesías– que se defienden con dientes y uñas contra él, debe trasplantar en ese estado la específica tendencia del desarrollo económico que se manifiesta en las regiones individuales. Por consiguiente, para conquistar la independencia de Polonia, el proletariado deberá no sólo destruir el dominio de los tres gobiernos más poderosos de Europa, sino que deberá también ser bastante fuerte para superar las condiciones de vida materiales de la propia burguesía. En otras palabras, deberá, no obstante su condición de clase sometida, asumir la actitud de una clase dominante y servirse de su dominio para construir conscientemente, a través de la formación de su nuevo estado clasista, un ulterior instrumento de su propia opresión.

De la simple exposición de la cuestión surge por sí sola la siguiente consideración: si hasta cierto punto el proletariado polaco está en condiciones de arribar a la reconstitución de Polonia no obstante los gobiernos de los países anexionistas y no obstante la burguesía polaca, entonces también está, ciertamente, en condiciones de iniciar la revolución socialista. El grado de fuerza y de conciencia de clase necesario para alcanzar el primer objetivo es sin duda suficiente para alcanzar también el segundo; en este caso se trata simplemente de aprovechar el desarrollo económico, en el otro, de destruirlo. Los partidos socialistas de todos los países se han pronunciado exactamente sobre una cuestión análoga. En los debates sobre la huelga general en caso de guerra, donde se trataba de una cuestión mucho más simple –o sea, sólo de una pasiva oposición contra la decisión de los gobiernos burgueses– los congresos internacionales se pronunciaron afirmando que el proletariado, en el ámbito del orden constituido, no estaba en condiciones de paralizar las más vitales funciones del estado clasista. Pero puesto que el proletariado no está en condiciones de impedir a las clases dominantes hacer la guerra, ni, por lo tanto, de impedir los sucesivos cambios en el mapa político de Europa, evidentemente está todavía menos capacitado para construir nuevos estados, en contradicción con los intereses vitales de las clases dominantes, como, menos aún, para destruir estados ya existentes. De este modo, desde el punto de vista de su realizabilidad, el programa de los socialpatriotas aparece como decididamente utópico, del mismo modo que lo es su construcción teórica.

[...] Sobre cuanto hemos dicho es posible estar o no de acuerdo, pero de las afirmaciones de Marx y Engels se puede como máximo deducir la *deseabilidad* de la reconstitución de Polonia. Los socialpatriotas olvidan sin embargo que no todo lo que es objeto de deseo es también por eso posible, y que no todo lo que es de por sí posible lo es

también específicamente para el proletariado. Y nadie sino Marx y Engels mismos enseñaron ante todo al proletariado a no buscar lo simplemente deseable –aquello que es solamente querido o deseado–, a no hacer de ello la rueda motriz de todas sus aspiraciones. Por el contrario, ellos han enseñado a la clase obrera a formarse un criterio propio de las reales relaciones materiales de la sociedad en su desarrollo, las únicas que pueden determinar si lo deseado es también posible y si lo posible es también históricamente necesario. [...]

De: LA CUESTIÓN POLACA EN EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LONDRES*

[···] La aceptación de la resolución patriota[1] constituiría un precedente importante para los movimientos socialistas en otros países. Lo que vale para uno vale para otro. Si la liberación del Estado polaco es elevada a la categoría de tarea política del proletariado internacional, ¿por qué no tiene que ocurrir lo mismo en Bohemia, Irlanda o Alsacia-Lorena? Son tareas tan utópicas y no menos justificadas que la liberación de Polonia. En lo que se refiere a Alsacia-Lorena, en particular, su liberación sería incluso más importante para el proletariado internacional, y al mismo tiempo más probable; detrás de Alsacia-Lorena hay cuatro millones de bayonetas francesas, y en las cuestiones de anexiones burguesas las bayonetas son mucho más importantes que las manifestaciones morales. Además, si los polacos de las tres partes ocupadas se organizan según el principio de las nacionalidades para la liberación de Polonia, ¿por qué no tienen que actuar de la misma forma las diferentes nacionalidades de Austria?, ¿por qué los alsacianos no se organizan con los franceses, etc.? En una palabra, quedaría la puerta abierta a las luchas nacionales y a las organizaciones nacionales. En lugar de la organización de los trabajadores en función de datos políticos y es-

---

* Reproducido de R.L., *Textos sobre las cuestión nacional*, Ed. de la Torre, Madrid, 1977, pp. 29-41. Originalmente publicado en *Sprawa Robotnicza* el 25 de julio de 1896.

1. Se refiere a la resolución propuesta por el PPS para que la Internacional hiciera suya la reivindicación de la independencia de Polonia que ellos defendían como prioritaria.

tatales, se rendiría culto al principio de la organización según la nacionalidad, procedimiento que suele funcionar mal desde el primer momento. En lugar de programas políticos basados en los intereses de clase, se elaborarían programas nacionales. Se consagraría el sabotaje a la lucha política unitaria llevada a término por el proletariado en cada Estado, sustituyéndola por una serie de luchas nacionales estériles.

Ése es el significado principal de la resolución socialpatriota, si es que llega a ser aceptada. Decíamos al principio que el mayor progreso del movimiento proletario desde que existe la Internacional es el de haberse convertido en un gran partido combativo a partir de pequeñas sectas. ¿A qué debe el proletariado este progreso? Exclusivamente al hecho de haber comprendido que la tarea fundamental de su actividad era la lucha política. La vieja Internacional tenía que disolverse en partidos organizados en cada Estado en función de consideraciones políticas, sin tener en cuenta la nacionalidad de los obreros. Sólo un combate político basado en esta línea de conducta puede hacer grande y potente a la clase obrera. La resolución socialpatriota sigue una línea exactamente contraria. Su aceptación en el Congreso supondría renegar de treinta y dos años de experiencia y de formación teórica del proletariado.

La resolución socialpatriota ha sido hábilmente formulada. Tras la protesta contra el zarismo se oculta la protesta contra la anexión, porque en realidad la reivindicación de la independencia polaca se dirige tanto a Austria y a Prusia como a Rusia, y se sirve de los intereses internacionales para consagrar su línea nacionalista. Bajo la apariencia de una *manifestación* más o menos *moral* intenta obtener una base de apoyo para su programa práctico. Pero la debilidad de sus argumentos puede más que la astucia de su formulación, y todo lo que la resolución es capaz de producir en última instancia es una trivialidad sobre el peligro de las anexiones y un absurdo sobre la importancia de Polonia para el zarismo.

De: PREFACIO A "LA CUESTIÓN POLACA Y EL MOVIMIENTO SOCIALISTA"*

[...] Desde el punto de vista político, el objetivo principal de la discusión en la *Neue Zeit* fue totalmente alcanzado. Estimuló los espíritus de los socialistas de la Europa occidental y les hizo reflexionar sobre la importancia política y las consecuencias de la toma de postura de los socialpatriotas, aunque la moción de éstos no fue tomada en consideración en el Congreso de Londres; por el contrario, se aceptó por unanimidad la resolución que confirmaba una vez más, en líneas generales, las simpatías de los socialistas por todas las nacionalidades oprimidas y el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación. Sin embargo, antes del Congreso ya no había, naturalmente, ninguna duda sobre la simpatía y la compasión de los socialistas con respecto a los pueblos oprimidos, porque esos sentimientos se desprenden de la misma concepción socialista del mundo. Igual de claro estaba, y lo sigue estando para los socialistas, el *derecho* de cada pueblo a la independencia, porque ese derecho también se desprende de los principios elementales del socialismo. La moción de los socialpatriotas no pretendía expresar la *simpatía* por *todas* las naciones en general, sino que quería hacer del problema específico de la independencia de Polonia una necesidad política específica del movimiento obrero; se trataba, pues, no de reconocer el *derecho* de todo pueblo a la independencia, sino solamente la *exigencia* y la *justeza* de la tendencia de los socialistas polacos a la realización de ese *derecho* en Polonia. El Congreso de Londres, desde este punto de vista, dio una orientación completamente opuesta. No solamente puso en pie el problema polaco y los de todos los demás pueblos oprimidos, sino que al mismo tiempo, como único remedio a la opresión nacional, invitó a los obreros de *todas* las naciones afectadas a no dedicarse cada uno en su país a edificar Estados independientes capitalistas, sino a unirse en las filas del socialismo internacional, para acelerar la creación del sistema socialista que eliminará radicalmente, al mismo tiempo que la opresión de clase, cualquier otro tipo de opresión, incluida la opresión nacional.

Este resultado inmediato de nuestra crítica demuestra que, en la cuestión polaca, las tradiciones, en las que la corriente socialpatriota

---

* Reproducido de R.L., *Textos sobre la cuestión nacional...*, pp. 63-69. Originalmente publicado en Cracovia, 1905.

basaba su existencia en el movimiento internacional, estaban superadas y en contradicción con los intereses reales del movimiento obrero. Este hecho se puso de manifiesto porque, al plantear el problema de la independencia de Polonia en el terreno de la política práctica del proletariado, inmediatamente afectaba a toda otra serie de problemas internacionales y suscitaba opiniones que no existían en la época de la *Neue Rheinische Zeitung* y de la revolución de 1848. En seguida se planteaba esta pregunta: si el proletariado internacional tiene que reconocer como tarea de la política socialista el restablecimiento del Estado nacional polaco, ¿por qué no reconocer de la misma forma, como tarea de la socialdemocracia, la separación de Alsacia y Lorena de Alemania y su restitución a Francia e incluso apoyar la tendencia nacionalista italiana, que quiere recuperar Trento y Trieste, y las tendencias separatistas de Bohemia, etc.?

Por otra parte, el reconocimiento de la tendencia de las organizaciones socialistas polacas a separarse de los partidos socialistas existentes en los países que se reparten Polonia y, recíprocamente, la tendencia a unir al proletariado de los tres territorios polacos ocupados en un único partido obrero ha suscitado una serie de problemas de organización. En Alemania, aparte de la población alemana, no sólo hay polacos, sino también muchos daneses, franceses, alsacianos y, en la Prusia occidental, lituanos. La consecuencia del principio adoptado por la tendencia socialpatriota, en lo que respecta al proletariado polaco, ha sido la de fraccionar la socialdemocracia unida de Alemania en partidos separados determinados según las fronteras de las nacionalidades. Este principio tendría las mismas consecuencias en otros Estados, porque no hay casi ningún gran Estado moderno que tenga una población perfectamente homogénea. Así, pues, la aceptación de la tendencia socialpatriota habría provocado una revisión fundamental de la posición actual de la socialdemocracia internacional, un desplazamiento en el programa, en la táctica y en los principios de organización desde posiciones puramente políticas y de clase a posiciones nacionalistas.

[...] Los socialpatriotas tienen en común con todos los utópicos pequeñoburgueses que consideran el descubrimiento de hechos históricos discordantes con su utopía como una prueba de indignidad personal de los que hacen tales descubrimientos. No son capaces de comprender de ninguna manera que la "torpeza" es, ante todo, del proceso objetivo de la historia y no de los que denuncian su tendencia, y que este indigno proceso no deja de actuar porque se cierren los ojos. Ni siquiera son capaces de comprender que tampoco se podría hablar

de "indignidad" de la historia, porque el proceso dialéctico de la historia tiene de particular que al negar y hacer desaparecer algunas formas tradicionales de satisfacción de las exigencias sociales proporciona, a la vez, nuevas formas para satisfacerlas.

Por otro lado, estos "intereses", a los que el desarrollo social no otorga absolutamente ninguna garantía económica, son en el fondo, si se les examina de cerca, intereses retrógrados, defectuosos, o bien intereses imaginarios.

Cuando los demócratas alemanes y franceses proclamaban en 1848 su posición sobre la cuestión polaca, por una parte, tomaban efectivamente en consideración el movimiento nacional de la nobleza polaca y, por otra parte, se dejaban guiar únicamente por los intereses de su propia política democrática. No tenían ni podían tener relación alguna con el movimiento socialista polaco porque éste no existía. Actualmente, lo que nos importa a nosotros, socialistas polacos, es conocer el impacto de este fenómeno sobre los intereses de clase del proletariado polaco. El análisis objetivo del desarrollo social de Polonia nos lleva a la conclusión de que las tendencias a favor de la independencia de Polonia son una utopía de pequeños burgueses y, como tales, sólo puede perturbar la lucha de clases del proletariado o conducirla a un callejón sin salida. Por ello, actualmente la socialdemocracia polaca rechaza la posición nacionalista, desde el punto de vista de los intereses del movimiento socialista polaco, y toma una posición diametralmente opuesta a la de los demócratas occidentales de la época. De la misma forma que este cambio en el desarrollo histórico de Polonia ha hecho de la independencia de este país una utopía contraria a los intereses del socialismo polaco, ha propuesto, para dar respuesta a los intereses democráticos internacionales, soluciones *nuevas* a este problema. Si bien la idea de hacer de la Polonia independiente un tapón, una muralla defensiva para Occidente contra la reacción del zarismo ruso, resulta hoy irrealizable, el desarrollo capitalista, que ha enterrado esta idea, ha creado en su lugar, tanto en Rusia como en Polonia, un movimiento de clase revolucionario del proletariado unificado, y con él un nuevo aliado de Occidente, mucho más combativo, que no sólo puede proteger mecánicamente a Europa del absolutismo, sino minarlo y destruirlo.

Esta solución no está en contradicción con los intereses nacionales del proletariado polaco. Sus intereses reales en este terreno, la libertad de la vida y del desarrollo nacional cultural, la igualdad de los ciudadanos, la abolición de toda opresión nacional, encuentran una

única expresión posible, completa y al mismo tiempo eficaz en las aspiraciones generales de clase del proletariado a una mayor democratización de los países ocupantes, de la que forma parte integrante y natural la autonomía del país. En cambio, la necesidad de poseer además el aparato de un Estado de clase independiente, que es un arma para oprimir a los obreros, en las circunstancias actuales, y teniendo en cuenta el carácter utópico de esta aspiración, no puede ser un interés real de los obreros, sino que se basa en una concepción pequeño-burguesa del mundo, tan extraña a los intereses reales del proletariado como al socialismo científico en general.

[...] No hay duda de que entre la lucha de clase del proletariado y el problema nacional existe una relación histórica específica. Pero no en el sentido que querrían los socialnacionalistas, que toman al movimiento moderno del proletariado por un testaferro, al que se le puede imponer la reivindicación de las deudas morales de la nobleza y de la pequeña burguesía, ya enjugadas por la historia, y el pago de todas las deudas de las clases decadentes. Esa relación tiene un significado muy distinto y, en el espíritu de la lucha de clase del proletariado polaco, el problema nacional toma una forma muy distinta de las aspiraciones de la nobleza y de la pequeña burguesía.

El problema nacional no es ni puede ser algo extraño a la clase obrera. La opresión bárbara más insoportable y la represión de la cultura *espiritual* de la sociedad no le pueden dejar indiferente. Es un hecho indiscutible, para honra de la humanidad de todos los tiempos, que ni la opresión más inhumana de los intereses *materiales* puede suscitar una rebelión tan fanática y tan ardiente, un odio tan grande, como el que engendra la opresión de la vida espiritual: la opresión religiosa y nacional. Pero las rebeliones heroicas y los sacrificios para defender esos valores espirituales sólo los pueden llevar a cabo las clases que, por su situación *material* social, son revolucionarias.

Adaptarse a la opresión nacional, soportarla con la humildad de un perro, era algo que podía hacer la nobleza y tal vez la burguesía, es decir, las clases poseedoras y hoy radicalmente reaccionarias por sus intereses, esas clases que constituyen la imagen más fidedigna del "materialismo" grosero del estómago, en el que suelen convertir, en las mentes de nuestros publicistas caseros, la filosofía materialista de Feuerbach y de Marx. Nuestro proletariado, como clase que no posee "bienes terrenales" en la sociedad actual, está llamado por el desarrollo histórico a la misión de derrocar todo el sistema existente. Como clase *revolucionaria,* debe sentir y siente la opresión nacional como

una dolorosa herida, como una vergüenza, hasta que esta injusticia se convierta en una gota en el océano de la miseria social, de la inferioridad política, de la *indigencia* espiritual, que es el destino del mercenario del capitalismo en la sociedad actual.

Nadie puede afirmar, después de lo dicho, que el proletariado sea capaz, como lo desean aún los espíritus anacrónicos de nuestro impotente nacionalismo pequeño-burgués, de asumir la tarea histórica de la nobleza, es decir, de devolver a Polonia su existencia como Estado de clase, tarea a la que la misma nobleza ha renunciado y que nuestra burguesía ha hecho imposible por su propio desarrollo. Pero nuestro proletariado sí puede y debe combatir por la defensa de la *nacionalidad* como cultura espiritual específica, distinta, con sus propios derechos a la existencia y al desarrollo. Y, actualmente, la defensa de nuestra nacionalidad sólo puede llevarse a cabo no a través del nacionalismo separatista, sino solamente a través de la lucha por el derrocamiento del despotismo y por conquistar en todo el país esas formas de vida cultural y cívica de que goza desde hace tiempo la Europa occidental.

El movimiento exclusivamente de clase del proletariado polaco, que junto con el desarrollo del capitalismo ha llevado a la tumba a los movimientos independientes, es, pues, la mejor y la *única* garantía para conquistar, con la libertad política, la libertad nacional-cultural, la igualdad de derechos y la autoadministración para nuestro país. Desde este punto de vista, e incluso desde una óptica estrictamente nacional, todo lo que contribuya a desarrollar y acelerar ese movimiento de la clase obrera debe ser considerado como un factor *patriótico, nacional,* en el mejor sentido de la expresión. En cambio, todo lo que obstaculiza y se opone al desarrollo de este movimiento de clase, todo lo que sea capaz de frenarlo o de deformarlo, debe ser considerado como un factor nocivo y hostil a la causa nacional. Desde este punto de vista, el culto a las tradiciones del viejo nacionalismo y el esfuerzo por desviar a la clase obrera polaca de la vía de la lucha de clase para llevarla al callejón sin salida de la utopía de la independencia de Polonia, que es lo que ha estado haciendo durante doce años el socialpatriotismo, es, en el fondo, una política esencialmente *antinacional,* a pesar de su carácter nacionalista.

La socialdemocracia, que navega bajo las velas del socialismo internacional, lleva a Polonia, en su barco, el tesoro de la causa cultural-nacional; ése es el objetivo actual de la dialéctica histórica, que sólo el método marxista de análisis social ha permitido comprender, prever y guiar en la acción.

De: LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA AUTONOMÍA*

El derecho de las nacionalidades a la autodeterminación

La Revolución Rusa de 1905 ha puesto sobre el tapete, entre otros, el tema de las nacionalidades, que hasta ahora solamente había sido objeto de polémica en Austria-Hungría. Sin embargo, hoy se ha convertido en un tema crucial también en Rusia, debido a que el proceso revolucionario ha hecho que todas las clases sociales y todos los partidos políticos tomen consciencia de la necesidad de una solución concreta al problema de las nacionalidades.

Todos los partidos políticos formados recientemente en Rusia, o que están en periodo de formación, tanto radicales como liberales o reaccionarios, se han visto obligados a tomar posición en sus programas frente al tema de las nacionalidades, que está estrechamente vinculado a algo más general: su política interior y exterior. Para un partido obrero, la cuestión nacional es tanto un asunto de programa como de organización de clase. La posición que un partido obrero adopte a la hora de considerar la cuestión nacional, así como cualquier otro problema, debe diferir en el método y en su forma de las posiciones de los partidos burgueses, incluso de los más radicales, así como de las posiciones pseudosocialistas de los partidos pequeñoburgueses.

La Social Democracia ofrecerá una solución *esencialmente uniforme,* solamente enfocando el problema desde el criterio del socialismo científico, aun cuando su programa debe tener en cuenta la amplia variedad de formas de la cuestión de la nacionalidad que tiene su origen en la diversidad social, histórica y étnica del Imperio ruso.

[...] De hecho, los programas políticos de los partidos obreros modernos no contienen principios abstractos relativos a un ideal social, sino únicamente la formulación de esas reformas prácticas, sociales y políticas, que el proletariado consciente necesita y reclama en el marco de la sociedad burguesa para facilitar la lucha de clases y su victoria final.

---

* Traducido de "The National Question and Autonomy", en H.B. Davis (ed.) *The National Question. Selected Writings by Rosa Luxemburg,* Monthly Review Press, Nueva York, 1976, pp. 101-287. Serie de artículos publicados originalmente en *Przeglad Socialdemokratyczny,* nº 6-15, 1908-1909.

Los elementos de un programa político se formulan siempre con unos objetivos bien definidos: proporcionar una solución clara, práctica y realizable, para todos aquellos problemas cruciales de la vida social y política que están dentro del área de la lucha de clases del proletariado; servir de guía a la política cotidiana y sus necesidades; iniciar la acción política del partido obrero y dirigirlo en una dirección correcta; y, finalmente, diferenciar claramente la política revolucionaria del proletariado de la política de los partidos burgueses y pequeño burgueses.

La fórmula del "derecho de las nacionalidades a la autodeterminación", no tiene en absoluto tal carácter, ya que no ofrece ninguna indicación práctica para la praxis política cotidiana del proletariado, ni ofrece ninguna solución práctica para los problemas de las nacionalidades. Esta fórmula no muestra al proletariado ruso cómo reclamar una solución al problema nacional polaco, a la cuestión finlandesa, a la del Cáucaso, a la judía, etc. En lugar de esto, concede tan sólo una autorización ilimitada para que todas las naciones interesadas solucionen sus problemas nacionales como mejor les parezca. La única conclusión práctica que puede deducirse de la fórmula antes citada para la política cotidiana de la clase obrera es la idea-guía de que para esta clase social es un deber luchar contra toda manifestación de opresión nacional. Si reconocemos el derecho de cada nación a autodeterminarse, resulta lógica la conclusión de que debemos condenar cualquier intento de dominio de una nación sobre otra, o de que una nación imponga a otra una determinada forma de existencia nacional. Sin embargo, el deber de todo partido de clase del proletariado de protestar y oponerse a la opresión nacional no procede de ningún "derecho de las nacionalidades" especial –como, por ejemplo, la lucha por la igualdad política y social de los sexos tampoco procede de unos especiales "derechos de la mujer", tal como pretende el movimiento burgués de emancipación de la mujer– sino que éste debe proceder únicamente de una oposición general al sistema de clases y a cualquier forma de desigualdad y de dominación social, es decir, de los principios básicos del socialismo. Pero dejando esto aparte, la única orientación que se ofrece para una política práctica es puramente negativa. El deber de oponerse a toda forma de opresión nacional no incluye ninguna explicación acerca de qué condiciones y formas políticas debe adoptar hoy el proletariado ruso consciente para solucionar los problemas nacionales polacos, lituanos, judíos, etc., o qué programa debe presentar para desbancar a los presentados por los partidos burgueses, nacionalistas y pseudoso-

cialistas en la actual lucha de clases. En una palabra, la fórmula del "derecho de las naciones a la autodeterminación" no es en esencia una directriz política para abordar la cuestión nacional, sino únicamente un medio de *eludir esta cuestión.*

El carácter general y de cliché del punto 9 del Programa del POSDR muestra que esta forma de resolver el problema es ajena al socialismo científico marxista. Un "derecho de las naciones" válido para todos los países y para todos los tiempos no es más que un cliché metafísico del tipo de "los derechos humanos" y los "derechos del ciudadano".

El materialismo dialéctico, que es la base del socialismo científico, ha acabado de una vez por todas con esta clase de fórmulas "eternas". Porque la dialéctica de la historia ha demostrado que no hay verdades ni derechos "eternos". [...] En palabras de Engels, "Lo que es correcto y razonable bajo ciertas circunstancias puede ser un sinsentido y un absurdo en otras". El materialismo histórico nos ha enseñado que el contenido real de estas verdades, derechos y fórmulas "eternas" viene determinado solamente por las condiciones sociales *materiales* del medio, en una época histórica determinada.

Sobre estas bases, el socialismo científico ha revisado todo el acopio de clichés democráticos y de ideología metafísica heredados de la burguesía. La actual social-democracia hace mucho tiempo que ha dejado de tomar en consideración frases tales como las de "democracia", "libertad nacional", "igualdad", y otras lindezas como verdades y leyes eternas que trascienden naciones y épocas concretas. Por el contrario, el marxismo las considera y las trata solamente como expresiones de unas ciertas condiciones históricas específicas, como categorías que, en términos de su contenido material y de su valor político, están sujetas a un cambio constante, y ésa es la *única* verdad "eterna".

Cuando Napoleón o cualquier otro déspota de su misma especie utiliza un plebiscito –la forma más elevada de democracia política– para conseguir los objetivos del Cesarismo aprovechándose de la ignorancia política y de la dominación económica de las masas, no dudamos un momento en oponernos con todas nuestras fuerzas a esta "democracia", sin vernos apabullados ni por un momento por la omnipotencia del pueblo, la cual viene a ser para los metafísicos de la democracia burguesa algo así como un ídolo sacrosanto.

Cuando un alemán como Tassendorf, o un gendarme zarista, o un "auténtico polaco" Nacional Demócrata defiende la "libertad personal" de los esquiroles, protegiéndolos frente a las presiones morales y materiales del proletariado organizado, no dudamos ni un momento en po-

nernos de parte de estos últimos, garantizándoles el derecho moral e histórico de *forzar* la solidaridad de sus rivales desconcienciados, aunque desde el punto de vista del liberalismo formal aquellos que "quieren trabajar" tienen de su parte el derecho a "la libertad individual" para hacer lo que la razón o la sinrazón les dicte.

Cuando, finalmente, los liberales de la Escuela de Manchester exigen que el trabajador asalariado sea abandonado a su suerte en su lucha contra el capital en nombre de la "igualdad de los ciudadanos", nosotros desenmascaramos este cliché metafísico que no hace más que camuflar la más manifiesta desigualdad económica, y exigimos de una forma radical la protección legal de la clase trabajadora asalariada, rompiendo abiertamente con "la igualdad ante la ley" de tipo formal.

La cuestión nacional no puede constituir una excepción entre los problemas políticos, sociales y morales que el socialismo moderno ha analizado desde este punto de vista. No puede solucionarse utilizando una especie de vago cliché, ni siquiera con una fórmula tan bien sonante como "el derecho de las naciones a la autodeterminación", porque tal fórmula expresa o bien absolutamente nada y, por tanto, es una frase vacía; o bien expresa, como mucho, el deber incondicional de los socialistas de apoyar todas las aspiraciones nacionales, en cuyo caso es simplemente falsa.

En base a los presupuestos generales del materialismo histórico, la posición de los socialistas respecto a los problemas nacionales depende, en primer término, de las circunstancias concretas de cada caso, que difieren sustancialmente de una nación a otra, y que además sufren variaciones a lo largo del tiempo en cada país. Además un conocimiento superficial de los hechos permite ver que la cuestión de las luchas de las nacionalidades bajo el Imperio Otomano en los Balkanes tiene un aspecto completamente diferente, una base económica e histórica diferente, un grado de internacionalización diferente y diferentes perspectivas de futuro, que la cuestión de la lucha irlandesa contra la dominación británica. De igual manera, la complejidad de las relaciones entre las nacionalidades que forman parte de Austria es completamente diferente de las condiciones que influyen en la cuestión polaca. Además, el problema nacional en cada país cambia de carácter con el tiempo, y esto significa que deben realizarse nuevas y diferentes evaluaciones del mismo.

[...] La fórmula del "derecho de las nacionalidades" es inadecuada para justificar la posición de los socialistas ante la cuestión nacional, no sólo porque no tiene en cuenta las diferentes condiciones históricas

(lugar y tiempo) que se dan en cada caso concreto y no cuenta con las líneas generales del desarrollo de las condiciones globales, sino también porque ignora completamente la teoría fundamental del socialismo moderno, la teoría de las clases sociales.

Cuando hablamos de "el derecho de las naciones" a la autodeterminación" estamos utilizando el concepto "nación" como una entidad política y social homogénea. Pero en realidad un concepto como el de "nación" es una de esas categorías de la ideología burguesa a las que la teoría marxista sometió a una radical revisión, mostrándonos cómo este engañoso velo, al igual que los conceptos de "libertad de los ciudadanos", "igualdad ante la ley", etc., enmarcaran en cada caso un contenido histórico bien definido.

En una sociedad clasista, "la nación", como entidad política y social homogénea, no existe. Lo que existe, en cambio, en cada nación son clases con intereses y "derechos" antagónicos. No existe literalmente ningún área social –desde las relaciones materiales más groseras a las más refinadamente morales– donde la clase poseedora y el proletariado con consciencia de clase mantengan la misma actitud y donde aparezcan ambas como una entidad "nacional" consolidada. En la esfera de las relaciones económicas, la clase burguesa representa los intereses de la explotación, el proletariado los intereses del trabajo. En el terreno de las relaciones legales, la piedra angular de la sociedad burguesa es la propiedad privada; los intereses del proletariado exigen que los hombres desposeídos se emancipen de la dominación de la propiedad. En el área judicial, la sociedad burguesa representa la "justicia" de clase, la justicia de los bien-alimentados y de los potentados; el proletariado defiende el principio de tener en cuenta la importancia de las influencias sociales sobre el individuo. En las relaciones internacionales, la burguesía representa la política de guerra y anexión, y en la etapa actual, un sistema de guerra comercial; el proletariado exige una política de paz universal y de libre comercio. En la esfera de las ciencias sociales y de la filosofía, las corrientes de pensamiento burguesas y las que representan al proletariado se encuentran en posición diametralmente opuesta. Las clases poseedoras tienen su visión del mundo, representada por el idealismo, la metafísica, el misticismo, el eclecticismo; el proletariado moderno tiene su propia teoría, el materialismo dialéctico. Incluso en la esfera de las llamadas condiciones "universales" –ética, arte o comportamiento– los intereses, la visión del mundo y los ideales de la burguesía, y aquellos del proletariado consciente, representan dos campos distintos, separados uno de otro por un abismo.

Y siempre que los afanes y los intereses formales del proletariado y los de la burguesía (en su conjunto o en sus aspectos más progresivos) parecen idénticos –por ejemplo en el terreno de las aspiraciones democráticas–, allí, bajo la identidad de formas y eslóganes, se esconde la más completa divergencia de contenidos y de cuestiones políticas esenciales.

No puede hablarse de voluntad colectiva y uniforme, de la autodeterminación para la "nación" en una sociedad así constituida. Si en la historia de las sociedades modernas encontramos movimientos "nacionales" y luchas por los "intereses nacionales", se trata generalmente de movimientos de clase de las capas dirigentes de la burguesía, que sólo pueden representar los intereses de otros estratos de la población en la medida en que bajo la forma de "los intereses nacionales" defiendan formas progresivas de desarrollo histórico y en la medida en que la clase trabajadora no se haya independizado o diferenciado de la masa de la "nación" (dirigida por la burguesía) para convertirse en una clase política independiente y consciente.

En este sentido la burguesía francesa tuvo el derecho de aparecer como el tercer estado en la Gran Revolución en nombre del pueblo francés, e incluso la burguesía alemana en 1848 podía considerarse –hasta un cierto grado– como la representante de la "nación" alemana –aunque el *Manifiesto Comunista* y, en parte, la *Neue Rheinische Zeitung* fueran ya indicadoras de la existencia de una política de clase propia del proletariado en Alemania. En los dos casos esto significó únicamente que en aquel grado de desarrollo social los intereses de clase revolucionarios de la burguesía eran los intereses del pueblo, el cual formaba junto con la burguesía una masa políticamente uniforme con respecto al feudalismo reinante.

Esta circunstancia muestra que el Partido Socialdemócrata no puede tomar como punto de referencia para elaborar su posición frente al tema de las nacionalidades "los derechos de las naciones", ya que la propia existencia de este partido muestra que la burguesía ha *dejado* de ser la representante de todo el pueblo, y que el proletariado ya no está escondido bajo las faldas de la burguesía, sino que se ha configurado como clase independiente con sus propias aspiraciones sociales y políticas. Puesto que los conceptos "nación", "derechos" y "voluntad del pueblo", considerados como un todo uniforme, son residuos de los tiempos del antagonismo inmaduro e inconsciente entre el proletariado y la burguesía, la aplicación de los mismos por un proletariado organizado consciente e independiente supondría una profunda contra-

dicción, y no una contradicción para la lógica académica, sino una contradicción *histórica.*

Con respecto al tema de las nacionalidades en la sociedad contemporánea, un partido socialista debe tener en cuenta el antagonismo de clases. La cuestión nacional checa tiene connotaciones diferentes para la pequeña burguesía y para el proletariado checo. No podemos intentar dar una solución al problema nacional polaco, que sirva al mismo tiempo a Koscielski y su fiel hijo en Miroslavia, a la burguesía de Varsovia y Lodz y a los trabajadores con consciencia de clase polacos a un mismo tiempo; de igual forma, la cuestión judía aparece de una manera para la burguesía judía y de otra para el proletariado judío ilustrado. Para la Social Democracia la cuestión nacional es, como todos los demás problemas políticos y sociales, fundamentalmente *una cuestión de intereses de clase.*

[...] "El derecho de las naciones a la autodeterminación" deja de ser un cliché únicamente en un régimen social donde el "derecho al trabajo" ha dejado de ser una frase vacía. Un régimen socialista que acabe no sólo con la dominación de una clase sobre otra, sino también con la propia existencia social de las clases y con su antagonismo, con la división de la sociedad en clases con diferentes intereses y deseos, traerá consigo una sociedad que sea la suma de todos los individuos vinculados unos a otros por la armonía y la solidaridad de sus intereses, un todo uniforme con una voluntad común y organizada que posibilita su realización.

El socialismo realizará directamente la "nación" como una voluntad uniforme –en la medida en que las naciones constituyan organismos sociales separados, o, como afirma Kautsky, constituyan una sola– y realizará las condiciones materiales para su libre autodeterminación. En una palabra, los pueblos alcanzarán la capacidad de determinar libremente su existencia nacional cuando tengan capacidad para determinar su existencia política y las condiciones necesarias para su creación. Las "naciones" serán dueñas de su destino histórico cuando la sociedad humana controle sus procesos sociales.

Por tanto, la analogía que los partidarios del "derecho de las naciones a la autodeterminación" encuentran entre este "derecho", y el resto de las reivindicaciones democráticas, como el derecho a la libertad de expresión, de prensa, de asociación y reunión, es totalmente incongruente. Esta gente dice que apoyamos la libertad de asociación porque somos el partido de la libertad política; pero que, en cambio, luchamos contra los partidos burgueses hostiles. También afirman que

tenemos la obligación democrática de apoyar la autodeterminación de las naciones, pero esto no nos obliga a apoyar cualquier táctica individual de los que luchan por su autodeterminación.

Este punto de vista olvida completamente el hecho de que estos "derechos", que tienen una cierta similitud superficial, están ubicados en niveles históricos totalmente diferentes. Los derechos de asociación, reunión, la libertad de expresión y de prensa, etc., son las formas legales necesarias para la existencia de una sociedad burguesa madura. Pero el "derecho de las naciones a la autodeterminación" es únicamente la formulación metafísica de una idea que en la sociedad burguesa es completamente inexistente y que solamente podrá ser llevada a cabo en un régimen socialista.

Sin embargo, el socialismo, tal como se practica actualmente, no es en absoluto una colección de todos estos "bellos" y "nobles" deseos, sino tan sólo la expresión política de unas condiciones bien definidas, es decir, la lucha de clases del proletariado moderno contra la dominación de la burguesía. El socialismo representa los esfuerzos del proletariado por establecer su dictadura de clase para librarse de la actual forma de producción. Ésta es la tarea fundamental y motriz para el Partido Socialista, como partido del proletariado; determina la posición del partido respecto a todos los problemas de la vida social.

La Social Democracia es el Partido de clase del proletariado. Su tarea histórica es la de expresar los intereses de clase del proletariado, y también los intereses revolucionarios del desarrollo de la sociedad capitalista, para la realización del socialismo. Por tanto, la Social Democracia está llamada a realizar no el derecho de las naciones a la autodeterminación, sino sólo el derecho de la clase obrera, que está oprimida y explotada, a la autodeterminación. Desde esta perspectiva es desde la que la Social Democracia analiza todas las cuestiones sociales y políticas sin excepción, y desde esta posición formula sus exigencias programáticas. La Social Democracia no contempla que sea la "nación" la que decida su destino según su propia visión de la autodeterminación, ni por lo que se refiere a las formas políticas de Estado que exigimos, ni a cuestiones de política interior y exterior, ni a la cuestión de las leyes o de la educación, o de impuestos o del ejército. Todos estos temas afectan a los intereses de clase del proletariado de una forma muy diferente a como lo hacen cuestiones de política o cultura nacional. Pero entre estas cuestiones y las de política y cultura nacional existen por lo general estrechos lazos de mutua dependencia y causalidad y, por tanto, la Social Democracia no puede eludir aquí la necesidad de

formular aquellas reivindicaciones individualmente, ni de exigir activamente las formas de existencia política y cultural nacionales que mejor se adecúen a los intereses del proletariado y a su lucha de clase en un tiempo y un lugar determinado, así como a los intereses del desarrollo revolucionario de la sociedad. La Social Democracia no puede dejar la solución de estas cuestiones en manos de las "naciones".

Esto resulta perfectamente evidente desde el momento en que bajamos el problema de las nubes de la abstracción al terreno firme de las condiciones concretas.

La "nación" debiera tener "derecho" a autodeterminarse. Pero, ¿quién es esta nación y quién tiene la autoridad y el "derecho" de hablar en su nombre y de expresar su voluntad? ¿Cómo podemos saber lo que la "nación" quiere en realidad? ¿Existe siquiera un partido político que no reclame ser el único representante entre todos, el único portavoz de la voluntad de la "nación" mientras que los demás partidos son únicamente expresiones falsas y pervertidas de esta voluntad nacional? Todos los partidos liberales burgueses se consideran a sí mismos la encarnación de la voluntad del pueblo, y reclaman el monopolio exclusivo para representar a la "nación". Pero los partidos conservadores y reaccionarios también hacen referencia a la voluntad y a los intereses de la nación y, dentro de ciertos límites, también tendrían el mismo derecho a hacerlo. La Gran Revolución francesa fue, indudablemente, la expresión de las aspiraciones de la nación francesa, pero Napoleón, que acabó con la revolución con su *golpe* del 18 Brumario, basó toda su reforma del estado en el principio de *"la volonté générale"* (la voluntad general).

En 1848 la voluntad de la "nación" dio lugar primero a la República y al gobierno provisional, más tarde a la Asamblea Nacional y, finalmente, a Luis Bonaparte que suprimió la República, el gobierno provisional y la Asamblea Nacional. Durante la Revolución Rusa [de 1905], el liberalismo exigió, en nombre del pueblo, un ministro "cadete"; el absolutismo, en nombre del mismo pueblo, organizó los progroms contra los judíos, mientras los campesinos revolucionarios expresaban su voluntad nacional incendiando las fincas de la nobleza. En Polonia, el partido de las Centurias Negras (Democracia Nacional) dijo encarnar la voluntad popular y, en nombre de la "autodeterminación de la nación", incitó a los trabajadores "nacionales" a asesinar a los trabajadores socialistas.

Con la "verdadera" voluntad de la nación sucede lo mismo que con el verdadero anillo de Nathan el sabio en la historia de Lessing: se

perdió y parece casi imposible encontrarlo, ni distinguir el verdadero del falso. En apariencia, el principio de democracia proporciona un medio para distinguir la auténtica voluntad popular, determinando la opinión de la mayoría.

La nación quiere lo que la mayoría del pueblo quiere. Pero ¡ay del Partido Social Demócrata que tomara tal principio como su propia medida!: estaría condenado a muerte como partido revolucionario. La Social Democracia, por su propia naturaleza, es un partido que representa los *intereses* de una gran mayoría de la nación; pero mientras exista en el marco de una sociedad burguesa y en la medida en que se trata de expresar el deseo *consciente* de la nación, es también el partido de una minoría que pretende sólo convertirse en mayoría. En sus aspiraciones y en su programa político no busca reflejar el deseo de la mayoría de la nación, sino al contrario, encarnar exclusivamente la voluntad consciente del proletariado. E incluso dentro de esta clase la Social Democracia no es y no reclama ser la personificación de la voluntad de la mayoría. Expresa únicamente la voluntad y la consciencia del sector más avanzado y revolucionario del proletariado urbano industrial. Trata de propagar esta voluntad y clarificar el camino para la mayoría de los trabajadores, haciéndoles conscientes de sus propios intereses. "La voluntad de la nación", o de su mayoría, no es ningún ídolo para la Social Democracia, ante el cual se postre humildemente. Por el contrario, su misión histórica consiste sobre todo en revolucionar y en formar la voluntad de la "nación", es decir, de la mayoría obrera. Porque las formas tradicionales de consciencia que la mayoría de la nación, y por tanto de la clase trabajadora, manifiesta en la sociedad burguesa, son las formas habituales de la consciencia burguesa, hostil a los ideales y a las aspiraciones del socialismo. Incluso en Alemania, donde la Social Democracia es el partido político más poderoso, es todavía hoy, con sus tres millones doscientos cincuenta mil votantes, una minoría si se la compara con los ocho millones de personas que votan a los partidos burgueses y con los treinta millones que tienen derecho al voto. Las estadísticas sobre los electores parlamentarios ofrecen tan sólo una idea aproximada de la correlación de fuerzas que existe en tiempos de paz. Así pues, la nación alemana se "autodetermina" eligiendo a una mayoría de conservadores, clérigos, librepensadores, y poniendo su destino político en sus manos. Y lo mismo está ocurriendo, todavía en mayor medida, en todos los demás países.

[...] El POSDR deja la solución de la cuestión polaca en manos de la "nación" polaca. Los socialdemócratas polacos deberían intentar

con todas sus fuerzas solucionarlo de acuerdo con los intereses y las aspiraciones del proletariado. Sin embargo, el partido del proletariado polaco está ligado organizativamente al partido de todo el Estado, es decir, la SDKPiL es una parte del POSDR. Por lo tanto, la socialdemocracia de toda Rusia, unida tanto en ideas como tácticamente, mantiene dos posiciones diferentes. Como un todo está a favor de las "naciones"; en sus partes constitutivas está a favor del proletariado de cada nación. Pero estas posiciones pueden ser muy diferentes e incluso completamente opuestas. El agudizado antagonismo de clases existente en toda Rusia convierte en norma general el hecho de que ante la cuestión nacional, y ante cuestiones de política interna, los partidos obreros adopten posiciones completamente diferentes de las sustentadas por la burguesía y por la pequeña-burguesía de cada una de las nacionalidades. ¿Qué actitud deberá, pues, adoptar el Partido en Rusia, en caso de que una coalición similar se presente? [...]

Tendrá dos alternativas. El "derecho de las naciones a la autodeterminación" podría ser en esencia idéntico a la solución que el proletariado de cada nacionalidad aporte a la cuestión nacional –es decir, idéntico al programa de los partidos socialdemócratas de las nacionalidades afectadas por el programa–, en cuyo caso la fórmula del "derecho de las naciones" en el programa del partido socialdemócrata de toda Rusia es sólo una paráfrasis mistificadora de la posición de clase; o bien el proletariado ruso como tal reconoce y respeta tan sólo la voluntad de las *mayorías* nacionales en las nacionalidades sometidas al yugo ruso, aunque el proletariado de esas "naciones" resultara estar en contra de esta mayoría y presentara su propio programa de clase. En cuyo caso topamos con un dualismo político muy especial: expresa dramáticamente la discordia entre las posiciones "nacionales" y las posiciones "de clase"; y pone de manifiesto el conflicto entre la posición del partido obrero federal y la de los partidos de cada nacionalidad concreta que lo integran. [...]

La nación-estado y el proletariado

[...] La política nacional del proletariado choca frontalmente con la de la burguesía, hasta el punto de que, en esencia, es puramente defensiva, nunca ofensiva; depende de la armonía de intereses de todas las nacionalidades, no de la conquista y subyugación de una por la otra. El proletariado consciente de cada país necesita, para su propio desarro-

llo, de la existencia pacífica y del desarrollo cultural de su propia nacionalidad, pero no necesita en absoluto que su nacionalidad domine sobre otras. Por tanto, y considerando el asunto desde esta perspectiva, la "nación"-*estado* como aparato de dominación y conquista de otras nacionalidades, si bien es indispensable para la burguesía, no tiene sentido alguno para los intereses de clase del proletariado.

Así pues, de las "tres raíces de la moderna idea nacional" que Kautsky enumera, solamente las dos últimas tienen importancia para la clase proletaria: la organización democrática y la educación de las masas. Es vital para la clase trabajadora, y una condición para su madurez política y espiritual, poder utilizar libremente su propia lengua nativa y el desarrollo libre y sin trabas de la cultura nacional (enseñanza, literatura, arte) y la normal educación de las masas sin el agobio de la presión de los nacionalistas, en la medida en que todo ello pueda ser "normal" en el sistema burgués. Es indispensable que la clase trabajadora pueda disfrutar de los mismos derechos nacionales que el resto de nacionalidades dentro del mismo estado. La discriminación política de una nacionalidad concreta es el arma más fuerte con que cuenta la burguesía, siempre dispuesta a enmascarar los conflictos de clase y a mistificar a su propio proletariado.

Los abogados de la "mejor" condición social (los nacionalistas polacos) dicen al respecto que cualquiera que sea la situación, la garantía más segura del desarrollo cultural y de los derechos de cada nacionalidad es precisamente la independencia del estado, su propia nación-estado y que, por tanto, la nación-estado es también, finalmente, un interés de clase indispensable para el proletariado. Apenas nos interesa determinar lo que es o sería lo "mejor" para el proletariado. Tales observaciones no tienen ningún valor práctico. Además, desde el momento en que el tema de "lo que sería mejor" desde el punto de vista del proletariado se aborda de forma abstracta, deberíamos concluir que "la mejor" cura para la opresión nacional, como para cualquier tipo de desórdenes de naturaleza social es, indudablemente, el sistema capitalista. Un argumento utópico nos conducirá siempre a una solución utópica, dando un salto al "estado del futuro", mientras que en realidad el problema debe solucionarse en el marco de la realidad burguesa existente.

Además, *metodológicamente*, el razonamiento anterior contiene otro error histórico. El argumento de que una nación-estado independiente es, a pesar de todo, la mejor garantía para la existencia y el desarrollo nacionales, implica estar operando con una concepción total-

mente *abstracta* de la nación-estado, ya que la nación-estado, considerada exclusivamente desde una perspectiva nacionalista, como la encarnación y la promesa de la libertad y la independencia, es simplemente un residuo de la ideología decadente de la pequeña burguesía alemana, italiana, húngara y de toda Centro-Europa en la primera mitad del siglo XIX. Es una frase sacada de las reliquias de la desintegración del liberalismo burgués.

[...] Si la independencia política de la nación-estado, por ejemplo, es necesaria para el capitalismo y los intereses de clase de la burguesía, en la medida en que es un arma de dominación y conquista, la clase obrera, por el contrario, está interesada en el contenido *cultural* y *democrático* del nacionalismo, es decir, está interesada en este sistema político en la medida en que asegure el libre desarrollo de la cultura y la democracia en la vida nacional por medios defensivos, no de conquista, y dentro de un espíritu de solidaridad y cooperación entre las diversas nacionalidades que pertenecen históricamente a un mismo estado burgués. La igualdad ante la ley de todas las nacionalidades y organizaciones políticas, la garantía de un desarrollo cultural nacional, son exigencias generales del programa del proletariado, un programa que es resultado lógico de su propia posición de clase, y que nada tiene que ver con el nacionalismo burgués. [...]

Centralización y autonomía

[...] La producción y el intercambio capitalistas se caracterizan por una considerable sensibilidad y elasticidad, por la capacidad y aun la inclinación al cambio constante en función de miles de influencias sociales que provocan constantes fluctuaciones en las condiciones del mercado y de la producción misma. Como resultado de estas fluctuaciones, la economía burguesa precisa un tipo de administración de los servicios públicos flexible y perceptiva que la burocracia centralizada —con su rigidez y su rutina— no está en condiciones de ofrecer. Por tanto, y como correctivo al centralismo del estado moderno, se desarrolla en la sociedad burguesa, junto a una legislación a cargo de grupos representativos, una tendencia natural hacia la autonomía local, que posibilita un mejor ajuste del aparato del estado a las necesidades sociales, puesto que la autonomía local tiene en cuenta las múltiples variaciones de las condiciones locales y consigue la influencia y la cooperación directas de la sociedad por medio de sus funciones públicas.

Pero hay otra circunstancia más importante que las deficiencias, inseparables del dominio de la burocracia, de las que se sirve la teoría del liberalismo burgués para explicar la necesidad de autonomía. La economía capitalista, desde el momento en que se da comienzo a la producción masiva en las fábricas, crea toda una serie de nuevas necesidades sociales que exigen imperiosamente su satisfacción.

[...] La acumulación de habitantes, el desarrollo de la economía y los transportes municipales, convierten la ciudad en un pequeño organismo independiente; sus necesidades y funciones públicas son más numerosas y variadas que las de la ciudad medieval, que con su producción artesanal era casi completamente independiente en lo político y en lo económico.

La creación de diferentes estados y de nuevas áreas urbanas constituye la infraestructura de los nuevos gobiernos municipales, producto de las nuevas necesidades sociales. Es necesario un gobierno municipal o provincial en orden a satisfacer las necesidades específicas de estos organismos sociales en los que el capitalismo, siguiendo el principio económico de los intereses contrarios de la ciudad y el campo, ha transformado la ciudad por una parte y el mundo rural por otra. Dentro del marco de la especial conexión capitalista entre la industria y la agricultura, es decir, entre la ciudad y el campo, dentro del marco de la estrecha dependencia mutua de su producción e intercambio, los millares de vínculos que ligan los intereses cotidianos de la población de las grandes ciudades con la existencia de la población de los pueblos vecinos llevan de forma natural a la autonomía provincial, (como ocurre en Francia), departamental, cantonal o comunal. La moderna autonomía no es, bajo todas estas formas, ni mucho menos la abolición del centralismo del estado, sino su complemento; juntos constituyen la forma característica del estado burgués.

Junto a la unificación política, la soberanía del estado, la legislación uniforme y el gobierno del estado centralizado, la autonomía local se convirtió en todos estos países en una de las alternativas políticas fundamentales tanto de los liberales como de la democracia burguesa. La autonomía local, que tiene su origen en el actual sistema burgués, tal como hemos dicho, no tiene nada en común con el federalismo o el particularismo heredados del pasado medieval. Es incluso todo lo contrario. Mientras que el federalismo o el particularismo medieval constituye una separación de funciones políticas del estado, la autonomía moderna es solamente una adaptación de las funciones del estado centralizado a las necesidades locales y la participación en ellas del pueblo.

Así que, mientras el particularismo comunal o el federalismo, según el ideal de Bakunin, constituyen un plan para dividir el territorio de un gran estado en pequeñas áreas parcial o completamente independientes unas de otras, la actual autonomía sólo es una forma de democratización de un gran estado centralizado. La ilustración más clara de este punto es la historia de la moderna autonomía, que ha crecido en el seno de los más importantes estados modernos, sobre las cenizas de los antiguos particularismos y en completa oposición a éstos.

[...] La autonomía local –provincial, municipal y comunal– no acaba en absoluto con el centralismo administrativo; la autonomía afecta solamente a los asuntos locales, mientras que la administración del estado como un todo queda en manos de la autoridad central que, incluso en estados democráticos como Suiza, muestra una tendencia constante a ampliar sus competencias.

Un rasgo característico de la moderna administración opuesto al particularismo medieval es precisamente la estricta supervisión por parte de las instituciones centrales y la subordinación de la administración local a la dirección uniforme y al control de las autoridades del Estado. Una ilustración típica de esto es la dependencia que los funcionarios autónomos actuales tienen en Inglaterra con respecto a los departamentos centrales, e incluso la creación por encima de ellos de un Cuerpo de Administración Local que elimina la auténtica descentralización administrativa representada por el antiguo sistema en el que, es preciso recordarlo, los omnipotentes jueces de paz eran completamente independientes del gobierno central. De la misma forma, el reciente desarrollo de la autonomía en Francia allana una vez más el camino a la democratización, a la par que, gradualmente, elimina la independencia de las prefecturas frente a los ministerios centrales, sistema que había caracterizado al gobierno del Segundo Imperio.

El anterior fenómeno también se corresponde completamente con la dirección general del desarrollo político. Un gobierno central fuerte es una institución característica no solamente de la época del absolutismo en los inicios del desarrollo burgués, sino también de la sociedad burguesa misma en el punto de su máximo apogeo, de su florecimiento y de su declive. Una política exterior más amplia –comercial, agresiva, colonial– se convierte en el eje de la vida del capitalismo, tanto más cuanto más nos adentramos en el periodo de la política imperialista "global", que es una fase normal del desarrollo de la economía burguesa, y cuanto más precisa el capitalismo de una autoridad fuerte, un gobierno central poderoso que concentre en sus manos todos los re-

cursos del estado para la protección de sus intereses en el exterior. Por tanto, la moderna autonomía, aun en los casos de más amplia aplicación, topa con murallas insuperables en todos aquellos atributos del poder relacionados con la política exterior del estado.

Por otra parte, la misma autonomía tiende barreras a la centralización legislativa, porque sin algunas competencias en materia de legislación no es posible ni tan siquiera la autonomía local más limitada. El poder de dictar, dentro de un cierto ámbito, y por propia iniciativa, una serie de leyes que afecten a la población en vez de limitarse a supervisar la aplicación de las leyes dictadas por el cuerpo legislativo central, constituye precisamente el núcleo del autogobierno en sentido democrático moderno; es la función básica de los consejos municipales y comunales, y también de los regímenes provinciales o los consejos departamentales. Solamente cuando estos últimos alcanzaron en Francia el derecho a decidir en última instancia sobre sus propios problemas en vez de someter sus opiniones como órganos consultivos, y sobre todo cuando consiguieron el derecho a recaudar su propio presupuesto, solamente entonces da comienzo verdaderamente la autonomía de los departamentos. [...]

La cuestión nacional y la autonomía

[...] Al igual que en Lituania, el único medio de solucionar la cuestión nacional en el Cáucaso en un sentido democrático, garantizando a todas las nacionalidades libertad de existencia cultural sin que ninguna de ellas domine a las demás y asegurando al mismo tiempo la necesidad de un desarrollo moderno, es prescindiendo de los límites etnográficos e introduciendo autogobiernos locales amplios –comunales, urbanos, de distrito y provinciales– sin un carácter nacional definido, es decir, sin privilegiar a ninguna nacionalidad. Solamente unos gobiernos autónomos de este tipo harán posible la unión de varias nacionalidades para cuidar en común de los intereses económicos y sociales locales y, por otra parte, para tener en cuenta de una forma natural las diferentes proporciones de las nacionalidades en cada condado y en cada comuna.

Los gobiernos autónomos comunales, de distrito y provinciales harán viable que cada nacionalidad, por medio de una decisión mayoritaria en los órganos de administración local, establezca sus escuelas y sus instituciones culturales en aquellos distritos o comunas en los que

posea una preponderancia numérica. Al mismo tiempo, una ley lingüística que abarque todo el territorio y que defienda los intereses de las minorías puede establecer una norma en virtud de la cual las minorías nacionales que reúnan un mínimo numérico puedan constituir la base para la creación obligatoria de escuelas en sus respectivas lenguas nacionales en la comuna, el distrito o la provincia; y que su lengua pueda establecerse en las instituciones locales públicas y administrativas, junto a la lengua de la nacionalidad preponderante (la lengua oficial). Una solución de este tipo sería viable, si es que alguna solución es posible dentro del marco del capitalismo, y dadas las condiciones históricas. Esta solución combinaría el principio general de autogobiernos locales con las medidas legislativas especiales que garantizasen el desarrollo cultural y la igualdad de derechos de las nacionalidades por medio de una estrecha cooperación entre ellas y no por su separación por medio de las barreras de la autonomía nacional. [...]

De: LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA*

[...] Del mismo *quidproquo* (malentendido) trágico no se sustrae la Socialdemocracia cuando para justificar su actitud en esta guerra invoca el derecho de las naciones a la autodeterminación. Es cierto: el socialismo concede a todo pueblo el derecho a la independencia y a la libertad, a disponer autónomamente sobre su propio destino. Sin embargo, es una verdadera burla al socialismo poner a los actuales estados capitalistas como expresión de ese derecho de las naciones a la autodeterminación. ¿En cuál de esos estados ha decidido la nación, hasta ahora, sobre las formas y condiciones de su existencia nacional, política o social?

Lo que significa la autodeterminación del pueblo alemán, lo que ésta quiere, es algo que ha sido defendido y anunciado por los demócratas de 1848, por los luchadores de vanguardia del proletariado alemán, Marx, Engels y Lasalle, Bebel y Liebknecht: *una sola gran repú-*

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Escritos Políticos*, citado, pp. 255-398. Publicado originalmente en Zürich, enero de 1916.

blica alemana. Por este ideal derramaron su sangre en las barricadas los luchadores de marzo en Viena y Berlín, para la realización de este programa querían Marx y Engels empujar a Prusia a una guerra contra el zarismo ruso. El primer requisito para el cumplimiento de este programa nacional era la liquidación de ese "cúmulo de putrefacción organizada" denominado monarquía habsburguesa y la supresión de la monarquía militar prusiana, así como de las dos docenas de monarquías enanas de Alemania. La derrota de la revolución alemana, la traición de la burguesía alemana a sus propios ideales democráticos condujeron al régimen bismarckiano y a su creación: la actual Gran Prusia con las veinte patrias bajo un casco puntiagudo que se llama Deutsche Reich. La Alemania actual ha sido construida sobre la tumba de la revolución de marzo, sobre las ruinas del derecho a la autodeterminación nacional del pueblo alemán. La guerra actual, que junto con la conservación de Turquía tiene como objetivo la conservación de la monarquía habsburguesa y el reforzamiento de la monarquía militar prusiana, representa un nuevo enterramiento de los caídos de marzo y del programa nacional de Alemania. Y es una verdadera broma diabólica de la historia que los socialdemócratas, que son los herederos de los patriotas alemanes de 1848, tomen en sus manos, en esta guerra, el estandarte del "derecho de las naciones a la autodeterminación". ¿O acaso es una expresión de la "autodeterminación de la nación francesa" la Tercera República con sus posesiones coloniales en cuatro continentes y las relativas atrocidades en dos? ¿O lo es el Imperio Británico con la India y el dominio sudafricano de un millón de blancos sobre cinco millones de población de color? ¿O lo es Turquía o el Imperio de los zares? Sólo en el caso de un político burgués, para el que las razas de dominadores representan la humanidad y las clases dominantes la nación, puede hablarse de "derecho a la autodeterminación nacional" en los estados coloniales. En el sentido socialista de este concepto no hay nación libre si su existencia estatal se basa en la esclavización de otros pueblos, pues también los pueblos coloniales cuentan como pueblos y como miembros del Estado. El socialismo internacional reconoce el derecho a constituir naciones libres, independientes e iguales, pero sólo él puede crear esas naciones, sólo él puede hacer realidad el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Al igual que todas las demás, esta consigna del socialismo no es una santificación de lo existente, sino una guía y un acicate para la política revolucionaria, transformadora y activa del proletariado. Mientras existan estados capitalistas y, en particular, mientras la política mundial imperialista determine y configu-

re la vida interna y externa de los estados, el derecho a la autodeterminación nacional no tendrá, tanto en la paz como en la guerra, ni lo más mínimo en común con su práctica.

Todavía más: en el *milieu* imperialista actual ya no pueden darse en general guerras nacionales de defensa, y toda política socialista que no tome en cuenta este determinante *milieu* histórico, que en medio del torbellino mundial se quiera dejar guiar sólo por el punto de vista aislado de un país, construye a priori sobre arena. [...]

De: LA REVOLUCIÓN RUSA*

[...] En el hecho de que la derrota militar se haya convertido en el derrumbe y en la ruina de Rusia los bolcheviques tienen una parte de culpa. Los bolcheviques han agravado en gran medida las dificultades objetivas que presentaba la situación como consecuencia de una consigna que ellos han situado en el primer plano de su política: el denominado derecho de las naciones a la autodeterminación o lo que realmente se escondía tras esta fórmula: la desmembración estatal de Rusia. La fórmula del derecho de las diferentes nacionalidades del Imperio ruso a determinar por su cuenta sus destinos "incluida la separación estatal de Rusia" proclamada una y otra vez con doctrinaria obstinación era un grito de guerra peculiar de Lenin y sus camaradas durante su oposición tanto contra el imperialismo de Miliukov como contra el de Kerenski, constituía el eje de su política interior después de la revolución de octubre y formaba toda la plataforma de los bolcheviques en Brest-Litovsk, la única arma con que contaban para oponerse a la posición de fuerza del imperialismo alemán.

En principio sorprende en la obstinación y la rígida consecuencia con que Lenin y sus camaradas se aferraron a esta consigna el hecho de que está en abierta contradicción tanto con su tan proclamado centralismo como con la actitud adoptada por ellos en relación con otros principios democráticos. Mientras que hacia la Asamblea constituyen-

---

* Reproducido de R.L., *Escritos políticos*, citado, pp. 551-593. Escrita en 1918 en la cárcel y publicada póstumamente en 1922.

te, el sufragio general, la libertad de prensa y de reunión, en síntesis, todo el aparato de las libertades democráticas fundamentales de las masas populares que en su conjunto constituyen el "derecho a la autodeterminación" de la misma Rusia, mostraban un frío desdén, trataban el derecho a la autodeterminación de las naciones como la joya de la política democrática en beneficio de la cual todos los puntos de vista prácticos de la crítica real debían ser silenciados. Mientras que no se habían sometido en lo más mínimo al pronunciamiento popular con respecto a la Asamblea constituyente rusa, un pronunciamiento popular basado en el sufragio más democrático del mundo y realizado en la plena libertad de una república popular, declarando simplemente nulos sus resultados en base a unas consideraciones críticas bantante triviales, en Brest defendieron la "determinación popular" de las naciones no rusas con respecto a su pertenencia estatal como el verdadero pináculo de toda libertad y democracia, como la auténtica quintaesencia de la voluntad popular y la instancia decisoria suprema de los destinos políticos de las naciones.

Esta contradicción tan flagrante es tanto más incomprensible cuanto que en el caso de las formas democráticas de la vida política de todo país, como lo veremos más adelante, se trata de hecho de las más valiosas e incluso indispensables bases de la política socialista, mientras que el famoso "derecho de las naciones a la autodeterminación" no pasa de ser vacua palabrería y embuste pequeño-burgués.

En realidad, ¿cuál es el sentido de este derecho? Pertenece al abc de la política socialista que el socialismo, al igual que contra todas las demás formas de opresión, lucha también contra la opresión de una nación por otra.

Si a pesar de todo esto políticos por lo demás tan sensatos y críticos como Lenin y Trotsky y sus amigos, que ante la fraseología utópica de toda especie como el desarme, la liga de las naciones, etc., no hacen sino encogerse irónicamente de hombros, hicieron en este caso concreto de una frase vacía de exactamente la misma categoría que las anteriores precisamente su caballo de batalla, la explicación hay que buscarla, nos parece, en una especie de política oportunista. Lenin y sus camaradas contaban obviamente con que no había ningún medio más seguro para vincular a la causa de la revolución socialista, a la causa del proletariado socialista, a las muchas nacionalidades alógenas del Imperio ruso que garantizarles en nombre de la revolución y del socialismo la más extrema e ilimitada libertad para disponer de sus destinos. Era esto una analogía con la política de los bolcheviques con res-

pecto a los campesinos, cuya hambre de tierra tenía que ser satisfecha por la consigna de ocupación directa de la tierra de la nobleza, lo que tenía que encadenarlos a la bandera de la revolución y al gobierno proletario. Pero desgraciadamente en ambos casos los cálculos han salido mal. Mientras que Lenin y sus camaradas esperaban evidentemente hacer en tanto que defensores de la libertad nacional, "hasta la separación estatal", de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, de los países bálticos, de los caucásicos, etc., otros tantos fieles aliados de la revolución rusa, el espectáculo al que hemos asistido ha sido el contrario: una detrás de otra, todas esas "naciones" utilizaron la libertad que se les acababa de regalar para declararse enemigos mortales de la revolución rusa y aliarse con el imperialismo alemán para llevar bajo su protección la bandera de la contrarrevolución incluso a la misma Rusia. El episodio de Ucrania en Brest, que significó un giro decisivo en aquellas negociaciones y en el conjunto de la situación política interior y exterior de los bolcheviques, es un ejemplo modélico de lo dicho. El comportamiento de Finlandia, Polonia, Lituania, de los países bálticos, de las naciones del Cáucaso muestra convincentemente que no estamos ante una excepción casual, sino que se trata de un fenómeno típico.

Es cierto que en cada uno de estos casos no son en realidad las "naciones" las que siguen esa política reaccionaria, sino solamente las clases burguesas y pequeño-burguesas, que hicieron, en la más encarnizada oposición con sus respectivas masas proletarias, del "derecho a la autodeterminación nacional" un instrumento de su política contrarrevolucionaria de clase. Pero –y con esto llegamos al punto clave de la cuestión– en ello estriba justamente el carácter utópico y pequeñoburgués de esa fraseología nacionalista: en la dura realidad de la sociedad de clase y sobre todo en una época de exasperación máxima de los antagonismos se convierte simplemente en un instrumento del dominio de clase de la burguesía. Los bolcheviques debieron aprender a costa de los mayores daños para ellos mismos y para la revolución que bajo la dominación del capitalismo no hay precisamente ninguna autodeterminación de la nación, que en una sociedad de clases cada clase de la nación se "autodetermina" de manera diferente y que para las clases burguesas la perspectiva de la libertad nacional cede absolutamente la primacía a la de la dominación de clase. La burguesía finlandesa y la pequeña burguesía ucraniana estaban completamente de acuerdo en preferir la dominación violenta alemana a la libertad nacional en el caso de que ésta llevase aparejado el peligro del "bolchevismo".

La esperanza de darles la vuelta a estas relaciones de clase reales

por medio de la "determinación popular", en torno a la cual se movía todo en Brest, y la confianza en que las masas populares revolucionarias diesen un voto mayoritario favorable a la unión con la revolución rusa era, si Lenin-Trotsky eran sinceros, de un optimismo inconcebible y en el caso de que no fuese sino un golpe de florete en el duelo con la política de fuerza alemana, era jugar peligrosamente con fuego. Incluso sin la ocupación militar alemana, en el caso de que en los países periféricos se hubiese llegado a la famosa "determinación popular", dada la mentalidad de la masa campesina y de vastos sectores de proletarios todavía indiferentes, la tendencia reaccionaria de la pequeñaburguesía y los mil métodos para influir en el voto a disposición de la burguesía, con toda probabilidad habría dado en todas partes un resultado que les habría proporcionado escasa alegría a los bolcheviques. En estas cuestiones de plebiscitos sobre la cuestión nacional puede admitirse como regla infalible que las clases dominantes o bien los impedirán allí donde no les convenga o bien allí donde se lleven a cabo sabrán influir sobre sus resultados haciendo uso de todo tipo de medios y de maniobras, lo que hace que sea imposible introducir ningún socialismo por caminos plebiscitarios.

El hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y las tendencias particularistas hayan sido lanzadas en medio de las luchas revolucionarias y que por la paz de Brest hayan pasado a ocupar un primer plano e incluso se hayan convertido en el santo y seña de la política socialista y proletaria ha introducido la mayor de las confusiones en las filas del socialismo y ha debilitado la posición del proletariado precisamente en los países periféricos. En Finlandia el proletariado socialista, mientras combatió como una parte de la cerrada falange revolucionaria de Rusia, disponía de un poder determinante; poseía la mayoría en la Asamblea, en el ejército, había reducido a la burguesía por completo a la impotencia y era el dueño de la situación del país. A comienzos de siglo, cuando todavía no se habían inventado las chifladuras del "nacionalismo ucraniano", con el Karboventze y los "Universales", ni Lenin había hecho de la "Ucrania independiente" su caballo de batalla, la Ucrania rusa había sido el feudo del movimiento revolucionario ruso. De allí, de Rostov, de Odessa, de la región del Donets fluyeron los primeros ríos de lava de la revolución (ya hacia los años 1902-1904) que encendieron todo el Sur de Rusia en un mar de llamas preparatorio del levantamiento de 1905; lo mismo se repitió en la revolución actual, el proletariado del sur de Rusia ha sido la tropa de élite de la falange proletaria. Polonia y los países bálticos fueron, a

partir de 1905, los focos más poderosos y seguros de la revolución, en los que el proletariado socialista jugaba un papel predominante.

¿Cómo es posible que en todos estos países de pronto triunfe la contrarrevolución? El movimiento nacionalista, separando precisamente de Rusia al proletariado, lo paralizó y lo entregó a las burguesías nacionales de los países periféricos. En vez de buscar justamente en el espíritu de una auténtica política de clase internacional, que por lo demás defendían, la más compacta unión de las fuerzas revolucionarias de todo el territorio del Imperio, de defender con uñas y dientes la integridad del Imperio ruso en tanto que territorio revolucionario y de oponer a todas las aspiraciones separatistas nacionalistas la cohesión y la unión inseparable de los proletarios de todos los países en el interior de la revolución rusa en tanto que ley suprema de la política proletaria, los bolcheviques, por el contrario, con toda su tonante fraseología nacionalista del "derecho a la autodeterminación hasta la separación estatal" no hicieron sino proporcionar a la burguesía de los países periféricos el pretexto más vistoso, el más deseado, casi el estandarte de sus aspiraciones contrarrevolucionarias. En vez de prevenir a los proletarios de los países periféricos ante cualquier separatismo como de una trampa burguesa, lo que han hecho los bolcheviques es introducir con su consigna la confusión entre las masas de todos los países periféricos y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas. Con esa exigencia del nacionalismo lo que han hecho es preparar ellos mismos la ruina de Rusia, provocarla y poner así en manos de sus propios enemigos el cuchillo que éstos tenían que clavar en el corazón de la revolución rusa.

Es cierto que sin la ayuda del imperialismo alemán, sin los "fusiles alemanes empuñados por alemanes" como escribió la *Neue Zeit* de Kautsky, ni los Lubinsky y los demás canallas de Ucrania, ni los Erichs y los Mannerheim de Finlandia, ni los barones bálticos habrían podido nunca con las masas proletarias socialistas de sus países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya en el que los "compañeros" alemanes, empuñando sus fusiles, fueron introducidos en todos esos países. Los antagonismos de clase reales y las relaciones militares de poder condujeron a la intervención alemana. Pero los bolcheviques habían proporcionado la ideología que sirvió para enmascarar esa cruzada contrarrevolucionaria; ellos debilitaron la posición del proletariado y reforzaron la de la burguesía. La mejor prueba de esto es Ucrania, que tan nefasto papel había de jugar en los destinos de Rusia. El nacionalismo ucraniano era en Rusia de un tipo completamente diferente al checo, al polaco o al finlandés, por ejemplo; no era más que una

estupidez, una extravagancia de un par de docenas de intelectuales pequeño-burgueses sin las más mínimas raíces en la realidad económica, política o espiritual del país, sin la más mínima tradición histórica, ya que Ucrania nunca formó una nación o un Estado, sin la más mínima cultura nacional, con la excepción de los poemas romántico-reaccionarios de Chevtchenko. Es justo lo mismo que si un buen día la gente de la zona costera quisiese fundar sobre la base de Fritz Reuter una nueva nación y un nuevo Estado bajo-alemanes (*plattdeutsche*). Y esta ridícula pose de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue lo que Lenin y sus camaradas elevaron artificialmente con su doctrinaria agitación en torno al "derecho a la autodeterminación, etc.", a la categoría de factor político. A esa pose inicial le dieron importancia hasta que la pose demostró una sangrienta seriedad: no la de un movimiento nacional serio, para el que jamás han existido raíces, sino la de reclamo y la de banderín de enganche de la contrarrevolución. De ese bluff salieron en Brest las bayonetas alemanas.

Este género de fraseología ha tenido a veces en la historia de las luchas de clases una importancia muy real. El sino fatal del socialismo ha querido que en el curso de esta guerra mundial haya sido utilizado para proporcionar pretextos ideológicos a la política contrarrevolucionaria. La Socialdemocracia alemana se apresuró nada más estallar la guerra a decorar la expedición de rapiña del imperialismo alemán con un membrete ideológico sacado del cuarto trastero del marxismo al declarar que se identificaba con la expedición liberadora contra el zarismo ruso que habían esperado nuestros viejos maestros. A los antípodas de los socialistas gubernamentales, a los bolcheviques, les estaba reservado, con su fraseología en torno a la autodeterminación de las naciones, llevar agua al molino de la contrarrevolución, proporcionando así una ideología apta no sólo para el sofocamiento de la revolución rusa misma, sino para la liquidación contrarevolucionaria planificada de toda la guerra mundial. Tenemos buenos motivos para examinar en esta perspectiva muy a fondo la política de los bolcheviques. El "derecho de las naciones a la autodeterminación" junto con la Sociedad de Naciones y el desarme por la gracia de Wilson van a ser el grito de guerra del inminente enfrentamiento entre el socialismo internacional y el mundo burgués. Está completamente claro que la fraseología de la autodeterminación y todo el movimiento nacional, que constituyen en la actualidad el más grave peligro para el socialismo internacional, han salido precisamente a causa de la revolución rusa y del tratado de Brest extraordinariamente reforzados. Más adelante nos ocupare-

mos con más detenimiento de esta plataforma. La suerte trágica de esta fraseología en la revolución rusa, al haberse dejado coger los bolcheviques entre sus espinas hasta sangrar por su causa, ha de servir de advertencia para el proletariado internacional.

La consecuencia de todo esto ha sido la dictadura alemana. ¡De la paz de Brest al "tratado anexo"! Las 200 víctimas expiatorias de Moscú. Esta situación ha engendrado el terror y el sofocamiento de la democracia. [...]

De: LA GUERRA, LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA REVOLUCIÓN*

[...] La idea de la lucha de clases capitula ante la idea nacional. Parece como si la armonía de las clases en cada nación sea la premisa y el complemento de la armonía entre las naciones que ha de salir de la guerra con la "Sociedad de Naciones". Por el momento pinta nacionalismo. Por todas partes naciones y nacioncitas proclaman sus derechos a la constitución de un Estado. Cadáveres putrefactos surgen de tumbas centenarias, llenos de una nueva vida, y pueblos "sin historia" que nunca habían constituido un Estado independiente sienten la imperiosa necesidad de erigir su Estado. Polacos, ucranianos, rusos blancos, checos, yugoslavos, diez nuevas naciones en el Cáucaso... los sionistas construyen ya su ghetto de Palestina, de momento en Filadelfia..., en el Blockberg nacionalista es hoy la noche de los Walpurgis.

Lleva una escoba, lleva un bastón
Nunca volará quien hoy no voló.

Pero el nacionalismo sólo es una fórmula. El núcleo, el contenido histórico que se esconde detrás de ella es tan variado y ramificado como vacía y estrecha es la fórmula de la "autodeterminación nacional" detrás de la que se oculta.

---

* De: "Fragmento sobre la guerra, la cuestión nacional y la revolución" (1918). Reproducido de R.L., *Escritos Políticos*, citado, pp. 551-593. Publicada póstumamente en 1928.

Como en todo gran periodo revolucionario es ahora cuando se pasan las más diversas facturas, viejas y nuevas, cuando se ajustan cuentas de todos los conflictos: en una mezcla polícroma de restos anticuados del pasado con las más actuales cuestiones del presente y con problemas del futuro que apenas han visto la luz. El hundimiento de Austria y de Turquía es la última liquidación todavía del medioevo feudal, una adición al trabajo de Napoleón. En relación, sin embargo, con el hundimiento y con la reducción de Alemania, es la bancarrota del imperialismo más joven y más potente y de sus planes de dominación mundial forjados durante la guerra. Al mismo tiempo representa sólo la bancarrota de un método especial de dominación imperialista: el método de la reacción del este del Elba y de la dictadura militar, del estado de sitio y de los métodos de exterminio; es el hundimiento de la estrategia Trotha, transferida de los hereros del desierto de Kalahari a Europa. El hundimiento de Rusia, desde un punto de vista exterior y formal, fijándonos en sus resultados, la formación de nuevos estados nacionales pequeños, y análogamente los hundimientos de Austria y de Turquía, entrañan un problema opuesto: por una parte, capitulación de la política proletaria a escala nacional ante el imperialismo, por otra, contrarrevolución capitalista frente a la toma del poder por el proletariado.

Un K(autsky), en su esquematismo pedante, de maestro de escuela, ve en esto el triunfo de la "democracia", de la cual el Estado nacional no sería sino simple accesorio y forma de manifestarse. El vacuo formalista pequeño-burgués se olvida, naturalmente, de mirar en el núcleo histórico interno, se olvida, en tanto que experimentado guardián del templo del materialismo histórico, de que "Estado nacional" y "nacionalismo" son en sí cáscaras vacías en las que cada época histórica y las relaciones de clase de cada país vierten su contenido material peculiar. En los años setenta, los "Estados nacionales" alemán e italiano eran la consigna y el programa del Estado burgués, del dominio de la burguesía, cuya lucha apuntaba contra el pasado feudal-medieval, el Estado patriarcal-burocrático y el fraccionamiento de la vida económica. En Polonia, el "Estado nacional" era la consigna tradicional de la oposición aristocrático-agraria y pequeño-burguesa enfrentada al moderno desarrollo capitalista, una consigna que apuntaba precisamente a los fenómenos modernos de la vida: tanto contra el liberalismo burgués como contra su antípoda, el movimiento obrero socialista. En el Balcán, en Bulgaria, Serbia y Rumanía, el nacionalismo, cuya tremenda erupción marcó las dos sangrientas guerras balcánicas como prelu-

dios de la guerra mundial, era por una parte la expresión del desarrollo capitalista ascendente y del dominio de clase burgués en todos esos países, expresión de los intereses contradictorios, tanto de esas burguesías entre sí, como de los que estaban en juego en el choque de sus tendencias de desarrollo contra el imperialismo austríaco. Pero al mismo tiempo, el nacionalismo en esos estados, aun cuando en su esencia no sea sino expresión de un capitalismo muy joven, todavía en germen, estaba y sigue estando envuelto en toda la atmósfera general de las tendencias imperialistas. En Italia el nacionalismo ya no es, por sus cuatro costados, más que estandarte, con exclusividad, de apetitos puramente imperialistas-colonialistas. Este nacionalismo de la guerra de Trípoli y de las apetencias albanesas se parece tan poco al nacionalismo italiano de los años cincuenta y sesenta como el Sr. Sonnino a Giuseppe Garibaldi.

En la Ucrania rusa el nacionalismo no fue hasta la revolución de octubre de 1917 en Petersburgo nada, una insignificancia, una pompa de jabón, una humorada de unas cuantas docenas de profesores y abogados que, por lo demás, en su mayoría ni sabían hablar ucraniano. Después de la revolución bolchevique, se ha convertido en la expresión de un interés muy real de la contrarrevolución pequeño-burguesa, que apunta contra la clase obrera socialista. En India el nacionalismo es la expresión de la burguesía indígena ascendente que aspira a explotar autónomamente el país por su cuenta en vez de servir sólo de objeto de la expoliación del capital inglés. Este nacionalismo, por consiguiente, corresponde por su contenido social y por el nivel histórico en que se halla a las luchas de emancipación de los Estados Unidos de América a comienzos del siglo XVIII.

Vemos, pues, que el nacionalismo refleja todo tipo de intereses, matices y situaciones históricas imaginables. Es un arco iris. Es nada y lo es todo; no es sino la cáscara ideológica; todo depende de cuál sea el núcleo determinante.

La momentánea explosión mundial general del nacionalismo esconde pues en su interior la más polícroma confusión de intereses especiales y tendencias diversas. Pero a través de todos estos intereses especiales corre marcando la orientación el hilo rojo de un interés general engendrado por la peculiar situación histórica que atravesamos: el interés común enfrentado a la amenazante revolución mundial proletaria.

[...] Estos sentimientos son hoy la esencia última de los delirios nacionalistas en los que aparentemente se ha sumido el mundo capita-

lista; son el contenido histórico objetivo al que se reduce en realidad el muestrario multicolor de los sedicentes nacionalismos. En todas las pequeñas jóvenes burguesías que aspiran ahora a una existencia independiente alienta no sólo el deseo de alcanzar un dominio de clase sin trabas ni tutelas sino también el de hacerse con la delicia, de la que durante tanto tiempo se han visto privadas, de estrangular con sus propias manos al enemigo mortal, el proletariado revolucionario, función ésta que hasta ahora habían tenido que confiar al tosco aparato estatal de la dominación extranjera. El odio, como el amor, sólo de mala gana se pone en manos de terceros. Las orgías de sangre de Mannerheim, el Gallifet finlandés, muestran hasta qué punto el odio acumulado en la incandescencia del último año anida en el corazón de todas estas "pequeñas naciones" y cómo todos los polacos, lituanos, rumanos, ucranianos, checos, croatas, etc., no esperan sino la posibilidad de destripar de una vez ellos mismos, con medios "nacionales", al proletariado revolucionario.

En todas estas "jóvenes" naciones que como si fueran blancos e inocentes corderillos retozan en la pradera de la historia mundial, brilla ya la terrible mirada del feroz tigre que espera al primer amago de "bolchevismo" para proceder a un "ajuste de cuentas". Detrás de todos los idílicos banquetes y de las fervorosas fiestas de confraternización que se celebran en Viena, en Praga, en Agram, en Varsovia, se abren ya las fosas a cielo abierto de Mannerheim que los guardias rojos mismos tuvieron que cavarse, se perfilan como sombras confusas las horcas de Jarkov, a cuya elección los Lubinsky y los Holubovitch invitaron a los "libertadores" alemanes en Ucrania.

Y la misma idea de base domina todo el programa democrático de paz de Wilson. La "Sociedad de Naciones" en la atmósfera de embriaguez por la victoria que reina en el imperialismo anglo-americano y en la atmósfera que ha creado para terror de la escena mundial el espectro del bolchevismo, sólo puede ser una cosa: una alianza burguesa mundial para la represión del proletariado. La primera víctima todavía humeante que el sumo sacerdote Wilson llevará ante sus augures del Arca de la alianza de la "Sociedad de Naciones" será la Rusia bolchevique sobre la que se lanzarán las "naciones autodeterminadas" todas juntas, vencedoras y vencidas. [...]

V. Cuestiones de organización

El tema de la organización y, en general, el del papel del partido político y de los sindicatos, aparece con mucha frecuencia en los escritos de Rosa Luxemburg, a veces de forma específica, otras más velada e indirecta, en el contexto de sus polémicas contra el reformismo o contra el socialpatriotismo, y constituye uno de los puntos centrales de sus controversias con la socialdemocracia alemana y con los bolcheviques. El postulado luxemburguiano básico se guió siempre por aquella afirmación de que "la emancipación del proletariado debe ser obra del proletariado mismo", afirmación del Manifiesto Comunista *que recoge en muchos de sus escritos. Pero a partir de ese hilo conductor, a partir de ese postulado básico, Rosa Luxemburg pondría alternativamente el acento ora en la necesidad del protagonismo de las masas (sin usurpaciones ni representaciones falseadoras), ora en la necesidad de una organización fuerte y eficaz (que fuera siempre* por delante *de las masas), y ello en función del contexto, del adversario político o del fin didáctico perseguido. Y si bien es cierto que fue una incansable crítica del "ultracentralismo", la acusación de "espontaneísmo" que a veces va asociada a su nombre no es ni mucho menos afortunada, por cuanto que olvida el hecho histórico de que Rosa Luxemburg fue fundadora y principal creadora de por lo menos tres importantes partidos o núcleos organizados (la SDKPiL, la Liga Espartaquista, y el Partido Comunista alemán), de acuerdo con su concepción del papel del partido*

como guía político, *pero al mismo tiempo como "voluntad concentrada de los individuos y grupos representativos de los más conscientes y avanzados militantes y secciones de la clase obrera".*

Aquí cabría destacar una particular evolución en el tratamiento del tema organizativo por parte de Rosa Luxemburg. La primera revolución rusa de 1905 causó un impacto a todas luces decisivo en ella, e influiría en la propia maduración de su pensamiento. Durante mucho tiempo el debate político entre sindicalistas y socialdemócratas en torno a la organización (y a la estrategia y táctica del movimiento obrero, evidentemente) había enfrentado a los partidarios de una acción directa aunque minoritaria, con los defensores de una acción de masas organizada, esencialmente pacífica (parlamentaria y sindical), es decir, entre la huelga general de tinte anarquista y el electoralismo socialdemócrata. Pero tras los acontecimientos revolucionarios de Rusia, Rosa intenta en su Huelga de masas... *demostrar que ese dualismo podía superarse: la acción directa y espontánea de las masas en un proceso revolucionario era precisamente la premisa fundamental en que debe basarse toda organización, organización que surge* de la acción, *y que haciéndola avanzar, propagándola y guiándola, posibilita la articulación entre la acción revolucionaria y la acción gradualista.*

Existe, pues, en ella un vínculo necesario entre el elemento espontáneo y el elemento consciente, que debe derivar en una especie de "autocentralismo" opuesto por igual al federalismo y a la omnipotencia de un poder central, tanto al blanquismo (concebido como secta ultracentralizada) como al oportunismo siempre conservador en cuestiones organizativas.

Ante la lectura de los textos que se han seleccionado, convendría no olvidar un factor determinante: Rosa Luxemburg fue uno de los primeros pensadores marxistas en plantear críticamente el problema de la organización en relación con un movimiento de masas, *tomando como punto de referencia el capitalismo avanzado (Alemania). Sus polémicas con los oportunistas o con el mismo Lenin están pensadas desde y para el proletariado y la socialdemocracia* alemanes *(occidentales en general), y bajo esta óptica sus textos tienen todavía hoy una importancia fundamental, porque ya contienen una crítica feroz a las desviaciones que luego serían tan habituales en el movimiento comunista posterior: por un lado el peligro de un poder centralizado y burocratizado que se sitúe* por encima de, *y gobierne* en nombre de *las masas (época estalinista) y por otro el centralismo de tipo reformista, más preocupado por mantener a raya a las bases en el marco de una*

política general conservadora que por dotarlas de un conciencia revolucionaria (tradición de la II Internacional y de las socialdemocracias posteriores a la guerra), con el consiguiente abandono por ambas tendencias de toda una tradición revolucionaria.

Una de las cosas que más ha sorprendido siempre a sus biógrafos y críticos es el hecho de que, a pesar de su extrema lucidez, a pesar de que Rosa Luxemburg fuera profundamente consciente, ya desde 1906, de la pérdida del carácter revolucionario de las socialdemocracias europeas y de la Internacional, no fuese lo suficientemente coherente como para plantear la necesidad de crear una nueva organización independiente, y que cuando lo hizo (en diciembre de 1918) en plena revolución alemana, fuera ya demasiado tarde. Este reproche, que indudablemente apunta justificadamente a una cuestión que está todavía por zanjar, evidencia, una vez más, una visión demasiado unilateral del problema. Para situarlo correctamente habría que tomar en consideración por lo menos tres factores importantes que explican, en parte, su permanencia en un partido que no sólo la tendría marginada y silenciada durante años, sino que dictaría incluso su sentencia de muerte.

El primero de esos factores se refiere a las concepciones luxemburguianas sobre la unidad, es decir, sobre la necesidad de mantenerse en contacto con las masas a toda costa, *a pesar de las dificultades. En este sentido escribe en 1911: "... la escisión de los marxistas (que no hay que confundir con divergencias de opinión) es desastrosa. Pero ahora que quieres abandonar el partido, intentaré con todas mis fuerzas impedírtelo.* [...] *Abandonar el partido significa abandonar el movimiento socialdemócrata. Y no tienes en absoluto derecho a ello, ¡nadie de nosotros lo tiene! No debemos quedarnos fuera de la organización, sin contacto con las masas. El peor de los partidos obreros vale más que no tener partido alguno"... (Carta a H. Rolland-Holst, agosto de 1911).*

El segundo factor importante a tener en cuenta es la falta de tradición por lo que se refiere a escisiones y divisiones en el seno de las socialdemocracias europeas, divisiones que pasaban entonces, sobre todo, por el antagonismo entre los partidos y los sindicatos, que a principios de siglo eran ya lo suficientemente fuertes como para dividir al movimiento obrero organizado.

El tercer dato se basa en la convicción de Rosa Luxemburg y de tantos otros marxistas, de que, cuando llegara la hora decisiva, las socialdemocracias y la Internacional sabrían reaccionar y reconducir al movimiento obrero oponiendo a la política reaccionaria burguesa y a

la guerra imperialista una resistencia revolucionaria. De esta profunda convicción da fe el terrible impacto, la incredulidad y el horror que sintieron todos ellos al confirmarse el respaldo que la socialdemocracia alemana había dado a la burguesía votando los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914, impacto que llevaría personalmente a Rosa Luxemburg casi al borde del suicidio.

Sólo a partir de esa fecha intenta recomponer los pedazos dispersos de la tradición revolucionaria y consecuentemente manifiesta su definitiva repugnancia por cualquier tipo de "compromiso": "Nuestra táctica en esta conferencia [de Zimmerwald] tiene que tender no a reagrupar bajo un mismo sombrero a toda la oposición [a la guerra], sino por el contrario, a ganarse dentro de ese conglomerado al pequeño núcleo capaz de actuar y que podamos agrupar en torno nuestro. Hay que mostrarse muy cautos por lo que respecta a los reagrupamientos organizativos, porque todas estas fusiones de "las izquierdas" no llevan a la larga, y yo tengo en eso una larga y amarga experiencia en el partido, más que a atar de pies y manos a aquellos pocos capaces de hacer "algo". No creo que tengamos que presentar nuestra plataforma de tal manera que se convierta en una combinación que guste a todo el mundo, en base a ir aceptando "lo que venga de la extrema izquierda" en forma de "mociones", "mejoras" y anexos y modificaciones para que de ahí salga una mercancía repugnante. Nuestra plataforma se toma o se deja, *es decir, se mantiene a toda costa incluso si es rechazada por la mayoría o por unanimidad. Los obreros seguirán sin duda las tomas de posición más radicales... y, de una forma general, los indecisos van siempre detrás de los más decididos. Si se quiere, pues, contar con las masas, hay que ser intransigente con esos "héroes" de la oposición. (Carta a Leo Jogiches, 8 de diciembre de 1915).*

Los textos primero y quinto que hemos seleccionado se enmarcan dentro de la lucha contra el reformismo y sus secuelas a nivel organizativo, en el seno de la socialdemocracia alemana. Los restantes, en cambio, se insertan dentro de la polémica con los bolcheviques en general y con Lenin en particular. Su obra Problemas de organización de la socialdemocracia rusa, *escrito en junio de 1904 en respuesta al libro de Lenin:* Un paso adelante, dos pasos atrás. La crisis en nuestro partido *(mayo de 1904) fue a su vez contestada por éste en* Un paso adelante dos pasos atrás. Una respuesta a Rosa Luxemburg *(septiembre de 1904). La revolución de 1905-1906 aplazaría la polémica y acercaría a ambos líderes personal y políticamente, y es en ese contexto de confluencia en que debe situarse* Blanquismo y socialdemocracia, *una crí-*

tica de Rosa Luxemburg a los mencheviques en defensa de las posturas leninistas.

La revolución rusa *vuelve a poner sobre el tapete las diferencias sustanciales, organizativas y tácticas, entre ambos revolucionarios, pero ahora el nivel es menos teórico y hace referencia a las realizaciones prácticas concretas. El último texto,* ¿Qué quiere la liga Espartaco? *sintetiza la alternativa organizativa luxemburguiana, frente a las "lecciones" aprendidas tanto durante su amarga experiencia en el seno de la socialdemocracia alemana, como de los hechos que en forma de noticia le habían llegado de Rusia desde la revolución de 1917. Estos puntos del programa espartaquista serían incorporados un mes más tarde al programa fundacional del Partido Comunista alemán y llevarían consecuentemente al recién fundado partido, y a Rosa Luxemburg, a unirse al estallido revolucionario de enero de 1919 donde encontrará la muerte.*

Inéditos en castellano son el artículo Blanquismo y socialdemocracia, Cuestiones tácticas *y la carta a Potresov.*

De: ESPERANZAS TRUNCADAS*

[...] Las palabras de Goethe acerca de la mayoría "odiosa", compuesta por unos cuantos antecesores, "por pícaros acomodaticios, por debilidades asimiladas y la masa que rueda, sin saber en lo más mínimo lo que quiere", con las cuales los escribanos burgueses pretenden herir a la masa *socialdemócrata,* no son otra cosa más que el esquema clásico de las "mayorías" en los partidos burgueses. Hasta la fecha, en todas las luchas de clases enarboladas en interés de las *minorías,* como Marx dijo, el desarrollo histórico ha transcurrido en contra de las masas populares. La falta de claridad de las masas sobre los objetivos verdaderos constituye el contenido material, los límites de la acción histórica y la condición misma de esta acción. Esta incomprensión fue también el terreno histórico específico del "liderazgo" por parte de la "burguesía ascendente", el cual correspondió a la "inercia" de las masas.

Pero, escribía Marx en 1845, "con la cimentación de la acción his-

* Reproducido de R.L., *Obras escogidas,* Ed. Era, México, 1978, pp. 181-186. Escrita en octubre de 1903 y originalmente publicada en *Die Neue Zeit,* 1903-1904, I, nº. 2.

tórica, habrá de crecer también el volumen de las masas, cuya acción la constituyen". La lucha de clases proletaria es la más "cimentada" de todas las acciones históricas. Comprende a todas las capas populares bajas y es la *primera* acción que corresponde a los intereses propios de la masa, desde la existencia de la sociedad de clases.

La visión *propia* de las masas en sus tareas y caminos es por tanto una condición ineluctable de la acción socialdemócrata, así como, antes, su falta de visión era la condición de las acciones de las clases dominantes.

Con esto queda superada la contradicción entre el "liderazgo" y la mayoría "rodante". La relación entre masas y líder queda volteada de cabeza. El único papel de los llamados "líderes" en la socialdemocracia, consiste en aclarar a las masas su tarea histórica. La imagen, la influencia del "líder" en la socialdemocracia crece sólo en relación a su capacidad de aclaración. Es decir, en relación a la destrucción del fundamento de los liderazgos que han imperado hasta la fecha, la ceguera de las masas. En relación, en una palabra, a la *exteriorización* de las masas en su propio liderazgo, en su propia conversión en líder, *promotora* e instrumento de la acción consciente de masas. La "dictadura" de un Bebel, es decir, su enorme presencia y su influencia, está sólo basada en su enorme obra de aclaración a las masas sobre su capacidad política. Y hoy cosecha los frutos de este trabajo. Las masas lo siguen entusiastamente, en tanto que, como en este momento, es el portavoz de su pensamiento y voluntad. Y si la conformación del liderazgo lúcida, consciente y pensante de las masas es y será un proceso dialéctico en la vinculación lassalliana de la ciencia con los trabajadores, debido al flujo permanente de elementos frescos de los círculos obreros y simpatizantes de otras capas, la *tendencia* dominante del movimiento socialdemócrata, es y será: la abolición del "líder" y las masas "dirigidas" en el sentido burgués, condición histórica de toda la dominación de clase. [...]

De: PROBLEMAS DE ORGANIZACIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA*.

[...] El problema al que se enfrenta desde hace algunos años la Socialdemocracia rusa es precisamente el del tránsito de un tipo de organización atomizada, basada en círculos y grupos locales completamente independientes, que correspondía a una fase del movimiento preparatoria y eminentemente propagandística, a la organización que se requiere para pasar a la acción política homogénea de masas a nivel de todo el estado. Pero como el rasgo más característico de la forma organizativa que hoy es ya intolerable, políticamente superada y arcaica, es la atomización y la autonomía plena, la soberanía de las organizaciones locales, la consigna de la nueva fase, de la obra de organización que se preparaba, pasó naturalmente a ser la del centralismo.

El énfasis en la idea centralista fue el leit-motiv de *Iskra* en su brillante campaña de tres años de duración de preparación del último congreso, que en realidad ha sido constituyente, y esa misma idea se ha adueñado de toda la joven guardia de la Socialdemocracia en Rusia. Sin embargo, muy pronto había de mostrarse, en el congreso y todavía más después de él, que el centralismo es una fórmula que ni de lejos agota el contenido histórico y la singularidad del tipo de organización socialdemócrata. Una vez más se ha puesto de manifiesto que la concepción marxista del socialismo no se puede fijar en fórmulas rígidas en ningún terreno ni tampoco en las cuestiones organizativas.

El libro que tenemos delante, cuyo autor es el camarada Lenin[1], uno de los dirigentes y militantes más destacados de *Iskra* en su campaña de preparación del congreso ruso, es la exposición sistemática de los puntos de vista de la corriente ultracentralista del partido ruso. La concepción que aquí se expresa de un modo insistente y exhaustivo es la de un centralismo sin concesiones cuyos principios rectores son, de un lado, la drástica diferenciación y separación de las tropas organizadas de revolucionarios activos y escogidos del medio desorganizado aunque revolucionario que les rodea y, de otro, la disciplina estricta y la intervención directa, decisiva y determinante de la autoridad

---

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Escritos políticos*, citado, pp. 523-549. Originalmente publicado en *Die Neue Zeit* el 10-6-1904 y en *Iskra*, 10-7-1904.

1. Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás. La crisis en nuestro partido*, en *Obras escogidas*, vol.1, pp. 277-473. Ed. Progreso, Moscú, 1970.

central en todas las actividades de las organizaciones locales del partido. Basta con observar que en esta concepción, por ejemplo, el comité central tiene atribuciones para organizar todos los comités del partido y por consiguiente también para determinar la composición personal de cualquier organización local rusa desde Ginebra hasta Lüttich y desde Tomsk hasta Irkutsk, darles un estatuto local ya hecho, disolverlas por decreto y crearlas de nuevo, y de este modo influir también indirectamente en la composición de la más alta instancia del partido, el congreso. Así el comité central aparece como el núcleo verdaderamente activo del partido y todas las demás organizaciones meramente como sus instrumentos ejecutivos.

Lenin ve en la combinación de un centralismo tan estricto en la organización con el movimiento de masas socialdemócrata precisamente un principio específico revolucionario-marxista y sabe aducir gran cantidad de hechos en favor de su concepción. Pero examinemos la cosa más de cerca.

No hay duda de que en la Socialdemocracia alienta en general una tendencia fuertemente centralista. Surgida del suelo económico de un capitalismo que tiende al centralismo y proyectada en su lucha al marco político del gran estado centralizado burgués, la Socialdemocracia está animada por una manifiesta hostilidad a todo el particularismo y a todo federalismo nacional. Llamada a defender frente a todo interés parcial y de grupo del proletariado en el marco de un estado dado los intereses generales del proletariado como clase, muestra en todas partes la tendencia natural a fundir todos los grupos nacionales, religiosos y profesionales de la clase obrera en un solo partido homogéneo haciendo sólo en condiciones excepcionales y anómalas, como es el caso de Austria, a la fuerza, excepción de este principio general a favor del principio federalista.

A este respecto no ha sido, ni lo es ahora, problema para la Socialdemocracia de Rusia que no ha de ser un conglomerado federativo de una multitud de organizaciones particulares nacionales y provinciales, sino un partido obrero compacto y unitario a nivel de todo el imperio ruso. Pero una cuestión completamente distinta es la del grado mayor o menor de centralización y la de su naturaleza real en el seno de una Socialdemocracia rusa unificada y unitaria.

Desde el punto de vista de las tareas formales de la Socialdemocracia en tanto que partido que combate, el centralismo en su organización aparece a priori como una condición de la que dependen en relación directa la capacidad de lucha y la energía del partido. Pero más

importante que el punto de vista de los requisitos formales de toda organización de combate es, a este respecto, el problema de las condiciones históricas específicas de la lucha proletaria.

El movimiento socialdemócrata es el primero en la historia de las sociedades de clases que, en todos sus elementos, en toda su evolución, está pensado para la organización y para la acción directa y autónoma de las masas.

En este sentido, la Socialdemocracia crea un tipo de organización completamente distinta a la de los movimientos socialistas anteriores; por ejemplo, el tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece infravalorar esto cuando en su libro dice que el revolucionario socialdemócrata no es en realidad más que "el jacobino indisolublemente ligado a la organización del proletariado consciente". Lenin ve en la organización y en la consciencia de clase del proletariado, a diferencia de la conspiración de una pequeña minoría, los dos elementos que diferencian exhaustivamente a la Socialdemocracia del blanquismo. Pero olvida que de este modo se produce una completa transmutación de los conceptos concernientes a la organización, que se le da un contenido completamente nuevo al concepto de centralismo y que se alumbra una concepción completamente nueva de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha.

El blanquismo no se planteaba la acción de clase directa de las masas obreras; por consiguiente, no precisaba de una organización de masas. Al contrario, como la amplia masa del pueblo sólo había de aparecer en la lucha en el momento de la revolución, consistiendo la acción preliminar en la preparación de un golpe de mano revolucionario por una pequeña minoría, la más estricta separación de las personas encargadas de esta acción con respecto a las masas populares era completamente necesaria para el éxito de su cometido. Pero esto era igualmente posible y realizable porque entre la actividad conspirativa de una organización blanquista y la vida cotidiana de las masas populares no existía ningún contacto íntimo.

Al mismo tiempo la táctica, así como los objetivos concretos de la acción, dado que se improvisaban a voluntad a partir de la inspiración y sin contacto con el terreno de la lucha de clases elemental, se formulaban por adelantado hasta los más mínimos detalles y tomaban la forma de un plan fijo y predeterminado. Por consiguiente, los miembros activos de la organización se transformaban en simples órganos de ejecución de una voluntad previamente determinada y exterior a su propio campo de actividad, en instrumentos de un comité central. De aquí

se derivaba también la segunda característica del centralismo conspirativo: la subordinación absoluta y ciega de los órganos singulares del partido a sus autoridades centrales y la ampliación de las atribuciones de poder decisorio de estas últimas hasta la más externa periferia de la organización del partido.

Las condiciones de la acción socialdemócrata son radicalmente distintas. La Socialdemocracia surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se mueve en su acción en la contradicción dialéctica de que el ejército proletario sólo se recluta en la lucha misma y sólo en la lucha se hace consciente de los objetivos de la misma. Organización, esclarecimiento y lucha no son momentos separados, mecánica y también temporalmente escindidos, como en un movimiento blanquista, sino sencillamente aspectos diferentes de un mismo proceso. Por una parte, no hay –a excepción de los principios generales de la lucha– ninguna táctica de lucha acabada y fijada con detalles por adelantado que les pueda ser inculcada a los militantes socialdemócratas por un comité central. Por otra parte, el proceso de lucha que da lugar a la organización determina un constante fluctuar de las esferas de influencia de la Socialdemocracia.

De esto se deriva que la centralización socialdemócrata no puede basarse en la obediencia ciega, no puede basarse en la subordinación mecánica de los luchadores del partido a un poder central y que, por otra parte, entre el núcleo de proletariado consciente ya organizado en el firme cuadro del partido y el sector que le rodea, afectado ya por la lucha de clases y en proceso de esclarecimiento en cuanto a su situación de clase, no puede levantarse jamás un muro de absoluta separación. El establecimiento de la centralización en la Socialdemocracia sobre estos dos principios –sobre la ciega subordinación de todas las organizaciones de partido hasta los más mínimos detalles de su actividad a un poder central que piensa, crea y decide por todos, así como sobre la drástica separación del núcleo organizado del partido del medio revolucionario que le rodea– tal como la defiende Lenin nos parece, por consiguiente, una trasposición mecánica de los principios de organización del movimiento blanquista de los círculos de conspiradores al movimiento socialdemócrata de las masas obreras. Lenin ha caracterizado su punto de vista quizá con más ingenio de lo que cualquiera de sus opositores podría haberlo hecho al definir al "socialdemócrata revolucionario" como "jacobino indisolublemente ligado a la organización de los obreros conscientes". Pero en realidad la Socialdemocracia no está ligada a la organización de la clase obrera, sino que ella

misma es el propio movimiento de la clase obrera. El centralismo socialdemócrata ha de ser, por tanto, de una naturaleza muy diferente al del blanquismo. No puede ser otra cosa sino la imperiosa concentración de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera frente a sus grupos e individuos singulares. Es, por así decirlo, el "autocentralismo" del estrato dirigente del proletariado, el reino de la mayoría en el seno de su propia organización de partido.

Ya del análisis de este contenido efectivo del centralismo socialdemócrata se desprende con claridad que en la Rusia actual no se reúnen del todo las condiciones indispensables para su aplicación, condiciones que son en particular: la existencia de un estrato considerable de proletarios ya educados en la lucha política y la posibilidad de dar expresión por el ejercicio directo de su influencia (en congresos públicos, en la prensa del partido, etc.) a su capacidad de decisión.

Esta última condición sólo puede cumplirse obviamente cuando exista libertad política en Rusia, pero la primera –la formación de una vanguardia consciente y clarividente del proletariado– está ahora en proceso de constitución y ha de considerarse como la finalidad principal del próximo trabajo tanto en el plano de la agitación como en el de la organización.

Es por ello sorprendente la absoluta seguridad opuesta de Lenin, para quien todas las condiciones preliminares para la construcción de un gran partido obrero extremadamente centralizado están ya dadas en Rusia. Y cuando exclama con optimismo que en la actualidad "necesitan de autoeducación en el espíritu de la organización y de la disciplina no ya el proletariado, sino algunos académicos de la Socialdemocracia rusa", cuando glorifica la importancia educativa de la fábrica para el proletariado, que le habitúa a la "disciplina y organización", Lenin delata una vez más una concepción excesivamente mecánica de la organización socialdemócrata. La "disciplina" en la que piensa Lenin no le es inculcada al proletariado en modo alguno únicamente por la fábrica, sino también por el cuartel y por la burocracia moderna: en una palabra, por todo el mecanismo del estado centralizado burgués. Se hace un mal uso de las palabras cuando bajo el mismo rótulo de "disciplina" se colocan dos nociones tan opuestas como la ausencia de pensamiento y de voluntad de un cuerpo de múltiples piernas y brazos que a un golpe de batuta ejecuta movimientos mecánicos y la coordinación voluntaria de las acciones políticas conscientes de una capa social. Son cosas muy distintas la obediencia de cadáver de una clase dominada y la rebelión organizada de una clase que se alza por su libera-

ción. No es partiendo de la disciplina que le impone el Estado capitalista –con la mera transferencia de la batuta de manos de la burguesía a un comité central socialdemócrata–, sino rompiendo y desarraigando ese espíritu de servil disciplina como podrá el proletariado ser educado para una nueva disciplina: la autodisciplina voluntaria de la Socialdemocracia.

Se sigue de la misma reflexión que el centralismo en sentido socialdemócrata no puede ser de ninguna manera un concepto absoluto susceptible de idéntica aplicación a cualquier fase del movimiento obrero. Antes bien ha de ser entendido como una tendencia cuya realización progresa equilibradamente con el esclarecimiento y la educación política de la masa obrera en el proceso de su lucha.

Es verdad que la ausencia de los más importantes presupuestos para la realización plena del centralismo en el movimiento ruso puede ser actualmente altamente perturbadora. Pero desde nuestro punto de vista es equivocado pensar que sea posible sustituir "provisionalmente" el dominio todavía irrealizable de la mayoría de los obreros conscientes en el seno de su organización de partido por un "poder absoluto delegado" de la instancia central del partido y reemplazar el control público de las masas obreras sobre la actividad de los órganos del partido por el control opuesto sobre la actividad del proletariado revolucionario ejercido por un comité central.

La misma historia del movimiento ruso ofrece muchas pruebas del dudoso valor del centralismo en este último sentido. La existencia de un poder central omnipotente con atribuciones de intervención y de control casi ilimitadas según el ideal de Lenin sería evidentemente absurda si limitase su poder solamente a la parte puramente técnica de la actividad socialdemócrata, a la administración de los medios exteriores y de los instrumentos de la agitación, el transporte de la literatura del partido y la distribución de los recursos agitativos y financieros. Una institución así tendría una finalidad política plausible sólo si consagrase su poder a la creación de una táctica de lucha unitaria, al desencadenamiento de una gran acción política en Rusia. ¿Pero qué nos muestran las vicisitudes por las que ha atravesado hasta ahora el movimiento en Rusia? Los cambios tácticos más importantes y fecundos de la última década no han sido producto de la "inventiva" de ningún dirigente del movimiento y menos aún de algún órgano de dirección; han sido siempre el producto espontáneo del movimiento mismo puesto en acción. Así ocurrió con la primera etapa del movimiento propiamente proletario ruso que se inauguró con el estallido elemental de la gigan-

tesca huelga de Petersburgo del año 1896 y que dio paso a la primera acción de masas de carácter económico del proletariado ruso. Igualmente, la segunda fase –la de las manifestaciones callejeras de carácter político– se abrió de forma totalmente espontánea por la agitación estudiantil de Petersburgo en marzo de 1901. El otro cambio importante de táctica, que abrió nuevos horizontes, fue la huelga de masas que se desencadenó "por sí misma" en Rostov del Don con su agitación callejera improvisada *ad hoc,* sus asambleas populares a cielo abierto, las alocuciones públicas, cosas éstas en las que ni el más osado de los revolucionarios socialdemócratas se habría atrevido a pensar ni en sueños sólo unos años antes. En todos estos casos al principio fue "la acción". La iniciativa y la dirección consciente de las organizaciones socialdemócratas jugaron un papel extraordinariamente reducido. Esto no se debió a la preparación deficiente de estas organizaciones especiales para cumplir su cometido –aun cuando esta circunstancia haya podido influir considerablemente– ni tampoco, desde luego, a la falta en aquellas ocasiones en la Socialdemocracia rusa de un poder central omnipotente como el que preconizan los planes trazados por Lenin. Al contrario, una instancia de este tipo muy probablemente no habría hecho sino aumentar la indecisión de los comités locales del partido y acentuar la separación entre las masas a la ofensiva y los socialdemócratas titubeantes. Este fenómeno –el escaso papel de la iniciativa consciente de las direcciones de los partidos en la conformación de la táctica– puede observarse también en Alemania y en todas partes. La táctica de lucha de la Socialdemocracia en sus rasgos principales no se "inventa"; es el resultado de una serie ininterrumpida de grandes actos creadores de la lucha de clases experimental y a menudo elemental. También aquí lo inconsciente precede a lo consciente, la lógica del proceso histórico objetivo va por delante de la lógica subjetiva de sus portadores. El papel de la dirección socialdemócrata tiene un carácter esencialmente conservador pues, como nos enseña la experiencia, tiende a explotar hasta sus últimas consecuencias todo nuevo terreno que se haya ganado en la lucha, convirtiéndolo de esta manera pronto en un bastión contra otras innovaciones de mayor alcance.

[...] Pero atribuyendo al centro dirigente del partido poderes casi absolutos de carácter negativo, como quiere Lenin, no se haría sino potenciar artificialmente, en una medida peligrosa, el conservadurismo que por su misma esencia se deriva necesariamente de toda dirección de partido. Si la táctica socialdemócrata es elaborada no por un comité central sino por todo el partido y, mejor aún, por todo el movimien-

to, es evidente que las organizaciones del partido precisan de esa libertad que es absolutamente necesaria para el pleno aprovechamiento de los medios para potenciar la lucha que ofrece cada situación, así como para el despliegue de la iniciativa revolucionaria. El ultracentralismo preconizado por Lenin no nos parece impregnado de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su atención se concentra en el control de la actividad del partido y no en su fecundación, en su restricción antes que en su despliegue, en el recelo y no en la puesta en marcha del movimiento.

Un experimento de este tipo parece doblemente temerario precisamente en el momento actual de la Socialdemocracia rusa. Se encuentra en vísperas de grandes luchas revolucionarias por el derrocamiento del absolutismo, ante o más bien en un periodo de la más intensiva y creadora actividad revolucionaria– de febriles e impetuosas ampliaciones y desplazamientos de sus esferas de influencia. Colocar precisamente en una época así trabas a la iniciativa del partido y querer rodear de alambradas su impetuosa capacidad de expansión sería tanto como imposibilitar *a priori* en gran parte a la Socialdemocracia para estar a la altura de las grandes tareas que la aguardan.

De las consideraciones generales sobre el contenido peculiar del centralismo socialdemócrata que hemos aducido no es posible, ciertamente, derivar aún la redacción concreta de los parágrafos del estatuto organizativo del partido ruso. Esa redacción está naturalmente subordinada en última instancia a las condiciones concretas en las que se desarrolle la actividad en el período de que se trate y no puede –dado que en realidad en Rusia se trata del primer intento de caminar hacia una gran organización de partido del proletariado– pretender *a priori* ser infalible, antes bien ha de superar primero la prueba de fuego de la vida práctica. Pero lo que sí se puede deducir de la concepción general de la organización socialdemócrata son los grandes trazos, es el espíritu de la organización, y ésta determina, en particular en los comienzos del movimiento de masas, fundamentalmente el carácter coordinador y unificador y no reglamentador y exclusivista del centralismo socialdemócrata. Una vez este espíritu de libertad política de movimientos, unido a la firmeza de principios del movimiento y a su unidad, haya tomado cuerpo en el partido, las rigideces de cualquier estatuto de organización, también del que haya sido redactado inhábilmente, experimentarán pronto su corrección más eficaz por la praxis misma. Lo que decide sobre el valor de una forma de organización es el espíritu vivo que le confieren los militantes activos.

Hasta ahora hemos considerado la cuestión del centralismo desde el punto de vista de los principios generales de la Socialdemocracia, así como, en parte, de las condiciones actualmente reinantes en Rusia. Pero el espíritu de vigilante nocturno del ultracentralismo preconizado por Lenin y sus amigos no es en él un producto de equivocaciones casuales. Está más bien vinculado con la lucha, llevada por Lenin hasta el más mínimo detalle de los problemas de organización, contra el oportunismo.

"Se trata", dice Lenin, "de forjar por medio de los parágrafos del estatuto de organización un arma más o menos afilada contra el oportunismo. Cuanto más profundas sean las fuentes del oportunismo tanto más afilada tiene que ser esa arma".

Lenin ve en el poder absoluto del comité central y en el estricto sometimiento estatutario del partido un dique eficaz contra la corriente oportunista cuyos rasgos específicos son, para él, la preferencia innata del intelectual por el autonomismo, por la desorganización y su repulsa ante la disciplina de partido rigurosa y ante cualquier "burocratismo" en la vida del partido. Sólo el literato socialista, dado su innato espíritu anárquico y su individualismo puede, según la opinión de Lenin, oponerse a la atribución de tan ilimitadas competencias al comité central, mientras que el proletariado auténtico, por el contrario, experimentará por su instinto de clase revolucionario incluso una cierta sensación de placer ante la rigidez, disciplina y energía de sus superiores autoridades de partido sometiéndose a todas las recias operaciones de la "disciplina de partido" alegre y con los ojos cerrados. "El burocratismo frente al democratismo", dice Lenin, "he aquí justamente el principio de organización de la Socialdemocracia revolucionaria frente al principio organizativo de los oportunistas". Lenin subraya con énfasis que la misma oposición de la concepción centralista y la autonomista se da en la Socialdemocracia de todos los países en los que se enfrentan la tendencia revolucionaria y la reformista y revisionista. Saca a colación especialmente los últimos acontecimientos del partido alemán y la discusión que se ha suscitado en torno a la cuestión de la autonomía del círculo electoral. Sólo por este motivo no dejaría de tener interés y utilidad un examen de los paralelos establecidos por Lenin.

Ante todo hay que hacer la observación de que en el fuerte énfasis que se pone en las innatas capacidades de los proletarios para la organización socialdemócrata y en los recelos que se expresan con respecto a los elementos "intelectuales" del movimiento socialdemócrata

no hay en verdad nada de "marxista-revolucionario"; más bien podría demostrarse sin demasiadas dificultades su parentesco con las posiciones oportunistas. El antagonismo entre el elemento puramente proletario y la intelectualidad socialista no proletaria es la bandera común bajo la que se agrupan los sindicalistas solamente semianarquistas franceses con su viejo grito: *Méfiez-vous des politiciens!*, la desconfianza del trade-unionismo inglés con respecto a los "visionarios" socialistas y, finalmente, si no nos equivocamos, también el "economicismo" puro de la antigua *Rabotchaia Mysl* petersburguesa con su énfasis en la limitación trade-unionista.

De todos modos, es innegable que hasta ahora en la praxis de la Socialdemocracia europeo-occidental se ha dado un estrecho contacto entre el oportunismo y el elemento intelectual, así como entre el oportunismo y las tendencias a la descentralización en cuestiones organizativas. Pero si se separan esos fenómenos, que han surgido en un horizonte histórico concreto, de ese marco para hacer de ellos patrones abstractos de validez general y absoluta, entonces se comete el mayor de los pecados contra el "espíritu santo" del marxismo, es decir, contra su método de pensamiento dialéctico-histórico.

Desde el punto de vista abstracto solamente puede decirse que el "intelectual", en tanto que elemento por su origen extraño al proletariado, en tanto que elemento que procede de la burguesía, sólo puede llegar al socialismo no en concordancia con su situación de clase sino por su superación, a través de la ideología, por lo que está más predispuesto a oscilaciones oportunistas que el proletariado consciente, al cual –en la medida en que no pierda el vínculo vivo con su suelo materno social, con la masa proletaria– le da su instinto de clase directo un soporte revolucionario más seguro. Pero la forma concreta que adopte esta fluctuación del intelectual hacia el oportunismo, cómo se concrete en forma tangible en relación, particularmente, a las cuestiones de organización, es algo que en cada caso depende del medio social concreto de la sociedad de que se trate.

Los fenómenos de la vida de la Socialdemocracia tanto alemana como francesa e italiana que invoca Lenin se han dado a partir de una base social muy determinada, a saber, el parlamentarismo burgués. Del mismo modo que éste ha sido en general el suelo nutricio específico de la corriente oportunista actual del movimiento socialista de Europa occidental, también se derivan de él las particulares inclinaciones del oportunismo a la desorganización.

El parlamentarismo no sólo da pie a todas las conocidas ilusiones

del oportunismo actual como las que conocemos por Francia, Alemania e Italia, es decir, la sobrevaloración de la acción reformadora, la colaboración de las clases y de los partidos, la evolución pacífica, etc., sino que constituye al mismo tiempo el suelo sobre el cual esas ilusiones pueden fomentarse en la práctica al separar a los intelectuales también en la Socialdemocracia, en tanto que parlamentarios, de las masas proletarias poniéndolos en cierto modo por encima de éstas. Finalmente, el mismo parlamentarismo, con el crecimiento del movimiento obrero, hace de este último trampolín para el ascenso político, razón por la cual vienen a cobijarse en él muchos elementos ambiciosos y desplazados pertenecientes a la burguesía.

Por todos estos motivos se da también una cierta inclinación entre los intelectuales oportunistas de la Socialdemocracia europeo-occidental a la desorganización y a la falta de disciplina. La segunda premisa cierta de la actual corriente oportunista es la existencia de un alto nivel de desarrollo del movimiento socialdemócrata y, por tanto, también de una influyente organización de partido socialdemócrata. Esta última aparece como el muro de contención del movimiento revolucionario de clase frente a las tendencias parlamentario-burguesas orientadas a disolver, desintegrar el núcleo compacto y activo del proletariado para hacer de él de nuevo una amorfa masa de electores. Es así, con estos fundamentos históricos, como aparecen, perfectamente adaptadas a determinados objetivos políticos, las tendencias "autonomistas" y descentralizadoras del oportunismo moderno, tendencias que hay que atribuir no al carácter innato desordenado y desplazado del "intelectual", como supone Lenin, sino a las necesidades del parlamentarismo burgués; que hay que explicar no por la psicología del intelectual, sino por la política del oportunista.

La situación, sin embargo, es completamente distinta en la Rusia absolutista, donde el oportunismo en el movimiento obrero no es, en general, un producto del fuerte crecimiento de la Socialdemocracia, de la descomposición de la sociedad burguesa, como es en Occidente, sino, por el contrario, de las condiciones de atraso político de esa sociedad.

La intelectualidad rusa, entre la que se recluta el intelectual socialista, por razones muy comprensibles, tiene un carácter de clase mucho más indeterminado, está mucho más desclasada, en el sentido exacto del término, que la intelectualidad europeo-occidental. De esto –unido a la juventud del movimiento proletario en Rusia– se deriva, ciertamente, la posibilidad de un campo mucho más vasto para la in-

consistencia teórica y para la fluctuación oportunista que va de la total negación del aspecto político del movimiento obrero a la fe absoluta opuesta en la eficacia del atentado individual, para llegar, al fin, en el plano político, al pantano del liberalismo o "filosóficamente" al idealismo kantiano.

Pero desde nuestro punto de vista, para la existencia de una activa tendencia específica a la desorganización le falta al intelectual socialdemócrata ruso no sólo el soporte positivo del parlamentarismo burgués, sino también el ambiente social y psicológico adecuado. El moderno intelectual europeo-occidental, entregado al culto de su aparente "yo" y que transmite esa "moral aristocrática" incluso al mundo de la lucha y de las ideas socialistas, no es el representante de la intelectualidad burguesa en general, sino sólo de una fase determinada de su existencia; es el producto concretamente de una burguesía decadente, en putrefacción, atrapada en el círculo vicioso de su propio dominio de clase. Los sueños utópicos y oportunistas del intelectual socialista ruso tienden, por el contrario, comprensiblemente, más bien a tomar la forma teórica opuesta de la autoextrañación y de la autopunición. Si la antigua "ida al pueblo" de los viejos populistas, es decir la prédica que obligaba a los intelectuales a disfrazarse de campesinos, fue justamente una invención desesperada de los intelectuales mismos, en la actualidad el culto primario a las "manos callosas" de los obreros juega entre los partidarios del "economicismo" puro el mismo papel.

Si se intenta resolver la cuestión de las formas organizativas no por la vía de la aplicación mecánica de rígidos patrones de Europa Occidental a Rusia, sino por la investigación de las condiciones concretas que están dadas en la misma Rusia, se llega a un resultado completamente distinto. Atribuirle al oportunismo, como hace Lenin, una preferencia absoluta sobre una forma cualquiera de organización –digamos por la descentralización– significa confundir su verdadera naturaleza. Oportunista como es, el oportunismo tiene también, en lo relativo a los problemas de organización, un solo principio: la falta de principios. En función de las circunstancias elige sus medios siempre que sean adecuados para sus objetivos. Si con Lenin caracterizamos al oportunismo como la aspiración a paralizar el movimiento revolucionario de clase y autónomo del proletariado para ponerlo a merced de las ansias de dominio de la intelectualidad burguesa, es preciso reconocer que, en los estadios iniciales del movimiento obrero, esa finalidad puede alcanzarse mucho mejor que a través de la descentralización, precisamente por medio de un centralismo rígido que entregue las riendas

de un movimiento proletario todavía poco maduro a un puñado de dirigentes intelectuales. También en Alemania, al iniciarse el movimiento obrero, cuando faltaba todavía un fuerte núcleo de proletarios conscientes y una táctica socialdemócrata probada, estaban presentes ambas tendencias organizativas: el centralismo extremo, representado por la Unión General de Trabajadores Alemanes y el "autonomismo", representado por los de Eisenach. Y, sin embargo, la táctica de los "eisenachianos", con toda su confesada confusión de principios, jugó un papel muchísimo más importante en la más amplia participación activa del elemento proletario en la vida del partido, impulsó mucho más la iniciativa de los trabajadores –prueba de lo cual puede ser, entre otras, el rápido desarrollo de una considerable prensa provincial auspiciada por esta fracción–, en definitiva, impuso una corriente mucho más sana e impetuosa que los lasallianos, los cuales, con sus "dictadores", iban de una triste experiencia a otra.

En general puede demostrarse con facilidad que allí donde los sectores revolucionarios todavía no están firmemente asentados en las masas obreras, allí donde el movimiento mismo todavía es fluctuante, en una palabra, allí donde las condiciones son análogas a las que actualmente reinan en Rusia, la tendencia organizativa que el intelectual oportunista defenderá como la más adecuada será precisamente la de un rígido y despótico centralismo. Igualmente, en un estadio posterior –en un medio parlamentario y contra un partido obrero fuerte y firmemente articulado– la descentralización es la tendencia correspondiente del intelectual oportunista.

Precisamente desde el punto de vista de los temores expresados por Lenin ante las peligrosas influencias de la intelectualidad sobre el movimiento proletario constituye su propia concepción de la organización el máximo peligro para la Socialdemocracia rusa.

De hecho, no hay nada que pueda entregar con tanta facilidad y seguridad a un movimiento obrero todavía joven a las ansias de poder de los intelectuales que la canalización del movimiento entre los muros blindados de un centralismo burocrático que degrade a la clase obrera militante al nivel de instrumento dócil de un "comité". Y, al contrario, nada preserva tanto al movimiento obrero, frente a las maniobras oportunistas de una intelectualidad ambiciosa, como la autoconducción revolucionaria de los mismos trabajadores, como la potenciación de su sentido de responsabilidad política.

Y en verdad, lo que hoy Lenin ve como un fantasma, mañana es muy fácil que se transforme en realidad tangible.

[...] Pero sobre todo es equivocada la idea principal de la concepción ultracentralista que pretende mantener alejado al oportunismo del movimiento obrero por medio de un estatuto de organización. Bajo la directa impresión de los más recientes acontecimientos de la Socialdemocracia francesa, italiana y alemana, se ha producido, evidentemente, entre los socialdemócratas rusos la inclinación a considerar en general al oportunismo solamente como algo introducido desde fuera al movimiento obrero por elementos procedentes de la democracia burguesa, como una mixtura extraña al movimiento obrero mismo. Pero si esto fuese correcto, las barreras organizativas de un estatuto serían completamente impotentes para contener la presión del elemento oportunista.

Cuando el aflujo masivo de elementos no proletarios a la Socialdemocracia es el resultado de causas sociales con raíces tan profundas como el rápido derrumbe económico de la pequeña burguesía y el todavía más rápido derrumbe político del liberalismo burgués, de la agonía de la democracia burguesa, imaginarse que con esta o aquella redacción de los parágrafos del estatuto del partido puede pararse esa ola impetuosa no pasa de ser una ilusión bastante ingenua. El articulado de los estatutos rige tan sólo sobre la existencia de pequeñas sectas o de sociedades privadas; las corrientes históricas han sabido siempre saltarse los parágrafos más sutiles. Además, es completamente equivocado pensar que va en interés del movimiento obrero defenderse del flujo masivo de elementos liberados por la disolución progresiva de la sociedad burguesa. La frase de que la Socialdemocracia, representante de clase del proletariado, representa simultáneamente el conjunto de los intereses progresivos de la sociedad y a todas las víctimas de la opresión de la sociedad burguesa, no ha de interpretarse simplemente en el sentido de que en el programa de la Socialdemocracia estén idealmente sintetizados todos estos intereses. Esta frase se hace verdad gracias al proceso histórico por el cual la Socialdemocracia, en tanto que partido político, acoge cada vez más a los más diferentes elementos descontentos, en la medida en que realmente se convierte en el partido del pueblo frente a la ínfima minoría que es la burguesía dominante. De lo que se trata es de que la Socialdemocracia sepa subordinar con eficacia los padecimientos actuales de estas amplias huestes de simpatizantes a los objetivos finales de la clase obrera, que sepa articular el espíritu no proletario de oposición con la acción revolucionaria proletaria, en una palabra, que sepa asimilar, digerir los elementos que afluyen hacia ella. Sin embargo, esto último sólo es posible allí donde, co-

mo hasta ahora en Alemania, hay en el seno de la Socialdemocracia previamente tropas de élite proletarias lo suficientemente fuertes y educadas como para dar con claridad el tono y arrastrar a la corriente revolucionaria a los simpatizantes pequeño-bugueses y desclasados. En este caso una aplicación más rigurosa de la idea centralista en el estatuto organizativo y una disciplina más estricta que se refleje en los artículos del estatuto puede ser muy adecuada para la contención de la corriente oportunista. El estatuto organizativo, indudablemente, puede constituir, en estas circunstancias, un instrumento eficaz en la lucha contra el oportunismo. Así ha contribuido, de hecho, en la Socialdemocracia revolucionaria francesa a la contención de la confusión jauresista y en la Socialdemocracia alemana se hace sentir actualmente la necesidad de una revisión del estatuto del partido en este sentido. Pero incluso en este caso, el estatuto del partido no ha de ser algo así como un arma frente al oportunismo, sino meramente un medio extremo de coacción para el ejercicio efectivo de la voluntad decisiva de la mayoría proletaria revolucionaria verdaderamente predominante en el partido. Allí donde esa mayoría falte no podrá ser sustituida en el papel ni aun por el más riguroso de los articulados.

Pero como se ha dicho ya, la afluencia de elementos burgueses no es en modo alguno la única fuente de la corriente oportunista de la Socialdemocracia. La otra fuente se halla sin duda en la esencia de la lucha socialdemócrata misma, en sus contradicciones internas. El movimiento histórico-universal del proletariado hasta su victoria plena es un proceso cuya particularidad consiste en que por primera vez en la historia las masas populares mismas imponen su voluntad contra todas las clases dominantes, mientras que la realización de esa voluntad sólo es posible más allá, fuera de la sociedad actual. Sin embargo, las masas sólo pueden llegar a asumir esa voluntad en la lucha cotidiana contra el orden establecido, la combinación de la lucha cotidiana con la transformación revolucionaria: he aquí la contradicción dialéctica del movimiento socialdemócrata, el cual, consiguientemente, ha de tratar de esquivar para marchar hacia adelante dos clases de escollos distintos: el abandono de su carácter de movimiento de masas y el abandono del objetivo final, la reducción a secta y el retroceso a movimiento reformista burgués.

Es por tanto una ilusión completamente ahistórica pensar que la táctica socialdemócrata puede de una vez por todas quedar fijada en sentido revolucionario, creer que el movimiento obrero puede quedar preservado de una vez por todas de desviaciones oportunistas. La teo-

ría marxista suministra, sin duda, armas poderosas para la lucha contra todas las clases principales de pensamiento oportunista. Pero como el movimiento socialdemócrata es, precisamente, un movimiento de masas, y los escollos que le amenazan no surgen de las cabezas de los hombres, sino de las condiciones sociales, los errores oportunistas no pueden evitarse por anticipado, sólo pueden ser superados –con ayuda en todo caso de las armas suministradas por el marxismo– por el movimiento mismo una vez que han asumido en la praxis una forma tangible. Considerado desde este punto de vista, el oportunismo aparece también como un producto del mismo movimiento obrero, como un elemento inevitable de su evolución histórica. Precisamente en Rusia, donde la Socialdemocracia todavía es joven y donde las condiciones políticas en las que tiene que desarrollarse el movimiento obrero son tan anormales, el oportunismo podría muy bien derivarse en gran medida de las dudas inevitables y del carácter experimental de la táctica, de la necesidad de hacer compatibles en unas condiciones únicas, completamente singulares, la lucha cotidiana con los principios socialistas.

Pero si las cosas son así, no podemos por menos que maravillarnos por la idea que pretende justo en los comienzos de un movimiento obrero, evitar la aparición de una corriente oportunista sólo porque el estatuto de organización del partido sea redactado de este o de aquel modo. El intento de defenderse del oportunismo recurriendo a tales medios de papel podría realmente ser extremadamente perjudicial no para el oportunismo, sino para la propia Socialdemocracia, al trabar en ella el desarrollo de una vida sana y pujante, al debilitar su capacidad de resistencia no sólo contra las tendencias oportunistas, sino también –cosa que sería de alguna importancia– contra el orden social establecido. El remedio sería peor que la enfermedad.

En estos temerosos esfuerzos de una parte de los socialdemócratas rusos por preservar de equivocaciones a un movimiento obrero en ciernes tan vigoroso y prometedor como el ruso poniéndole bajo la tutela de un comité central omnipotente y omnisciente nos parece observar, por lo demás, la presencia del mismo subjetivismo que ya en otras ocasiones tan malas pasadas le ha jugado al pensamiento socialista en Rusia. Es verdaderamente divertido observar las cabriolas que la historia le hace ejecutar al venerado sujeto humano en el propio proceso histórico. El yo aplastado y pisoteado por el absolutismo se toma la revancha en su mundo revolucionario ideal encaramándose en el trono y declarándose a sí mismo omnipotente, como comité de conspiradores en nombre de una inexistente "voluntad del pueblo". Sin embargo, el

"objeto" se muestra pronto más poderoso, el *knut* no tarda en alcanzar el triunfo, demostrando ser la expresión "legítima" del estadio actual del proceso histórico. Finalmente aparece en la escena un hijo todavía más legítimo del proceso histórico: es el movimiento obrero ruso que por primera vez en la historia rusa emprende con éxito el camino que conduce a la formación de una auténtica voluntad popular. Pero así las cosas aparece veloz el "yo" del revolucionario ruso presto a hacer cabriolas y a declarar que es él, una vez más, el conductor omnipotente de la historia –en esta ocasión bajo la forma de la suprema Majestad del Comité Central del movimiento obrero socialdemócrata. Pero el osado acróbata no se da cuenta de que ahora el único sujeto, aquél a quien le corresponde el papel de conductor de la historia, es el yo colectivo de la clase obrera, que por todas partes reclama con resolución su derecho a cometer errores por sí misma y a aprender ella misma la dialéctica histórica. Y, finalmente, digámoslo francamente entre nosotros: los errores que comete un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son, desde el punto de vista histórico, infinitamente más fecundos y valiosos que la infalibiliad del mejor de los "comités centrales".

De: CARTA A ALEXANDRE N. POTRESOV*

[7 de agosto de 1904]

Querido camarada,

Hoy he recibido la invitación del Consejo de su partido, pidiendo a la socialdemocracia polaca que tome parte en la conferencia común, con el *Bund* y otras organizaciones, que deberá preparar un congreso general de todas las organizaciones que ejercen sus actividades en Rusia. Le contesto oficialmente en la medida en que, desde mi punto de vista, puedo hacerlo, aunque no pertenezca formalmente al Comité para el extranjero de la socialdemocracia polaca. Pero quisiera al mismo tiempo, querido camarada, hacerle partícipe, a título privado, de algunas reflexiones que esta invitación me ha sugerido.

* Traducido de Rosa Luxemburg, *Vive la lutte...!*, citado, pp. 179-180.

Permítame ser muy franca con Vd.: la declaración de su partido me ha extrañado un poco y me ha desconcertado. Según mi opinión, es difícil dejar de ver, en todos estos intentos del PPS, del *Bund,*[1] etc. de convocar sesiones, congresos "generales", para llegar a algún tipo de "acción" contra el absolutismo, la expresión pura y simple de la política *federativa* en la que estas organizaciones quisieran convertir en un principio las relaciones socialistas. No sólo esta táctica no constituye un paso adelante en la vía de la unificación de los socialdemócratas en Rusia, sino que es, por el contrario, la consagración del principio del federalismo que nosotros rechazamos. De acuerdo con el espíritu del *Bund,* del PPS, etc., este tipo de congresos tienen como única meta la de demostrar de forma manifiesta que puede prescindirse completamente de la unidad de las organizaciones y del programa, y que es posible obtener la unidad de acción por medio de una serie de acuerdos *ad hoc* en casos importantes. Para los federalistas-nacionalistas, este medio de acción está lógicamente muy vinculado a su concepción caótica y ecléctica de las tareas y de los medios de lucha contra el absolutismo en general, pero, en mi opinión, tiene muy poco que ver con las concepciones políticas estructuradas de la socialdemocracia.

Y Vd. sabe muy bien que de todos estos congresos y de todas estas conferencias no resulta ningún tipo de "acción", pues no es posible llamar a una acción común a organizaciones diferentes y dispersas.

Sin embargo, creo que está fuera de toda duda que el prestigio de la socialdemocracia rusa ha sufrido a raíz de ello un serio contragolpe. Destinada a ser *el partido* del proletariado ruso, no es más que uno de entre una media docena de grupos y grupúsculos y, en lugar de aglutinar a los demás en torno suyo, se conforma formalmente con las divergencias, con vistas a no sé qué espejismo de acción común que, en el momento actual, sólo puede resultar en unas pocas declaraciones comunes, seguidas de una docena de firmas. [...]

1. *PPS:* Partido Socialista Polaco, de tendencia esencialmente nacionalista, y adversario político del partido socialdemócrata polaco (SDKPiL) fundado por Rosa Luxemburg. El punto prioritario del programa del PPS (y causante de los profundos antagonismos entre ambas organizaciones) era la reivindicación de la independencia de Polonia.
Bund: Unión general de trabajadores judíos, fundada en 1897. Organización antizarista, extendida por todo el Imperio ruso y con vínculos en el extranjero, que fue una de las más fuertes organizaciones obreras de finales de siglo.

BLANQUISMO Y SOCIALDEMOCRACIA*

El camarada Plejanov ha publicado en *El Correo,* con el título *¿Dónde está la derecha?* un artículo exhaustivo en el que acusa a los bolcheviques de blanquismo.

No es de nuestra incumbencia defender a los camaradas rusos de los golpes de erudición y de dialéctica que han recibido del camarada Plejanov, porque indudablemente son capaces de hacerlo por sí mismos. Pero el problema mismo reclama algunas sugerencias que nuestros lectores podrían considerar de interés: es por ello que consagramos un poco de espacio al tema.

El camarada Plejanov, para caracterizar el "blanquismo", recurre a una cita de Engels que se refiere a Blanqui, un revolucionario francés de los años cuarenta del siglo pasado, cuyo nombre ha servido para designar toda una tendencia. Engels dice: "Por lo que respecta a su actividad política, era esencialmente un hombre de acción, convencido de que una pequeña minoría bien organizada que intentara un golpe de mano revolucionario en el momento adecuado, arrastraría tras ella, gracias a sus primeros logros, a la masa del pueblo y podría así conducir la revolución hacia la victoria... Del hecho de que Blanqui conciba toda revolución como el golpe de mano de una pequeña minoría revolucionaria se desprende, tras la victoria de ésta, la necesidad de la dictadura: claro que la dictadura no de la clase revolucionaria, el proletariado, sino del pequeño grupo que ha realizado el golpe de mano y que ya están organizados bajo la dictadura de uno solo o de unos pocos"[1].

Friedrich Engels, el compañero de lucha de Karl Marx, es indiscutiblemente una autoridad, pero la justeza de su caracterización de Blanqui ya es más discutible. Porque Blanqui no estaba en absoluto obligado, en 1848, a prever que su club iba a quedar convertido en una "pequeña minoría"; al contrario, en aquel período de poderosos movimientos revolucionarios contaba seguramente con que a su llamada *todo* el pueblo trabajador se alzaría, si no en Francia por lo menos en

---

* Traducido de *Quatrième Internationale*, nº. 2, abril de 1972, pp. 53-56. Originalmente publicado en *Czerwony Sztandar*, el 27 de junio de 1906.

1. *Marx-Engels Werke,* Dietz Verlag, Berlín, t. 18, p. 529.

París, para luchar contra la política ignominiosa y criminal de un ministerio burgués que quería "arrebatar al pueblo su victoria".

Sin embargo, el problema no radica en esto. Se trata de saber, tal como el camarada Plejanov pretende demostrar, si la caracterización de Blanqui hecha por Engels es aplicable a los bolcheviques (a los que el camarada Plejanov llama, sin más matices, "minoría" porque se encontraron en minoría en el Congreso de reunificación)[2]. Dice textualmente: "Esta caracterización es totalmente aplicable a nuestra actual minoría". Y justifica su afirmación de la forma siguiente: "La relación de los blanquistas con las masas populares era utópica en el sentido de que no habían entendido el significado de la autonomía revolucionaria de esas masas. De acuerdo con sus proyectos, sólo los conspiradores eran activos propiamente hablando, en tanto que las masas, entrenadas por una minoría bien organizada, se contentaban con darles su apoyo." Y el camarada Plejanov afirma que ahí radica "el pecado original del blanquismo", al que han sucumbido los camaradas rusos bolcheviques (nosotros preferimos atenernos a esta denominación corriente). Según nuestra opinión, el camarada Plejanov no ha podido demostrar este reproche, puesto que su comparación con los miembros de la Narodnaia Volia[3], que sí eran blanquistas, no prueba nada y el comentario malintencionado según el cual Jeliabov, héroe y dirigente de la Narodnaia Volia, estaba dotado de un instinto político más agudo que el jefe de los bolcheviques, Lenin, es de demasiado mal gusto para que nos detengamos en ello. Por lo demás, como ya hemos dicho, no somos quiénes para romper lanzas para defender a los bolcheviques o al camarada Lenin: nadie ha podido todavía con ellos. Lo que nos interesa es el fondo del asunto. Y planteamos la cuestión: en la actual revolución rusa ¿es acaso posible el blanquismo? Y, en caso afirmativo, ¿podría ejercer algún tipo de influencia?

Creemos que planteando así la cuestión nadie que esté algo al corriente de la actual revolución, nadie que haya tenido un mínimo contacto directo con ella, puede dar una respuesta positiva. La gran diferencia entre la situación francesa de 1848 y la actual situación en el Imperio ruso reside justamente en el hecho de que la relación entre la "minoría organizada", es decir, el partido del proletariado, y las masas se ha transformado de forma sustancial. En 1848 los revolucionarios, en la medida en que eran socialistas, hicieron esfuerzos desesperados

2. Se trata del IV Congreso del POSDR que tuvo lugar en mayo de 1906.
3. La Voluntad del Pueblo. Organización terrorista de los años 1870s.

por llevar las ideas socialistas a las masas, para evitar que apoyaran o sostuvieran ideas propias del liberalismo burgués. Aquel socialismo era etéreo, utópico, pequeño-burgués. Hoy, en Rusia, el asunto se presenta de manera diferente: ni nuestra vieja *"pedecja"*[4], ni la organización de los "cadetes", los constitucionalistas zaristas de Rusia, ni ningún otro partido nacional burgués "progresista" ha podido ganarse a las grandes masas trabajadoras. Hoy precisamente estas masas se aglutinan bajo la bandera del socialismo: cuando la revolución ha estallado, se han puesto por propia iniciativa, casi espontáneamente, bajo la bandera roja. Es la mejor prueba en favor de nuestro propio partido.

No vamos a esconder que en 1903 éramos todavía un puñado, que como partido, en el sentido más estricto del término, como camaradas efectivamente organizados, no constituíamos más que unos centenares de militantes y que con ocasión de nuestras apariciones públicas, de nuestras manifestaciones, sólo unos pocos trabajadores se nos unía. Hoy, en tanto que partido, nos contamos por decenas de miles. ¿Dónde está la diferencia? ¿Es quizá por que contamos en nuestro partido con algunos jefes geniales? ¿O porque somos unos conspiradores célebres? En absoluto. Ninguno de nuestros jefes, es decir, ninguno de aquellos a los que el partido ha confiado la responsabilidad del trabajo, querría exponerse al ridículo de una comparación con el viejo Blanqui, aquel león de la revolución pasada. Muy pocos de nuestros agitadores llegan a igualarse a los viejos conspiradores del club[5] de los blanquistas, por lo que respecta al talante personal y a las capacidades organizativas. ¿Cómo se explica nuestro éxito y el fracaso de los blanquistas? Simplemente por el hecho de que estas famosas "masas" ya no son las mismas. Hoy están constituidas por obreros que luchan contra el zarismo, por estos hombre cuya propia vida los ha convertido en socialistas, por hombres que se han nutrido del odio al orden establecido, por estos hombres a los que la necesidad ha enseñado a pensar en términos marxistas.

Ésta es la diferencia. No son ni los jefes ni las ideas las que la han hecho nacer, sino las condiciones sociales y económicas, condiciones tales que excluyen toda lucha de clase común entre el proletariado y la burguesía.

---

4. La expresión polaca *"pedecja"* parece ser una abreviación de *"polka democracja"* y designa a la oposición democrática de la burguesía polaca.
5. Alusión probable al club de la Sociedad Republicana Central fundada en febrero de 1848 por Blanqui en París.

Así, pues, como las masas son diferentes, como el proletariado es diferente, no puede hablarse hoy de una táctica de conspiradores, de una táctica blanquista. Blanqui y sus heroicos camaradas hicieron esfuerzos sobrehumanos para llevar a las masas hacia la lucha de clases; no lo consiguieron, porque tenían delante a trabajadores que todavía no habían roto con el sitema de corporaciones, que estaban todavía imbuidos de la ideología pequeño-burguesa.

Los socialdemócratas tenemos hoy una tarea bastante más simple y más fácil: sólo tenemos que trabajar, dirigir la lucha de clases que aparece con una necesidad inexorable. Los blanquistas se esforzaban por atraerse a las masas, mientras que nosotros, los socialdemócratas, estamos siendo empujados por las masas. La diferencia es grande, tan grande como la que hay entre un capitán que se esfuerza por remontar la corriente y otro que debe mantener el timón a favor de la corriente. Al primero puede faltarle la fuerza y no conseguirá su meta, mientras que el segundo debe tan sólo cuidar de que el barco no se desvíe de su ruta, no se estrelle contra un acantilado ni se encalle en un banco de arena.

El camarada Plejanov debería tranquilizarse por lo que respecta a la "autonomía revolucionaria de las masas". Esta autonomía existe, nada la hará retroceder o la frenará y todos los sermones librescos acerca de su necesidad (pedimos perdón por esta expresión, pero no encontramos otra) sólo consiguen provocar sonrisas en aquellos que trabajan en el seno de las masas y con ellas.

Nosotros negamos que los camaradas rusos de la actual "mayoría" hayan sido víctimas de errores blanquistas en el curso de la revolución, como les reprocha el camarada Plejanov. Puede que haya habido trazas de algo similar en el proyecto organizativo que el camarada Lenin escribiera en 1902[6], pero es algo que pertenece al pasado, a un pasado lejano, porque hoy la vida va deprisa, vertiginosamente deprisa. Aquellos errores fueron corregidos por la vida misma y no hay peligro de que puedan reproducirse. E incluso el espectro del blanquismo no tiene nada de terrible, dado que en la actualidad no puede resucitar. El peligro que corremos, por el contrario, es que el camarada Plejanov y sus partidarios de la "minoría", que tanto temen al blanquismo, caigan en el extremo opuesto y hagan que el barco encalle en un banco de

6. Alusión a la famosa obra de Lenin *¿Qué hacer?* (1902), criticada por R.L. en 1902 en su artículo *Cuestiones de organización de la sd rusa* a la que Lenin respondió en 1904 en *Un paso adelante, dos pasos atrás.*

arena. Este extremo opuesto puede verse en el hecho de que estos camaradas teman por encima de todo quedarse en minoría y que cuenten con *masas fuera del proletariado.* De ahí el cálculo en dirección a la Duma, de ahí las falsas consignas en las directrices del Comité Central para apoyar a los Cadetes, ese intento de levantar la reivindicación "¡abajo el ministerio burocrático!" y otros errores semejantes. Pero el barco no se quedará embarrancado en el banco de arena, no hay peligro; la corriente tumultuosa de la revolución en ascenso arrastrará rápidamente al barco del proletariado; pero sería lamentable que estos errores nos hicieran perder tan siquiera un instante.

Por lo mismo, la noción de "dictadura del proletariado" ha adoptado un significado diferente del anterior. Friedrich Engels subraya muy justamente que los blanquistas no buscaban una dictadura de "toda la clase revolucionaria del proletariado, sino del pequeño número que ha realizado el golpe de mano". Hoy la cosa se presenta completamente distinta. No es una organización de conspiradores la que "realiza el golpe de mano", que puede pensar en su dictadura. Incluso los de la Narodnaia Volia y sus pretendidos herederos, los socialistas-revolucionarios de Rusia, han dejado de soñar en ello hace mucho tiempo. Aun cuando los camaradas bolcheviques hablen, en la actualidad, de dictadura del proletariado, nunca lo hacen en el sentido blanquista, ni tampoco han caído nunca en el error de la Narodnaia Volia que soñaba con "tomar el poder para sí" (*zachlat vlasti*). Por el contrario, han afirmado que la actual revolución puede terminar cuando el proletariado, *toda* la clase revolucionaria, se haya apoderado de la máquina del Estado. El proletariado, en tanto que el elemento más revolucionario, asumirá quizá su papel de liquidador del antiguo régimen tomando "el poder para sí" con el fin de oponerse a la contrarrevolución, para impedir que la revolución no se vea desnaturalizada por una burguesía reaccionaria. Ninguna revolución ha podido llevarse a cabo sin la dictadura de una clase y todo indica que en la hora actual el proletariado puede convertirse en este liquidador. Aparentemente, ningún socialdemócrata puede dejarse llevar por la ilusión de pensar que el proletariado pueda *mantenerse* en el poder: si pudiera, llevaría a cabo la dominación de sus ideas de clase, realizaría el socialismo. Sus fuerzas, *en el momento actual,* no son suficientes, pues el proletariado, en el sentido más extricto del término, constituye precisamente, en el Imperio ruso, *una minoría* en la sociedad. Y la realización del socialismo por una minoría queda incondicionalmente excluida, porque justamente la idea de socialismo excluye la dominación de una minoría. Así,

pues, el día de la victoria política del proletariado sobre el zarismo, la mayoría le arrebatará el poder recién conseguido. Para hablar más concretamente: tras la caída del zarismo, el poder pasará a manos de la parte más revolucionaria de la sociedad, el proletariado, porque el proletariado se adueñará de todos los puestos y se mantendrá alerta mientras el poder no esté en manos legalmente llamadas a detentarlo, en manos del nuevo gobierno que sólo la Constitución puede determinar en tanto que órgano legislativo elegido por toda la población; y es algo evidente que en la sociedad el proletariado no constituye una mayoría, sino que la mayoría está constituida por la pequeña burguesía y el campesinado y que, por consiguiente, no serán los socialdemócratas los que formarán la mayoría, sino los demócratas campesinos y pequeño-burgueses. Puede ser lo deplorable que se quiera, pero esa realidad no podemos cambiarla.

Ésta es a grandes rasgos la situación, según la apreciación de los bolcheviques, y es también la de todas las organizaciones y todos los partidos socialdemócratas fuera de Rusia. Es muy difícil concebir dónde está exactamente el blanquismo en todo esto. Para justificar, aunque sólo en apariencia, su afirmación, el camarada Plejanov se ve obligado a aislar las palabras del camarada Lenin y sus partidarios y a sacarlas de su contexto. Si quisiéramos, a nuestra vez, hacer lo mismo, podríamos también demostrar que los "mencheviques" han sido recientemente "blanquistas", empezando por el camarada Parvus y acabando con el camarada... ¡Plejanov! Pero eso sería un juego de escolástica estéril. El tono del artículo del camarada Plejanov está lleno de amargura, y desprende amargura, lo que no es nada bueno. "Cuando Júpiter se enfurece, es que Júpiter se equivoca".

Sería hora de acabar con toda esta escolástica, encaminada a saber quién es "blanquista" y quién "marxista-ortodoxo". Hoy se trata de saber si, *en la hora actual,* la táctica que recomienda el camarada Plejanov y con él los camaradas mencheviques es la justa –una táctica que induce a trabajar el máximo posible con la Duma, con los elementos que están allí representados–, o si, por el contrario, la táctica que aplicamos todos, y también los camaradas bolcheviques, una táctica que se apoya en el principio según el cual el centro de gravedad está situado fuera de la Duma, en la aparición activa de las masas populares revolucionarias, es la más justa. Hasta el momento los camaradas mencheviques no han podido convencer a nadie de la justeza de sus puntos de vista y nadie se convencerá si siguen aplicando a sus adversarios la etiqueta de blanquistas.

De: CUESTIONES TÁCTICAS*

[...] Objetivamente, la cuestión más importante y que merece analizarse es la del papel de las organizaciones socialdemócratas en las luchas de masa proletarias en general. Es ciertamente curioso que sea precisamente en los países en que la socialdemocracia y los sindicatos son más poderosos donde se manifiesten las dudas más profundas acerca de la madurez de la clase obrera y de su capacidad para desencadenar acciones de masas. En Suecia y en Holanda, en Bélgica y en Italia, en España y en Rusia, en Francia y en Austria, en Suiza y en Hungría, hace más de diez años que se conocen numerosas huelgas de masas de diversa índole y ¡es en Alemania precisamente, país modelo de organización, de disciplina y de victorias electorales, donde el proletariado no estaría todavía maduro para la huelga de masas! Tales opiniones dirían muy poco en favor del valor de nuestras organizaciones, si no se tratara de la manifestación de una falta increíble de perspectiva histórica.

Según esa evidencia sólo estaríamos "maduros" para la huelga de masas el día en que el último hombre y la última mujer de la clase obrera se hubieran adherido a la sección socialista. Evidentemente este celo organizativo sería digno de admiración si no expresara una peligrosa subestimación del papel histórico y de la capacidad de acción de las masas no-organizadas.

No podemos por menos de asombrarnos y plantear la siguiente pregunta: ¿cómo ha podido entonces la historia mundial arreglárselas hasta ahora sin nosotros, sin nuestras secciones, sin la dirección del partido y del grupo parlamentario? La lucha de clases –cosa que se olvida con demasiada frecuencia en nuestras filas– no es un producto de la socialdemocracia, sino lo contrario, la socialdemocracia misma no es más que un producto, y el más reciente, de la lucha de clases. La lucha de clases es tan vieja como la sociedad de clases misma y siempre y en todas partes son las masas trabajadoras las que, llegado el momento, han actuado, las que han librado las batallas, las que han decidido acerca de la lucha, y todo ello se ha llevado a cabo sin nuestras secciones y sin nuestra prensa. ¿Cómo fue posible la lucha campesina? ¿Cómo se

---

* Traducido de R.L., "Taktische Fragen", *Gesammelte Werke*, vol. 3, Berlín: Dietz Verlag, 1973, pp. 251-254. Originalmente publicado en el *Leipziger Volkszeitung* el 27 de junio de 1913.

realizaron las grandes acciones masivas de la revolución inglesa del siglo XVIII? Y ¿cómo surgió el movimiento cartista o la admirable campaña del proletariado parisino en 1848 y en 1871, en una época en que la organización socialista aglutinaba tan sólo a minúsculas asociaciones secretas? Y en todos aquellos casos no se trataba de una explosión caótica fomentada por masas desesperadas –pues así, erróneamente además, es como algunos se imaginan la guerra de los campesinos– sino de grandes acciones alimentadas por un pensamiento político, realizadas con continuidad, tenacidad, abnegación, disciplina y orden, con seriedad y dignidad. Y ¿qué importa si durante la Revolución de 1848, durante la Comuna de París se cometieron errores? ¿Es que quizá nuestros dirigentes no los cometen jamás? El nacimiento de la socialdemocracia no evita los errores políticos e históricos, ni tampoco garantiza el éxito y la victoria de la clase obrera en cada lucha aislada. Estamos obligados diariamente a aprender de las lecciones de la historia y debemos hacerlo siempre como tuvieron que hacerlo, desde el inicio, todas las capas en lucha, todas las clases en ascenso.

Es verdad que, gracias a su comprehensión teórica de las condiciones sociales de la lucha obrera, la socialdemocracia ha dado a la lucha de clases proletaria una consciencia que antes no tenía y ha dotado a esta lucha de un alcance y unos objetivos claros. Ha creado por primera vez una organización de masas obrera durable, ofreciendo así a la lucha de clases una base sólida. Pero sería un error fatal pensar que por ese mero hecho la organización socialdemócrata se ha convertido en la única depositaria de toda la capacidad de acción histórica del pueblo, y que las masas desorganizadas del proletariado se reducen a un magma amorfo, a un lastre inerte para la historia. Es precisamente lo contrario: la materia viviente de la historia sigue siendo, siempre, a pesar de la socialdemocracia, la masa del pueblo; y sólo cuando la sangre circula entre el núcleo organizado y las masas populares, sólo cuando el pulso de uno y otro late al unísono, la socialdemocracia puede y demuestra ser capaz de realizar grandes acciones históricas. Creer que es necesario integrar a todo el pueblo trabajador en el partido antes de poder hacer la historia es moverse en un círculo vicioso. Cuanto más se desarrollan nuestras organizaciones, con cientos de miles, de millones de adhesiones, tanto más aumenta necesariamente la centralización. Por el mismo proceso, la pequeña parte de iniciativa y decisión tanto en el plano intelectual como político, que incumbía a las organizaciones de base en la vida cotidiana, queda totalmente transferida al pequeño cenáculo que dirige el partido: direcciones de sección, de fe-

deración y grupo parlamentario. Lo que queda para la gran masa de miembros es el pago de las cotizaciones, la difusión de los panfletos, las elecciones y la organización de la campaña electoral, el puerta a puerta para recoger las suscripciones a la prensa del partido y otras obligaciones por el estilo. Desde este punto de vista la organización berlinesa constituye un auténtico modelo: todas las tareas de dirección importantes, todas las decisiones, corresponden a los organismos directivos y la iniciativa de la base acaba por lo general estrellándose contra el muro de las innumerables instancias.

Pero es una idea absurda querer ocupar a largo plazo a millones de hombres únicamente en tareas de rutina, en debatir sobre las cotizaciones, en conseguir nuevos miembros para que difundan la prensa, en elegir al presidente, al vicepresidente y al tesorero y, para variar, en querer interesarlos por toda clase de roces sin importancia que se producen inevitablemente entre militantes cada vez que una gran cantidad de hombres trabajan juntos. Es una idea absurda pensar que bastaría incrementar en proporciones gigantescas, mecánicamente, estas baratijas burocráticas para reclutar con el tiempo en nuestras organizaciones a dos, tres, cuatro millones de miembros e incluso más, para mantenerlos ahí.

Por el contrario, para las grandes masas es necesario que la cantidad se convierta en una cualidad totalmente distinta. Las grandes masas deben poder actuar de la forma que les es propia, desplegar su energía, su capacidad de acción, actuar en tanto que masa, demostrar pasión, valor, resolución. Pero como nuestro aparato organizativo de cada día no puede ofrecer tales perspectivas –pues para ello deberían existir perspectivas históricas que no pueden crearse artificialmente– y como en nuestras organizaciones, por el contrario, la poca vida intelectual posible se encuentra ahogada por el centralismo, hay que desechar de una vez por todas la ilusión de que podríamos, un día, transformar la enorme masa del pueblo trabajador en cotizantes de nuestras secciones electorales.

Esto, como condición previa para grandes acciones de masas, no es posible ni tampoco necesario. La única condición necesaria es que el partido demuestre iniciativa y acción para poder colocarse a la cabeza de las masas cada vez que la situación política lo exija. Sólo entonces las masas desorganizadas e incluso las que pertenecen a organizaciones adversas se colocarán con entusiasmo tras su bandera. Como prueba sólo nos referiremos al ejemplo belga que, incluso mal entendido, ejerce con tanta frecuencia una verdadera fascinación sobre nues-

tros camaradas. Lo más importante, la lección más positiva del ejemplo belga es precisamente el hecho de que en momentos importantes puede siempre contarse con las masas desorganizadas y que en ausencia de estas masas cualquier acción seria de la socialdemocracia sería completamente inconcebible. En Bélgica, las organizaciones políticas y sindicales dejan muchísimo que desear, y en cualquier caso no tienen ni punto de comparación, ni de lejos, con las nuestras. Y sin embargo, desde hace más de veinte años, las huelgas por el sufragio universal se suceden una tras otra.

Es cierto que las masas sólo pueden alcanzar el éxito si la dirección del partido es consecuente, resuelta y de una claridad transparente. Si cada vez que se dan dos pasos adelante se retrocede uno las acciones de masa irán también a ciegas. Pero cada vez que una campaña política fracasa el responsable no son las masas desorganizadas, sino el partido organizado y su dirección.

Históricamente la socialdemocracia está llamada a constituir la vanguardia del proletariado; como partido de la clase obrera debe ir delante y asumir la dirección. Pero si la socialdemocracia se imagina que es la única llamada a escribir la historia, que la clase no es nada, que debe ser transformada en partido antes de poder actuar, podría ocurrir fácilmente que la socialdemocracia jugara un papel de freno en la lucha de clases y que llegado el momento fuera obligada a correr detrás del movimiento, y fuera arrastrada a la batalla decisiva contra su voluntad.

De: LA REVOLUCIÓN RUSA*

[...] El error fundamental de la teoría leninista-trotskista es, precisamente, que opone, exactamente igual que Kautsky, la dictadura a la democracia. "Dictadura *o* democracia" reza el planteamiento tanto en los bolcheviques como en Kautsky. Éste opta, naturalmente, por la democracia y precisamente por la democracia *burguesa*, ya que la sitúa como alternativa a la transformación socialista. Lenin-Trostky optan,

* Reproducido de Rosa Luxemburg, *Escritos políticos*, citado, pp. 551-593. Escrito en 1918 y publicado póstumamente en 1922.

por el contrario, por la dictadura en oposición a la democracia y, consiguientemente, por la dictadura de un puñado de personas, es decir, por la dictadura según el modelo burgués. Se trata de dos polos opuestos y ambos están igualmente alejados de la política verdaderamente socialista. El proletariado jamás puede, una vez ha tomado el poder, seguir el buen consejo de Kautsky, bajo el pretexto de la "inmadurez del país", y renunciar a la revolución socialista y dedicarse solamente a la democracia sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Tiene el deber y la obligación de adoptar inmediatamente medidas socialistas del modo más enérgico, intransigente y desconsiderado, es decir, ha de ejercer la dictadura, pero la dictadura de la *clase*, no la de un partido o la de una camarilla, es decir, ha de conducirse a la amplia luz pública, con la más activa y libre participación de las masas, con una democracia sin trabas. "En tanto que marxistas jamás hemos sido idólatras de la democracia formal", escribe Trotsky. Cierto, jamás hemos sido idólatras de la democracia formal. Pero tampoco hemos sido nunca idólatras del socialismo o del marxismo. ¿Se sigue de esto que podamos desembarazarnos y enviar al cuarto trastero *à la* Cunow-Lensch-Parvus el socialismo, el marxismo, cuando nos resulte incómodo? Trotsky y Lenin son la negación viviente de esta posibilidad. Jamás hemos sido idólatras de la democracia formal y esto sólo quiere decir: nosotros distinguimos siempre el núcleo social de la forma política de la democracia *burguesa*, desvelamos siempre el amargo núcleo de desigualdad social y de falta de libertad que se esconde debajo de la dulce cáscara de la igualdad y la libertad formales, pero no para rechazar éstas, sino para estimular a la clase obrera a que no se conforme con la cáscara, sino, más bien, que se haga con el poder para llenarlo de un nuevo contenido social. La tarea histórica del proletariado, una vez llegado al poder, es construir en lugar de la democracia burguesa, la democracia socialista, no cualquier clase de democracia. Pero la democracia socialista no comienza sólo en la tierra prometida, una vez creada la base de la economía socialista, como un regalo de Navidad acabado para el buen pueblo que entretanto ha apoyado a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista empieza al mismo tiempo que la demolición del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento de la conquista del poder por el partido socialista. No es otra cosa que la dictadura del proletariado.

Ciertamente: ¡dictadura! Pero esta dictadura consiste en el *modo de aplicación de la democracia*, no en su supresión, en intervenciones

enérgicas y decididas en los derechos adquiridos y en las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin las cuales es imposible llevar a cabo la transformación socialista. Pero esta dictadura ha de ser obra de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente que actúe en nombre de la clase, es decir, ha de surgir paso a paso de la participación activa de las masas, ha de estar bajo su influencia directa, ha de estar sometida al control de una completa vida pública, ha de emerger de la creciente educación política de las masas populares.

También los bolcheviques habrían procedido en estos términos si no hubiesen sufrido la presión terrible de la guerra mundial, de la ocupación alemana y de todas las enormes dificultades aparejadas con ellas que no podían no deformar cualquier política socialista por mucho que estuviese llena de las mejores intenciones y de los más bellos principios.

Un argumento elocuente a este respecto lo constituye la generosa utilización del terror por parte del gobierno de los consejos, sobre todo en el último período anterior al derrumbamiento del imperialismo alemán, después del atentado contra el plenipotenciario alemán. La verdad obvia de que las revoluciones no reciben el bautizo con agua de rosas parece que se queda bastante corta.

Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible y constituye una inevitable cadena de causas y efectos cuyo punto de partida y clave de bóveda es el fracaso del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. Sería pedir de Lenin y sus camaradas algo sobrehumano si se pretendiese que en tales circunstancias creasen por arte de magia la más bella democracia, la más modélica dictadura del proletariado y una economía socialista floreciente. Con su decidida actitud revolucionaria, su energía ejemplar y su fidelidad absoluta al socialismo internacional, han hecho realmente lo que en unas condiciones tan endiabladamente difíciles podía hacerse. Lo peligroso empieza allí donde de la necesidad hacen virtud, cuando quieren fijar teóricamente en todos sus pasos una táctica que les ha sido impuesta por esas fatales condiciones y se la quieren recomendar para su imitación al proletariado internacional en calidad de modelo de la táctica socialista. Del mismo modo que así se presentan ellos mismos bajo una luz completamente falsa sin necesidad alguna y su efectivo e incontestable mérito histórico pasa por el tamiz de los errores impuestos por la necesidad, así también prestan un flaco servicio al socialismo internacional, por amor y en razón del cual combatieron y sufrieron, cuando pretenden meter en un mismo saco en calidad de nuevas adquisiciones todos

los desaciertos cometidos en Rusia por la necesidad y la fuerza, desaciertos que en último término sólo fueron repercusiones de la bancarrota del socialismo internacional en la primera guerra mundial.

Los socialistas gubernamentales alemanes pueden gritar todo lo que quieran que el poder de los bolcheviques en Rusia es una caricatura de la dictadura del proletariado. Que lo haya sido o que lo sea es algo que se debe únicamente a la actitud del proletariado alemán, que fue una caricatura de la lucha de clases socialista. Todos vivimos sometidos a la ley de la historia y la sociedad socialista sólo es realizable internacionalmente. Los bolcheviques han mostrado que pueden hacer todo lo que un partido auténticamente revolucionario está en condiciones de hacer en los límites de la posibilidad histórica. No pueden pretender hacer milagros, porque una revolución proletaria modélica y libre de errores en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo y traicionado por el proletariado internacional, sería un milagro. De lo que se trata es de distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo inesencial, el núcleo de lo accidental. En este período último, en el que nos encontramos ante la inminencia de decisivas luchas finales en el mundo entero, el problema más importante del socialismo ha sido y sigue siendo precisamente la cuestión candente del día: no esta o aquella cuestión de detalle de la táctica, sino la capacidad de acción del proletariado, la energía de las masas, la voluntad del socialismo por conseguir el poder. En esta perspectiva, Lenin y Trotsky con sus amigos fueron los primeros en dar ejemplo al proletariado mundial y hasta ahora son los únicos que, con Huten, pueden exclamar: "¡Yo he osado!"

He aquí lo esencial y duradero de la política de los bolcheviques. En este sentido les está reservado el imperecedero mérito histórico, con la conquista del poder político y con el planteamiento práctico del problema de la realización del socialismo, de haberse colocado a la cabeza del proletariado internacional y de haber hecho avanzar poderosamente en el mundo entero la confrontación entre el capital y el trabajo. En Rusia el problema sólo pudo ser planteado. No podía resolverse allí. Y en *este* sentido, el futuro le pertenece en todas partes al "bolchevismo".

De: ¿QUÉ QUIERE LA LIGA ESPARTACO?*

[...] La realización de la sociedad socialista es la tarea de mayor alcance que jamás le haya correspondido a una clase y a una revolución en la historia mundial. Es una tarea que requiere una reestructuración completa del Estado y una transformación completa de las bases económicas y sociales de la sociedad.

Esta reestructuración y esta transformación no pueden ser decretadas por cualquier autoridad, comisión o parlamento; sólo pueden ser acometidas y ejecutadas por las masas populares mismas.

En todas las revoluciones que han tenido lugar hasta ahora, una pequeña minoría del pueblo dirigía, orientaba y encaminaba la lucha revolucionaria, utilizando a la masa sólo como instrumento para llevar a la victoria sus intereses, los intereses de la minoría. La revolución socialista es la primera que sólo puede alcanzar la victoria en interés de la gran mayoría y por la intervención de la gran mayoría de los trabajadores.

La masa del proletariado está llamada no sólo a fijar con clara consciencia las metas y la orientación de la revolución, sino también, por su propia actividad, a dar vida paso a paso al socialismo.

La esencia de la sociedad socialista consiste en que las grandes masas trabajadoras dejan de ser una masa a la que se gobierna para vivir por sí mismas el conjunto de la vida política y económica dirigiéndola sobre la base de una autodeterminación consciente y libre.

Desde la más alta cúspide del Estado hasta la comunidad más pequeña, han de ser sustituidos, por tanto, por las masas proletarias los órganos tradicionales de la dominación de clase de la burguesía, los consejos federales, parlamentos, consejos comunales, por los propios órganos de clase, los consejos de obreros y de soldados, todos los puestos han de ser ocupados, todas las funciones supervisadas, todas las necesidades del Estado medidas en función de los propios intereses de clase y de las tareas socialistas. Y sólo en una interrelación constante y viva entre las masas populares y sus órganos, los consejos de obreros y soldados, puede su actividad llenar de espíritu socialista al Estado.

Tampoco la transformación económica puede llevarse a término sino como un proceso impulsado por la acción de masas del proletaria-

---

* Reproducido de R.L., *Escritos políticos*, citado, pp. 406-417. Originalmente publicado en *Die Rote Fahne*, el 14 de diciembre de 1918.

do. Los meros decretos de las más altas instancias revolucionarias son letra muerta. Sólo los trabajadores con su acción pueden convertir la letra en hechos tangibles. En reñida lucha con el capital, cuerpo a cuerpo, en cada empresa, por la presión directa de las masas, por medio de huelgas, creando sus órganos permanentes de representación: sólo así podrán los trabajadores instaurar primero el control sobre la producción y después la dirección efectiva sobre la misma.

Las masas proletarias han de aprender a convertirse de máquinas inertes situadas por el capitalista en el proceso de producción en directores pensantes, libres, autónomos, de ese proceso. Han de asumir el sentido de responsabilidad de ser miembros activos de la colectividad, poseedora única de toda la riqueza social. Han de desarrollar celo productivo sin la presencia del látigo del patrón, máximo rendimiento sin capataces capitalistas, disciplina sin yugo y orden sin jerarquía. El máximo idealismo en interés de la colectividad, la autodisciplina más estricta y un sentimiento de verdadera ciudadanía entre las masas son las bases morales de la sociedad socialista, igual que el embrutecimiento, el egoísmo y la corrupción son las bases morales de la sociedad capitalista.

Todas estas virtudes cívicas socialistas, así como los conocimientos y la capacitación necesarios para la dirección de las empresas socialistas sólo pueden conseguirlos las masas trabajadoras por medio de su propia participación, por su propia experiencia.

La socialización de la sociedad sólo puede conseguirse mediante la más reñida e incansable lucha de las masas obreras en toda su amplitud sobre todos los terrenos en los que se dé un enfrentamiento directo entre el trabajo y el capital, entre el pueblo y el dominio de clase de la burguesía. La liberación de la clase obrera será obra de la clase obrera misma. [...]

VI. Sobre la guerra y el militarismo

Rosa Luxemburg empezó a ocuparse de la relación entre capitalismo y militarismo ya en los años que marcaron el cambio de siglo, muy anticipada, por tanto, a otros autores marxistas de la época. En estos primeros y breves escritos, de tipo periodístico todos ellos, se dedica sobre todo a desmitificar la imagen del militarismo como instrumento para la "defensa de la patria", y ello en dos vertientes: en primer lugar, y desde la óptica de su realidad más manifiesta, denunciándolo como instrumento de la conquista exterior y como factor con el que pueden crearse las condiciones para la acumulación de capital, esto es, como factor productivo para aquél; y en segundo lugar arremetiendo contra la concepción burguesa del ejército permanente y su corolario, la necesidad de la obediencia ciega por parte del soldado a los "principios" emanados de un Estado Mayor, concepción que encubría en realidad la perpetuación, por parte de las clases dominantes, de un sistema de opresión y de contención de las masas populares.

En sus escritos posteriores, cuando la guerra (1914-1918) es ya una realidad, el análisis de Rosa Luxemburg tiende no sólo a desenmascarar su carácter imperialista (no "defensivo"), sino sobre todo el entramado económico que la hace posible y necesaria: el militarismo y el armamentismo como esfera de acumulación privilegiada, de realización y de capitalización de la plusvalía, en cuyo proceso el papel clave corresponde al Estado burgués.

Pero paralelamente, al igual que todos los demás temas tratados

por ella, vincula el militarismo y la guerra directamente con la política económica y política de las clases dominantes, pero también con el oportunismo, el chovinismo y la política antiobrera de las socialdemocracias europeas antes y durante la guerra, las cuales, al votar los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914 y desmovilizar a las masas en aras de la "unión sagrada", habían conseguido de golpe desarmar ideológicamente a la clase obrera y respaldar los intereses imperialistas de sus respectivas burguesías, sellando con ello el fin de la II Internacional.

En efecto, en su crítica al militarismo Rosa Luxemburg tiene presentes, al igual que en el resto de toda su obra, a los dos enemigos principales de la clase obrera y del futuro de la humanidad entera: el capital (o la política económica de las clases dominantes del capitalismo) y su aliado, el oportunismo de las socialdemocracias, es decir, el abandono por parte de éstas de los principios más fundamentales del marxismo en aras de una política claudicante, pactista y conciliadora respecto de la burguesía. En efecto, ambos factores determinarían el fin de las últimas posibilidades de una resistencia popular de base internacionalista, y el triunfo de las ideologías patriótico-nacionalistas que harían posible, más tarde, la fragmentación de la clase obrera en base a las fronteras étnico-nacionales y su consiguiente debilidad para neutralizar la proliferación de Estados nacionales, de ejércitos nacionales y de opresiones de clase nacionales, por un lado, y para oponerse sobre sólidas bases teóricas y organizativas al auge posterior de los nacionalismos de corte irracionalista (fascismo, nacional-socialismo).

La responsabilidad de la política reformista-oportunista de las izquierdas occidentales había sido, pues, para Rosa Luxemburg, doble: a nivel objetivo, había suministrado el apoyo incondicional a la cosmovisión de las clases dominantes y su corolario, la guerra imperialista y el militarismo; a nivel subjetivo, había desarmado ideológica y políticamente a las fuerzas populares y progresistas en general, al negarles los únicos instrumentos sólidos de contestación: una teoría científica, no desnaturalizada, que fundamentara su lucha de emancipación contra el orden establecido, y la clarificación política y programática que les hubiera permitido aprehender y combatir desde la consciencia de la globalidad de sus tareas, a esas dos fuerzas enemigas.

En este sentido la clarividencia de Rosa Luxemburg desde 1898 es de una lucidez única en la II Internacional, y de ahí su empeño, desde los inicios, en restablecer el punto de vista de la totalidad frente a los puntos de vista parciales del oportunismo. Examina el militarismo, el colonialismo, el ejército, no como fenómenos aislados, sino como ele-

mentos históricos concretos que forman parte de un todo orgánico, único capaz, a su vez, de explicar las partes. Vemos, por ejemplo, en los dos primeros escritos seleccionados que, en su polémica con Schippel o con el fiscal, Rosa Luxemburg opone de forma didáctica, contra los argumentos circunstanciales *de sus adversarios, un enfoque metodológico basado en* los principios; *no centrado, por tanto, en los abusos del sistema, sino en la crítica al sistema en su globalidad.*

La solución de continuidad que ella ve entre reformismo-oportunismo-nacionalismo y la guerra le lleva a escribir en 1915, desde la cárcel, el opúsculo La crisis de la socialdemocracia *y las* Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional, *fragmentos que conforman la última parte de esta sección. En ambos escritos se lleva a cabo una crítica contundente de las causas de la guerra, y se denuncia la responsabilidad directa de la vieja socialdemocracia en ella y en el derrumbe del espíritu de la Internacional, única y última esperanza del movimiento obrero europeo. Ambos escritos pretenden extraer las oportunas lecciones de la derrota histórica, denunciar a los principales culpables, y desvelar las manipulaciones ideológicas que habían llevado a los trabajadores de todos los países a luchar unos contra otros: fraseologías tales como "la nación", "la defensa nacional" o "defensa de la patria", "guerra defensiva", "la necesaria unión del pueblo", etc., habían sido precisamente la cortina de humo tras la cual se pretendía esconder realidades mucho más dramáticas: la liquidación de la lucha de clases, la matanza generalizada de las masas populares en los frentes y la identificación de aquella vieja izquierda con los intereses del Estado burgués.*

MILICIA Y MILITARISMO*

I

No es la primera vez –y esperamos que tampoco será la última– que de las filas del partido se elevan voces criticando determinados puntos de nuestro programa, e incluso combatiendo nuestra táctica. Nunca apreciaremos bastante la necesidad de tales críticas. Pero sólo en cuanto al *modo* de ejercer esa crítica, pues no entendemos beneficiosa la costumbre, hoy imperante en el partido, de armar la gran tremolina, a la primera oportunidad, con el fin exclusivo de sobresalir entre la masa de afiliados. Lo que estimamos importante en la crítica son las bases de los argumentos y la visión general que de ellas se deduzca.

Y una visión general es, efectivamente, la que se manifiesta en la cruzada emprendida por Schippel, *el Lobo*, contra las milicias y a favor del militarismo.

En Schippel, al defender el militarismo, se aprecia como punto de vista general la opinión de que el actual sistema militarista es *necesa-*

---

* Reproducido de R.L., *Obras escogidas*, Ed. Era, México, 1978. Originalmente publicado en el *Leipziger Volkszeitung* del 20 al 25 de febrero de 1899.

rio. Con cuantos argumentos halla a mano, pretende demostrar la necesidad de un ejército permanente. Y, según cierto punto de vista, tiene razón, desde luego. El ejército permanente, el militarismo, es realmente imprescindible. Pero, ¿para quién? Para las clases y gobiernos actualmente dominantes. De lo cual se desprende, pues, que, *desde el punto de vista que les es propio,* la supresión del ejército permanente y la creación de milicias, es decir, el armamento del pueblo, han de ser, para estas clases, pretensiones tan inadmisibles como absurdas.

Y si Schippel, por su parte, coincide con esa opinión, ¿qué demuestra con ello sino que él mismo enfoca la cuestión militarista *desde el punto de vista burgués,* con igual perspectiva a la que le es propia a un gobierno capitalista o a la clase burguesa en general? Cuando opinamos así, englobamos igualmente, en nuestro juicio, todos los argumentos con que pretende justificar su posición. Schippel afirma que la cuestión capital del sistema de milicias, el proveer de armas a todos los ciudadanos, sería imposible de resolver económicamente, por no haber dinero bastante para ello, ni se debe sacar de otro lado, "ya que –y copio su frase– bastante mermado está el presupuesto de cultura". Claro que al decir esto no se imagina que pueda adoptarse un sistema contributivo distinto al prusiano, que rige *hoy* para toda Alemania y, por lo tanto, ha de renunciarse a la idea de obligar, por ejemplo, a la clase capitalista a contribuir en mayor proporción al sostenimiento de estas milicias.

Schippel considera indeseable la educación guerrera de la juventud –otro de los puntales del sistema militar– porque los suboficiales, sus instructores, habrían de ejercer la más perniciosa influencia sobre los jóvenes. Tan carente de una visión futura se manifiesta Schippel en este caso como en el referente a la reforma fiscal que pudieran acarrear las milicias, simplemente porque no se le ocurre un cambio en el espíritu de la gente encargada de la instrucción militar, creyendo que forzosamente han de ser los actuales subalternos imbuidos del espíritu cuartelero. Su manera de interpretar recuerda vivamente a la del profesor Julio Wolf, cuando en su tiempo veía un inconveniente en el régimen socialista, porque –según él– se presentaría un alza general en la tasa de interés...

La razón que Schippel alega para considerar indispensable el actual militarismo es la de que "alivia" a la sociedad de la opresión económica. Kautsky tiene problemas cuando trata de adivinar los motivos que pueden mover a un socialdemócrata a ver un "alivio" económico en el militarismo, y a un cúmulo de interpretaciones posibles le hace

acompañar de un sinfín de réplicas acertadas. No da en el clavo; pero se debe a que Schippel no adopta, al enjuiciar el asunto, el punto de vista que corresponde al pueblo trabajador. Si Schippel encuentra posible ese "alivio" es porque se coloca en el terreno del capital, y entonces tiene razón. Para él, el militarismo se presenta como una de las más importantes formas de inversión de capitales y, por lo tanto, ¿qué tiene de particular que coincida con la opinión capitalista, que considera como un *alivio* al militarismo? No dudo de que Schippel, en este aspecto, representa los intereses capitalistas. ¿Quién lo garantiza? Un fiador envidiable, el más apropiado.

En la sesión del Reichstag del 12 de enero de 1899, se decía lo siguiente:

> Yo afirmo, señores, que es completamente falsa la afirmación de que dos mil millones del presupuesto del Reichstag se apliquen a gastos improductivos y que frente a ellos no se presente gasto productivo alguno. Yo digo que no hay gasto más productivo que el aplicado al ejército.

Y el relato taquigráfico añade, como era de suponer: "Risas en los bancos de la izquierda." El orador era el *barón von Stumm*, el colega de Krupp.

Pero no importa tanto la *vacuidad* de las afirmaciones de Schippel como que se caracterice por adoptar el punto de vista de la sociedad burguesa, y pierda el ángulo visual propio de la socialdemocracia, viendo los asuntos completamente al revés. Según él, el ejército permanente es indispensable; el militarismo, económicamente provechoso; la milicia, irrealizable, etcétera.

Pero hay otra cosa sorprendente en Schippel: que su postura en esta cuestión del militarismo coincide con la adoptada por él en otros importantes problemas de la lucha política; en el proteccionismo, por ejemplo.

En primer lugar, tenemos su renuncia a relacionar con la democracia o la reacción las posturas que adopta ante la solución de un problema. Este oportunismo lo lleva a decir, en el discurso pronunciado en el Congreso de Stuttgart, que

> es completamente falso entender como idénticos libre cambio y progreso, al igual que no lo son reacción y proteccionismo. Muchas páginas de la historia nos demuestran que se puede ser, al mismo tiempo, librecambista y reaccionario, proteccionista y amigo de la democracia.

Hay entusiastas de las milicias que quisieran alterar nuestra vida de trabajo produciendo en el mercado perturbaciones y crisis, y trasplantar el espíritu cuartelero a las más jóvenes promociones escolares, lo cual es mucho peor que el actual militarismo. Existen contrarios a la milicia que son, en todo momento, enemigos mortales de cualquier concesión en el fuero y exigencias militares.

Pero, ¿qué importancia tiene para un socialdemócrata que los políticos *burgueses* no adopten en cada cuestión actitudes que respondan a un *principio*? Su política es política de circunstancias. De ello quiere deducir el socialdemócrata Schippel el derecho y la necesidad de negar el fondo inevitablemente reaccionario del militarismo y el proteccionismo en sí, aceptando necesariamente la significación progresista de la milicia y del libre cambio. Es decir, *no considerar estos asuntos como cuestión de principios.*

En segundo lugar vemos en sus intentos de apreciar el proteccionismo desligado de la cuestión militar una renuncia expresa a combatir ambos extremos formando un todo inseparable, unido por principio. En su discurso de Stuttgart oímos a Schippel atacar, por excesivas, ciertas tarifas solamente; pero reiterando el consejo de no "comprometerse", de no "atarse de pies y manos", de no combatir el proteccionismo por sistema y con carácter general. Ahora, en el número de noviembre de *Socialistischen Monatscheftus,* Schippel aplaude la campaña de agitación hecha en el parlamento y en la calle en contra de *las pretensiones militares que tengan un carácter concreto,* si bien con el consejo que da en la *Neue Zeit* de

no tomar por esencia del sistema militarista lo que son simples casualidades tan externas como secundarias, así como tampoco ciertos efectos *reaccionarios* que el militarismo hace sentir, casualmente, sobre otros aspectos de la vida social.

Y en último lugar y finalmente –y aquí se expone la base de ambos puntos de vista– vemos que su error fundamental consiste en considerar el problema con opinión que corresponde al *pasado* desarrollo burgués, es decir, en su aspecto progresivo y determinado por la historia, haciendo caso omiso de su evolución sucesiva, tanto presente como futura, la cual se halla en tan estrecha relación con el lado *reaccionario* de los fenómenos en cuestión. Para Schippel el proteccionismo sigue siendo lo que fue en tiempos del difunto Federico List, hace más de medio siglo: un gran progreso sobre el desmembramiento feudal y eco-

nómico de Alemania. Pero no puede admitir que el libre cambio sea hoy necesario para acabar con las fronteras económicas nacionales, que se levantan por doquier, dividiendo nuevamente lo que en otro tiempo llegó a ser mercado mundial y pone de manifiesto el carácter reaccionario del proteccionismo.

Otro tanto le ocurre en la cuestión del militarismo. Sigue viéndola todavía como instrumento de progreso, encarnado en el ejército permanente en base al servicio militar obligatorio, y frente a las antiguas mesnadas feudales y ejércitos mercenarios. Para Schippel, ahí se detiene la vida. Sobre el ejército permanente resbala la historia, sin que exija siquiera una mayor generalización del servicio militar obligatorio.

Pero, ¿qué importancia encierran estos puntos de vista, tan característicos, que Schippel adopta tanto para la cuestión aduanera como para la militar? Significan, en primer lugar, una política de *circunstancias* frente a una actitud de principios, y, en segundo lugar y en lógica consecuencia, un ataque contra el *sistema* mismo. Pues, ¿qué otra cosa es esta política sino oportunismo, ese buen amigo tan conocido en los últimos tiempos de la historia del partido?

Es la "política práctica" otra vez; es el oportunismo levantando nuevamente la cabeza y negándose, con Schippel, a pedir una milicia (punto de los más importantes de nuestro programa). En esta resurrección estriba, para el partido y su punto de vista, la verdadera importancia del éxito de Schippel. Sólo englobado en la totalidad de las tendencias afines y en su aspecto oportunista, puede juzgarse certeramente esta última manifestación socialdemócrata en favor del militarismo.

II

Es carácter esencial de la política oportunista concluir siempre, en lógica dependencia, sacrificando el objetivo final y los intereses de liberación de la clase obrera en beneficio de aquellos que le están más próximos y que, por regla general, suelen ser completamente ficticios.

Este postulado del beneficio inmediato concuerda exactamente con la posición adoptada por Schippel, y se demuestra claramente cuando en la cuestión militarista llega a hacer una afirmación importantísima. La principal razón que, según Schippel, nos fuerza a mantener el sistema militarista es el "alivio" económico que proporciona a la sociedad. Prescindamos de esta extraña declaración, que lo muestra como desconocedor de las más sencillas realidades económicas. Para

caracterizar su manera de razonar queremos aceptar, por un momento, que esa afirmación falsa sea verdad y que el militarismo "descargue" verdaderamente a la "sociedad" de sus fuerzas productoras excedentes.

¿Qué importancia encierra este fenómeno de "descarga" de fuerzas para la clase trabajadora? Solamente por cuanto el ejército castrense, siendo de carácter permanente, descarga en cierta manera aquel otro civil de reserva de trabajo que por hallarse siempre a disposición del capital, impide el alza de los salarios y empeora el mercado de fuerza trabajadora. Éste puede ser el anverso de la medalla. Veamos ahora el reverso. Presenta tres aspectos: primero, que el obrero, con el fin de limitar la competencia en el mercado de trabajo, y para disminuir la oferta, ha de ceder al Estado una parte de su salario con el fin de conservar, como soldados, a sus competidores; segundo, que hace de éstos un instrumento que sirve al Estado capitalista para sofocar todo movimiento encaminado a mejorar la situación del obrero (huelgas, coaliciones), en caso necesario a ahogarlo en sangre, resultando fallidas cuantas esperanzas puso la clase trabajadora en el militarismo como remedio contra la competencia en el mercado de trabajo; y tercero porque, al aceptar el sistema, el propio trabajador convierte a sus competidores en el puntal más firme de la reacción política del Estado, es decir, en el de su propia esclavitud social.

Digámoslo con otras palabras. Por el militarismo el trabajador burla, en determinada cantidad, una disminución inmediata de su salario; pero con ello pierde, en gran proporción y *por largo tiempo,* la posibilidad de luchar por el alza de los jornales o la mejora de su situación. Como vendedor de la fuerza de trabajo, gana; pero, al mismo tiempo, y como ciudadano, enajena su libertad de movimientos, para resultar, en último extremo, perjudicado también como vendedor de dicha fuerza. Elimina un competidor en el mercado de trabajo, pero ve surgir un guardián de su esclavitud como asalariado. Evita una disminución de jornal, para luego restringir tanto la perspectiva de una mejora duradera de su situación, como la posibilidad de una liberación definitiva, social, económica y política. Ésta es la verdadera significación del "alivio" económico de la clase trabajadora por medio del militarismo. Aquí, como en el caso de todos los especuladores de la política oportunista, vemos sacrificar los grandes fines de la liberación socialista de clase en favor de minúsculos intereses prácticos del momento, intereses que, por lo demás, son simplemente ficticios, como se demuestra apreciándolos más de cerca.

Preguntamos: ¿Cómo pudo Schippel llegar a la absurda idea de

calificar al militarismo como "alivio", y más desde el punto de vista de la clase trabajadora? Recordemos nuevamente cómo esta cuestión se presenta a la consideración capitalista. Ya hemos demostrado que, para el capital, el militarismo es la forma de inversión más beneficiosa y necesaria. Está claro que aquellos medios económicos que a través de los impuestos llegan a manos del gobierno, sirven para mantener el militarismo; que si hubieran quedado en poder del pueblo representarían una mayor demanda de medios de subsistencia, y que si el Estado los empleara en difundir la cultura, en mayor proporción, producirían una petición mayor de trabajo social. Así, pues, resultará que, para la sociedad en general, el militarismo no es, desde luego, un "alivio".

Mas, con respecto al beneficio capitalista, con respecto al empresario, la cuestión se presenta de modo distinto. Al capital no le puede ser indiferente que una demanda determinada de productos provenga de compradores dispersos o del Estado. Los pedidos oficiales se distinguen por su firmeza, su volumen y, en la mayor parte de los casos, por una relativa monopolización en los precios, todo lo cual hace del Estado el comprador más ventajoso, y sus pedidos, el negocio más brillante para el capital.

Pero la ventaja que presentan los suministros militares, comparados, por ejemplo, con los gastos oficiales dedicados a fines de cultura, son las continuas revoluciones técnicas y el crecimiento sin fin de los desembolsos bélicos, Así, pues, ¿qué tiene de particular que el militarismo sea para el capital la rica e inagotable fuente de ganancia que ha de elevar, además, el capital al rango de una potencia social? Esto lo saben bien los obreros de las fábricas de Krupp y Stumm.

Si para la sociedad en general se presenta el militarismo como un absurdo despilfarro de gigantescas fuerzas de producción, para la clase obrera significa, por el contrario, un empobrecimiento de su situación económica y la perpetuación de su esclavitud social. Si para la clase *capitalista* constituye, económicamente, el modo de inversión más insustituible y brillante, social y políticamente será el mayor sostén de su dominio de clase. Cuando, por lo tanto, Schippel declara resueltamente al militarismo como un "alivio" económico necesario, no sólo confunde el punto de vista de los intereses sociales con los intereses de clase, adoptando, por consiguiente –como dijimos al principio– el punto de vista burgués, sino que al entender que toda ventaja económica para la clase capitalista se traduce, necesariamente, en ventaja para la clase obrera, parte asimismo de la base de la *armonía de intereses entre capital y salario.*[...]

A la primera ojeada sorprenderá que un defensor de *esta* política encuentre incluso la posibilidad de remitirse a los fundadores del programa socialdemócrata, y hasta crea muy seriamente que si el barón von Stumm le sale de garante en la cuestión militar, no obsta para que también lo avale Federico Engels. Lo que Schippel cree tener de común con éste es haber visto la necesidad y el carácter histórico del militarismo. Pero ello no indica otra cosa que cuando no se digiere –como antes le ocurrió– la dialéctica hegeliana ni la concepción marxista de la Historia –como le sucede ahora– se corre el grave peligro de sufrir serios trastornos cerebrales. Como también se demuestra que, tanto el pensamiento dialéctico en general como la filosofía materialista de la Historia en particular, son tan revolucionarios en su justa interpretación, como peligrosas y reaccionarias pueden ser las consecuencias a deducir si se los entiende al revés. Leyendo las citas que Schippel saca especialmente del *Antidühring,* de Engels, tratando del desarrollo del sistema militarista y de su desaparición y conversión en ejército popular, no acertaremos, a primera vista, con la diferencia que existe entre la concepción de Schippel y la aceptada por el partido.

Nosotros juzgamos al militarismo, tal cual es hoy, como un producto fatal e irremediable de la evolución social, y así lo ve Schippel. También afirmamos que el militarismo ha de terminar, dado su desarrollo ulterior, en ejército popular y lo mismo afirma Schippel. ¿En dónde está, por lo tanto, la diferencia que pudiera llevarlo a una postura reaccionaria en la cuestión de las milicias? Es muy sencillo. En tanto que nosotros, de acuerdo con Engels, vemos en la evolución del militarismo hacia las milicias *simplemente las condiciones* que llevan a su desaparición, Schippel opina que el futuro ejército popular surgirá *por sí mismo,* "de dentro hacia afuera", y del actual sistema militar. Mientras nosotros, apoyados en estas condiciones materiales que nos ofrece el desarrollo objetivo y el acortamiento del tiempo de servicio, creemos llegar *por la lucha política* a la realización del sistema de milicias, Schippel pone su esperanza en la evolución misma del militarismo y en sus consecuencias lógicas, y tacha de mera fantasía y de política de café toda intervención consciente que tienda a crear las milicias.

Lo que de esta manera hemos obtenido no es la concepción histórica de *Engels,* sino la de Bernstein. Así como en ésta la economía capitalista llega sin violencias, tranquilamente, a "florecer" en socialista, de igual manera, en Schippel, el militarismo actual dará como fruto espontáneo las milicias. Y como a Bernstein le sucede con el capitalismo en general, le ocurre a Schippel respecto al militarismo, no compren-

diendo que el desarrollo objetivo, material, nos traerá a la mano solamente las *condiciones* de un grado mayor de desenvolvimiento, pero que sin nuestra *intervención consciente,* sin la lucha *política* de la clase trabajadora en pos de la transformación socialista o de las milicias, ni la una ni la otra se realizaría jamás.

Mas como ese cómodo "florecer" no pasa de ser una quimera, una huida oportunista para evitar la lucha revolucionaria y consciente, la revolución social y política a que ese camino lleva se convierte en un pobre trabajo burgués de remiendos y composturas. Al igual que en la teoría de la "socialización lenta", de Bernstein, desaparece hasta la noción del socialismo mismo –al menos lo que nosotros entendemos bajo ese concepto–, convirtiéndolo en un "control social", es decir, en unas inofensivas reformas sociales burguesas; también en la concepción de Schippel el "ejército popular", formado por el pueblo en armas y siendo árbitro de la paz y de la guerra, que es nuestro fin, queda transformado en un deber militar exclusivo a todos los ciudadanos útiles, con un menor tiempo de servicio, pero siempre dentro del actual sistema de ejército permanente. Aplicar a todos los objetivos de nuestra lucha política la concepción de Schippel, nos llevaría, en línea recta, al abandono total del programa socialdemócrata.

La defensa que Schippel hace del militarismo es una exposición clara de toda la corriente revisionista y, al propio tiempo, una paso importante en el desarrollo de la misma. Antes conocimos a un diputado socialdemócrata, Heine, que quería acceder, en determinadas condiciones, a las exigencias militares del gobierno capitalista. Pero era pensando simplemente en hacer esas concesiones con vista a fines más altos de la democracia. Según Heine, los cañones servirían, al menos, para pagar ciertos derechos que se otorgarían al pueblo. Pero ahora Schippel explica su concesión por los cañones en sí. Si tanto aquí como allí el *resultado* es idéntico, es decir, un apoyo al militarismo, siquiera en Heine fue el producto de una falsa interpretación en la *forma de luchar* socialdemócrata. Pero, en Schippel, se debe simplemente a un desplazamiento del *objeto* de la lucha.

Allí se propuso, en vez de la táctica socialdemócrata, la burguesa, pero aquí se coloca, con el mayor desparpajo, en lugar del socialdemócrata, el *programa burgués.*

En el "escepticismo miliciano" de Schippel, la "política práctica" ha sacado sus últimas consecuencias. En sentido reaccionario no puede ir más allá; pero todavía le queda extenderse sobre otros puntos del programa antes de arrojar del todo el manto socialista, con cuyos col-

gajos se cubre, para presentarse en toda su clásica desnudez: como el padre Naumann*[...]

DISCURSO ANTE EL TRIBUNAL DE FRANKFURT**

Mis abogados defensores han demostrado jurídicamente de sobra la nulidad de hecho de los cargos de la acusación. Yo, por tanto, quisiera considerar la acusación desde un punto de vista diferente. Tanto en la exposición oral a que ha procedido hoy el señor fiscal como en su acta escrita de acusación juega un gran papel no sólo la literalidad de las manifestaciones mías que han sido incriminadas sino, todavía más, la *interpretación y la tendencia* presuntamente inherentes a tales palabras. Repetidamente y con el mayor énfasis ha subrayado el señor fiscal lo que, según él, yo *sabía y quería* mientras formulaba mis manifestaciones en aquellos mítines. Ahora bien, sobre ese momento psicológico interno de mi discurso, sobre mi conciencia, nadie es, desde luego, más competente que yo y sobre todo nadie sino yo puede dar explicaciones completas y fundamentadas.

Ya desde este momento quiero hacer notar que estoy plenamente dispuesta a darle al señor fiscal y a ustedes, señores jueces, explicaciones detalladas. Y para ir directamente a la cuestión principal, quiero dejar desde ahora bien sentado que lo que el señor fiscal, apoyándose en las declaraciones de sus testigos de cargo, ha descrito aquí como mis pensamientos, mis intenciones y mis sentimientos no ha sido sino una *banal y vulgar caricatura tanto de mi discurso como del procedimiento de agitación socialdemócrata en general.* Al escuchar las afirmaciones del fiscal no pude sino reírme y pensar para mis adentros: de

---

* F. Naumann fue un teólogo evangelista, fundador de las Asociaciones Sociales Nacionales, que intentó someter la clase obrera al Estado alemán, mediante un reformismo pequeño burgués y una fraseología liberal. Trabajó en estrecha colaboración con el capital financiero y tuvo relaciones políticas con los dirigentes oportunistas de la socialdemocracia alemana.

** Pronunciado el 20 de febrero de 1914. Reproducido de R.L., *Escritos Políticos*, citado, pp. 239-253. Originalmente publicado en el *Vorwärts* el 22 de febrero de 1914.

nuevo un ejemplo típico de la poca cultura formal que hace falta para entender las ideas socialdemócratas, para entender nuestro pensamiento en toda su complejidad, finura científica y profundidad histórica cuando la pertenencia de clase coloca obstáculos para acceder a aquélla. Si hubiesen preguntado, señores jueces, al trabajador más simple e inculto de los miles que acuden a mis mítines, les habría mostrado un cuadro completamente diferente, una impresión totalmente distinta, de mis manifestaciones. Sí: los hombres y las mujeres sencillos del pueblo trabajador están mucho mejor preparados para captar un pensamiento, el nuestro, que se refleja en el cerebro de un fiscal prusiano, como en un espejo convexo, caricaturizado. Quiero demostrar esto profundizando más en algunos puntos.

El señor fiscal ha repetido en varias ocasiones que aun antes de llegar a pronunciar las palabras que han sido incriminadas y que constituyeron, supuestamente, el punto culminante de mi discurso estuve "soliviantando sin medida" a los miles de personas presentes en aquel mitin. A esto tengo que replicar: *¡Señor fiscal, nosotros los socialdemócratas no nos dedicamos a soliviantar!* Porque, ¿qué quiere decir "soliviantar"? ¿Acaso intenté azuzar a los reunidos diciéndoles: Cuando lleguéis como alemanes en tiempo de guerra a un país enemigo, por ejemplo a China, devastadlo todo de manera que en cien años ningún chino se atreva a mirar de reojo a un alemán? Si hubiese hablado *así*, sí que habría soliviantado a la concurrencia. ¿O es que acaso intenté instilar entre las masas reunidas el oscurantismo nacional, el chovinismo, el desprecio y el odio hacia otras razas y pueblos? Eso sí que habría sido soliviantar.

Pero es que no hablé así; jamás hablaría así un socialdemócrata con educación. Lo que yo hice en aquel mitin de Frankfurt y lo que nosotros, los socialdemócratas, hacemos continuamente de palabra y por escrito es *esclarecer, hacer conscientes a las masas trabajadoras de sus intereses de clase y de sus tareas históricas*, poner ante ellas de manifiesto las grandes líneas de desarrollo histórico, las tendencias que muestran las transformaciones económicas, políticas y sociales que se producen en las entrañas de nuestra sociedad actual y que conducen, con férrea necesidad, a que un día, llegados a un cierto nivel de desarrollo, el orden social establecido se vea desplazado y en su lugar se coloque el orden social superior, socialista. Así agitamos nosotros, así elevamos nosotros, a través de la acción ennoblecedora de la perspectiva histórica, sobre cuyo suelo nos colocamos, la vida moral de las masas. Sobre la base de estos mismos grandes puntos de vista conducimos

–porque entre nosotros, socialdemócratas, todo se agrega hasta constituir una visión del mundo armónica, coherente, científicamente fundamentada– también nuestra *agitación contra la guerra y el militarismo.* Y si el señor fiscal con sus miserables testigos de cargo no entiende todo esto más que como un simple empeño de soliviantar, hay que decir que la tosquedad y el simplismo de su modo de ver es consecuencia, única y exclusivamente, de la *incapacidad del fiscal para pensar en moldes socialdemócratas.*

Por otra parte, el señor fiscal ha aludido más de una vez a mis presuntas instigaciones al *"asesinato de superiores jerárquicos".* Estas instigaciones veladas, pero comprensibles para cualquiera, al asesinato de oficiales tendrían que sacar a la luz, muy particularmente, la negrura de mi alma y lo altamente peligrosas que son mis intenciones. Ahora bien, les ruego que acepten por un momento incluso que las palabras que se han puesto en mi boca son las verdaderas. En ese caso, tras pensarlo un poco no tendrán más remedio que reconocer que el fiscal en verdad –con la loable intención de pintarme con los tonos más negros posibles– ha desavariado a este respecto con exceso. Porque, ¿en qué circunstancias y contra *qué* "superiores" habría yo instigado a matar? El acta de acusación misma dice que yo habría preconizado para Alemania el *sistema de milicias* y habría definido como lo esencial de ese sistema la obligación por parte de los milicianos de llevarse a sus casas –como ocurre en Suiza– el armamento ligero. Y entonces –entiéndase bien: *entonces*– habría añadido la observación de que las armas también podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder. La cosa está, pues, clara: el señor fiscal me inculpa de haber instigado al asesinato no de los oficiales del Ejército alemán actual sino ¡contra los superiores de *las milicias alemanas del futuro*! Nuestra propaganda a favor del sistema de milicias es atacada de la forma más dura y a mí misma se me cuenta en la acusación como delito. Y justo en estas condiciones el fiscal se siente en el deber de asumir la defensa de la vida por mí amenazada de los oficiales de ese denostado sistema de milicias. Un paso más y el señor fiscal, en el ardor de la batalla, presentará contra mí la acusación de *¡instigar a atentados contra el presidente de la futura República Alemana!*

Pero ¿qué dije yo en realidad acerca del llamado asesinato de superiores jerárquicos? ¡Algo completamente distinto! En mi discurso hice referencia al hecho de que los defensores oficiales del militarismo actual suelen justificar éste acudiendo a la frase de la necesaria defensa

de la patria. Pero si se tratase en verdad de un interés de la patria entendido con franqueza y sinceridad –seguí diciendo– las clases dominantes no tendrían otra cosa que hacer más que llevar a la práctica el viejo punto del programa socialdemócrata que exige un sistema de milicias. Porque este sistema es la única garantía segura de defensa de la patria, ya que sólo el pueblo libre que se enfrenta por propia decisión contra el enemigo constituye el único bastión suficiente y digno de confianza para la defensa de la libertad y la independencia de la patria. Sólo entonces podría decirse: ¡Patria querida, puedes estar tranquila! ¿Por qué razón, pregunté, los defensores oficiales de la patria no quieren saber nada de este sistema de defensa, el único eficaz? Sólo porque lo que a ellos les importa precisamente no es en primer lugar, ni en segundo, la defensa de la patria sino la guerra imperialista de conquista, para la cual la milicia no sirve. Y, por otra parte, las clases dominantes tienen sus temores en poner las armas en manos del pueblo trabajador por la razón de que su mala consciencia de explotadores les hace recelar que las armas podrían volverse en alguna ocasión en una dirección distinta a la deseada por los detentadores del poder.

O sea: lo que yo formulé en su momento como los *temores de las clases dominantes* ¡se me imputa ahora por el fiscal, en base a la palabra de sus torpes testigos de cargo, como si se tratase de mi propia exhortación! Aquí tienen una muestra más de la confusión que ha creado en su cerebro la incapacidad absoluta de seguir el pensamiento socialdemócrata.

Es igualmente falsa la afirmación de la acusación que pretende que yo ponderé el *ejemplo holandés,* en cuyo ejército colonial están facultados para matar al oficial que les maltrate. En realidad hablé en aquel momento, en relación con el militarismo y los malos tratos a los soldados, de nuestro inolvidable dirigente *Bebel* y recordé que uno de los más importantes capítulos de su actividad fue la lucha que llevó en el Reichstag en contra de los malos tratos a los soldados, citando como ilustración de estos diversos discursos de Bebel que pueden encontrarse en las actas taquigráficas de los debates del Reichstag –las cuales, hasta donde llega mi información, están legalmente autorizadas– y entre esos discursos hice referencia a lo que Bebel dijo, en el año 1893, acerca de los usos en el ejército colonial holandés. Como ven, señores, también a este respecto el celo puesto por el señor fiscal le ha gastado una mala pasada: tendría que haber dirigido su acusación, en cualquier caso, no contra mí sino contra otra persona.

Pero pasemos ya al punto capital de la acusación. El señor fiscal

deriva su cargo principal, es decir, *la afirmación* de que en las manifestaciones mías que fueron incriminadas *yo exhortaba a los soldados a desobedecer en caso de guerra las órdenes y a no disparar contra el enemigo,* de una deducción que a él le parece evidentemente de una fuerza demostrativa irrefutable y de una lógica concluyente. En su deducción procede el señor fiscal del siguiente modo: dado que yo agitaba contra el militarismo, dado que quería impedir la guerra, obviamente no podía seguir otro camino ni imaginar otro medio más eficaz que exhortar directamente a los soldados diciéndoles: Cuando se os ordene disparar, ¡no disparéis! Pues no es verdad, señores jueces, ¡qué conclusión más poco convincente, qué lógica más irresistible! Permítanme que lo diga con toda claridad: esa lógica y esa conclusión se derivan de la concepción propia del señor fiscal, no de la mía, no de la de la socialdemocracia. Les ruego que en este punto presten la mayor atención. Yo digo: la conclusión de que el único medio eficaz para impedir las guerras consiste en dirigirse directamente a los soldados y exhortarles a que no disparen es una conclusión que en realidad no representa sino la otra cara de la concepción según la cual mientras el soldado obedezca las órdenes de sus superiores todo funcionará bien en el Estado; una concepción según la cual –por decirlo brevemente– el fundamento del poder estatal y del militarismo es la *obediencia ciega del soldado.* Esta concepción del señor fiscal cuadra perfectamente, por ejemplo, con las manifestaciones del más alto señor de la guerra, hechas públicas oficialmente, según las cuales el káiser dijo en la recepción al rey de los helenos, en Potsdam el 6 de noviembre del año pasado, que el éxito del ejército griego demostraba que "los principios sustentados por nuestro Estado Mayor y por nuestras tropas garantizan siempre, bien utilizados, la victoria". *El Estado Mayor con sus "principios" y el soldado con su ciega obediencia:* tales son los fundamentos de la conducción de la guerra y la garantía de la victoria. Ahora bien, *los socialdemócratas no compartimos esta concepción precisamente.* Nosotros pensamos, contrariamente, que sobre la realización y el curso de las guerras no decide tan sólo el Ejército, las "órdenes" por arriba y la "obediencia" ciega por abajo. Sobre estas cuestiones *decide y ha de decidir la gran masa del pueblo trabajador. A nosotros nos parece que las guerras sólo pueden hacerse y hacerse mientras las masas trabajadoras o bien participan entusiásticamente en ellas porque las ven como una causa justa y necesaria o bien, por lo menos, las soportan con paciencia.* Si, por el contrario, la gran mayoría del pueblo trabajador llega a la convicción *–y suscitar esta convicción, despertar es-*

ta consciencia, es justamente la tarea que nos marcamos los socialdemócratas– cuando, digo, *la mayoría del pueblo llega a la convicción de que las guerras son un fenómeno bárbaro, profundamente inmoral, reaccionario y enemigo del pueblo, entonces las guerras se tornan imposibles,* ¡por más que de momento el soldado siga obedeciendo las órdenes de la superioridad! En la concepción del fiscal, el *Ejército* es el partido que lleva adelante la guerra; en *nuestra* concepción es *todo el pueblo.* Es éste quien ha de decidir si se va o no a la guerra. Son las masas trabajadoras integradas por hombres y mujeres, por viejos y jóvenes, quienes han de decidir el ser o el no ser del militarismo actual y no una pequeña parte de ese pueblo acogida al llamado pabellón del rey.

He declarado todo esto porque tengo aquí en la mano una prueba ya clásica de que ésta es en realidad mi concepción, nuestra concepción de estos problemas.

Por una casualidad puedo contestar a la pregunta del fiscal de Frankfurt acerca de *qué* quería decir cuando dije "*nosotros* no lo haremos", con un fragmento de un discurso pronunciado por mí aquí en Frankfurt. El 17 de abril de 1910 hablé en el circo Schuman ante unas 6000 personas sobre la lucha por el sufragio en Prusia –como ustedes saben nuestra lucha estaba entonces en su punto álgido– y en el acta taquigráfica de aquel discurso encuentro en la página 10 lo siguiente:

"¡Queridos compañeros! He dicho que en la presente lucha por el sufragio, como en todos los importantes problemas políticos relacionados con el progreso en Alemania, nosotros estamos completamente solos. Pero ¿quiénes somos "*nosotros*"? "*Nosotros*" somos, claramente, los millones de proletarios y proletarias de Prusia y de Alemania. Sí, pero nosotros somos algo más que una cifra. Nosotros somos los millones de cuyo trabajo vive la sociedad. Y basta con que este sencillo hecho eche firmes raíces en la consciencia de las más amplias masas proletarias de Alemania para que alguna vez llegue el momento en que se le pueda dejar claro a la reacción dominante en Prusia que el mundo puede pasárselas muy bien sin los júnkers del este del Elba y sin los condes centristas, sin consejos secretos y, en caso de necesidad, también sin fiscales, pero que en cualquier caso no podría seguir existiendo ni veinticuatro horas si los trabajadores se cruzasen de brazos."

Ya lo ven ustedes, aquí dejo bien claro dónde vemos nosotros el punto clave de la vida política y de la suerte del Estado: *en la consciencia, en la voluntad claramente formada, en la decisión de las grandes*

masas trabajadoras. Y exactamente igual entendemos la cuestión del militarismo. Si la clase obrera piensa y decide no permitir las guerras, las guerras resultan imposibles.

Tengo todavía más pruebas de que nosotros entendemos así y no de otra manera la agitación sobre la cuestión militar. En verdad no puedo sino maravillarme: el señor fiscal se ha tomado la gran molestia de destilar de mis palabras por interpretaciones, suposiciones y deducciones arbitrarias de qué modo me había propuesto yo enfrentarme a la guerra. Y, sin embargo, ante él había material probatorio para dar y vender. No conducimos nosotros nuestra agitación antimilitarista, como si dijésemos, en el secreto de la oscuridad, ocultamente, no; lo hacemos ante la más pública luz. Desde hace decenios la lucha contra el militarismo constituye un elemento importante de nuestra agitación. Ya desde los tiempos de la vieja Internacional viene siendo objeto de deliberaciones y resoluciones en casi todos los congresos tanto de la Internacional como del partido alemán. A este respecto el señor fiscal habría tenido a su disposición un riquísimo material del mayor interés. No puedo yo exponer, desgraciadamente, todo el material pertinente. Pero al menos permítanme que aduzca aquí lo más importante.

Ya el *Congreso de Bruselas de la Internacional* celebrado el año 1868 hace referencia a medidas prácticas para impedir la guerra. Dice en su resolución entre otras cosas:

"[dado] que los pueblos pueden ya ahora reducir el número de guerras oponiéndose a aquellos que las declaran y causan;

que este derecho les asiste sobre todo a las clases trabajadoras, ya que son casi las únicas que son llamadas al servicio militar, por lo que sólo ellas pueden aprobar o no las guerras;

que disponen en este sentido de un medio eficaz, legal y por el momento realizable;

que la sociedad no podría en verdad vivir si la producción cesase por un tiempo, por lo cual los productores no tendrían sino que parar su trabajo para hacerles imposible su empresa a los gobiernos despóticos y personales;

resuelve el Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores reunido en Bruselas protestar del modo más enérgico contra la guerra e invita a todas las secciones de la Asociación en todos los países, así como a todas las uniones de trabajadores y organizaciones obreras sin distinciones, a actuar con el mayor celo para impedir la guerra de un pueblo contra otro, que sería, por ser una guerra entre productores, es decir, entre hermanos y ciudadanos, una guerra civil.

El Congreso aconseja a los trabajadores, en particular, que en caso de que se declare la guerra en su país, cesen el trabajo."

No voy a pararme en las demás y numerosas resoluciones de la vieja Internacional y paso a los congresos de la nueva Internacional. El Congreso de *Zürich* de 1893 declaró:

"La posición de los trabajadores con respecto a la guerra está claramente marcada por la resolución del Congreso de Bruselas sobre el militarismo. La Socialdemocracia revolucionaria internacional tiene el deber de oponerse en todos los países con todas sus fuerzas a las tendencias chovinistas de la clase dominante, estrechar cada vez más el vínculo de solidaridad que une a los obreros de todos los países y actuar sin descanso para acabar con el capitalismo, que ha dividido a la humanidad en dos campos enemigos, incitando a unos pueblos contra otros. Con la supresión del dominio de clase desparecerá también la guerra. El final del capitalismo significará la paz mundial."

El Congreso de *Londres* de 1896 declaró:

"Sólo la clase obrera puede tener seriamente la voluntad y dotarse de los medios para conseguir la paz mundial. Por lo tanto exige:

1. Supresión simultánea de los ejércitos permanentes en todos los Estados e introducción del armamento del pueblo.
2. Institución de un tribunal internacional de arbitraje cuyas sentencias tengan fuerza de ley.
3. Decisión definitiva y directa por el pueblo sobre la guerra o la paz en el caso de que los gobiernos no acepten las decisiones del tribunal de arbitraje."

El Congreso de *París* de 1900 recomienda como método práctico de lucha contra el militarismo:

"que los partidos socialistas hagan suya la tarea de educar y organizar a la juventud en un espíritu de lucha contra el militarismo y cumplan este empeño con el mayor celo."

Permítanme que cite todavía un paso importante de la resolución del Congreso de *Stuttgart* de 1907 en el que se sintetizaba ya de un modo muy gráfico toda una serie de actividades prácticas de la Socialdemocracia en la lucha contra la guerra. Dice así:

"El proletariado ha recurrido, de hecho, desde el Congreso internacional de Bruselas en su incansable lucha contra el militarismo con la *negativa de los medios para el armamento de tierra y mar* y con los esfuerzos por la *democratización de la organización militar* con una insistencia y un éxito crecientes a las más diversas formas de acción encaminadas a impedir el estallido de guerras o a finalizar las que se

hayan declarado, así como a aprovechar el sacudimiento de la sociedad provocado por las guerras para la liberación de la clase obrera: tal ha sido el caso, por ejemplo, de los acuerdos de los sindicatos ingleses y franceses tras el caso Faschoda dirigidos a asegurar la paz y el restablecimiento de relaciones de amistad entre Inglaterra y Francia; de la actuación de los partidos socialistas en los parlamentos alemán y francés en el curso de la crisis de Marruecos; de las manifestaciones que con el mismo fin fueron organizadas por los socialistas alemanes y franceses; de la actuación conjunta de los socialistas de Austria e Italis, que se reunieron en Trieste para impedir un conflicto entre ambos estados; también de la enérgica acción de los trabajadores socialistas de Suecia para impedir un ataque contra Noruega; así como, finalmente, de los heroicos sacrificios y luchas de masas de los obreros y campesinos socialistas de Rusia y Polonia en la resistencia contra la guerra desencadenada por el zarismo, para poner fin a éste y para aprovechar la crisis para la liberación del país y de las clases trabajadoras. Todas estas actuaciones testimonian el creciente poder del proletariado y su *creciente presión encaminada a asegurar el mantenimiento de la paz por medio de su decidida intervención.*"

Y ahora pregunto yo: ¿encuentran ustedes, señores, en todas estas resoluciones y acuerdos siquiera una exhortación dirigida a que nos coloquemos delante de los soldados y les gritemos: ¡No disparéis!? Y ello ¿por qué? ¿Acaso porque tengamos miedo de las consecuencias de este tipo de agitación, de los artículos correspondientes del código penal? Ay, ¡pobres de nosotros si por temor ante las consecuencias dejásemos de hacer algo que hubiésemos llegado a considerar justo y necesario! No. No lo hacemos porque nos decimos: esos que están bajo el llamado pabellón del rey no son, en realidad, sino una parte del pueblo trabajador y cuando éste llegue al necesario convencimiento con respecto a lo reprobable de las guerras y advierta que éstas son un enemigo del pueblo, entonces también los soldados sabrán por sí mismos, sin necesidad de exhortaciones desde fuera, lo que tendrán que hacer cuando llegue el momento.

Como ven, señores, nuestra agitación contra el militarismo no es tan pobre ni tan simplista como se la imagina el señor fiscal. Tenemos tantos y tan variados medios de intervención: *educación de la juventud* –que llevamos a cabo con celo y con éxito considerable a pesar de todas las dificultades que se ponen en nuestro camino–, *propaganda del sistema de milicias, concentraciones de masas, manifestaciones de calle...* Finalmente, consideren el caso italiano. ¿Cómo han respondido

allí los trabajadores conscientes a la aventura bélica de Trípoli? Con una huelga de masas demostrativa ejecutada del modo más brillante. Y ¿cómo reaccionó ante esto la Socialdemocracia alemana? El 12 de noviembre los trabajadores berlineses adoptaron en 12 asambleas una resolución *en la que se felicitaba a los compañeros italianos por la huelga de masas.*

¡Claro, *la huelga de masas!*, dice el fiscal. Justo aquí cree haberme cogido una vez más en mis más peligrosas intenciones atentatorias contra el Estado. El fiscal ha basado hoy su acusación muy especialmente en observaciones sobre mi agitación en favor de la huelga de masas, *con la que asoció las más siniestras perspectivas de revolución violenta, como sólo pueden existir en la fantasía de un fiscal prusiano.* Señor fiscal: si viese en usted la más mínima capacidad de discernimiento en lo que se refiere al pensamiento de la Socialdemocracia, a una noble concepción de la historia, le replicaría, como expongo con éxito en todas las reuniones populares, que las huelgas de masas, en tanto que *período determinado del desarrollo de las condiciones actuales,* no se "hacen", igual que no se "hacen" las revoluciones. Las huelgas de masas son una *etapa de la lucha de clases* a la que, en cualquier caso, conduce con necesidad natural nuestra evolución actual. Todo nuestro papel, de la Socialdemocracia, con respecto a ellas consiste en *hacer consciente a la clase obrera de esta tendencia del desarrollo,* para que los trabajadores estén a la altura de sus tareas y actúen como una masa popular educada, disciplinada, madura, decidida y enérgica.

Ya lo ven: una vez más, al introducir el fiscal en la acusación el fantasma de la huelga de masas tal como él la entiende, quiere en realidad castigarme por sus ideas, no por las mías.

Y aquí quiero acabar. Sólo quisiera hacer otra observación. El señor fiscal ha dedicado en su exposición especialmente mucha atención a mi pequeña persona. Ha dicho de mí que soy el gran peligro para la seguridad del Estado e incluso no ha rehuido *descender al nivel de la demagogia* y llamarme "Rosa la roja". Sí: *se ha atrevido incluso a sospechar de mi honorabilidad personal* al plantear la hipótesis de que huiría en el caso de que se pronuncie contra mí una sentencia condenatoria.

Señor fiscal: voy a eludir, por lo que a mi persona hace, responder a todos sus ataques. Pero quiero decirle una cosa: *¡No conoce usted a la Socialdemocracia!* (El presidente interrumpe: "No podemos tolerar discursos políticos aquí".) En el año 1913, por ejemplo, mu-

chos de sus colegas sudaron lo suyo para que al conjunto de nuestra prensa se le impusiera la pena de 60 meses de prisión. ¿Ha oído usted acaso que al menos uno de los pecadores hubiese huido por miedo al castigo? ¿Es que cree usted que esa enormidad de castigos hará que ni un solo socialdemócrata vacile o dude en el cumplimiento de su deber? *¡Ah, no; nuestra obra se burla de todas las sutilezas de sus artículos penales, se afirma y crece a pesar de todos los fiscales!*

Para acabar todavía unas palabras sobre el *incalificable ataque, destinado a volverse contra sus autores.*

El fiscal ha dicho literalmente –me lo he anotado– que solicitaba mi inmediato encarcelamiento porque "sería incomprensible que la acusada no huyese". Esto quiere decir, con otras palabras: "Si yo, fiscal, tuviese que cumplir un año de cárcel, huiría". *Señor fiscal: le creo, usted huiría. Pero un socialdemócrata no huye. Responde de sus actos y se ríe de sus castigos.*

¡Y ahora me pueden condenar!

De: CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA*

[...] El voto positivo de los créditos por parte de la fracción parlamentaria dio la consigna a todas las instancias dirigentes del movimiento obrero. Los dirigentes sindicales ordenaron inmediatamente la suspensión de todas las luchas salariales y se lo comunicaron oficialmente a los empresarios invocando explícitamente los deberes patrióticos de la paz civil. La lucha contra la explotación capitalista fue abandonada voluntariamente mientras durase la guerra. Los mismos dirigentes sindicales se hicieron cargo del envío de trabajadores de las ciudades a los agrarios para asegurarles la recogida sin problemas de la cosecha. La dirección del movimiento socialdemócrata de mujeres proclamó el hermanamiento con las mujeres burguesas en un "servicio nacional femenino" común, de modo que la fuerza de trabajo más importante que le quedaba al partido después de la movilización del país no se iba a em-

---

* Reproducido de R.L., *Escritos Políticos*, citado, pp. 255-398. Publicado en enero de 1916, en Zürich.

plear en la agitación socialdemócrata sino en unos servicios nacionales de samaritanas como el reparto de sopa, asesoramiento, etc. Bajo la ley anti-socialista el partido había utilizado las elecciones parlamentarias para, a pesar de todos los estados de sitio y de las persecuciones de que era objeto la prensa socialdemócrata, seguir con la labor de esclarecimiento y afirmar su posición. Ahora la Socialdemocracia renunciaba oficialmente en las elecciones complementarias para el Reichstag, las asambleas regionales y las representaciones comunales a toda lucha electoral, es decir, a toda agitación y a todo esclarecimiento en el sentido de la lucha proletaria de clases, reduciendo las elecciones parlamentarias a su contenido puramente burgués: a una provisión de mandatos acerca de la cual la Socialdemocracia se concertaba separada, pero pacíficamente con los partidos burgueses. La aprobación del presupuesto por parte de los representantes socialdemócratas en las asambleas regionales y en las representaciones comunales –con la excepción de las asambleas regionales de Alsacia-Lorena y Prusia– invocando solemnemente la paz civil subrayó la ruptura radical con la praxis de antes de la guerra. La prensa socialdemócrata, con un par de excepciones como mucho, se puso a exaltar en tonos fuertes el principio de la unidad nacional como interés vital del pueblo alemán. Advirtió justo al comienzo de la guerra que no se retirasen las cuentas de las cajas de ahorro, con lo que salió al paso con todos los recursos a su alcance frente a la perturbación de la vida económica del país asegurando la importante utilización de las cajas de ahorro para los créditos de guerra; advirtió a las proletarias que no les contasen a sus maridos en los campos de batalla nada sobre su propia miseria y la de sus hijos ni sobre las insuficientes prestaciones por parte del Estado, aconsejándoles que mejor "tranquilizasen y elevasen la moral" de los guerreros por medio de descripciones de la gran felicidad familiar y de "*amigables exposiciones sobre la ayuda* hasta ahora asegurada". Alabó la labor educativa del movimiento obrero moderno en tanto que auxiliar destacado en la conducción de la guerra. [...]

El órgano teórico del partido, *Die Neue Zeit* (número 23 correspondiente al 25 de septiembre de 1914), declaraba: "Mientras la cuestión sea únicamente *la victoria o la derrota* todas las demás cuestiones se quedan en un segundo plano, *incluida la cuestión de la finalidad de la guerra. Es decir, de momento desaparece toda diferencia de partidos, clases y naciones en el seno del Ejército y de la población.*" Y en el número 8 del 27 de noviembre de 1914 declara la misma *Neue Zeit* en un artículo titulado "Los límites de la Internacional": "La guerra

mundial escinde a los socialistas en campos diferentes y, predominantemente, en campos nacionales diferentes. *La Internacional es incapaz de evitarlo.* Es decir, la Internacional no es un instrumento eficaz en la guerra; es, esencialmente, un instrumento para la paz". Su "gran tarea histórica" es la "lucha por la paz, *la lucha de clases en la paz".*

La Socialdemocracia declaró, por consiguiente, el 4 de agosto que la lucha de clases había dejado de existir hasta la futura concertación de la paz. Con el primer estampido de los cañones Krupp en Bélgica, Alemania se transformaba en el país de las maravillas de la solidaridad entre las clases y de las armonías sociales.

¿Cómo es posible imaginarse un milagro de esta clase? La lucha de clases no es, como se sabe, un invento o una creación arbitraria de la Socialdemocracia para poderla suspender a placer, sin más, por períodos de tiempo determinados. La lucha de clases proletaria es más vieja que la Socialdemocracia; es un producto elemental de la sociedad de clase y ya llameaba cuando se introdujo el capitalismo en Europa. No es la Socialdemocracia la que indujo en primer término al proletariado moderno a la lucha de clases, antes bien fue éste quien creó a aquélla con la finalidad de introducir consciencia de los objetivos perseguidos y coherencia entre los diferentes fragmentos locales y temporales de la lucha de clases. ¿Qué es lo que ha cambiado en esto con el estallido de la guerra? ¿Es que ha quedado suspendida la propiedad privada, la explotación capitalista, el dominio de clase? ¿Acaso los poseedores han declarado en el paroxismo del espíritu patriótico: ahora, como consecuencia de la guerra, cedemos, mientras dure ésta, a la colectividad la posesión de todos los medios de producción: la tierra, las fábricas y las empresas, abolimos todos los privilegios políticos y los sacrificamos en el altar de la patria mientras esté en peligro? La hipótesis es de lo más insulso, parece una fábula para niños. Y, sin embargo, ésta debería haber sido la única premisa a la que hubiese podido lógicamente seguir la declaración de la clase obrera por la que se suspendía la lucha de clases. Pero naturalmente nada de esto sucedió. Todo lo contrario: todas las relaciones de propiedad, la explotación, el dominio de clase, incluso la desposesión de derechos políticos bajo su múltiple faz prusiano-alemana, todo ha permanecido intacto. El estampido de los cañones en Bélgica y en la Prusia Oriental no han cambiado ni lo más mínimo la estructura económica, social y política de Alemania.

La suspensión de la lucha de clases fue, por consiguiente, una medida completamente unilateral. Mientras que el "enemigo interior" de

la clase obrera, la explotación y la opresión capitalista, ha continuado en pie, la dirección de la clase obrera, es decir, la Socialdemocracia y los sindicatos, han entregado, llenos de generosidad patriótica, sin lucha, la clase obrera a ese enemigo mientras dure la guerra. Mientras las clases dominantes conservaron todo el arsenal de sus derechos de propietarios y dominadores, al proletariado le ordenó la Socialdemocracia el "desarme". [...]

Pero a pesar de todo esto, si no hemos podido evitar el comienzo de la guerra, si la guerra está ahí, si el país está amenazado por una invasión extranjera, ¿acaso podemos desarmar a nuestro país, entregarlo al enemigo, los alemanes a los rusos, los franceses y belgas a los alemanes, los serbios a los austríacos? ¿Acaso el principio socialista del derecho de las naciones a la autodeterminación no implica que todo pueblo tiene el deber y el derecho de defender su libertad y su independencia? Si la casa está envuelta en llamas, ¿acaso no se trata primero de apagar el fuego que de ponerse a buscar los culpables? Este argumento de la "casa en llamas" ha jugado, aquí y allá, en Alemania como en Francia, un gran papel a la hora de la definición de la actitud de los socialistas. Incluso en los países neutrales ha hecho escuela. Traducido al holandés dice: si la nave hace agua, ¿no hay que empezar por tapar los agujeros del casco?

Cierto, es indigno el pueblo que capitula ante el enemigo exterior, igual que es indigno el partido que capitula ante el enemigo interior. Pero los bomberos de la "casa en llamas" se han olvidado de una cosa: de que en boca de los socialistas la defensa de la patria quiere decir algo muy distinto a convertirse en carne de cañón al mando de la burguesía imperialista. En primer lugar, por lo que se refiere a la "invasión", ¿corresponde realmente a ese cuadro terrorífico ante el cual toda lucha de clases en el interior del país se paraliza y desaparece como por arte de magia? Según la teoría policíaca del patriotismo burgués y del estado de sitio, toda lucha de clases constituye un crimen contra los intereses de la defensa del país porque menoscabaría y debilitaría la capacidad defensiva de la nación. Ante este griterío la Socialdemocracia oficial no ha sabido responder. Y, sin embargo, la historia moderna de la sociedad burguesa demuestra con amplitud que la invasión extranjera no representa para ella, ciertamente, ese horror de los horrores que hoy se nos pinta, sino más bien un método probado y empleado con predilección para combatir el "enemigo interior". ¿Acaso los Borbones y los aristócratas no hicieron un llamamiento a la invasión del país contra los jacobinos? ¿Acaso la contrarrevolución austríaca y

vaticana no invocó en 1849 la invasión francesa de Roma y la rusa de Budapest? ¿Acaso en 1850 el "partido del orden" no amenazaba abiertamente en Francia con una invasión de los cosacos con el fin de domesticar la Asamblea nacional? ¿O acaso con el famoso acuerdo del 18 de mayo de 1871 entre Jules Favre, Thiers y Cía. y Bismarck no se decidió la liberación de los prisioneros del ejército bonapartista y el apoyo directo de las tropas prusianas en el aplastamiento de la Comuna de París? Para *Marx* la experiencia histórica era suficiente para desenmascarar, hace ya cuarenta y cinco años, el engaño de las "guerras nacionales" de los estados burgueses modernos. En el famoso mensaje del Consejo general de la Internacional con motivo de la caída de la Comuna de París, decía:

> El hecho inaudito de que tras la guerra más terrible de la época moderna el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado no representa, como cree Bismarck, el definitivo aplastamiento de la nueva sociedad ascendente, sino el desmoronamiento de la vieja sociedad burguesa. *El supremo acto de heroísmo que todavía podía acometer la vieja sociedad era la guerra nacional y ahora se ha puesto en evidencia que ésta no es sino un mero engaño de los gobiernos* sin otro objetivo más que aplazar la lucha de clases y de la que se prescinde en cuanto la lucha de clases se transforma en guerra civil. La dominación de clase ya no puede ocultarse bajo un uniforme nacional; ¡todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado!

Invasión y lucha de clases no son, pues, en la historia burguesa contrarios, como se dice en la leyenda oficial; antes bien una es medio y expresión de la otra. Y si para las clases dominantes la invasión representa un medio probado contra la lucha de clases, para las clases ascendentes la más dura lucha de clases ha demostrado siempre ser el mejor medio contra la invasión. [...]

[...] La lección más importante para la política del proletariado que puede extraerse de la guerra actual es, pues, el hecho plenamente establecido de que ni en Alemania ni en Francia, ni en Inglaterra ni en Rusia puede hacerse eco acrítico de la consigna: *victoria o derrota*, una consigna que sólo posee contenido real desde el punto de vista del imperialismo y que para todo gran estado coincide con la alternativa: conquista o pérdida de una posición de poder político-mundial, de anexiones, colonias y hegemonía militar. Para el proletariado europeo en su conjunto, desde su punto de vista de clase, la victoria o la derro-

ta de uno cualquiera de los dos campos beligerantes es igualmente nefasta. Es justamente la *guerra* misma, sea cual sea su resultado militar, lo que supone la derrota más grande que imaginarse pueda para el proletariado europeo; la lucha contra la guerra y la consecución lo más rápidamente posible de la paz por la acción combativa internacional del proletariado es la única victoria que puede conseguirse para la causa proletaria. Y sólo esta victoria puede comportar al mismo tiempo la verdadera salvación de Bélgica y la de la democracia en Europa.

En la guerra actual el proletariado consciente no puede identificar su causa con ninguno de los campos militares. ¿Se sigue de esto que la política proletaria reclama hoy la conservación del *statu quo,* que no tenemos otro programa de acción más que el deseo de que todo permanezca igual que antes de la guerra? Lo establecido no ha sido jamás nuestro ideal, jamás ha sido la expresión de la autodeterminación de los pueblos. Más aún: es imposible aferrarse a la situación anterior, ya no existe ni incluso si las fronteras entre estados no sufriesen alteraciones. La guerra ha traído, ya antes de la liquidación formal de sus resultados, un cambio tan impresionante en las relaciones de fuerza, en las alianzas y en los antagonismos, ha sometido a una revisión tan violenta las relaciones de los estados entre sí y de las clases en el seno de la sociedad, ha acabado con tantas viejas ilusiones y potencias, ha engendrado tantos impulsos nuevos y tantas nuevas tareas, que la vuelta a la vieja Europa, a la Europa de antes del 4 de agosto de 1914 es algo tan imposible como lo es la vuelta a las condiciones prerrevolucionarias después de la derrota de una revolución. Por otra parte, la política del proletariado no conoce la "vuelta atrás", ha de mirar siempre adelante, ha de ir siempre más allá de lo establecido y de lo que se acaba de establecer. Sólo en este sentido puede enfrentarse con su propia política a los dos bloques de la guerra mundial imperialista.

Pero esa política no puede consistir en que los partidos socialdemócratas, cada uno por su parte o colectivamente, compitan en conferencias internacionales elaborando proyectos o inventándose recetas para la diplomacia burguesa, indicando a ésta cómo ha de concluir la paz para hacer posible una evolución ulterior pacífica y democrática. Todas las exigencias tendentes por ejemplo al "desarme" completo o parcial, a la abolición de la diplomacia secreta, al desmembramiento de todos los grandes estados en pequeños estados nacionales y similares son total y absolutamente utópicas mientras el dominio de clase de los capitalistas siga en pie dirigiendo la escena. Éste, sobre todo en el actual curso imperialista, no puede de ningún modo prescindir ni del

militarismo ni de la diplomacia secreta ni de los grandes estados centralistas plurinacionales, de manera que los postulados relativos serían en realidad más consecuentes si convergiesen todos en la "reivindicación" pura y simple: abolición del estado de clase capitalista. No es con consejos utópicos ni con proyectos acerca de cómo se podría moderar, amansar y contener por medio de reformas parciales al imperialismo en el marco del estado burgués como la política proletaria podrá reconquistar el puesto que le corresponde. El verdadero problema planteado por la guerra mundial a los partidos socialistas y de cuya solución depende el destino ulterior del movimiento obrero es la *capacidad de acción de las masas proletarias en la lucha contra el imperialismo.* Lo que le hace falta al proletariado internacional no son postulados, programas o consignas, sino hechos, resistencia activa, capacidad para en el momento preciso, justo en la guerra, atacar y llevar a la praxis la vieja consigna de "guerra a la guerra". Aquí está el Rhodus donde hay que saltar, éste es el punto crucial de la política proletaria y de su porvenir más lejano.

El imperialismo, con toda su brutal política de fuerza y la cadena de incesantes catástrofes sociales provocadas por él, es, ciertamente, una necesidad histórica para las clases dominantes del mundo capitalista contemporáneo. Nada sería más fatal que el proletariado saliese de la presente guerra mundial con alguna ilusión y esperanza, por mínimas que éstas fuesen, en la posibilidad de una continuidad idílica y pacífica del capitalismo. Pero de la necesidad histórica del imperialismo no se sigue para la política proletaria que tenga que capitular ante el imperialismo alimentándose en adelante a su sombra de la magnanimidad que le preste su victoria. [...]

TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL*

Un número apreciable de camaradas de todas las partes de Alemania han adoptado las siguientes tesis, que representan una aplicación del Pro-

* Reproducido de R.L., *Escritos Políticos*, citado, pp. 401-406. Publicado como anexo al folleto "Junius" (1916).

grama de Erfurt a los problemas actuales del socialismo internacional.

1. La guerra mundial ha destrozado los resultados de cuarenta años de labor del socialismo europeo al aniquilar la relevancia de la clase obrera revolucionaria en tanto que factor de poder político, así como el prestigio moral del socialismo, ha hecho saltar en pedazos la Internacional proletaria llevando a sus diversas secciones a la guerra fratricida y encadenando a la nave del imperialismo los deseos y las esperanzas de las masas populares de los más importantes países de desarrollo capitalista.

2. Al votar positivamente los créditos de guerra y al proclamar la paz civil, los jefes oficiales de los partidos socialistas de Alemania, Francia e Inglaterra (con la excepción del Partido obrero independiente) han cubierto las espaldas del imperialismo, han inducido a las masas populares a soportar pacientemente la miseria y el horror de la guerra, contribuyendo así al desencadenamiento desenfrenado del delirio imperialista, a la prolongación de la carnicería y a la multiplicación de sus víctimas, compartiendo por consiguiente la responsabilidad por la guerra y sus consecuencias.

3. Esta táctica de las instancias oficiales de los partidos de los países beligerantes, en primerísimo lugar en Alemania, el país hasta ahora guía de la Internacional, supone una traición a los más elementales principios del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera, a todos los intereses democráticos de los pueblos. Por culpa de ella la política socialista se ha visto condenada a la impotencia también en los países en los que los dirigentes de los partidos han sido fieles a sus deberes: Rusia, Serbia, Italia y –con una excepción– Bulgaria.

4. Abandonando la lucha de clases durante la guerra y dejándola para la época postbélica, la Socialdemocracia oficial de las grandes potencias ha dado tiempo a las clases dominantes de todos los países para que éstas refuercen económica, política y moralmente sus posiciones inmensamente a costa del proletariado.

5. La guerra mundial no sirve ni para la defensa nacional ni a los intereses económicos o políticos de las masas populares de ningún país: és única y exclusivamente un engendro de las rivalidades imperialistas entre las clases capitalistas de diversos países en lucha por el dominio a escala mundial y por el monopolio en la explotación y la opresión de las zonas todavía no dominadas por el capital. En esta era de imperialismo desatado ya no pueden haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sirven únicamente como pretexto para poner a las masas populares al servicio de su enemigo mortal: el imperialismo.

6. De la política de los estados imperialistas y de las guerras imperialistas no puede surgir la libertad y la independencia para ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndice y cómplices de sus compañeros de clase de los grandes estados, no son sino piezas en el tablero de ajedrez sobre el que desarrollan su juego imperialista las grandes potencias y, al igual que sus masas trabajadoras, son instrumentalizadas durante la guerra para ser sacrificadas cuando ésta acabe a los intereses capitalistas.

7. En estas condiciones, la derrota o la victoria en la presente guerra mundial serán por igual una derrota para el socialismo y la democracia. Sea cual sea su resultado –exceptuando la intervención revolucionaria del proletariado internacional– conducirá al reforzamiento del militarismo, de los antagonismos nacionales, de las rivalidades económicas a escala mundial. La guerra agrava la explotación capitalista y la reacción interna debilita el control público y rebaja a los parlamentos al papel de instrumentos cada vez más serviles del militarismo. La guerra mundial actual desarrolla así al mismo tiempo todos los presupuestos para que se produzcan nuevas guerras.

8. La paz mundial no puede asegurarse por medio de planes utópicos o en el fondo reaccionarios como tribunales arbitrales internacionales de diplomáticos capitalistas, acuerdos diplomáticos sobre "desarme", "libertad de los mares", abolición del derecho de botín en el mar, "federaciones de estados europeos", "uniones aduaneras centroeuropeas", Estados nacionales-tapón y similares. El imperialismo, el militarismo y las guerras no podrán ser eliminados o limitados mientras las clases capitalistas sigan ejerciendo incontestadamente su dominio de clase. El único medio capaz de oponerse con éxito a ellos y la única garantía de la paz mundial son la capacidad de acción política y la voluntad revolucionaria del proletariado para hacer sentir en la balanza el peso de su fuerza.

9. El imperialismo, como fase última y desarrollo extremo del dominio político mundial del capital, es el enemigo mortal común del proletariado de todos los países. Pero comparte con las fases anteriores del capitalismo el sino de fortalecer las energías de su mortal enemigo en la misma medida en que se desarrolla él mismo. El imperialismo acelera la concentración del capital, la erosión de las capas medias, la multiplicación del proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas y conduce así a la agudización intensiva de los antagonismos de clase. La lucha de clases proletaria ha de concentrarse, tanto en la paz como en la guerra, contra el imperialismo. La guerra contra él es

para el proletariado internacional al mismo tiempo lucha por el poder político del estado, enfrentamiento decisivo entre el socialismo y el capitalismo. La meta final socialista sólo será alcanzada por el proletariado internacional si le hace frente en toda línea al imperialismo y en un supremo esfuerzo y con máxima abnegación pone como norte de su política práctica la consigna: "guerra a la guerra".

10. A este fin, la tarea principal del socialismo es unificar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva, hacer de él un factor decisivo de la vida política, a lo que está llamado por la historia, por medio de una fuerte organización internacional dotada de una visión homogénea de sus intereses y tareas, de una táctica homogénea y de capacidad de acción política tanto en la paz como en la guerra.

11. La II Internacional ha saltado con la guerra. Sus insuficiencias se han demostrado por su incapacidad para oponer un dique eficaz contra el fraccionamiento nacional en la guerra y para llevar a la práctica una táctica y una acción comunes del proletariado en todos los países.

12. Considerando la traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los países-guía a las metas e intereses de la clase obrera, considerando su defección del terreno de la Internacional proletaria al terreno de la política burguesa-imperialista, es una necesidad vital para el socialismo construir una nueva Internacional obrera que asuma la dirección y la unificación de la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo en todos los países.

Para cumplir sus tareas históricas ha de basarse en los siguientes principios:

1. La lucha de clases en el interior de los estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países son dos reglas vitales inseparables de la clase obrera en su lucha de liberación histórico-mundial. No hay socialismo sin solidaridad internacional del proletariado. Tampoco hay socialismo sin lucha de clases. El proletariado internacional no puede renunciar, ni en la guerra ni en la paz, a riesgo de suicidarse, a la lucha de clases y a la solidaridad internacional.

2. La acción de clase del proletariado de todos los países ha de orientarse, en la paz como en la guerra, a combatir al imperialismo y a impedir las guerras en tanto que su meta principal. La acción parlamentaria, la acción sindical y en general toda la actividad del movimiento obrero deben subordinarse al objetivo de oponer al máximo en todos

los países al proletariado con la burguesía nacional, de destacar en todo momento el antagonismo político y espiritual entre ambos, así como, al mismo tiempo, poner en un primer plano y fomentar el sentimiento de comunidad internacional de los proletarios de todos los países.

3. El centro de gravedad de la organización de clase del proletariado está en la Internacional. La Internacional decide en la paz acerca de la táctica de las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, política colonial, política comercial, 1º de mayo y además sobre toda la táctica a seguir en guerra.

4. El deber de ejecutar las resoluciones de la Internacional es prioritario sobre todos los demás deberes de organización. Las secciones nacionales que contravengan las resoluciones de la Internacional se colocan fuera de ella.

5. En las luchas contra el imperialismo y la guerra, la fuerza decisiva sólo puede provenir de las compactas masas del proletariado de todos los países. El objetivo principal de la táctica de las secciones nacionales ha de consistir por tanto en educar a las amplias masas para la capacidad de acción política y para la iniciativa decidida, en asegurar la conexión internacional de la acción de masas, en construir las organizaciones políticas y sindicales de modo que por su mediación se garantice en todo momento la rápida y eficaz colaboración de todas las secciones y de realizar la voluntad de la Internacional en la práctica de las más amplias masas obreras de todos los países.

6. La tarea más inmediata del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se manifiesta en la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales han de orientar su agitación en los parlamentos igual que en la prensa a denunciar la fraseología tradicional del nacionalismo en tanto que instrumento burgués de dominación. La única defensa de toda verdadera libertad nacional es hoy la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios, a cuya defensa ha de subordinarse todo lo demás, es la Internacional socialista.

VII. La acumulación del capital y el imperialismo

Si bien la obra económica más importante de Rosa Luxemburg es, sin duda, La acumulación del capital, *hemos optado por incluir en esta sección dedicada a su obra económica fragmentos de otro escrito conocido como la* Anticrítica[1]. *Esta obra, siendo como ella misma nos dice "un arreglo de cuentas radical con toda la chusma kautskyana (carta a C. Zetkin, 10-3-1916), es al mismo tiempo una obra económica escrita "en defensa de mi libro* [La acumulación] *contra las críticas publicadas en la prensa del partido. De todas formas la obra forma un todo y expone el problema bajo una forma popular, sin aparato matemático. Representa igualmente, que yo sepa, el primer comentario asequible a todos del 3er libro de* El capital *de Marx en relación con el problema del imperialismo" (carta a J.H.W. Dietz, 28-7-1916) y "tiende a ofrecer al gran público una idea de los problemas en cuestión y una visión de conjunto de su importancia para la práctica política" (carta a la* Neue Zeit, *27-12-1915).*

No sólo se trata, por tanto, de una obra más divulgativa que su Acumulación, *sino también más pensada, e imperecedera, "que cierta-*

1. La obra apareció finalmente con el título: *La acumulación. Una anticrítica o en qué han convertido los epígonos la teoría marxista.* Conocida también como la *Crítica de las Críticas* o la *Anticrítica.* Fue publicada póstumamente (Leipzig, 1921).

mente no morirá conmigo. Es mucho más madura que la Acumulación *misma*[2]*; la forma es de una simplicidad absoluta, desprovista de florituras innecesarias, y reducida a sus grandes líneas generales* [...] *Claro que el lector, para apreciar científicamente el valor de mi* Crítica de las Críticas, *tiene que conocer a fondo la economía política en general y la economía marxista en particular" (carta a H. Diefenbach, 8-3-1917)*

La Anticrítica *sería calificada por Franz Mehring de "simplemente genial" y de "realización grandiosa, sin paralelo tras la muerte de Marx". En ella, como en la* Acumulación, *Rosa Luxemburg se enfrenta a la cuestión que Marx había dejado tan sólo esbozada e inacabada: el problema de la acumulación desde el punto de vista del* conjunto *de la reproducción del capital, tan relevante para el problema de la realización de la plusvalía. En efecto, el esquema marxiano sólo había tomado en consideración el proceso de la acumulación en el marco de una sociedad capitalista "pura", haciendo abstracción del "comercio exterior", esquema que, así planteado, parecía probar la posibilidad de una acumulación ilimitada e indefinida del capitalismo. La aportación fundamental de Rosa Luxemburg a este esquema marxiano será la constatación de la necesidad, para que la acumulación del capital funcione, de un marco extra-capitalista, es decir, de un modo de producción (país o capa social) no capitalista. Estas reflexiones, sin ser en sí mismas nuevas, sí fundamentaban teóricamente por primera vez la necesidad expansionista de los países occidentales avanzados y, por lo tanto, el imperialismo como "expresión política del proceso de la acumulación capitalista que se manifiesta por la pugna entre los capitalismos nacionales por hacerse con los últimos territorios no capitalistas y todavía libres del mundo", vinculándolo directamente con la ley del colapso final del sistema, es decir, con sus límites objetivos.*

---

2. *La acumulación del capital* fue escrita, efectivamente, en apenas cuatro meses y enviada a la imprenta sin releer (Carta a H. Diefenbach, 12-5-1917).

LA ACUMULACIÓN DEL CAPITAL*

[...] El problema de la acumulación es, de suyo, un problema de carácter puramente económico, social, no tiene nada que ver con las fórmulas matemáticas y puede exponerse y comprenderse perfectamente sin necesidad de ellas. Cuando Marx, en la sección de *El Capital* en que estudia la reproducción del capital global de la sociedad, emplea esquemas matemáticos, como cien años antes de venir él hiciera Quesnay, el creador de la escuela fisiocrática y de la economía política como ciencia exacta lo hacía simplemente para facilitar y aclarar la inteligencia de lo expuesto. Con ello, tanto uno como otro, trataban también de demostrar que los hechos de la vida económica dentro de la sociedad burguesa se hallan sujetos, a pesar de su superficie caótica y de hallarse regidos en apariencia por el capricho individual, a leyes tan exactas y rigurosas como los hechos de la naturaleza física. Ahora bien; como mis estudios sobre la acumulación descansaban en las investigaciones de Marx, a la par que se debatían críticamente con ellas, ya que Marx, por lo que se refiere especialmente al problema de la acumulación, no pasa de establecer algunos esquemas y se detiene en los umbrales de su análisis, era lógico que me detuviese a analizar los esquemas marxistas. Por dos razones: porque no iba a eliminarlos caprichosamente de la doctrina de Marx, y porque, además, me importaba precisamente poner de manifiesto la insuficiencia, para mí, de esta argumentación.

Intentemos enfocar aquí el problema en su máxima sencillez, prescindiendo de toda fórmula matemática.

El régimen capitalista de producción está presidido por el interés en obtener ganancia. Para el capitalista, la producción sólo tiene finalidad y razón de ser cuando obtiene de ella, un año con otro, un "beneficio neto", es decir, una ganancia líquida sobre todos los desembolsos de capital por él realizados. Pero lo que caracteriza a la producción capitalista como ley fundamental y la distingue de todas las demás formas económicas basadas en la explotación, no es simplemente la obtención de ganancias en oro contante y sonante, sino la obtención de ganancias en una *progresión cada vez mayor.* Para conseguirlo, el capi-

---

* Reproducido de "La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx. Una anticrítica." En: Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital*, Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 367-454.

talista, diferenciándose en esto radicalmente de otros tipos históricos de explotadores, no destina exclusivamente, ni siquiera en primer término, los frutos de su explotación a fines de uso personal, sino a incrementar progresivamente la propia explotación. La parte más considerable de la ganancia obtenida se convierte nuevamente en capital y se invierte en ampliar la producción. De este modo, el capital se incrementa, se "acumula", para usar la expresión de Marx, y por efecto de esta acumulación, a la par que como premisa, la producción capitalista va extendiéndose continuamente, sin cesar.

Mas, para conseguir esto, no basta con la buena voluntad del capitalista. Trátase de un proceso sujeto a condiciones sociales objetivos, que pueden resumirse del modo siguiente.

Ante todo, para que la explotación pueda desarrollarse, es necesario que exista fuerza de trabajo en proporción suficiente. El capital se cuida de hacer que esta condición se dé, gracias al propio mecanismo de este régimen de producción, tan pronto como cobra auge en la historia y se consolida más o menos. Lo hace de dos modos: 1º, permitiendo a los obreros asalariados a quienes da empleo que subsistan, bien o mal, mediante el salario que perciben, y que se multipliquen por medio de la procreación natural; 2º, creando, con la proletarización constante de las clases medias y con la concurrencia que supone para los obreros asalariados la implantación del maquinismo en la gran industria, un ejército de reserva del proletariado industrial, disponible siempre para sus fines.

Cumplida esta condición; es decir, asegurada, bajo la forma de proletariado, la existencia de material de explotación disponible en todo momento, y regulado el mecanismo de la explotación por el propio sistema del asalariado, surge una nueva condición básica para la acumulación del capital: la posibilidad de vender, cada vez en mayor escala, las mercancías fabricadas por los obreros asalariados, para de este modo convertir en dinero el capital desembolsado por el propio capitalista y la plusvalía *estrujada* a la fuerza de trabajo."Condición primera de la acumulación es que el capitalista consiga vender su mercancía, trocando nuevamente en capital la mayor parte del dinero así obtenido (*El Capital,* I, Sección 7, Introducción.) Por tanto, para que la acumulación se desarrolle como proceso ascensional ha de darse la posibilidad de encontrar salida a las mercancías en una escala cada vez mayor. Como hemos visto, el propio capital se encarga de crear lo que constituye la condición fundamental de la acumulación. En el volumen primero primero de *El Capital,* Marx analiza y describe minucio-

samente este proceso. Ahora bien, ¿en qué condiciones son realizables los frutos de esta explotación? ¿Cómo encuentran salida en el mercado? ¿De qué depende esto? ¿Reside acaso en la fuerza del capital o en la esencia de su mecanismo de producción la posibilidad de ampliar el mercado en la medida de sus necesidades, del mismo modo que adapta a éstas el censo de las fuerzas de trabajo? No, en absoluto. Aquí se manifiesta la subordinación del capital a las condiciones sociales. A pesar de todo lo que le distingue radicalmente de otras formas históricas de producción, el régimen capitalista tiene de común con todas ellas el que, en última instancia, aunque subjetivamente no tenga más designio fundamental que el deseo de obtener ganancia, tiene que satisfacer objetivamente las necesidades de la sociedad, sin que pueda conseguir aquel designio subjetivo más que en la medida en que cumpla esta misión objetiva. Las mercancías capitalistas sólo encuentran salida en el mercado y la ganancia que atesoran sólo puede convertirse en dinero siempre y cuando que estas mercancías satisfagan una necesidad social. Por consiguiente, el ascenso constante de la producción capitalista, es decir, la constante acumulación del capital, se halla vinculada al incremento y desarrollo no menos constantes de las necesidades sociales.

Pero ¿qué entendemos por necesidades sociales? ¿Cabe precisar y definir de un modo concreto este concepto, cabe medirlo, o tenemos que contentarnos con esta vaguedad e imprecisión?

Si enfocamos las cosas tal y como se nos presentan a primera vista en la superficie de la vida económica, en la vida diaria, es decir, desde el punto de vista del capitalista individual, este concepto es, evidentemente, indefinible. Un capitalista produce y vende, por ejemplo, máquinas. Sus clientes son otros capitalistas, que le compran las máquinas para producir con ellas capitalistamente otras mercancías. Por tanto, aquél venderá tantas más mercancías de las que produce cuanto más amplíen éstos su producción; podrá, por tanto, acumular tanto más rápidamente cuanto mayor sea la celeridad con que acumulen los otros, en sus respectivas ramas de producción. Aquí, en este ejemplo, "la necesidad social" a que tiene que atenerse nuestro capitalista es la demanda de otros capitalistas, y el desarrollo de su producción tiene por premisa el desarrollo de la de éstos. Otro produce y vende víveres para los obreros. Éste venderá tanto más y, por consiguiente, acumulará tanto más capital cuantos más obreros trabajen para otros capitalistas (y para él), o, dicho en otros términos, cuanto más produzcan y acumulen otros capitalistas. Pero ¿de qué depende el que los "otros" puedan ampliar sus industrias? Depende, evidentemente, de que "es-

tos" capitalistas, los productores de máquinas o víveres, por ejemplo, les compren sus mercancías en una escala cada vez mayor. Como se ve, a primera vista, la "necesidad social" de la que depende la acumulación de capital, parece residir en esta misma, en la propia acumulación del capital. Cuanto más acumule el capital, tanto más acumula: a esto, a esta perogrullada, o a este círculo vicioso, conduce el examen superficial del problema. No hay manera de ver dónde reside el punto de arranque, el impulso inicial. No hacemos más que dar vueltas a la noria y el problema se nos va de las manos. Tal es lo que ocurre si lo enfocamos desde el punto de vista de las apariencias del mercado, es decir, desde el punto de vista del capital individual, esta plataforma predilecta del economista vulgar[1].

Pero la cosa cambia y adquiere fisonomía y perfil seguro tan pronto como enfoquemos la producción capitalista en conjunto, desde el punto de vista del capital total, que es, en última instancia, el único criterio seguro y decisivo. Éste es, en efecto, el criterio que Marx aplica y desarrolla por primera vez sistemáticamente en el segundo volumen de *El Capital,* pero que sirve de base a toda su teoría. En realidad, la autarquía privada de los capitales aislados no es más que la forma externa, la apariencia superficial de la vida económica, apariencia que el economista vulgar confunde con la realidad de las cosas, erigiéndola en fuente única de conocimiento. Por debajo de esta apariencia superficial, y por encima de todos los antagonismos de la concurrencia, está el hecho indestructible de que los capitales aislados forman socialmente un todo y de que su existencia y su dinámica se rigen por leyes sociales comunes, aunque éstas tengan que imponerse, por la falta de plan y la anarquía del sistema actual, a espaldas del capitalista individual y contra su conciencia, a fuerza de rodeos y desviaciones.

Si enfocamos la producción capitalista como un todo, veremos que las necesidades sociales son también una magnitud tangible, fácil de definir.

Imaginémonos que todas las mercancías producidas en la sociedad

---

1. Sirva de ejemplo de lo que son estos economistas el crítico de mi libro en el *Vorwärts,* G. Eckstein, quien después de prometer al lector con gran suficiencia, al comienzo de su artículo, que le adoctrinará acerca de lo que son las necesidades sociales, no hace más que dar vueltas alrededor del rabo, como el gato, sin menearse del sitio, para acabar por decir que la cosa "no es tan sencilla ni tan fácil". Y es verdad. Es mucho más fácil y más sencillo estampar unas cuantas frases insustanciales.

capitalista al cabo de un año se reuniesen en un sitio, apiladas en un gran montón, para aplicarlas en bloque a la sociedad. En seguida veremos cómo esta masa de mercancías se va convirtiendo, como la cosa más natural del mundo, en toda una serie de porciones de distinta clase y finalidad.

En todo tipo de sociedad y en todo tiempo, la producción tiene que atender, de un modo o de otro, a dos cometidos. En primer lugar, a alimentar, vestir y llenar, bien o mal, mediante objetos materiales, las necesidades físicas y culturales de la sociedad; es decir, para resumir, a producir *medios de vida,* en el sentido más amplio de esta palabra, para todas las capas de la población. En segundo lugar, para asegurar la continuación de la sociedad y, por tanto, su propia persistencia, toda forma de producción tiene que cuidarse de ir reponiendo constantemente los *medios de producción* consumidos: materias primas, herramientas e instrumentos de trabajo, fábricas y talleres, etc. Sin la satisfacción de estas dos necesidades primarias y elementales de toda sociedad humana, no se concebirían el desarrollo de la cultura ni el progreso. Y la producción capitalista tiene que atender también, pese a toda la anarquía que en ella reina y a todos los intereses de obtención de ganancia que en ella se cruzan, a estos dos requisitos elementales.

Por tanto, en ese montón inmenso de mercancías capitalistas que nos hemos imaginado, encontraremos ante todo una porción considerable de mercancías destinadas a reponer los medios de producción consumidos durante el año anterior. Entre éstas se cuentan las nuevas materias primas, máquinas, edificios, etc. (lo que Marx llama "capital constante"), que los diversos capitalistas producen los unos para los otros en sus industrias y que necesariamente tienen que cambiarse entre sí para que la producción pueda funcionar en la escala que venía teniendo hasta allí. Y como (según el supuesto de que partimos) son las propias industrias capitalistas las que suministran todos los medios de producción necesarios para el proceso de trabajo de la sociedad, nos encontramos con que este intercambio de mercancías en el mercado capitalista es, como si dijésemos, un asunto de régimen interno, una incumbencia doméstica de los productores entre sí. El dinero necesario para mantener en marcha este intercambio de mercancías en todos sus aspectos sale, naturalmente, de los bolsillos de la propia clase capitalista –puesto que todo empresario tiene que disponer de antemano del capital necesario para alimentar su industria– y retorna, por supuesto, después de efectuarse el intercambio en el mercado, a esos mismos bolsillos.

Como aquí nos limitamos a suponer que los medios de producción se reponen en la misma escala de antes, resultará que todos los años será necesaria la misma suma de dinero para permitir periódicamente a todos los capitalistas que se provean unos a otros de medios de producción y que el capital invertido vuelva a sus bolsillos después de algún tiempo.

Pero en la masa capitalista de mercancías tiene que contenerse también, como en toda sociedad, una parte muy considerable destinada a ofrecer medios de vida a la población. Ahora bien, ¿cómo se distribuye la población en la sociedad capitalista, y cómo obtiene sus medios de vida? Dos formas fundamentales caracterizan al régimen capitalista de producción. La primera es el intercambio general de mercancías, lo cual quiere decir, en este caso, que ningún individuo de la población recibe de la masa social de mercancías ni lo más mínimo si a cambio no entrega dinero, medios de compra para adquirirlo. La segunda es el sistema capitalista del salariado, es decir, un régimen en que la gran masa del pueblo trabajador sólo obtiene medios de compra para la adquisición de mercancías entregando su fuerza de trabajo al capital y en que la clase poseedora sólo consigue medios de vida explotando esta relación. Por donde la producción capitalista, por el mero hecho de existir, presupone, como premisa, la existencia de dos grandes clases de población: capitalistas y obreros, clases de población radicalmente distintas la una de la otra en lo que al aprovisionamiento de medios de vida se refiere. [...]

El mismo mecanismo de la explotación capitalista, que regula todo el régimen del salariado, se cuida de que todos los años se fabrique la cantidad necesaria de medios de subsistencia con el lujo exigido por los capitalistas. Si los obreros sólo produjesen los medios de subsistencia necesarios para su propia conservación, no tendría razón de ser para el capital el darles trabajo. Esto sólo tiene sentido, desde el punto de vista capitalista, a partir del momento en que el obrero, después de cubrir sus propias necesidades, a las que corresponde el salario, asegura también la vida de sus "protectores", es decir, crea, para emplear la expresión de Marx, "plusvalía" para el capitalista. Entre otras cosas, esta plusvalía sirve para que la clase capitalista viva, como las demás clases explotadoras que la precedieron en la historia, con la holgura y el lujo que apetece. Conseguido esto, a los capitalistas no les resta más que atender, distribuyéndose mutuamente las correspondientes mercancías y preparando el dinero necesario para ello, a la dura y ascética existencia de su clase y a su natural perpetuación.

Con esto, hemos separado de nuestra gran masa social de mercancías dos categorías considerables: medios de producción, destinados a renovar el proceso de trabajo, y medios de vida, destinados a asegurar el sustento de la población, o sea, de la clase obrera, de una parte, y de otra de la clase capitalista. [...]

Hemos visto que de la gran masa social de mercancías salen dos grandes porciones: aquellas a que nos hemos venido refiriendo. Pero esto no basta ni puede bastar. Si la explotación de los obreros no tuviese más finalidad que asegurar a sus explotadores una vida de opulencia, la sociedad actual sería una especie de sociedad esclavista modernizada o de feudalismo medieval puesto al día, y no la sociedad capitalista en que vivimos. La razón de ser vital y la misión específica de este tipo de sociedad es la ganancia en forma de dinero, la acumulación de capital-dinero. Por tanto, el verdadero sentido histórico de la producción actual comienza allí donde la explotación rebasa aquella línea. La plusvalía, además de bastar para atender a la existencia "digna" de la clase capitalista, tiene que ser lo suficientemente holgada para que pueda destinarse una parte de ella a la acumulación. Más aún: esta finalidad primordial es tan decisiva, que los obreros sólo encuentran trabajo, y por tanto posibilidades para procurarse medios de subsistencia, en la medida en que creen este beneficio destinado a la acumulación y las perspectivas sean propicias a que pueda acumularse, real y verdaderamente, en forma de dinero.

Por consiguiente, en nuestro imaginario *stock* general de mercancías de la sociedad capitalista tiene que contenerse, además de las dos porciones conocidas, una tercera que no se destine ni a reponer los medios de producción consumidos ni a mantener a los capitalistas y a los obreros. Una porción de mercancías que encierre esa parte inapreciable de la plusvalía arrancada a los obreros, en la que reside, como decimos, la razón de ser vital del capitalismo: la ganancia destinada a la capitalización, a la acumulación. ¿Qué clase de mercancías son éstas y quién ofrece demanda para ellas en la sociedad, es decir, quién se las toma a los capitalistas, permitiéndoles, por fin, embolsarse en dinero contante y sonante la parte primordial de la ganancia?

Con esto, tocamos al verdadero nervio del problema de la acumulación, y hemos de examinar todas las tentativas que se han hecho para resolverlo.

¿Puede partir esta demanda de los obreros, a quienes se destina la segunda porción de mercancías del *stock* social? Sabemos que los obreros no poseen más medios de compra que aquellos que les suministran

los industriales en forma de salario, salario que les permite adquirir la parte del producto global de la sociedad estrictamente indispensable para vivir. Agotado el salario, no pueden consumir ni un céntimo más de mercancías capitalistas, por muchas y grandes que sean sus necesidades. Además, la aspiración y el interés de la clase capitalista tienden a medir esta parte del producto global de la sociedad consumida por los obreros y los medios de compra destinados a ello, no con esplendidez precisamente, sino, por el contrario, con la máxima estrechez. Pues, desde el punto de vista de los capitalistas como clase –y es muy importante tener en cuenta este punto de vista y no confundirlo con las ideas más o menos confusas que pueda formarse un capitalista individual–, los obreros no son, para el capitalismo, compradores de mercancías, "clientes" como otros cualesquiera, sino simplemente fuerza de trabajo, cuya manutención a costa de una parte de su producto constituye una triste necesidad, necesidad que hay que reducir, naturalmente, al mínimo socialmente indispensable.

¿Acaso puede partir de los propios capitalistas la demanda para esta última porción de su masa social de mercancías, extendiendo el radio de su consumo privado? La cosa sería, de suyo, factible, a pesar de que el lujo de la clase dominante, y no sólo el lujo, sino los caprichos y fantasías de todo género, dejan ya poco que desear. Pero, si los capitalistas se gastasen alegremente la plusvalía íntegra estrujada a sus obreros, la acumulación se caería por su base. La sociedad moderna retrocedería –retroceso totalmente fantástico, desde el punto de vista del capital– a una especie de sociedad esclavista o de feudalismo modernizados. Y lo que puede ocurrir y a veces se pone en práctica con todo celo es lo contrario precisamente: la acumulación capitalista con formas de explotación propias de la esclavitud o de la servidumbre de la gleba perduró hasta después de mediados de siglo pasado en los Estados Unidos, y puede observarse todavía hoy en Alemania y en distintas colonias de ultramar. Pero el caso opuesto, o sea, la forma moderna de la explotación, el asalariado libre, combinado con la disipación trasnochada, antigua o feudal, de la plusvalía, olvidando la acumulación, sería un delito contra el espíritu santo del capitalismo y es sencillamente inconcebible. Volvemos a encontrarnos aquí, evidentemente, con que no coinciden, ni mucho menos, el punto de vista del capital global con el de los capitalistas individuales. Para éstos, el lujo de los "grandes señores", por ejemplo, constituye una apetecible dilatación de la demanda, y por tanto una magnífica y nada despreciable ocasión para acumular. En cambio, para los capitalistas todos como

clase, la dilapidación de toda la plusvalía en forma de lujo sería una locura, un suicidio económico, ya que supondría matar de raíz la acumulación.

¿De dónde, pues, pueden salir los compradores, los consumidores para esa porción social de mercancías sin cuya venta no sería posible la acumulación? Hasta ahora, hay una cosa clara, y es que esos consumidores no pueden salir de la clase obrera ni de la clase capitalista.

¿Pero es que en la sociedad no hay toda una serie de sectores, los empleados, los militares, el clero, los intelectuales, los artistas, etc., que no cuentan entre los capitalistas ni entre los obreros? ¿Acaso todos estos sectores de la población no tienen que atender también a sus necesidades de consumo? ¿No serán ellos los consumidores que buscamos para el remanente aludido de mercancías? Desde luego, para el capitalista individual, indudablemente. Pero la cosa cambia si enfocamos a todos los capitalistas como clase, si tenemos en cuenta, no los capitales aislados, sino el capital global de la sociedad. En la sociedad capitalista, todos estos sectores y profesiones a que aludimos no son, económicamente considerados, más que apéndices o satélites de la clase capitalista. Si investigamos de dónde salen los recursos de los empleados, militares, clero, artistas, etc., veremos que salen en parte del bolsillo de los capitalistas y en parte (por medio de los impuestos indirectos) de los salarios de la clase obrera. Por tanto, estos sectores no cuentan ni pueden contar, económicamente considerados, para el capital global de la sociedad como clase especial de consumidores, ya que no poseen potencia adquisitiva propia, hallándose comprendidos ya en el consumo de las dos grandes masas: los capitalistas y los obreros. [...]

Para que pueda haber acumulación, necesariamente tienen que existir clientes distintos para la porción de mercancías que contienen la ganancia destinada a la acumulación, clientes que tengan de fuente propia sus medios adquisitivos y no necesiten ir a buscarlos al bolsillo de los capitalistas, como ocurre con los obreros o con los colaboradores del capital: funcionarios públicos, militares, clero y profesiones liberales. Ha de tratarse, pues, de clientes que obtengan sus medios adquisitivos como fruto de un intercambio de mercancías, y por tanto de una producción de mercancías, que se desarrolle al margen de la producción capitalista; ha de tratarse, en consecuencia, de productores cuyos medios de producción no tengan la categoría de capital y a quienes no pueda incluirse en ninguna de las dos categorías de capitalistas y obreros, aunque, por unas razones o por otras, brinden un mercado a las mercancías del capitalismo.

¿Quiénes pueden ser estos clientes? En la sociedad actual, no hay más clases ni más sectores sociales que los obreros y los capitalistas con toda su cohorte de parásitos.

Hemos llegado al nervio del problema. En el volumen segundo de *El Capital,* Marx parte, como en el primer volumen, del supuesto de que la producción capitalista es la forma única y exclusiva de producción. En el volumen primero dice: "Aquí, hacemos caso omiso del comercio de exportación por medio del cual un país puede trocar por medios de producción y de subsistencia artículos de lujo, y viceversa. Para enfocar el objeto de nuestra investigación en toda su pureza, libre de las circunstancias concomitantes que puedan oscurecerlo, tenemos que considerar aquí todo el mundo comercial como una sola nación y suponer que la producción capitalista está consolidada en todas partes y se ha adueñado de todas las ramas industriales." Y en el volumen segundo: "Fuera de esta clase (la de los capitalistas), no existe, según el supuesto del que partimos –régimen general y exclusivo de producción capitalista–, ninguna otra clase más que la obrera." Es evidente que, bajo estas condiciones, en nuestra sociedad no existen más que capitalistas, con todo su séquito, y proletarios asalariados; es inútil que queramos descubrir otras capas sociales, otros productores y consumidores de mercancías. Y si es así, nos encontramos con que la acumulación capitalista se enfrenta, como me he esforzado en demostrar, con ese problema insoluble en el que hemos tropezado.

Ya podemos volvernos del lado que queramos; mientras reconozcamos que en la sociedad actual no hay más clases que la capitalista y la obrera, los capitalistas, considerados como clase, se verán en la imposibilidad de deshacerse de las mercancías sobrantes para convertir la plusvalía en dinero y poder de este modo acumular capital.

Pero el supuesto de que parte Marx no es más que una simple premisa teórica, que él sienta para facilitar y simplificar la investigación. En realidad, la producción capitalista no es, ni mucho menos, régimen único y exclusivo, como todo el mundo sabe y como el propio Marx recalca de vez en cuando en su obra. En todos los países capitalistas, aun en aquellos de industria más desarrollada, quedan todavía, junto a las empresas capitalistas agrícolas e industriales, numerosas manifestaciones de tipo artesano y campesino, basadas en el régimen de la producción simple de mercancías. En la misma Europa existen todavía, al lado de los viejos países capitalistas, otros en que predominan aún de un modo muy considerable, como acontece en Rusia, los países balcánicos y escandinavos y España, este tipo de producción artesana y cam-

pesina. Y, finalmente, junto a los países capitalistas de Europa y Norteamérica, quedan todavía continentes enormes en los que la producción capitalista sólo empieza a manifestarse en unos cuantos centros dispersos, presentando en la inmensidad de su superficie las más diversas formas económicas, desde el comunismo primitivo hasta el régimen feudal, campesino y artesano. Y todas estas formas de sociedad y de producción no sólo coexisten o han coexistido con el capitalismo, en pacífica convivencia dentro del espacio, sino que desde los comienzos de la era capitalista se establece entre ellas y el capitalismo europeo un intenso proceso de intercambio de carácter muy particular. La producción capitalista, como auténtica producción de masas que es, no tiene más remedio que buscar clientela en los sectores campesinos y artesanos de los países viejos y en los consumidores del resto del mundo, a la par que no puede tampoco desenvolverse técnicamente sin contar con los productos (medios de producción y de subsistencia) de todos estos sectores y países. Así se explica que, desde los primeros momentos se desarrollase entre la producción capitalista y el medio no capitalista que la envolvía un proceso de intercambio en que el capital, al mismo tiempo que encontraba la posibilidad de realizar en dinero contante su plusvalía, para los fines de su capitalización intensiva, se aprovisionaba de las mercancías necesarias para desarrollar su propia producción, y, finalmente, se abría paso para la conquista de nuevas fuerzas de trabajo proletarizadas, mediante la descomposición de todas aquellas formas de producción no capitalistas.

Pero esto no es más que el contenido económico escueto del proceso a que nos referimos. En su forma concreta de manifestarse en la realidad, este fenómeno forma el proceso histórico del desarrollo del capitalismo en la escena mundial con toda su variedad agitada y multiforme.

En efecto, el intercambio del capital con los medios no capitalistas empieza tropezando con todas las dificultades propias de la economía natural, con el régimen social tranquilo y seguro, y las necesidades restringidas de una economía campesina patriarcal y de una sociedad de artesanado. Para resolver estas dificultades, el capital acude a "remedios heroicos", echa mano del hacha del poder político. En la misma Europa, su primer gesto es derribar revolucionariamente la economía natural del feudalismo. En los países de ultramar, su primer gesto, el acto histórico con que nace el capital y que desde entonces no deja de acompañar ni un solo momento a la acumulación, es el sojuzgamiento y el aniquilamiento de la comunidad tradicional. Con la ruina de

aquellas condiciones primitivas, de economía natural, campesinas y patriarcalés de los países viejos, el capitalismo europeo abre la puerta al intercambio de la producción de mercancías, convierte a sus habitantes en clientes obligados de las mercancías capitalistas, y acelera, al mismo tiempo, en proporciones gigantescas, su proceso de acumulación, desfalcando de un modo directo y descarado los tesoros naturales y las riquezas atesoradas por los pueblos sometidos a su yugo. Desde comienzos del siglo XIX estos métodos se desarrollan paralelamente con la exportación del capital acumulado de Europa a los países no capitalistas del resto del mundo, donde, sobre un nuevo campo, sobre las ruinas de las formas indígenas de producción, conquistan nuevos clientes para sus mercancías y, por tanto, nuevas posibilidades de acumulación.

De este modo, mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por los movimientos de expansión del capital, más aguda y rabiosa se hace la concurrencia entre los capitales, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones.

De este modo, el capital va preparando su bancarrota por dos caminos. De una parte, porque, al expansionarse a costa de todas las formas no capitalistas de producción, camina hacia el momento en que toda la humanidad se compondrá exclusivamente de capitalistas y proletarios asalariados, haciéndose imposible, por tanto, toda nueva expansión y, como consecuencia de ello, toda acumulación. De otra parte, en la medida en que esta tendencia se impone, el capitalismo va agudizando los antagonismos de clase y la anarquía política y económica internacional en tales términos, que, mucho antes de que se llegue a las últimas consecuencias del desarrollo económico, es decir, mucho antes de que se imponga en el mundo el régimen absoluto y uniforme de la producción capitalista, sobrevendrá la rebelión del proletariado internacional, que acabará necesariamente con el régimen capitalista.

Tal es, en síntesis, el problema y la solución, como yo los veo. Parecerá a primerva vista que se trata de una sutileza puramente teórica. Sin embargo, la importancia práctica del problema es bien evidente. Esta importancia práctica reside en sus conexiones íntimas con el he-

cho más destacado de la vida política actual: el imperialismo. Las características típicas externas del período imperialista, la lucha reñida entre los Estados capitalistas por la conquista de colonias y órbitas de influencia y posibilidades de inversión para los capitales europeos, el sistema internacional de empréstitos, el militarismo, los fuertes aranceles protectores, la importancia predominante del capital bancario y de los consorcios industriales en la política mundial, son hoy hechos del dominio general. Y su íntima conexión con la última fase del desarrollo capitalista, su importancia para la acumulación del capital, son tan evidentes, que los conocen y reconocen abiertamente tanto los defensores como los adversarios del imperialismo. Pero los socialistas no pueden limitarse a este reconocimiento puramente empírico. Para ellos, es obligado investigar y descubrir con toda exactitud las leyes económicas que rigen estas relaciones, las verdaderas raíces de ese grande y abigarrado complejo de fenómenos que forma el imperialismo. En éste como en tantos otros casos, no podremos luchar contra el imperialismo con la seguridad, la claridad de miras y la decisión indispensables en la política del proletariado, si antes no enfocamos el problema en sus raíces con una absoluta claridad teórica. Antes de aparecer *El Capital* de Marx, los hechos característicos de la explotación, del plustrabajo y de la ganancia eran sobradamente conocidos. Pero fueron la teoría exacta y precisa de la plusvalía y de su formación, la teoría de la ley del salario y del ejército industrial de reserva, cimentadas por Marx sobre la base de su teoría del valor, las que sentaron la práctica de la lucha de clases sobre la base firme, férrea, en que se desenvolvió hasta la guerra mundial el movimiento obrero alemán y, siguiendo sus huellas, el movimiento obrero internacional. Ya se sabe que la teoría por sí sola no basta y que, a veces, con la mejor de las teorías, puede seguirse la más lamentable de las prácticas; la bancarrota de la socialdemocracia alemana lo demuestra de un modo bien elocuente. Pero esta bancarrota no ha sobrevenido precisamente por culpa de la conciencia teórica marxista, sino a pesar de ella, y el único camino para remediarlos es volver a poner la realidad del movimiento obrero en consonancia y al unísono con su teoría. La orientación general de la lucha de clases, y su planteamiento en un campo especial e importante de problemas, sólo pueden tener un cimiento firme que sirva de trinchera a nuestras posiciones en la teoría marxista, en los tesoros tantas veces inexplorados de las obras fundamentales de Marx. [...]

Cualquiera que sea la explicación que se dé de los resortes económicos e internos del imperialismo, hay una cosa que es desde luego

clara y que todo el mundo conoce, y es que la esencia del imperialismo consiste precisamente en extender el capitalismo de los viejos países capitalistas a nuevas zonas de influencia y en la competencia de estas zonas nuevas. Ahora bien; en el volumen segundo de su *El Capital,* Marx supone, como hemos visto, que el mundo entero forma ya "una nación capitalista", habiendo sido superadas todas las demás formas de economía y de sociedad. ¿Cómo explicar, pues, la existencia del imperialismo en una sociedad como ésta, en que no existe margen alguno para su desarrollo?

Al llegar aquí, he creído que era obligada la crítica. El admitir teóricamente una sociedad exclusivamente compuesta de capitalistas y obreros es un supuesto perfectamente lícito y natural cuando se persiguen determinados fines de investigación —como acontece en el volumen primero de *El Capital,* con el análisis de los capitales individuales y de sus prácticas de explotación en la fábrica—, pero a mí me parecía que resultaba inoportuno y perturbador al enfocar el problema de la acumulación del capital social en bloque. Como este fenómeno refleja el verdadero proceso histórico de la evolución capitalista, yo entendía que era imposible estudiarlo sin tener presentes todas las condiciones de esta realidad histórica. La acumulación del capital, concebida como proceso histórico, se abre paso, desde el primer día hasta el último, en un medio de formaciones capitalistas de la más varia especie, debatiéndose políticamente con ellas en lucha incesante y estableciendo con ellas también un intercambio económico permanente. Y si esto es así, ¿cómo podría enfocarse acertadamente este proceso y las leyes de su dinámica interna aferrándose a una ficción teórica muerta, para la que no existen aquel medio ambiente, aquella lucha, ni aquel intercambio?

Me parecía que, planteadas así las cosas, la fidelidad a la teoría de Marx exigía precisamente apartarse de la premisa sentada en el volumen primero de *El Capital*, tan indicada y tan fructífera allí, para plantear el problema de la acumulación, concebida como proceso global, sobre la base concreta del intercambio entre el capital y el medio histórico que le rodea. Haciéndolo así, la explicación del proceso se deriva, a mi juicio, de las enseñanzas fundamentales de Marx y se halla en perfecta armonía con el resto de su obra económica maestra, sin que para armonizarlo con ella haya que forzar nada.

Marx plantea el problema de la acumulación del capital global, pero sin llegar a darle una solución. Es cierto que empieza sentando como premisa de su análisis la de aquella sociedad puramente capitalista, pero sin llevar a término el análisis sobre esta base, antes bien, inte-

rrumpiéndolo precisamente cuando llegaba a este problema cardinal. Para ilustrar sus ideas, traza algunos esquemas matemáticos, pero apenas había comenzado a interpretarlos en el sentido de sus posibilidades prácticas sociales y a revisarlos desde este punto de vista, cuando la enfermedad y la muerte le arrancaron la pluma de la mano. La solución de este problema, como la de tantos otros, quedaba reservada a sus discípulos, y mi *Acumulación* no perseguía otra finalidad que la de un ensayo sobre este tema.

Cabía reputar acertada o falsa la solución propuesta por mí, criticarla, impugnarla, completarla, dar al problema otra solución. No se hizo nada de eso. Ocurrió algo inesperado: Los "técnicos" declararon que no existía problema alguno que resolver. Que las manifestaciones de Marx en el segundo volumen de *El Capital* bastaban para explicar y agotar el fenómeno de la acumulación y que en estas páginas se demostraba palmariamente, por medio de los esquemas, que el capital podía expansionarse de un modo excelente y la producción extenderse sin necesidad de que existiese en el mundo más producción que la capitalista, que ésta tenía en sí misma su mercado y que sólo mi rematada ignorancia e incapacidad para comprender lo que es el ABC de los esquemas marxistas me podía haber llevado a ver aquí semejante problema. [...]

Es cierto que el volumen segundo de *El Capital* no es como el primero, una obra terminada, sino una obra incompleta, una compilación suelta de fragmentos y apuntes más o menos perfilados, de esos que los investigadores suelen trazar para poner en claro sus propias ideas, y que las enfermedades impidieron constantemente a su autor terminar. Y entre estos apuntes, el análisis de la acumulación del capital global, último capítulo del manuscrito, es precisamente el que peor parado sale: sólo abarca 35 míseras páginas de las 450 que cuenta el libro, quedando interrumpido de improviso.

Marx creía, según el testimonio de Engels, que este último capítulo del volumen "necesitaba de una urgente refundición" y que no constituía, siempre según el mismo testimonio, "más que un estudio provisional del tema". En el transcurso de sus investigaciones, Marx iba dejando siempre para el final de su obra el problema de la realización de la plusvalía, planteando las dudas que este problema le sugería cada vez bajo una forma nueva, patentizando ya con ello la dificultad que el problema presentaba.

Es cierto que entre las premisas de este breve fragmento en que Marx, al final del segundo volumen, trata de la acumulación; en las

manifestaciones del volumen tercero, en que describe "la dinámica global del capital", se revelan flagrantes contradicciones, puestas de manifiesto en mi obra con todo detalle, contradicciones que afectan también a varias leyes importantes del volumen primero.

Es cierto que la tendencia arrolladora de la producción capitalista a penetrar en los países no capitalistas se manifiesta desde el instante mismo en que aquélla comparece en la escena histórica, se extiende como un *ritornello* incesante a lo largo de toda su evolución, ganando cada vez más en importancia, hasta convertirse, por fin, desde hace un cuarto de siglo, al llegar la fase del imperialismo, en el factor predominante y decisivo de la vida social.

Es cierto que todo el mundo sabe que no ha habido jamás hasta hoy ni hay en la actualidad un solo país en que impere con carácter único y exclusivo la producción capitalista y en que sólo existan capitalistas y obreros asalariados. Esta sociedad ajustada a las premisas del segundo volumen de *El Capital* no existe ni ha existido jamás en la realidad histórica concreta.

No importa. Los "sabios" oficiales del marxismo declaran que el problema de la acumulación no existe, que este problema ha quedado definitivamente resuelto por Marx. La curiosa premisa de la acumulación en el segundo volumen no les estorba, pues jamás vieron en ella nada de particular. Hoy, obligados a fijarse en esta circunstancia, encuentran la singularidad como la cosa más natural del mundo, se aferran tercamente a esta manera de pensar y se revuelven furiosamente contra quien pretende descubrir un problema allí donde el marxismo oficial se ha pasado años y años sin encontrar más que complacencia en sí mismo. [...]

VIII. Sobre la mujer

Si bien hay que empezar por admitir que Rosa Luxemburg no fue nunca una feminista en el sentido moderno del término y constatar que siempre se negó a militar activamente en el seno de las organizaciones femeninas de la socialdemocracia alemana, sería erróneo concluir de ahí que el tema de la mujer –de la mujer obrera y de la mujer militante– le fuera indiferente o lo subestimara. Es evidente que la lucha feminista actual no es deudora en absoluto de su obra, y puede afirmarse que existe "a pesar" de Rosa Luxemburg, siendo como fue una de las mujeres más lúcidas y más luchadoras de nuestra historia contemporánea. También es evidente que aunque Rosa no se sintiera "oprimida" en el plano personal, en sus relaciones con los hombres que la conocieron y la amaron, sufrió, en cambio, una discriminación política *indudable, como judía, como polaca y sobre todo como mujer, discriminación de la que fue consciente.*

Y a pesar de todo ello, a pesar de que se interesó preferentemente por los problemas de política general, es indudable que se ocupó del problema de la mujer, y lo sintió como propio, si bien dentro de un tratamiento bastante "clásico" y tradicional del tema, que no por ello deja de tener su interés.

La inclusión de esta sección, que para muchos lectores y lectoras puede parecer insólita tratándose de Rosa Luxemburg, en la presente antología, obedece fundamentalmente a dos razones: en primer lugar

a la existencia de un material luxemburguiano totalmente inédito *en lengua castellana, constituido por dos escritos y dos cartas, en los que se aborda directa o indirectamente el tema de la mujer, y donde se ponen de manifiesto los elementos principales que determinan su concepción del tema. En segundo lugar obedece también a la importancia social y política que los movimientos de mujeres han adquirido a partir de la década de los setenta, y que ha supuesto un inmenso esfuerzo teórico y práctico por resituar el marco específico de la opresión de la mujer en base a unas coordenadas sociales, económicas y políticas sustancialmente distintas a las de los movimientos sociales anteriores. Ese esfuerzo, eminentemente crítico en relación con el marxismo, y que puede enmarcarse dentro de esa amalgama ideológica que se conoce como "la nueva izquierda", ha dejado planteadas, que no solucionadas, una serie de cuestiones que afectan de manera fundamental a la teoría y práctica de la "vieja izquierda", y a su capacidad para dar cuenta del fenómeno de la explotación de la mujer. Temas como el carácter del trabajo doméstico, la relación entre feminismo y lucha de clases, la "validez" del marxismo* tout court *para explicar científicamente aquella explotación, etc... siguen siendo base y alimento de las polémicas actuales. Los textos seleccionados representan no sólo una necesaria recuperación histórica, sino una aportación de interés para algunas de las actuales polémicas en el seno del movimiento feminista actual.*

El primer texto que presentamos es, sin duda alguna, el más acabado y el de mayor interés de todos, puesto que en él podemos tener una visión de conjunto del tratamiento luxemburguiano de la cuestión: la contradicción principal es la de Capital y Trabajo, no la de hombre y mujer; el trabajo doméstico es irrelevante para el orden capitalista y, por lo tanto, no puede ser la base material que sustente una posible teoría "económica" de la explotación específica de la mujer; la existencia de intereses diametral y antagónicamente opuestos entre la mujer burguesa y la mujer obrera; su misma concepción de la revolución como un proceso todavía "omniabarcador", esto es, capaz de acabar con todas las opresiones existentes (de clase, nacionales y sexuales)[1]*; la capacidad revolucionaria de la mujer sólo en cuanto mujer proleta-*

1. Hay que tener en cuenta que hasta los años veinte no se *comprobó* lo utópico de esa concepción, concepción por lo demás que sostenían la práctica totalidad de los marxistas de aquella época.

ria, es decir, como productora de plusvalía en el marco de la producción social capitalista, etc.

Estas líneas fundamentales, enmarcadas dentro del más "ortodoxo" marxismo, reflejan sin embargo un tratamiento del tema que, por polémico que sea, aporta elementos de indudable utilidad e interés teórico y práctico todavía hoy. Otros elementos, en cambio, han perdido actualidad dada su específica relación con el marco histórico a que hacen referencia: el Partido como el único vehículo capaz de canalizar la "rebelión" de todos los sectores sociales oprimidos, incluidas las mujeres; o la ausencia total de referencia y de análisis del papel de la mujer pequeñoburguesa como potencial subversivo; o su misma concepción de la revolución; elementos que la historia misma se ha encargado de matizar.

Pero es indudable que estos pocos materiales recuperados aquí para el público de habla hispana pueden constituir un estímulo para proseguir en la línea de investigación sobre la relación entre feminismo y marxismo. No hay que olvidar que en su cotidianidad, Rosa Luxemburg fue una mujer profundamente consecuente consigo misma, extraordinariamente "libre" y "liberada" de los prejuicios típicos no sólo de la época, sino del puritanismo de la socialdemocracia de su tiempo, en contraste con las vidas mucho más convencionales de muchos de sus amigos y amigas. Y que a pesar de haber dedicado al tema de la mujer poco más que estos breves textos, fue entrañable y políticamente querida y respetada no sólo por muchos de sus compañeros de lucha, en su mayoría amigos y amigas leales e incondicionales, sino por miles de mujeres que creyeron en ella (véase la última carta).

EL VOTO FEMENINO Y LA LUCHA DE CLASES*

"¿Por qué no hay organizaciones de mujeres trabajadoras en Alemania? ¿Por qué se sabe tan poco del movimiento de mujeres obreras?". Con estas palabras Emma Ihrer, una de las fundadoras del movimiento de mujeres proletarias en Alemania, introducía en 1898 su obra *Mujeres obreras en la lucha de clases.* Apenas han transcurrido catorce años desde entonces, y el movimiento de mujeres proletarias ha conocido una gran expansión. Más de ciento cincuenta mil trabajadoras sindicadas constituyen el núcleo más activo en la lucha económica del proletariado. Muchos miles de mujeres políticamente organizadas se han alineado tras la bandera de la socialdemocracia: el órgano de las mujeres socialdemócratas[1] tiene más de cien mil suscriptoras; el voto femenino es uno de los puntos vitales del programa de la socialdemocracia.

Pero es posible que precisamente estos datos lleven a algunos a subestimar la importancia de la lucha por el sufragio femenino. Pue-

* "Frauenwahlrecht und Klassenkampf", ponencia presentada en las Segundas Jornadas de Mujeres Socialdemócratas celebradas en Stuttgart, el 12 de mayo de 1912. Traducido de *Gesammelte Werke*, vol. 3, Dietz Verlag, Berlín, 1973, pp. 159-165.

1. *Die Gleichheit*, editado por Clara Zetkin.

den pensar: aun sin la igualdad de derechos políticos del sexo débil hemos hecho enormes progresos tanto en la educación como en la organización de las mujeres. Por lo tanto, el voto femenino no es ninguna necesidad urgente. Quien piense así, se equivoca. El extraordinario despertar político y sindical de las masas proletarias femeninas en los últimos quince años ha sido posible sólo gracias a que las mujeres trabajadoras, a pesar de estar privadas de sus derechos, se interesaron vivamente por las luchas políticas y parlamentarias de su clase. Hasta este momento, las mujeres proletarias viven del voto masculino, en el que indudablemente toman parte, aunque de forma indirecta. Las campañas electorales son una causa común para muchos de los hombres y de las mujeres de la clase obrera. En todos los mítines electorales de la socialdemocracia las mujeres constituyen ya una gran parte, a veces incluso la mayoría. Siempre están interesadas y se sienten apasionadamente implicadas. En todos aquellos distritos en que existe una fuerte organización socialdemócrata, las mujeres ayudan en la campaña. Y son las mujeres las que llevan a cabo el inestimable trabajo de distribuir panfletos y recoger suscripciones para la prensa socialdemócrata, esa arma tan importante en las campañas.

El estado capitalista no ha podido evitar que las mujeres del pueblo asuman todas estas obligaciones y esfuerzos en la vida política. Paso a paso, el Estado se ha visto obligado a garantizarles los derechos de asociación y de reunión. Sólo les niega el último derecho político: el derecho al voto, que les permita elegir directamente a los representantes populares en el parlamento y en la administración, y que les permita ser, asimismo, un miembro electo de estos cuerpos. Pero aquí, como en todos los ámbitos de la sociedad, el lema es: "¡Ojo con empezar cosas nuevas!" Pero las cosas ya han empezado. El actual Estado claudicó ante las mujeres proletarias al admitirlas en las asambleas públicas y en las asociaciones políticas. Pero el Estado no cedió aquí por voluntad propia, sino por necesidad, bajo la presión irresistible del auge de la clase obrera. Y fue también el apasionado empuje de las mujeres proletarias mismas lo que forzó al Estado policíaco pruso-germano a renunciar al famoso "sector de mujeres"[2] en las reuniones y a abrir las puertas de las organizaciones políticas a las mujeres. La bola de nieve empezaba a rodar más deprisa. Gracias al derecho de asociación y

2. El "sector de mujeres" instituido en 1902 por el ministro prusiano Von Hammerstein obligaba a reservar en las reuniones políticas una sección especial para las mujeres.

de reunión las mujeres proletarias han tomado una parte activísima en la vida parlamentaria y en las campañas electorales. La consecuencia inevitable, el resultado lógico del movimiento es que hoy millones de mujeres proletarias reclaman desafiantes y llenas de confianza: *¡Queremos el voto!*

Hace tiempo, en la maravillosa era del absolutismo pre-1848, se decía que la clase obrera no estaba lo "suficientemente madura" para tener derechos políticos. Esto no puede decirse de las mujeres proletarias actualmente, porque han demostrado sobradamente su madurez política. Todo el mundo sabe que sin ellas, sin la ayuda entusiasta de las mujeres proletarias, el partido socialdemócrata no habría alcanzado la brillante victoria del 12 de enero [1912], no habría obtenido los 4 1/4 millones de votos. En cualquier caso la clase obrera siempre ha tenido que demostrar su madurez para las libertades políticas por medio de un movimiento de masas revolucionario. Sólo cuando el Emperador por la Gracia de Dios y cuando los mejores y más nobles hombres de la nación sintieron realmente el calloso puño del proletariado en su carne y su rodilla en sus pechos, sólo entonces entendieron inmediatamente la "madurez" política del pueblo. Hoy les toca a las mujeres proletarias evidenciar su madurez al estado capitalista; y ello mediante un constante y poderoso movimiento de masas que debe utilizar todos los medios de la lucha proletaria.

El objetivo es el voto femenino, pero el movimiento de masas para conseguirlo no es tarea para las mujeres solamente, sino una responsabilidad común de clase, de las mujeres y de los hombres del proletariado. Porque la actual ausencia de derechos de las mujeres en Alemania es sólo un eslabón de la cadena de la reacción que sacude las vidas del pueblo, y está íntimamente vinculado al otro pilar de la reacción: la monarquía. En la moderna Alemania, de capitalismo avanzado y altamente industrializada, del siglo veinte, en la era de la electricidad y de los aviones, la falta de derechos políticos para la mujer es un residuo reaccionario del pasado muerto pero también el resultado del dominio del Emperador por la Gracia de Dios. Ambos fenómenos –el instrumento divino como el poder más importante de la vida política, y la mujer, casta en un rincón de su casa, indiferente a las tormentas de la vida pública, a la política y a la lucha de clases– hunden sus raíces en las podridas condiciones del pasado, en los tiempos de los siervos de la gleba en el campo y de los gremios en la ciudad. En aquellos tiempos eran justificables y necesarios. Pero tanto la monarquía como la falta de derechos de la mujer, han sido desbordados por

el desarrollo del capitalismo moderno, son hoy ridículas caricaturas. Pero siguen en pie en nuestra sociedad moderna no porque la gente olvidara abolirlos, ni tampoco a causa de la persistencia e inercia de las circunstancias. No, todavía existen porque ambos – la monarquía, y la mujer privada de sus derechos– se han convertido en instrumentos poderosos en manos de los enemigos del pueblo. Los peores y más brutales defensores de la explotación y esclavización del proletariado se atrincheran tras el trono y el altar, pero también tras la esclavitud política de las mujeres. La monarquía y la falta de derechos de la mujer se han convertido en los instrumentos más importantes de la dominación capitalista de clase.

En realidad se trata para el Estado actual de negar el voto a las mujeres obreras, y sólo a ellas. Teme, acertadamente, que puedan ser una amenaza para las instituciones tradicionales de la dominación de clase, por ejemplo, para el militarismo (del que ninguna mujer obrera con cabeza puede dejar de ser su enemiga mortal), la monarquía, el sistema fraudulento de impuestos sobre la alimentación y los medios de vida, etc. El voto femenino aterra al actual Estado capitalista porque tras él están los millones de mujeres que reforzarían al enemigo interior, es decir, a la socialdemocracia. Si se tratara del voto de las damas burguesas, el Estado capitalista lo considerará como un apoyo para la reacción. La mayoría de estas mujeres burguesas, que actúan como leonas en la lucha contra los "privilegios masculinos", se alinearían como dóciles corderitos en las filas de la reacción conservadora y clerical si tuvieran derecho al voto. Serían incluso mucho más reaccionarias que la parte masculina de su clase. A excepción de las pocas que tienen alguna profesión o trabajo, las mujeres de la burguesía no participan en la producción social. No son más que co-consumidoras de la plusvalía que sus hombres extraen del proletariado. Son los parásitos de los parásitos del cuerpo social. Y los consumidores son a menudo mucho más crueles que los agentes directos de la dominación y la explotación de clase a la hora de defender su "derecho" a una vida parasitaria. La historia de todas las grandes luchas revolucionarias lo confirma de una forma horrible. La gran Revolución francesa, por ejemplo. Tras la caída de los jacobinos, cuando Robespierre fue llevado al lugar de la ejecución, las mujeres de la burguesía triunfante bailaban desnudas en las calles, bailaban de gozo alrededor del héroe caído de la revolución. Y en 1871, en París, cuando la heorica Comuna obrera fue aplastada por los cañones, las radiantes mujeres de la burguesía fueron incluso más lejos que sus hombres en su sangrienta venganza contra el

proletariado derrotado. Las mujeres de las clases propietarias defenderán siempre fanáticamente la explotación y la esclavitud del pueblo trabajador gracias al cual reciben indirectamente los medios para su existencia socialmente inútil.

Económica y socialmente, las mujeres de las clases explotadoras no son un sector independiente de la población. Su única función social es la de ser instrumentos para la reproducción natural de las clases dominantes. Por el contrario, las mujeres del proletariado son económicamente independientes y socialmente tan *productivas* como el hombre. Pero no en el sentido de que con su trabajo doméstico ayuden a que los hombres puedan, con su miserable salario, mantener la existencia cotidiana de la familia y criar a los hijos. Este tipo de trabajo no es productivo en el sentido del actual orden económico capitalista, a pesar de que, en mil pequeños esfuerzos, arroje como resultado una prestación gigantesca en autosacrificio y gasto de energía. Pero éste es asunto privado del proletariado, su felicidad y su bendición, y por ello inexistente para nuestra sociedad actual. Mientras domine el capital y el trabajo asalariado, sólo el trabajo que produce plusvalía, que crea beneficio capitalista, puede considerarse trabajo productivo. Desde este punto de vista, la bailarina del music-hall, cuyas piernas suponen un beneficio para el bolsillo del empresario, es una trabajadora productiva, mientras que el del grueso de mujeres y madres proletarias dentro de las cuatro paredes de sus casas se considera improductivo. Esto puede parecer brutal y demente, pero corresponde exactamente a la brutalidad y la demencia del actual sistema económico capitalista, y aprehender clara y agudamente esta realidad brutal es la primera tarea de las mujeres proletarias.

Porque precisamente desde este punto de vista la reivindicación de la mujer proletaria por la igualdad de derechos políticos está firmemente anclada sobre bases económicas. Hoy millones de mujeres proletarias crean beneficio capitalista como los hombres –en las fábricas, en las tiendas, en el campo, en la industria doméstica, en las oficinas, en almacenes. *Son,* por lo tanto, productivas en el sentido estricto de la sociedad actual. Cada día aumenta el número de mujeres explotadas por el capitalismo, cada nuevo progreso industrial o técnico crea nuevos puestos de trabajo para mujeres en el ámbito de la maquinaria del beneficio capitalista. Y con ello cada día y cada avance industrial supone una nueva piedra en la firme fundamentación de la igualdad de derechos políticos de las mujeres. La educación y la inteligencia de la mujer se han hecho necesarios para el mecanismo económico. La típi-

ca mujer del "círculo familiar" patriarcal ya no responde a las necesidades de la industria y del comercio ni a las necesidades de la vida política. Claro que también en este aspecto el Estado capitalista ha olvidado sus deberes. Hasta ahora han sido los sindicatos y las organizaciones socialdemócratas las que más han hecho por el despertar espiritual y moral de las mujeres. Hace décadas que los obreros socialdemócratas eran ya conocidos como los más capaces e inteligentes. También hoy han sido los sindicatos y la socialdemocracia los que han sacado a las mujeres proletarias de su estrecha y triste existencia, de su miserable e insípida vida doméstica. La lucha de clases proletaria ha ampliado sus horizontes, las ha hecho más flexibles, ha desarrollado su mente, y les ha ofrecido grandes objetivos que justifiquen sus esfuerzos. El socialismo ha supuesto el renacimiento espiritual para las masas proletarias femeninas y con ello también las ha convertido, sin duda alguna, en una fuerza de trabajo más capaz y productiva para el capital.

Considerando todo lo dicho, la falta de derechos políticos de la mujer proletaria es una vil injusticia, porque además ha llegado a ser, hoy en día, una verdad a medias, dado que las mujeres masivamente toman parte activa en la vida política. Sin embargo, la socialdemocracia no utiliza en su lucha el argumento de la "injusticia". Ésta es la diferencia sustancial entre nosotros y el socialismo utópico, sentimental, de antes. Nosotros no dependemos de la justicia de la clase dominante, sino sólo del poder revolucionario de las masas obreras y del curso del desarrollo social que abona el camino para este poder. Así pues, la injusticia, en sí misma, no es ciertamente un argumento para acabar con las instituciones reaccionarias. Pero cuando el sentimiento de injusticia se apodera cada vez más de amplios sectores de la sociedad –dice Friedrich Engels, el cofundador del socialismo científico– es siempre una señal segura de que las bases económicas de la sociedad se tambalean considerablemente, y de que las actuales condiciones están en contradicción con el curso del desarrollo. El actual y poderoso movimiento de millones de mujeres proletarias que consideran su falta de derechos políticos como una vergonzosa injusticia, es una señal infalible de que las bases sociales del orden existente están podridas y de que sus días están contados.

Hace cien años, el francés Charles Fourier, uno de los primeros grandes propagadores de los ideales socialistas, escribió estas memorables palabras: En toda sociedad, el grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general. Esto es totalmente cierto para nuestra sociedad. La actual lucha de masas en favor de los

derechos políticos de la mujer es sólo una expresión y una parte de la lucha general del proletariado por su liberación. En esto radica su fuerza y su futuro. Porque gracias al proletariado femenino, el sufragio universal, igual y directo para las mujeres supondría un inmenso avance e intensificación de la lucha de clases proletaria. Por esta razón la sociedad burguesa teme el voto femenino, y por esto también nosotros lo queremos conseguir y lo conseguiremos. Luchando por el voto de la mujer, aceleramos al mismo tiempo la hora en que la actual sociedad se desmorona en pedazos bajo el martillo del proletariado revolucionario.

LA PROLETARIA*

El día de la Mujer trabajadora inaugura la semana de la Socialdemocracia[1]. Con el duro trabajo de estas jornadas el partido de los desposeídos sitúa su columna femenina a la vanguardia para sembrar la semilla del socialismo en nuevos campos. Y *la igualdad de derechos políticos para la mujer es el primer clamor* que lanzan las mujeres con el fin de reclutar nuevos defensores de las reivindicaciones de toda la clase obrera.

Así, la moderna proletaria se presenta hoy en la tribuna pública como la fuerza más avanzada de la clase obrera y al mismo tiempo de todo el sexo femenino, y emerge como la primera luchadora de vanguardia desde hace siglos.

La mujer del pueblo ha trabajado muy duramente desde siempre. En la horda primitiva llevaba pesadas cargas, recogía alimentos; en la aldea primitiva sembraba cereales, molía, hacía cerámica; en la antigüedad era la esclava de los patricios y alimentaba a sus retoños con su

---

* Traducido de "Die Proletarierin", en R.L. *Gesammelte Werke...* vol. 3, pp. 410-413. Publicado originalmente en la *Sozialdemokratische Korrespondez*, nº 27, el 5-3-1914 (Berlín).

1. En 1914, el día 8 de marzo, día Internacional de la Mujer, se desarrolló bajo la consigna de la lucha por el voto y por la igualdad de derechos de la mujer. Con el Día de la mujer socialdemócrata se inauguró la "Semana Roja" del Partido Socialdemócrata, del 8 al 15 de marzo de 1914.

propio pecho; en la Edad Media estaba atada a la servidumbre de las hilanderías del señor feudal. Pero desde que la propiedad privada existe la mujer del pueblo trabaja casi siempre lejos del gran taller de la producción social y, por lo tanto, lejos también de la cultura, quedando confinada a los estrechos límites domésticos de una existencia familiar miserable. El capitalismo la ha arrojado al yugo de la producción social, a los campos ajenos, a los talleres, a la construcción, a las oficinas, a las fábricas y a los almacenes separándola por primera vez de la familia, La mujer burguesa, en cambio, es un parásito de la sociedad y su única función es la de participar en el consumo de los frutos de la explotación; la mujer pequeño-burguesa es el animal de carga de la familia. Sólo en la persona de la actual proletaria accede la mujer a la categoría de ser humano *(Mensch)*, pues sólo la lucha, sólo la participación en el trabajo cultural, en la historia de la humanidad, nos convierte en seres humanos *(Menschen)*.

Para la mujer burguesa su casa es su mundo. *Para la proletaria su casa es el mundo entero,* el mundo con todo su dolor y su alegría, con su fría crueldad y su ruda grandeza. La proletaria es esa mujer que migra con los trabajadores de los túneles desde Italia hasta Suiza, que acampa en barracas y seca pañales entonando canciones junto a rocas que, con la dinamita, vuelan violentamente por los aires. Como obrera del campo, como trabajadora estacional, descansa durante la primavera sobre su modesto montón de ropa en medio del ruido, en medio de trenes y estaciones con un pañuelo en la cabeza y a la espera paciente de que algún tren le lleve de un lado a otro. Con cada ola de miseria que la crisis europea arroja hacia América, esa mujer emigra, instalada en el entrepuente de los barcos, junto con miles de proletarios hambrientos de todo el mundo para que, cuando el reflujo de la ola produzca a su vez una crisis en América, se vea obligada a regresar a la miseria de la patria europea, a nuevas esperanzas y desilusiones, a una nueva búsqueda de pan y trabajo.

La mujer burguesa no está interesada realmente en los derechos políticos, porque no ejerce ninguna función económica en la sociedad, porque goza de los frutos acabados de la dominación de clase. La reivindicación de la igualdad de derechos para la mujer es, en lo que concierne a las mujeres burguesas, pura ideología, propia de débiles grupos aislados sin raíces materiales, es un fantasma del antagonismo entre el hombre y la mujer, un capricho. De ahí el carácter cómico del movimiento sufragista[2].

La proletaria, en cambio, *necesita de los derechos políticos* por-

que en la sociedad ejerce la misma función económica que el proletario, trabaja de la misma manera para el capital, mantiene igualmente al Estado, y es también explotada y dominada por éste. Tiene los mismos intereses y necesita las mismas armas para defenderse. Sus exigencias políticas están profundamente arraigadas no en el antagonismo entre el hombre y la mujer, sino en el abismo social que separa a la clase de los explotados de la clase de los explotadores, es decir, en el antagonismo entre el capital y el trabajo.

Formalmente los derechos políticos de la mujer encajan perfectamente dentro del Estado burgués. El ejemplo de Finlandia, de los Estados americanos, o de algunas comunidades, muestran que esta igualdad de derechos no acaba con el Estado, no afecta a la dominación del capital. Pero dado que los derechos políticos de la mujer son hoy, en realidad, una exigencia que incumbe únicamente a la clase proletaria, esta reivindicación equivale, en la Alemania capitalista actual, a las trompetas del juicio final. Al igual que la *República,* la *milicia,* la *jornada de 8 horas,* el derecho al voto femenino sólo puede vencer o ser derrotado con la victoria o la derrota de la lucha de clases del proletariado, y sólo puede defenderse con métodos de lucha y con instrumentos de poder proletarios.

Las feministas burguesas quieren conseguir los derechos políticos para poder después insertarse en la vida política. La mujer proletaria sólo puede seguir el camino de la lucha obrera, que es en cambio el único capaz de lograr progresivamente espacios de poder real, único medio a su vez de conseguir los derechos formales. *Al principio de todo ascenso social estaba la acción.* Las mujeres proletarias deben instalarse con firmeza en la vida política desplegando su actividad en todos los campos, y sólo así podrán crear las bases para conseguir sus derechos. La sociedad dominante les niega el acceso a los templos legislativos, pero otra gran potencia de nuestro tiempo les abre las puertas de par en par: el *Partido Socialdemócrata.* En las filas de nuestra organización se ofrece ante la mujer proletaria un campo ilimitado de trabajo y de poder políticos. Sólo aquí tiene la mujer iguales derechos. Con la Socialdemocracia podrá introducirse en el taller de la Historia para así poder conquistar, con esas poderosas fuerzas, la igualdad real, aunque sobre el papel de una Constitución burguesa se le niege este dere-

---

2. Las llamadas sufragistas fueron mujeres que lucharon en Gran Bretaña por la igualdad política de las mujeres, y sobre todo por la consecución del voto femenino (sufragio universal).

cho. Aquí, la mujer trabajadora, junto con el hombre, sacudirá las columnas del orden social existente y, antes de que éste le conceda algo parecido a sus derechos, ayudará a enterrarlo bajo sus propias ruinas.

El taller del futuro necesita de muchas manos y de un aliento cálido. Todo un mundo de dolor femenino espera la salvación. Allí gime la mujer del pequeño campesino derrumbándose prácticamente bajo el peso de la vida. Allá, en el África alemana, en el desierto de Kalahari, se pudren los huesos de las indefensas mujeres herero llevadas por la soldadesca alemana a una brutal muerte por hambre y sed[3]. Al otro lado del océano, entre las altas peñas del Putumayo, se pierden sin que el mundo se entere los gritos de muerte de las mujeres indias torturadas en las plantaciones de caucho del capital internacional.

Proletaria, la más pobre de entre los pobres, la más desposeída de derechos de todos los desposeídos, ¡acude a la lucha para liberar a las mujeres y a la humanidad del yugo del dominio capitalista! ¡La Socialdemocracia te ha reservado el lugar de honor. Corre al frente, a las trincheras!

De: CARTA A CLARA ZETKIN*

[9 de marzo de 1916]

[...] Supongo que ya sabrás del recibimiento que me han hecho las camaradas berlinesas. Más de un millar vinieron a esperarme a la salida[1], y luego llegaron en masa a mi casa, al apartamento, para estrechar mi mano. Mi casa estaba, y todavía está, repleta de sus regalos: jardineras

3. En la campaña de "pacificación" de 1904-1907 contra los hereros en África Occidental, las tropas coloniales alemanas habían empujado a los nativos hacia el desierto, dejándolos sin agua. El general Lothar von Trotha había dado órdenes de no hacer prisioneros y de disparar sobre mujeres y niños, por lo que los hereros fueron entregados a una muerte cruel.

* Traducido de R.L., *J'étais, je suis, je serai...*, citado, pp. 123-124.

1. Se refiere a su salida de la cárcel de la Barnimstrasse de Berlín. Pocos meses después (en julio) volvería a ser encarcelada, y no sería liberada hasta noviembre de 1918, al estallar la revolución alemana.

llenas de flores, pasteles, pastas, latas de conservas, bolsitas de té, jabón, cacao, sardinas, verduras muy buscadas –como en un comercio de lujo– y todo ello, estas pobres mujeres, estas mujeres de corazón, lo han hecho y preparado ellas mismas, y son ellas las que han hecho las conservas y las han traído en persona[2]. Sabes perfectamente cómo me siento cuando veo todo esto. Me pondría a llorar de pura confusión y lo único que me consuela es saber que, en este caso, yo no soy más que el mástil al que ellas han aferrado la bandera de su entusiasmo por la lucha en general. En Mariendorf tuvo lugar más tarde la recepción, [...] de nuevo un enorme ramo de flores encima de la mesa ¡y aquellos rostros serios y brillantes! Habrías sentido un placer enorme al ver a estas mujeres. El presidente me saludó declarando que la manifestación del 18 de abril había sido completamente espontánea, organizada a iniciativa de las propias mujeres de Berlín para saludar a la mujer "que hemos encontrado a faltar porque dice abierta y francamente lo que hay que decir incluso a los dirigentes del partido, porque es la mujer a quien en las altas esferas del partido, prefieren ver entrar en la cárcel que salir". [...]

De: CARTA A HANS DIEFENBACH*

[Wroncke, 5 de Abril 1917]

[...] He terminado los *Nibelungen* de Hebbel, que compré en Posen, y estoy profundamente decepcionada – no me guarde rencor, se lo ruego. Considero los *Nibelungen* como su obra más floja: ni punto de comparación con el sentimiento de vigor de *Judith, Herodes* o *Gyges.* Evidentemente no ha sabido manejar este gran tema, se dispersa, se pierde por senderos marginales, y el efecto producido –por lo menos en mí– es nulo. Pero sobre todo insiste machaconamente en un solo y único problema: la prueba de fuerza entre el hombre y la mujer. Problema puramente académico, cogido por los pelos y que no existe en

2. Era tiempo de guerra y de restricciones, y todo lo que menciona R.L. son alimentos raros de encontrar en la Alemania de aquella época.

* Traducido de R.L., *J'étais, je suis, je serai...*, citado, p. 210.

la realidad. Porque o bien la mujer es una personalidad y no me refiero a eso que llaman una "mujer famosa", sino a un corazón lleno de bondad y de energía interior, que se encuentra tanto en la choza del campesino como en las familias burguesas– y entonces la mujer se impone y triunfa moralmente, incluso si cede en detalles. O bien no es nada interiormente, y entonces el problema deja de existir. [...]

R.